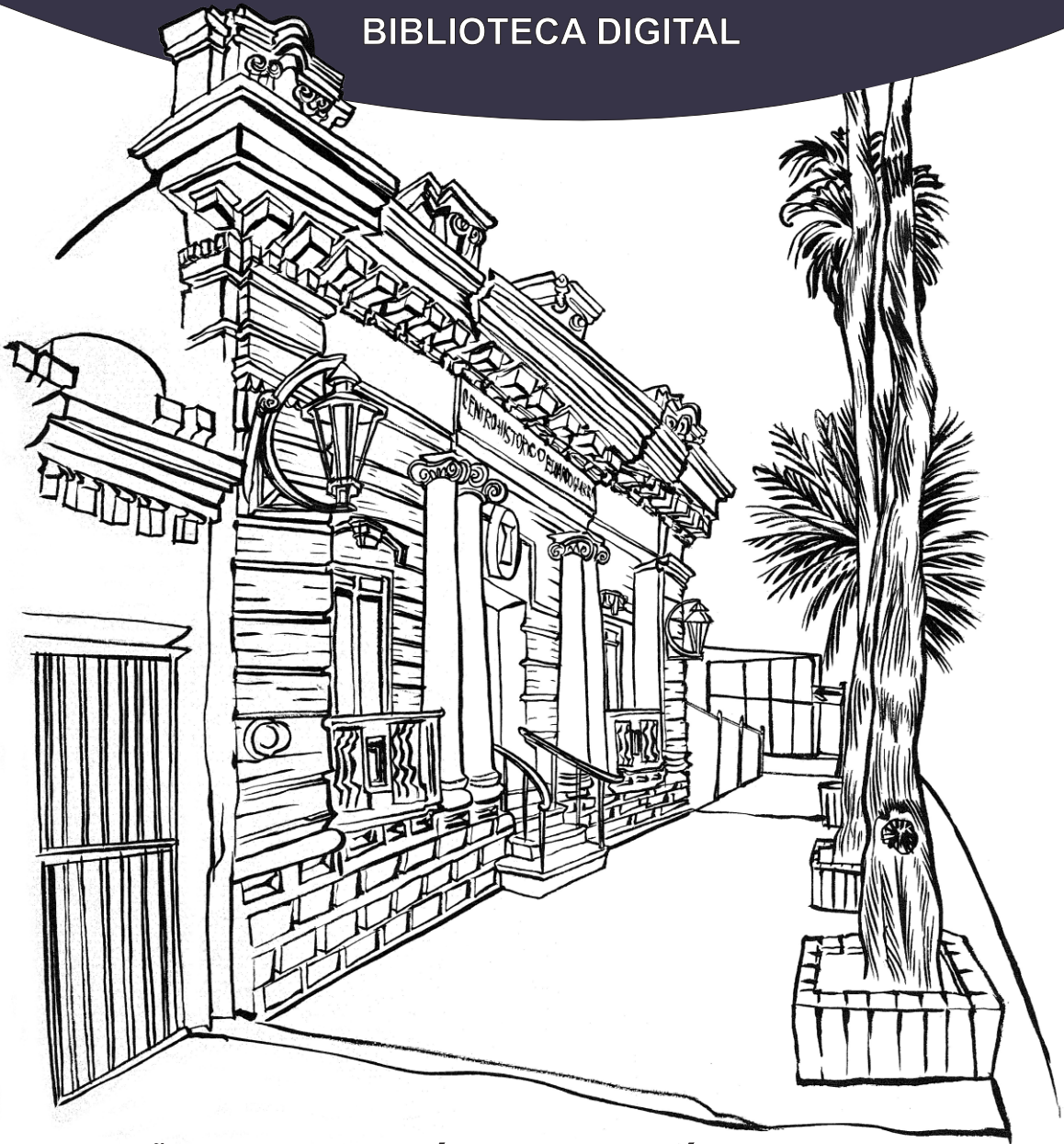




ARCHIVO MUNICIPAL DE TORREÓN



BIBLIOTECA DIGITAL



**C. ACUÑA 140 SUR, TORREÓN, COAHUILA, MÉXICO.
TEL.: (52) (871) 716-09-13**

www.torreon.gob.mx/archivo

 Archivo Municipal de Torreón Eduardo Guerra

 @ArchivoTRC

1914

1989



LA BATALLA DE
ZACATECAS

75 ANIVERSARIO



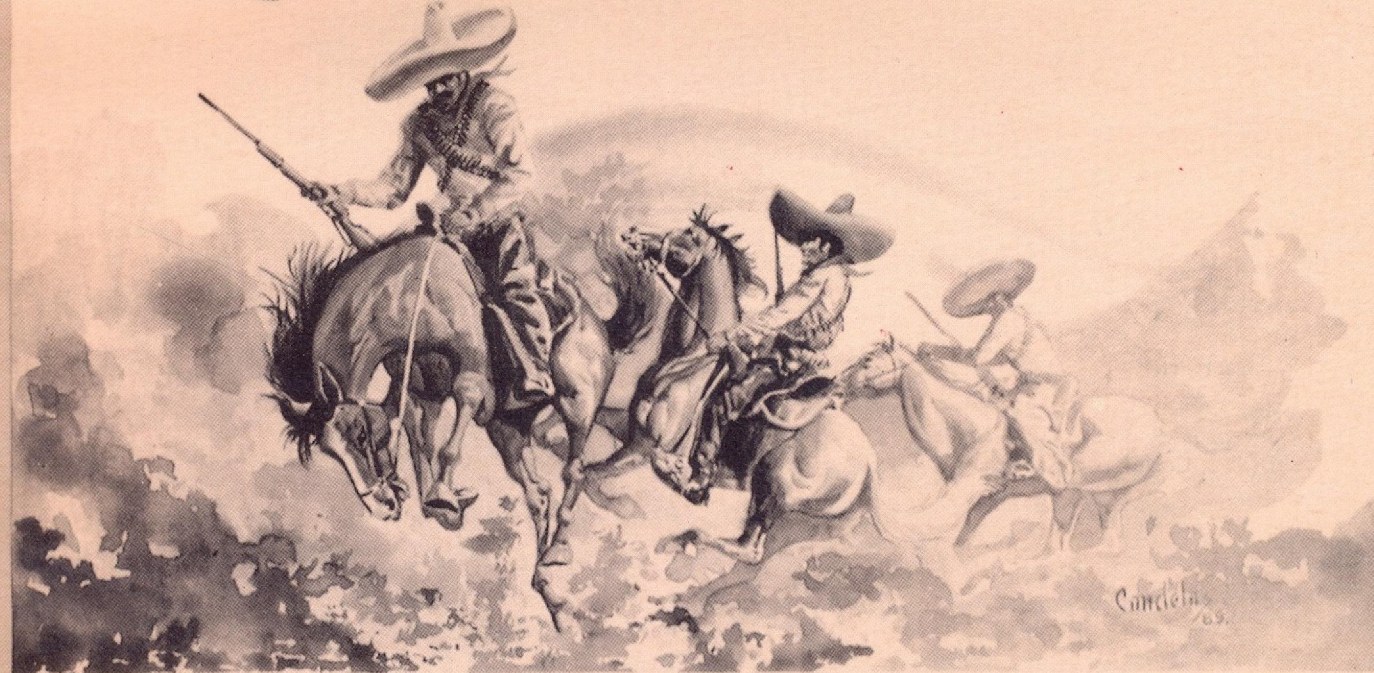


Colaboraciones

Félix Basurto
Lic. César Rodríguez Martínez
Profr. Joaquín García Luna
Profa. y Lic. Herminia Troncoso Avila
Ing. José Acosta Herrera
Lic. Ernesto Juárez Frías
Profr. Luis Rodríguez Salazar
Juan José López Huizar
Juan Francisco Rodríguez

1914

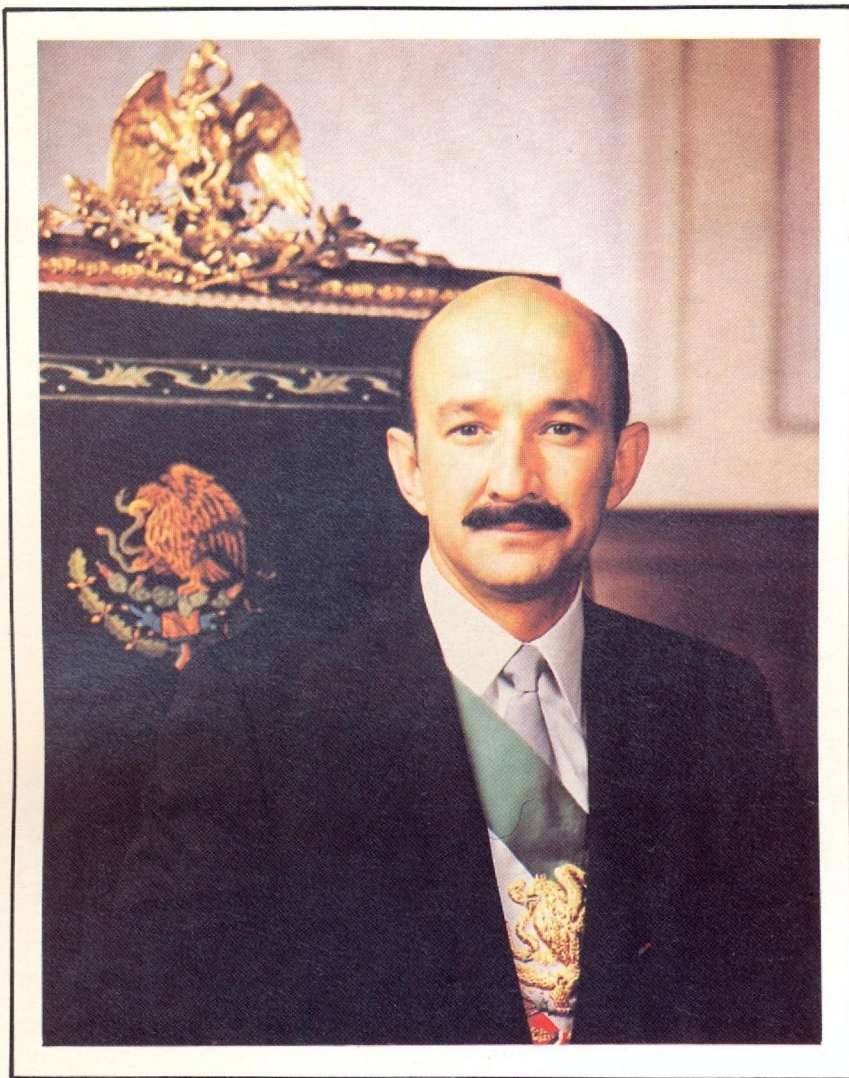
1989



**75 ANIVERSARIO
DE LA BATALLA DE**

ZACATECAS



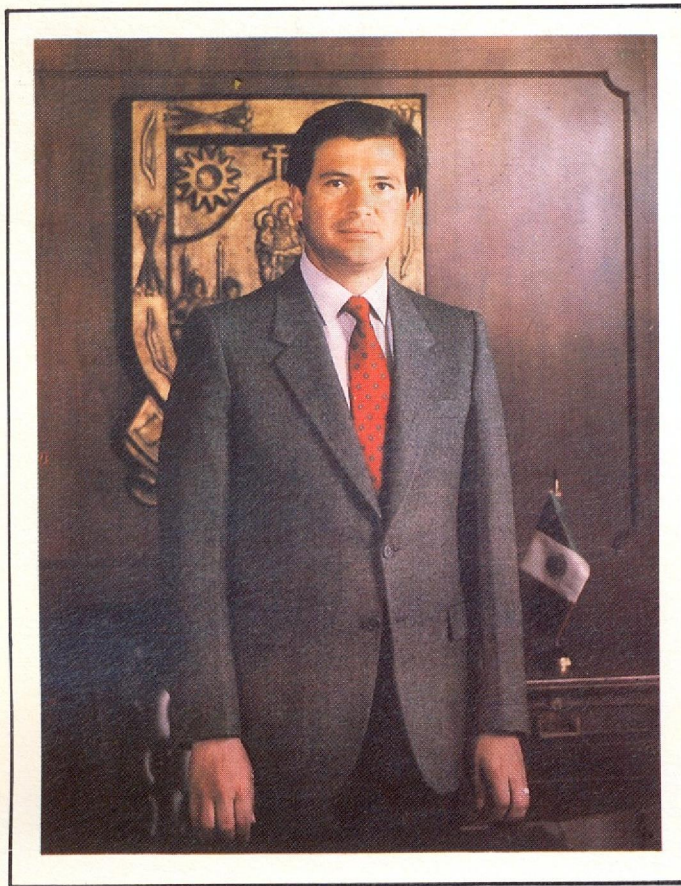


Y aquí, en un momento estelar de la Revolución Mexicana, se dio la gran batalla que permitió a los ejércitos revolucionarios avanzar con firmeza, con seguridad hacia el centro del país y rescatar la legalidad y, sobre todo, el sentido social de la Revolución Mexicana.

La Batalla de Zacatecas, donde la División del Norte y Francisco Villa escribieron páginas gloriosas no sólo en las luchas militares de México sino sobre todo en las luchas sociales, deja una marca permanente e indeleble en la memoria y en el orgullo de todos los mexicanos.

Carlos Salinas de Gortari

Acto de adhesión partidista
efectuado en la plaza de Armas,
Zacatecas, Zac., 11 de marzo de 1988.



En este año se cumplen 75 de la Batalla de Zacatecas. México, merced a la determinación de su pueblo, experimentó un profundo movimiento social por la vía de la lucha armada, y llegó a su triunfo por la vía del derecho revolucionario.

Zacatecas se ha distinguido por haber participado en los momentos cruciales que han forjado la nación en que vivimos; una nación independiente, soberana y libre; un país en el que la mayoría somos quienes determinamos los destinos de la patria.

Zacatecas, a través de sus más preclaros y valerosos hijos, participó en las luchas por la independencia nacional con las armas y con el pensamiento; con la acción política y el fragor del combate, lo hizo en la época de la Reforma. Se impuso la razón liberal del federalismo frente a la concepción conservadora de un centralismo asfixiante que negaba las libertades, que oprimía a las entidades de la federación. Fue grandiosa la aportación zacatecana en ese momento toral de la historia nacional.

Aquí, en Zacatecas, se logró de una vez por todas hacer que triunfara la Revolución en contra de la usurpación huertista. Aquí cavaron su tumba la traición y la reacción. Recordemos, llenos de emoción, a los hombres que dieron lo mejor que tenían en su juventud, que entregaron su vitalidad y su vida para hacer que triunfaran los más altos ideales, los más elevados intereses de la patria y del pueblo.

Por eso, en estas fechas en que celebramos los 75 años de que en el cerro de la Bufa de Zacatecas se le dio el golpe mortal a la usurpación para que triunfara nuestro movimiento revolucionario, debemos recordar ese memorable hecho que nos emociona y nos obliga a expresar y a decirnos, a nosotros mismos, que nuestro compromiso es luchar incansablemente todos los días por hacer que esos anhelos, por los cuales hubo quienes dieron la vida, se conviertan en una realidad auténtica para los mexicanos.

En Zacatecas, la Revolución está en marcha; seguirá vigorosa conmemorando el 23 de junio en la unidad, dispuestos todos a seguir luchando por alcanzar los más elevados ideales revolucionarios.

Genaro Borrego Estrada

Gobernador Constitucional del
Estado de Zacatecas



— Zacatecas cromática: crónica, apremio, compulsión...

SUMARIO

A PRINCIPIOS DE JUNIO DE 1914 hacía casi un año que la ciudad de Zacatecas vivía un periodo de calma. Emigrantes de los ranchos y otros pueblos pequeños habían hecho que el número de sus habitantes creciera a tal grado que nunca antes había estado más poblada, y a los recién llegados les resultaba prácticamente imposible conseguir alojamiento. La gente colmaba las serenatas en la plaza de armas y se organizaban frecuentes y animadas fiestas. Aunque los víveres escaseaban y se habían encarecido, los habitantes de la ciudad vivían tranquilos y las noticias de las acciones revolucionarias en otros lugares no les turbaban el sueño a pesar de que algunos signos ominosos hacían prever que pronto la lucha podría librarse en sus propios sinuosos y escarpados callejones. El suministro de electricidad se interrumpía por las noches con la aparente intención de disimular al enemigo la presencia de la urbe. Si pasadas las nueve de la noche era arriesgado aventurarse a circular por las oscuras calles, pues el temerario transeúnte podía toparse lo mismo con un soldado ebrio que verse sometido a la leva o enfrentado con cualquier peligro real o imaginario, esto se evitaba fácilmente permaneciendo en casa debidamente protegido por múltiples cerrojos, aldabas y picaportes, aunque todas esas circunstancias no eran suficientes para desasosegar a los confiados residentes de la capital del estado.

Un observador más perspicaz de los acontecimientos que se sucedían al norte del país —con los impetuosos avances de la avasalladora División del Norte al mando de su mítico caudillo el genial guerrillero Francisco Villa, y de los preparativos con que los militares federales que servían al régimen espurio de Victoriano Huerta iban incrementando las defensas de la plaza de Zacatecas— sin duda presentiría que algo trascendental estaba por ocurrir.

La situación podía verse de la siguiente manera: por un lado, los ocupantes de la plaza se encontraban fuertemente armados con cañones de alto poder emplazados en los cerros que rodean a la ciudad; la guarnición de la plaza, al mando del general Luis Medina Barrón, reforzada primero por los *irregulares* de Benjamín Argumedo y luego con tropas y artillería bajo las órdenes del general Antonio Olea, llegaban a sumar efectivos por 12,000 hombres pertrechados y muni-

cionados ya que, evidentemente, Huerta consideraba la plaza de vital importancia para cortar el avance de los revolucionarios rumbo a la capital del país; por otro lado, las triunfantes huestes de la División del Norte parecían incontenibles en su empuje después de ocupar las principales plazas norteñas y aproximarse peligrosamente al tomar Gómez Palacio y Torreón, a partir de lo cual el objetivo siguiente debería ser atacar y abatir el baluarte constituido por las fortalezas erigidas en torno a la ciudad de Zacatecas. Así lo comprendieron tanto el usurpador Huerta como el primer jefe de la Revolución: don Venustiano Carranza.

Entretanto, las suspicacias mutuas entre Carranza y Villa se habían ido dilatando, nutridas por sus respectivos consejeros. Consecuentemente, el Primer Jefe deseaba evitar que el enorme prestigio del Centauro del Norte, como se llamaba a Villa, se incrementara aún más y, sobre todo, que se le adelantara en su marcha al sur y arribara a la capital de la República antes que él, por lo que mandó al general Pánfilo Natera, jefe de la División del Centro, atacar la plaza a pesar de no contar con efectivos suficientes para tal empresa: y, así, éste es rechazado y derrotado —aunque no aniquilado— en sus intentos realizados a partir del 10 de junio; entonces Carranza ordena a Villa que envíe una de sus brigadas a reforzar la División del Centro; Villa replica haciéndole ver la necesidad de que el ataque se efectúe con la totalidad de los efectivos de la División del Norte, y así se entabla una correspondencia a través de la cual no se logra que ninguna de las partes ceda y acepte reconsiderar su decisión; ante un ultimátum de Carranza, Villa dimite de su investidura como comandante de la División del Norte, dimisión que es aceptada de inmediato por Carranza pero rechazada unánimemente por los jefes a las órdenes de Villa —que conjeturaban por todos los indicios las verdaderas intenciones de Carranza— por lo que Villa, contrariando las instrucciones del Primer Jefe, decide movilizarse con toda la División del Norte para atacar Zacatecas.

A partir de este momento, la suerte de las tropas federales acantonadas en la plaza está echada, y la ciudad será testigo y sufrirá en carne propia las consecuencias de la más formidable y sangrienta batalla de la Revolución.

Las fuerzas federales, con posiciones consideradas inexpugnables, dotadas de poderosa artillería y sostenidas por tropas en número superior a doce mil hombres, se enfrentarían a los ejércitos combinados de la mermada y carente de artillería División del Centro reforzada por la pujante División del Norte —que en conjunto sumarían más de veinte mil hombres—, apoyados por la artillería de esta última. Ambos contendientes estaban obligados a luchar hasta morir o exterminar al enemigo; la sangre correría a torrentes y las pérdidas materiales serían cuantiosas. Además, en el orden político, a partir de entonces el distanciamiento de Villa y Carranza sería definitivo y la Revolución seguiría su curso con carrancistas y villistas enfrentados ahora como contrarios.

El triunfo de los revolucionarios se debió a varios factores, entre los que destacan: la artillería federal resultó ineficaz para detener a miles de atacantes esparcidos por los cerros; la infantería estaba compuesta en gran proporción por tropas forzadas mediante el sistema de leva, y en el fondo muchos enrolados simpatizaban con la Revolución. En cambio, sus atacantes contaban con la ventaja de que todos los seguidores eran voluntarios: fervorosos revolucionarios dispuestos a vencer o morir; su artillería, bajo la dirección de uno de los técnicos del arma más competentes egresados del Colegio Militar, se empleó inteligentemente para apoyar el avance de la tropa, de tal modo que la combinación de las tres armas —infantería, caballería y artillería— dio un nuevo giro a las correlativas condiciones estratégicas de los contendientes.

La batalla de Zacatecas selló el destino del régimen huertista, que se fue desmoronando hasta caer aniquilado en poco tiempo.

Todas estas consideraciones nos habrán convencido de la relevante influencia que en la historia de la Revolución tuvo la batalla de Zacatecas, y nos explican por qué la ciudad escenario de ese acontecimiento, que padeció las secuelas de la toma de la plaza, ahora festeja su 75 aniversario: pues más que el hecho en sí con su épica magnitud se considera, ante todo, su trascendental significado.

Para la narración de los sucesos que conducen, se centran y derivan de la histórica batalla de Zacatecas recurrimos a relatos de los actores y testigos así como al juicio de versados historiadores, que han investigado diligentemente el desarrollo de los episodios del drama protagonizado por los adalides, los ejércitos y el pueblo mismo durante la etapa armada de la Revolución, que ha dado origen al México contemporáneo.

* * *

EN ESTE ENSAYO histórico se expone el desarrollo de la Batalla de Zacatecas y, para su cabal comprensión, se explican previamente los antecedentes de los regímenes estatales durante el porfirismo; los movimientos políticos promovidos por los clubes liberal, antirreeleccionista, liberal mexicano y magonistas que se adherirán, todos ya en 1909, al Partido Antirreeleccionista con Madero, para culminar con el aspecto de la Revolución Mexicana en tierras zacatecas; sucintamente se anotan los primeros brotes revolucionarios maderistas en la región, viéndose los hechos bélico-políticos a nivel nacional que tuvieron ingerencia en nuestro estado, todo en torno a una idea central: la Batalla de Zacatecas.

En cuanto al desarrollo de la Batalla misma hemos dado preferencia a testigos presenciales y protagonistas de todos los bandos, procurando transmitir la imagen de algo narrado desde Zacatecas por civiles que se encontraban en la ciudad en esos momentos, militares de la División del Norte, de la División del Centro, de las fuerzas de Durango y de la guarnición federal huertista, que la ven desde el ángulo en que se encontraban cuando se desarrollaron los acontecimientos y, naturalmente, a través de la óptica de su militancia; por supuesto, no se pasan por alto los juicios de historiadores que se han ocupado del tema.

Un considerable soporte gráfico dará una idea visual de los acontecimientos. Como apéndices, se incluyen las fichas biográficas de personas que participaron en la historia revolucionaria de Zacatecas, directa o indirectamente.

Zacatecas, junio de 1989
Sergio Candelas Villalba

EL PORFIRISMO EN ZACATECAS



Porfirio Díaz: enésima reelección.

Después del primer periodo gubernamental del general Porfirio Díaz, ocupó la presidencia el también general Manuel González, quien inició su gestión el primero de diciembre de 1880, para concluirlo el 30 de noviembre de 1884. El régimen de Manuel González fue fundamental para el futuro del porfiriato; durante su administración y mediante la entrada del capital extranjero se construyeron cinco mil kilómetros de red ferroviaria que propiciaron una moderna integración del país. En el aspecto económico se dio comienzo al desarrollo del mercado nacional. Desde el punto de vista político, se sentaron las bases para la centralización que se llevaría a cabo: los ferrocarriles permitieron movilizar de una manera escalonada a los efectivos del ejército, con lo que aumentó en mucho la capacidad de represión del Estado al contar con las flamantes facilidades de desplazamiento y concentración.¹

La política de centralización que realizó el gobierno comenzó por liquidar a los cuatro caciques tuxtepecanos que habían lanzado su candidatura a las elecciones presidenciales de 1880: Ignacio Vallarta, de Jalisco; José Trinidad García de la Cadena, de Zacatecas; Juan N. Méndez, de Puebla, y Jerónimo Treviño, de Nuevo León. Este último sería el único que sobreviviría de todos los caudillos liberales que disputaron la presidencia a Porfirio Díaz durante su primera reelección². Tanto Vallarta como Juan N. Méndez y García de la Cadena habían demostrado palpablemente que sus ambiciones políticas iban

más allá del ámbito local al lanzar sus respectivas candidaturas a la presidencia de la República.

Para liquidarlos políticamente, Manuel González y Porfirio Díaz utilizaron con efectividad a las principales instituciones centralizadoras del momento: el ejército federal y el Senado de la República.

De acuerdo con la reforma al artículo 78 constitucional promovida por el grupo de Tuxtepec en mayo de 1878, el Presidente de la República, así como los gobernadores de los Estados no podrían ocupar dichos cargos para un periodo inmediato. De este impedimento constitucional surgió el particular compromiso entre Manuel González y Porfirio Díaz para alternarse en la primera magistratura. Pero al suceder Díaz a González para el lapso comprendido entre el primero de diciembre de 1884 y el 30 de noviembre de 1888, Porfirio Díaz consolidó su permanencia en el poder.

El 21 de octubre de 1887 fue aprobada la reforma a la Constitución donde se permitía una sola reelección inmediata del Presidente. Dicha reforma fue apoyada unánimemente por importantes sectores de la clase política en el poder, principalmente por los gobernadores, que veían dentro de esta circunstancia la factibilidad de su propia reelección. Para lograr dicha reforma, Díaz tuvo que liquidar previamente al grupo *gonzalista*, desprestigiar a su caudillo y separar a los gobernadores que estaban identificados con él.



General Trinidad García de la Cadena.



General Jesús Aréchiga.

Una vez que hubo entregado el mando del gobierno al general Díaz, el ya ex presidente González fue objeto de ataques que se centraron sobre la corrupción que se generó durante la administración; de su gestión administrativa se hicieron escandalosos debates en la Cámara de Diputados, organismo que consigna a sus ex ministros de Hacienda Miguel de la Peña y Jesús Fuentes Muñiz ante el *Gran Jurado Nacional*, y al que es consignado también el mismo general González.³ Convencido de que es inútil luchar contra el poder casi omnímodo que tan rápidamente se había creado don Porfirio, el general González acepta su *retiro*, yéndose a ocupar la gubernatura de Guanajuato, donde es nombrado titular del ejecutivo local por tres periodos consecutivos.⁴

Cuando se hubo deshecho el cacicazgo del general Ignacio Vallarta en Jalisco, el gobierno federal dirigió sus baterías contra el licenciado y general Trinidad García de la Cadena. En Zacatecas el general Jesús Aréchiga, contando precisamente con el apoyo de García de la Cadena, había tomado posesión de la gubernatura en septiembre de 1880. Al recibir el poder ejecutivo y otorgar la protesta de ley como gobernador electo, Aréchiga pronunció las siguientes palabras respecto de su antecesor en el mando estatal:

Sucesor de una administración honrada que tantos días de satisfacción ha proporcionado a Zaca-

tecas, procuraré seguir la misma conducta que ha observado mi ilustre predecesor, general Trinidad García de la Cadena, promoviendo cuanto más convenga al mejor servicio público, secundando su política de conciliación que ha traído consigo la más completa armonía y el más loable consorcio entre el pueblo y el gobierno... La historia de nuestros infortunios es pródiga en acontecimientos que demuestran que, más que promesas, necesitamos hechos prácticos que redunden en beneficio de la sociedad, y por lo mismo me abstengo de seguir reseñando lo que sería la administración que hoy se inaugura, bajo tan buenos auspicios, teniendo por base las felices y acertadas disposiciones del gobierno que hoy termina su periodo constitucional.⁵

Sin embargo, pese a ésta y otras muestras de amistoso agradecimiento que tuvo el general Aréchiga para su protector y antiguo jefe en la milicia, las intrigas políticas de Porfirio Díaz lograron distanciar de por vida a los dos zacatecanos.⁶ La separación y enfrentamiento de García de la Cadena con Aréchiga se produjo con motivo de las elecciones legislativas locales de julio de 1882, fundamentales para el control sobre las elecciones para gobernador que se llevarían a cabo en 1884, puesto que de la Legislatura local dependía el escrutinio y la declaración de los resultados.



Zacatecas Siglo XIX: primeros síntomas de rebelión.

Luego de celebradas las elecciones, la comisión permanente del Congreso convocó a un periodo extraordinario para la computación de los votos emitidos. Instalada la Cámara, se nombró presidente de la misma al licenciado Trinidad García de la Cadena. La Legislatura por él presidida y encargada de declarar los resultados, se dividió en dos grupos: seis de sus miembros eran incondicionales de García de la Cadena, y los otros seis partidarios del general Aréchiga. Tanto un grupo como el otro se acusaron de fraude electoral y ambos pidieron el apoyo federal. El grupo cadenista solicitó la aplicación del artículo 116 de la Constitución⁷, pero el gobierno federal contestó que para la aplicación de dicho artículo requeríase del pedimento simultáneo de los poderes estatales. Al mismo tiempo, se enviaron tropas federales, supuestamente para evitar un enfrentamiento entre ambas partes.

Días después, el gobernador Aréchiga hizo que la Legislatura que le era adicta decretara una orden de arresto en contra de los diputados disidentes; se enviaron fuerzas locales para hacer efectivo el mandato sobre los diputados que sesionaban en la casa particular de García de la Cadena. Al día siguiente, después de que las tropas ocuparon las azoteas vecinas y de la propia casa, se produjo un enfrentamiento a balazos provocando la muerte de Felipe López García —sobrino del

general— y que fueran heridos dos miembros de las fuerzas locales. El general García de la Cadena fue aprehendido y puesto en prisión, desde donde lanzó una carta abierta al general Aréchiga, cargada de reproches e inculpaciones. Cuando en octubre salió bajo fianza, la legislatura que le era adicta había sido ya dismantelada.

Después de este suceso marchó el general a la capital de la República, en donde se le confió un puesto de segunda categoría con el propósito de mantenerlo cerca y bajo control.

“Vivió en una calle del centro de México, espiado, acechado, materialmente en un círculo de esbirros y polizontes”. Y aun cuando no hacía trabajos políticos de ninguna especie, el criterio de los hombres independientes lo señalaba como el ciudadano más calificado para ocupar la presidencia de México.⁸

Porfirio Díaz le había prometido toda clase de garantías, siempre que no saliera de la capital. Pero cuando García de la Cadena se dio cuenta de que se preparaba la permanencia de Díaz en el poder, fue a entrevistarse con él anunciándole su próxima salida a Zacatecas.

¿Lo has pensado bien, compadre? Te he dado tres días para ello —exclamó el dictador— y aún no desistes; puedo encarecer tu asunto y enviar emisarios con cartas de recomendación para que se resuelva bien y pronto.

—No compadre, interrumpió el general Trinidad García de la Cadena con acento de convicción y mirando fijamente a su interlocutor, lo he pensado bien; el asunto que llevo a Zacatecas sólo yo puedo resolverlo. Además, no te imaginas las trabas que me tendería la enemistad de los funcionarillos que allá privan.

El general Díaz guardó por un instante silencio, y luego, con frase llana y gruesa, objetó:

Mira compadre, tú vas a levantarte en armas y yo te fusilo.

—¡Cómo se te ocurre compadre; voy porque mis negocios así lo reclaman!, repuso el prestigioso y descontento liberal, tendiéndole la mano.

Este la apretó y murmuró con gesto enigmático: ¡Tú sabes lo que haces!

Apenas se despedía el general zacatecano de don Porfirio, cuando un ayudante entró a recibir órdenes.

—Comunique usted al gobernador de Zacatecas que quedo enterado de la conspiración que me manifiesta; que ya se vigila a los generales Jerónimo Treviño, Sóstenes Rocha y Francisco Naranjo, y que pasado mañana sale para allá el general García de la Cadena. Telegráfíe a los generales Carlos Fuero y Jesús Aréchiga que vigilen y aprehendan a los sospechosos.⁹

En octubre de 1886, Trinidad García de la Cadena llegó a Zacatecas con toda la intención de lanzar su “Plan Antirreeleccionista”, contando para ello con la participación de militares de alto prestigio, quienes tenían la certeza de que se levantaría en armas y de inmediato todo el norte del país.¹⁰

Puesto sobre aviso el general Jesús Aréchiga de que se le responsabilizaba, junto con las autoridades en el Estado, si este movimiento llegaba a prosperar,¹¹ se dictaron de inmediato algunas providencias que les dieron buenos resultados:

Reunido con los jefes políticos de los doce partidos que conformaban el Estado en ese entonces, Aréchiga formuló un plan de resguardo y ataque para cumplirse de inmediato a fin de reprimir el levantamiento desde su inicio. Al día siguiente en Fresnillo, los guardias rurales encabezados por el jefe político de esa localidad, Domingo Carrillo, aprehendieron a varios hombres que llevaban treinta caballos con rumbo a Calera, lugar señalado para reunirse los sublevados y donde se iniciaría el movimiento.

En Zacatecas fueron detenidos varios ciudadanos de reconocida filiación cadenista; se aprehen-

dió al capitán Luis Martínez Urista y a su asistente, desarmándolos y poniéndolos en prisión, y fueron detenidos varios ciudadanos acusados de ser miembros de la insurrección.

Al mismo tiempo que se hacían estas detenciones en Zacatecas y en Calera, en Cañitas el coronel Villaseñor apresaba a don Pedro Durán, incautándole armas y municiones. Igualmente se detuvo en Fresnillo a don Sabás Romo. Consignados más de treinta y cinco detenidos ante el juez de distrito, declararon con más o menos por menores, que estaban de acuerdo en intentar un movimiento que “pusiera término al estado actual de las cosas”, proclamando para Presidente de la República al general Trinidad García de la Cadena, aventurándose a declarar algunos que, al decir del coronel Lizalde, se contaba con cinco o seis cuerpos del ejército y con algunos jefes de importancia que harían factible el movimiento.¹²

“Descubierta la cons piración, un soplo de tragedia fluía sobre Zacatecas”. Después todo fue conjeturas; versiones *sotto voce* pasaban de boca en boca deformando los hechos. Los periódicos publicaron que el general Felipe Berriozábal había sido nombrado juez instructor para avocar la cuestión, y que nada menos que el general Sóstenes Rocha fungiría como procurador, teniendo como secretario al capitán Luis A. Escandón. La República se vio apesarada; presentía trágicamente que el valiente general sería inmolado para acallar la inconformidad que por doquier efervecía.¹³

A pesar de su gran valor, su notable pericia militar y su increíble audacia de corsario —como lo calificaba un comentarista de aquella época— Trinidad García de la Cadena resintió profundamente el fracaso de su aventura. Enfermo de disentería y cálculos en la vejiga, hizo el intento de huir al norte, acompañado ya solamente por el coronel Lizalde y un fiel sirviente. Refugiados en un pequeño poblado zacatecano cercano al estado de Durango fueron aprehendidos por el coronel Julián Villegas sin que los sublevados opusieran resistencia. Se les condujo a la estación de González, hoy Opal, lugar a donde llegó el jefe político de Zacatecas, Atenógenes Llamas, al que acompañaban veinte hombres de su entera confianza, quienes al grito de ¡Viva Porfirio Díaz! de inmediato acribillaron a balazos a los prisioneros.¹⁴

“No podía ser de otra manera; García de la Cadena era de espíritu demasiado independiente para que Porfirio Díaz le hubiera permitido vivir.”¹⁵

ANTECEDENTES DE LA EDUCACION PORFIRISTA EN ZACATECAS



"Los científicos": educación para privilegiados.

EN EUROPA, Leibniz, Descartes, Hume, Kant y Comte sacudían el frondoso y aparentemente inmovible árbol de la metafísica para arrancarle el espíritu del ser humano aprisionado en el seguro ramaje del mundo mágico de la religión y lanzarlo al vasto horizonte de la razón, donde Kant había encontrado los fundamentos lógicos de la ciencia y de sus juicios *a priori*, dando un formidable impulso a las matemáticas y las ciencias naturales. Augusto Comte, creador del sistema filosófico positivista, contraponía el espíritu naturalista y científico del hombre a la arraigada metafísica de la Edad Media.

Estas teorías revistieron particularidades muy notorias durante el porfiriato en Zacatecas, en cuanto que desde un principio el positivismo se fundió con el liberalismo de los hombres de la Reforma, quienes se enfrentaron, tenazmente, contra el dogmatismo de la clase conservadora, que lo absorbe posteriormente durante el régimen porfirista. Se da así el nacimiento de un grupo muy especial: los *científicos*, quienes afianzados en el poder promueven la afición a las ventajas materiales del industrialismo y el capitalismo que empezaban a redituárles sustanciales ganancias.

La minería en Zacatecas estaba en manos de grandes compañías extranjeras, de una voracidad insaciable para el lucro, que expoliaban al minero en jornadas agotadoras. Estos empresarios fueron los mejores maestros de los *científicos*. Los

operarios zacatecanos fueron sólo un elemento de fuerza y explotación.

Tales sistemas en manos capitalistas y de la naciente burguesía degeneraron a la larga en un utilitarismo de manifiesto egoísmo social.

En el campo educativo los resultados no fueron diferentes; aun cuando admitían el método experimental haciendo caso omiso de toda explicación trascendental de los fenómenos, lograron sacarle ganancia al conocimiento en su propio beneficio.

Gabino Barreda quiso hacer llegar el positivismo a la educación popular en un intento de llevar el conocimiento hasta el pueblo, tratando de moralizarlo, y así, de una manera más sólida, establecer las bases de la libertad, el respeto a las leyes y a la Constitución. Pero el régimen porfirista, en vez de hacer popular la educación y llevarla hasta las regiones más humildes y apartadas del Estado, la hizo elitista desde la primaria hasta la profesional para perpetuar la hegemonía del poder manteniendo ignorante al pueblo.

La educación para la clase privilegiada de los *científicos* siguió el pensamiento de Gabino Barreda al no omitir ningún aspecto de las ciencias naturales, siendo tolerantes para expresar tal o cual opinión, fuera o no religiosa, con tal de llegar a la verdad y por consiguiente a la utilidad del aprendizaje.

La educación primaria sólo se vio impulsada en las cabeceras de los principales Partidos y en la capital del Estado. Se enseñaba gramática castellana, moral y urbanidad, lectura, geometría y geografía, elementos de historia universal y particular de México.¹

Algunas de dichas escuelas estaban a cargo de particulares, del clero, de la Compañía Lancasteriana y de presbiterianos; en cambio en la mayoría de las escuelas primarias a donde concurrían los hijos de los campesinos de las haciendas o hijos de los mineros, sólo se enseñaba a leer y escribir, y algo de aritmética, pues se consideraba, por conveniencia, que estos niños *no podían* aprender más.

Un hecho de interés en el aspecto educativo en Zacatecas sucede el 16 de febrero de 1873 cuando el gobernador Gabriel García Elías, hijo del ilustre *Tata Pachito*, establece una escuela primaria para los presos de la cárcel de la ciudad, cuyas clases se daban bajo la arquería colonial del ex convento de Santo Domingo, construido en 1616, lo que ahora es el museo "Pedro Coronel". El profesor Telésforo González fue el encargado de dar las clases. Se establecieron talleres de artes y oficios;² la instalación de telares dio oportunidad de que los reclusos aprendieran a tejer y lograran alguna remuneración por sus trabajos.

El penal de Santo Domingo fue ejemplo de ac-

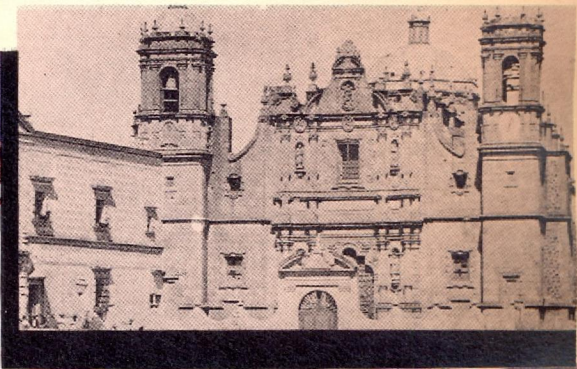
tividad creadora, catalogándose como "un plantel que sirve para morigerar las costumbres de los desgraciados que se encuentran detenidos por sus faltas anteriores".³

En 1877 asciende a la Presidencia el general Porfirio Díaz, mientras en Zacatecas se declaraba gobernador al general y licenciado Trinidad García de la Cadena —liberal de gran visión en el campo educativo y conocedor del pensamiento positivista de Gabino Barreda en su lucha por llevar el saber a las masas populares—, quien se propuso utilizar el método empírico para investigar los problemas educativos de la entidad.

Los resultados le permitieron detectar el atraso en que se encontraba la educación primaria. Los ayuntamientos del Estado y demás responsables de manejar las escuelas, para solucionar el problema de la carencia de profesores, habían puesto al frente de los planteles a personas que carecían de título y de currículum académico, situación ésta que agravaba el problema educativo, propiciándose la baja calidad de la instrucción.

Otro problema lo constituía la falta de organización y coordinación de los planteles por su dependencia y dirección: además de las escuelas del Estado, las había particulares civiles y religiosas, tanto católicas como presbiterianas, lancasterianas, municipales, por cooperación, etc. El gobernador decidió atacar el problema desde la raíz.

Zacatecas: actual Museo "Pedro Coronel".



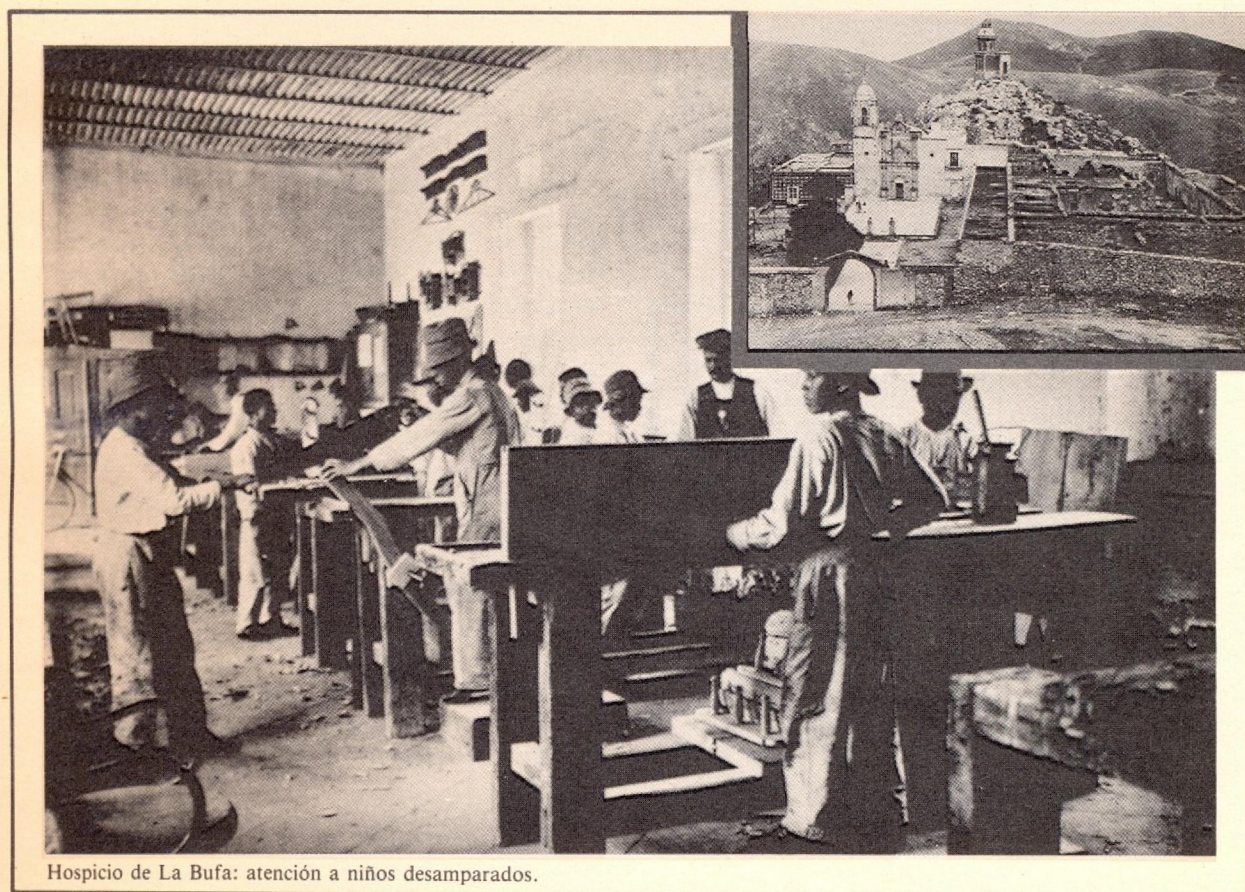
Como un indicio de su preocupación por el problema educativo, inaugura el 27 de junio de 1877 la escuela primaria número 2, con una planta de maestros titulados, y la dotación de útiles escolares suficiente.

El Hospicio de la Bufa, institución para la educación de los niños desamparados, se encontraba en un edificio antihigiénico y en peligro de desaparecer por falta de recursos económicos; para salvar su útil existencia se integró de inmediato una junta de beneficencia entre los ciudadanos zacatecanos. Y tanto con el fin de rescatarlo como con el de asegurarle un mejor porvenir y una nueva proyección, se le trasladó al ex convento de Guadalupe. Pues siendo éste de una fábrica más amplia y de mayor funcionalidad, resultaba idóneo para instalar los nuevos talleres de artes y oficios con que habría de contar. Ya trasladado a Guadalupe, el Hospicio fue modelo para otros similares que se fundaron en la República. Se contaba con flamantes talleres de carpintería, zapatería, obrajes, telares e imprenta, sin que se descuidara por esto la instrucción primaria de la niñez beneficiada. "Además de mantener en alto su prestigio, la escuela de artes y oficios de Guadalupe enriqueció, por lo menos de 1880 a 1920, con mano de obra altamente calificada al país y sobre todo

al sur de los Estados Unidos, a donde iba a dar gran parte de los jóvenes como técnicos en industrias, talleres, imprentas o simplemente como hortelanos en los grandes campos frutícolas de California, pues los certificados de especialidad que se les otorgaban estaban respaldados por la capacidad del poseedor."⁵

Realizado lo anterior, el gobierno de García de la Cadena enfrentó de lleno el problema de la baja calidad de la educación primaria, para lo cual se dispuso que el plan de estudios de la escuela Normal fuese de tres años en lugar de dos como se venía realizando. Con esto se aseguraba la preparación de quienes, trabajando en el nivel primario, tenían a su cuidado esa parte siempre importante de la sociedad que es la niñez.

Para solucionar la carencia de maestros, García de la Cadena realizó otro hecho meritorio de su gestión: crear una escuela Normal para profesoras, iniciando con este significativo hecho la incorporación de la mujer zacatecana a la vida profesional. Con la apertura de este plantel educativo femenino se dio oportunidad a la mujer de demostrar la plenitud del derecho que le asiste para ser contemplada como un ser dotado con los atributos suficientes para rubricar su paso en el ámbito de la cultura; este plantel se inauguró el 2 de febrero de 1878.



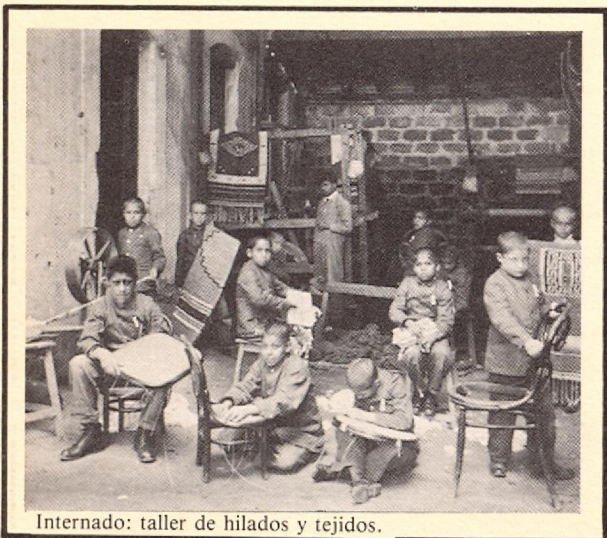
Hospicio de La Bufa: atención a niños desamparados.



Aula de la Escuela-Hogar para niñas.



Instituto Científico de San José.



Internado: taller de hilados y tejidos.

Uno de los renglones mejor atendidos en las escuelas primarias fue la dotación de útiles a los centros escolares; se entregaron gratuitamente cuadernos, pizarras, ábacos y textos de lectura, que eran seleccionados por el personal técnico de la junta de instrucción en el Estado.

Igualmente, el gobierno dispuso que se dotara a las escuelas primarias oficiales de nuevo mobiliario comprado en la capital de la República y del que se empezó a fabricar en el taller de carpintería del Hospicio de niños de Guadalupe: mesabancos anatómicamente diseñados evitarían el cansancio a la quebrantada salud de los educandos, a diferencia de lo antihigiénico de las sillas sin respaldo que se tenía por costumbre usar.

Dentro del marco de la educación superior, mereció especial atención de García de la Cadena el Instituto Literario de García —donde también funcionaba la escuela normal para varones—, institución que albergaba alumnos de diferentes partes del Estado que llegaban a estudiar una profesión en calidad tanto de externos como de internos. Con relación a los alumnos internos, el gobernador hacía la siguiente reflexión: “La institución del internado es nociva a los intereses de los jóvenes porque aislándolos de la sociedad los priva del estudio de la vida real. La disciplina rigurosa que exige el internado es inadecuada a las ideas actuales que se han desarrollado en la juventud e inaplicables a personas que gozan de la cualidad de ciudadanos”.⁵ El gobierno de Trinidad García de la Cadena abolió los internados; pero siguió ayudando al alumnado con becas para solventar sus estudios dentro y fuera del Estado.

A partir de los siguientes gobiernos porfiristas, la obra educativa —sin menospreciar el esfuerzo realizado— se caracteriza por el relumbrón con que es revestida toda mejora académica o material: exposiciones, entregas de premios, etc., las que se realizan en medio de ceremonias que incensaban los periódicos con el servilismo propio de quienes aceptaban la dictadura, aunque supieran que la niñez rural viviría marginada. Los beneficios de la educación quedaban fuera del alcance de las clases humildes que seguían sufriendo una inicua explotación que obligaba a los padres a desentenderse de la educación de su familia, pues hasta los niños tenían que trabajar para ayudar al sostenimiento del hogar. De los campesinos, pocos eran los que tenían acceso a la educación superior, caso contrario a los hijos de los hacendados que siempre encontraban espacio en la capital del Estado, en México y aún en el extranjero.

El Instituto Literario marcó una época histórica muy especial iniciada por los primeros liberales, para dar más tarde un cambio sustancial pro-

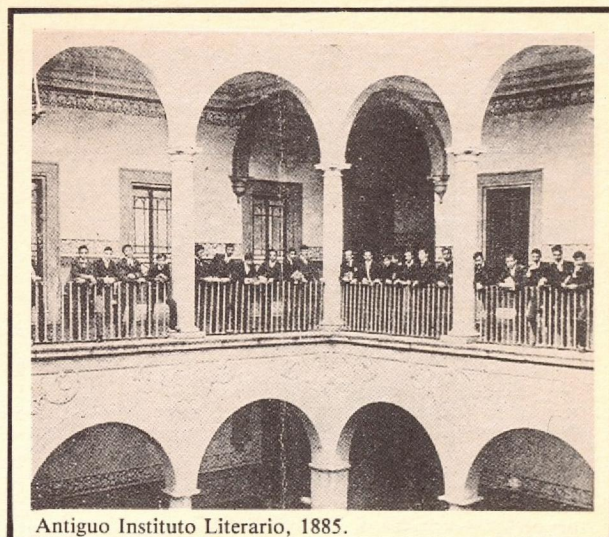
ducto de las ideas *comtianas*, donde las ciencias se abren para darle al hombre los secretos de la naturaleza. Para 1885 el Instituto Literario dará paso al Instituto Científico y Literario de Zacatecas, reformando planes y programas para hacerlos congruentes con los nuevos derroteros de las ciencias, campos donde se introducirá todo tipo de innovaciones por verdaderos hombres de ciencia como Lorenzo T. Villaseñor —quien fuera “presidente honorario de la Sociedad Farmacéutica Mexicana y miembro de la Academia Internacional de Ciencias de París”⁶— y los ingenieros Francisco J. Lavista, Ignacio Hierro, Pascual Arenas y Joaquín Ramos, quienes eran egresados del Ex colegio de Minería de México y se encontraban siempre actualizados en los avances de la industria minero-metalúrgica, materia ésta que motivara su venida a Zacatecas. “Dentro del grupo extranjero sobresalían el ingeniero minero Gabriel Stradere, que impartía sus clases bajo el modelo francés de la técnica de minas; el danés, doctor Adolfo Cartersen Ulrick, quien asesoró a los nuevos maestros a impartir las clases de química al modo que lo hacían en la Universidad de Copenhague, y sobre todo Isidoro Epstein (?-1894) traductor, litógrafo, geógrafo, cartógrafo, astrónomo y físico-matemático, quien hizo estudios en la Escuela Politécnica de Hessen-Cassel y en la Universidad de Marburgo”.⁷

Durante el gobierno de Eduardo G. Pankhurst se realizó una erogación de \$43,786.96 en la compra de útiles escolares en el extranjero, los que se distribuyeron anualmente en todos los planteles educativos de nivel primario.

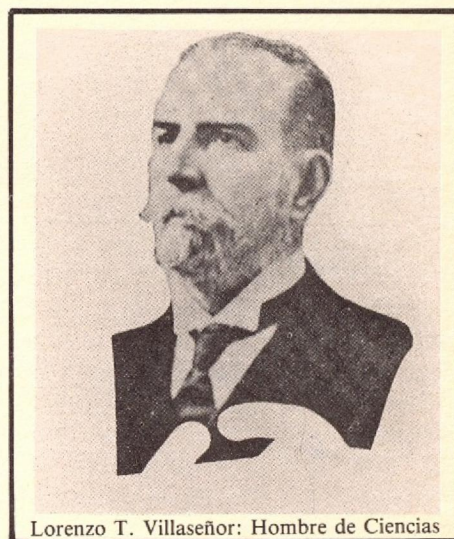
Pankhurst programó establecer en cada centro escolar una biblioteca donde los profesores pudiesen cultivar sus diferentes aptitudes a través de los libros, y así aumentar su caudal de conocimientos en beneficio de la niñez. Propició que el Estado se dividiera en cinco distritos escolares, donde cada inspector haría el recorrido de su zona supervisando el trabajo de los maestros.

Su propósito era que se dieran conferencias en estos centros y en cada cabecera municipal pláticas sobre distintas materias; se discutiera acerca de la metodología y la organización escolar con todos los directores de las escuelas, y que éstos a su vez lo hicieran con los maestros a su cargo. Como órgano de difusión se fundó en 1906 el boletín de instrucción pública.

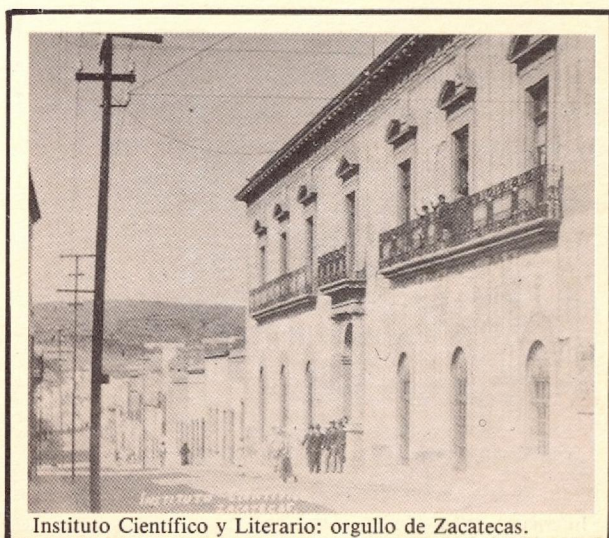
El 10 de diciembre de 1904 el régimen porfirista se cubrió de oprobio al reducir la máxima casa de estudios —el Instituto de Ciencias— a simple escuela preparatoria, solamente para darle lustre a la Escuela Nacional Preparatoria.



Antiguo Instituto Literario, 1885.



Lorenzo T. Villaseñor: Hombre de Ciencias



Instituto Científico y Literario: orgullo de Zacatecas.

SOBRE LA JUSTICIA

DURANTE más de cuarenta años el procedimiento judicial se ventiló en Zacatecas carente de una organización justa y legal. El cuerpo de leyes que se encontraba en vigor durante el régimen porfirista incluía ordenamientos jurídicos españoles, como las viejas *Leyes de Partida*, y locales, como la Ley del 30 de noviembre de 1855, que por las transformaciones sociales resultaban ya anticuadas y hacían que la legislación penal y civil en Zacatecas fuera un verdadero caos.¹

A pesar de la apremiante necesidad que existía de expedir adecuados códigos y de reformar la *Ley Orgánica de los Tribunales*, los sucesivos regímenes porfiristas poca o nula atención dedicaron a este importante aspecto, como se desprende de lo que textualmente enuncia Marcelino Morfín Chávez en la *Memoria* relativa a su gestión gubernamental presentada ante la Legislatura del Estado en 1888:

“Por decreto de 28 de febrero último se autorizó al Ejecutivo para que nombrase una comisión de tres abogados que forme un proyecto de ley orgánica de los tribunales del Estado, otro de código de procedimientos penales y otro de civiles. La necesidad y conveniencia de esta mejora en nuestra legislación, son innegables; pues careciendo verdaderamente de un código de procedimientos en el ramo criminal, palpándose la conveniencia de hacer una reforma general en el de procedimientos civiles además de las parciales que se han verificado, y teniendo ya casi todos los Estados de la República una codificación propia en todos los ramos de la administración de justicia, es una anomalía que sólo Zacatecas carezca de ella y que su diminuta ley orgánica de tribunales sea de fecha anterior a la Constitución General de la República y a la de la particular del Estado, cuando todas las leyes secundarias deben emanar y estar en armonía con aquéllas. Sin embargo, el Gobierno ha diferido todavía el nombramiento de dicha comisión, por no aumentar los gastos del Estado y por no haberse adicionado el presupuesto de egresos vigente con las partidas relativas a la remuneración que deben disfrutar los miembros de la repetida comisión.”²

Igualmente, en la *Memoria* presentada por el general Jesús Aréchiga al término de su administración (cuatrienio 1888-1892), se dice:

“El Ejecutivo creyó conveniente la expedición de Códigos Civil y de Procedimientos Civiles, y con este fin se nombró una comisión que formara los proyectos relativos para someterlos a la apro-

bación de la H. Legislatura, la cual juzgó más prudente adoptar los del Distrito Federal, mediante las reformas que estuvieren en consonancia con las circunstancias peculiares del Estado; así lo decretó el 25 de marzo de 1890 y 20 de febrero de 1891.”³

El profesor Salvador Vidal, en su obra *Continuación del bosquejo histórico de Zacatecas*, refiere que por esas fechas el licenciado José María Echeverría fue nombrado presidente de la comisión de códigos que formó la Ley Orgánica de Tribunales del Estado y la mayor parte del Código de Procedimientos Civiles, leyes que al fin no fueron sancionadas.⁴

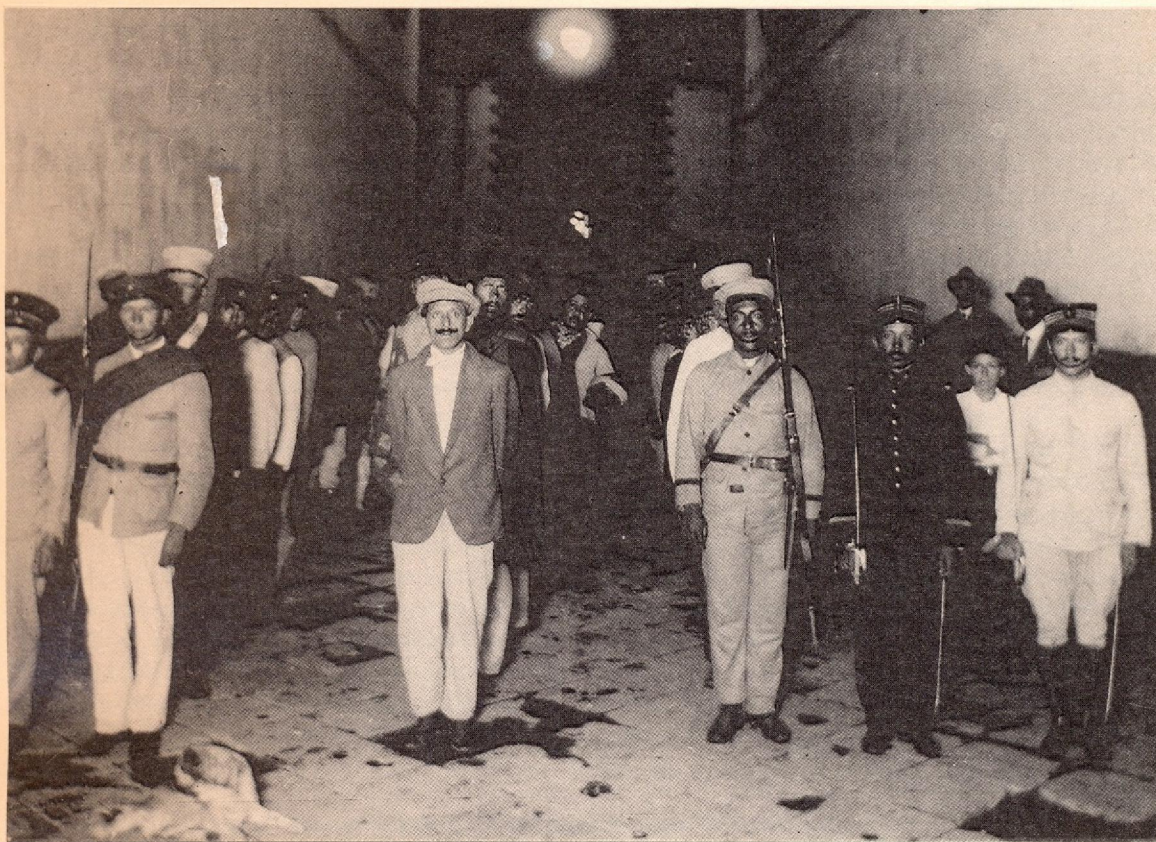
Es evidente, pues, que el gobierno porfirista se preocupara más por que no se promulgaran las tan necesarias leyes —como la relativa a los procesos sobre la responsabilidad de funcionarios y autoridades políticas de la que también se presentó un proyecto— para fijar las bases de una estructura judicial en Zacatecas.

De cualquier manera, el despotismo y la arbitrariedad fueron la ley; la sumisión callada, el miedo y la adulación de los empleados, corifeos y amigos daban razón y poder a las autoridades supremas que resultaban ser el Gobernador, el jefe político y el prefecto de policía.

La *Ley de Amparo*, que se había promulgado constitucionalmente desde 1857; que surgió del ideal de dar a México una institución eficaz para alcanzar la vigencia del orden constitucional y garantizar la justicia frente a las arbitrariedades y abusos del poder público, era letra muerta en Zacatecas. El poder judicial, incluyendo a los jueces de distrito, estaba sometido a la voluntad y al capricho del gobernador, los potentados y los caciques.

Durante el porfiriato no hubo fuerzas militares permanentes en Zacatecas. Para guardar el orden y proteger a las *gentes de bien* bastaba con las policías locales y los cuerpos de rurales que dominaban en el Estado. Pero periódicamente llegaban contingentes militares, protegiendo alguna conducta de dinero, valores o armamentos que el gobierno federal enviaba a éste u otros estados.

El regreso de las tropas a la capital de la República coincidía con las inesperadas *levas* o el envío de *cuerdas* que por lo general eran formadas con jornaleros del campo, acusados por los hacendados o los caciques municipales de ser elementos nocivos a la sociedad, a pesar de que sólo habían incurrido en pequeñas infracciones; en realidad las más de las veces eran víctimas de venganzas. La *cuerda* la formaban hombres del pueblo que atados de los codos por la espalda o con una soga al cuello, en medio de dos hileras de sol-



—“Cuerda” a las Islas Marias: angustia de “regeneración social”.

dados —de procedencia similar—, eran conducidos a los centros penitenciarios, militares o lugares de explotación. La práctica de la *leva* y de las *cuerdas* fue la política de “regeneración social” de un sistema de gobierno sin responsabilidades ante la ley. Estos movimientos se hacían con discreto procedimiento; durante días se iba concentrando gente del pueblo sin protección en las cárceles municipales; después, ya en grupos, eran encerrados en vagones de carga de los trenes que pasaban por las estaciones de Fresnillo y Zacatecas, preferentemente durante la noche, a fin de evitar el degradante espectáculo a la sociedad y soslayar las legítimas protestas y clamores de los familiares de los forzados.

El patrimonio cultural, tanto intelectual como material, estuvo durante la época porfirista exclusivamente al servicio de la burguesía y de la *nueva burocracia*. Las ideas y los gustos que imperaron en Zacatecas presentaban sólo un reflejo del estilo que se vivía en la capital de México.

Por otra parte, la influencia europea, y particularmente el *deslumbrante* progreso de Francia, se enseñorearon en nuestro país. La corriente intelectual y artística francesa tuvo tal vigencia que se descuidó por completo la formación de una

conciencia nacional, aunque este hecho propició avances técnicos, artísticos y científicos que transformaron al país durante los últimos años del siglo XIX.

Una constante preocupación del gobierno de Porfirio Díaz fue demostrar en el ámbito internacional que México era un país progresista que estaba integrado a la cultura occidental, por lo que no se dejaba de participar en las exposiciones internacionales que se organizaban por esos años a nivel mundial.

En la Exposición Universal que se celebró en Nueva Orleans en 1884, el gobierno del Estado de Zacatecas nombró representante al ingeniero José Arbol y Bonilla para que llevara el contingente con que contribuía Zacatecas dentro de la delegación mexicana. El jurado del grupo tercero de la citada exposición concedió premios solamente a México y al Japón de entre las diferentes naciones que concurrieron a competir en la exhibición de minerales; Japón obtuvo una medalla de oro y un diploma honorífico, mientras a México se le otorgaron 18 medallas de oro de primera clase, 26 medallas de plata y 18 diplomas honoríficos.

Al gobierno de Zacatecas se le entregó medalla de oro de primera clase, ya que aportó la mejor colección de minerales entre todos los estados de la República. A la colección de minerales del zacatecano Fernando Ponce se le otorgó medalla de primera clase; a la compañía Minera de "El Bote" medalla de segunda clase, y a Hermenegildo Campillo mención honorífica por la mejor colección geológica. Igualmente Zacatecas obtuvo medallas y menciones honoríficas por las magníficas muestras de vinos y licores que se presentaron: al señor Feliciano Gómez González por el mezcal de Pinos y al señor Timoteo Herrera, de San José de la Isla, por el mejor vino de membrillo.⁴

Para la Exposición Universal de París, celebrada en 1900, el Gobierno del Estado nombró una "junta local de la exposición" que, integrada por los ingenieros José Arbol y Bonilla, Luis G. Córdoba y el doctor Miguel Vásquez entre otras personas, reunió un selectivo muestrario de las obras literarias, científicas, artísticas y artesanales, así como de los productos agrícolas y ganaderos originarios de la entidad.

En este magno evento se otorgaron medallas

de oro a la Compañía Minera de Saucedo en el aspecto de "explotación de minas, minerales y canteras" y al señor Francisco Ruelas, de Guadalupe, Zacatecas, en el renglón de "hilados y tejidos de lana". Merecieron medalla de plata el Asilo de Niñas, en el ramo de "encajes, bordados y pasamanería", y el señor Genaro G. García en el apartado de "productos alimenticios de origen animal". También logró una medalla de plata la Escuela de Artes y Oficios de la Penitenciaría del Estado por sus trabajos presentados en la sección de "tipografía". La representación de Zacatecas mereció otras nueve medallas de bronce y dieciséis menciones honoríficas en esta exposición.

Por otra parte, en el orden científico y a nivel mundial, destacó la representación que de Zacatecas llevara el doctor Juan Breña al congreso internacional de medicina celebrado en Indianápolis, Estados Unidos, en octubre de 1900. Nombrado jefe de la delegación mexicana, el doctor Breña expuso un trabajo sobre sanidad pública, mereciendo el reconocimiento de la asamblea y que se le honrara con el nombramiento de vicepresidente de dicha Asociación.

Exposición Universal de París, 1900.



EL RECURRENTE PROBLEMA DEL AGUA

Una de las mejoras urbanísticas de importancia que se realizaron durante el porfiriato en Zacatecas fue la construcción de un sistema para captar y distribuir agua potable, que vino a remediar en parte la carencia del vital servicio y evitó las largas caminatas de la gente del pueblo a los cerros aledaños para acarrearla cuando no la compraba a los *aguadores* que surtían a gran parte de la población, quienes "...transportaban el agua desde los pocitos de la Bufa, del Muerto, de la Cebada o del Cerrillo: manantiales de agua límpida, delgada y de agradable sabor a mariola, cercanos a la ciudad; esta era el agua *buena*, el agua para beber y para cocinar, que se recibía en grandes y rojas tinajas de barro poroso y aromado, con sus redondas tapas de madera".¹

Sólo que a finales del siglo pasado el problema se agudizó obligando al gobierno a ofrecer contratos a varias compañías, las que después de los estudios previos se declaraban incompetentes para resolverlo ante la hostil y accidentada orografía. En estas condiciones, el gobierno decidió afron-

tar por sí mismo el problema nombrando una comisión encargada de lograr acuerdos con las compañías mineras de Quebradilla, San Rafael, Mala Noche, la Plata y el Lete, para que permitieran aprovechar en beneficio social los desagües de las minas; propuesta a la que los dueños de las minas accedieron, pues el beneficio era mutuo.

El agua se condujo hasta las fuentes de la Alameda, Yanguas, Villarreal, Santa Teresa, Santo Domingo, etc. Estas fuentes le dieron nueva vida a la ciudad por ser punto de reunión y a donde, desde las primeras horas de la mañana y durante casi todo el día, llegaban las mujeres del pueblo tanto para surtirse del agua como para comentar los sucesos diarios.

Cuando todo era alegría y parecía solucionado el abastecimiento del agua, las fuentes empezaron a secarse por el cierre de las minas que, ante la baja experimentada por la plata y otros minerales, tuvieron que suspender su explotación, originándose un alto índice de desempleo y dejando de paso sedienta a la ciudad.



Llegada del agua a la antigua Plaza de Villarreal.

Con el temor de que las enfermedades epidémicas se presentaran y para solucionar de una vez por todas el problema del vital servicio, el gobierno se decidió a realizar un ambicioso proyecto: comenzó por localizar todos los veneros, corrientes y receptáculos de agua potable más cercanos a la ciudad. Se adquirieron los fundos de la Pepita con el tiro y estanque de la Filarmónica, Santa Clara, el socavón de Santiago y otras.

Después de la localización de estos depósitos, se prepararon técnicamente desazolvándolos y limpiándolos, y se les acondicionó para aumentar su caudal de captación y asegurar la buena calidad del agua. Hecho lo anterior, las filtraciones de los veneros hicieron que pronto recuperaran su caudal principalmente la presilla de los Olivos, el charco y tiro de la Encantada, el tiro de la Filarmónica y su estanque, la presa de San Bernabé, Santa Clara, el socavón sur de Santiago de la mina de los Campos, y el del Lete. Estos veneros formaron una red periférica, quedando la ciudad habilitada para ser surtida de agua potable.

Se procedió luego a construir varios circuitos de distribución que, partiendo de los veneros de la periferia, llegaban a todos los rumbos de la ciudad. Fue otro reto a la imaginación cimentar

postes que sostuvieran los pesados ductos de tres pulgadas de fierro afianzados por cables de acero a modo de puentes colgantes, con una longitud hasta de 600 metros, como los que partían del tiro del Lete a la plazuela de San Juan de Dios.

Desde este lugar se dio servicio a la calle de Reforma y la Merced Vieja, terraza de la Ciudadela, Juan Alonso, crucero de Ledesma y Tenorio, San José Viejo, Correa y San Pedro Nolasco.

El circuito surponiente fue puesto en funcionamiento en marzo de 1906 por el gobernador Eduardo G. Pankhurst, beneficiando a los vecinos de la estación, Barrio Nuevo, arquería de San Marcos, el Rebote, San Cayetano y avenida Juárez, con un desarrollo total de 2,750 metros. Del depósito de la Alameda se daba servicio a la calle del Refugio, escuela Juárez, Manjarrez, Plazuela del Vivac, los Arcos, San Pedro, San Antonio,

Necesidad urgente: apagar la sed.



Zacatecas: ambicioso proyecto para traer agua potable.

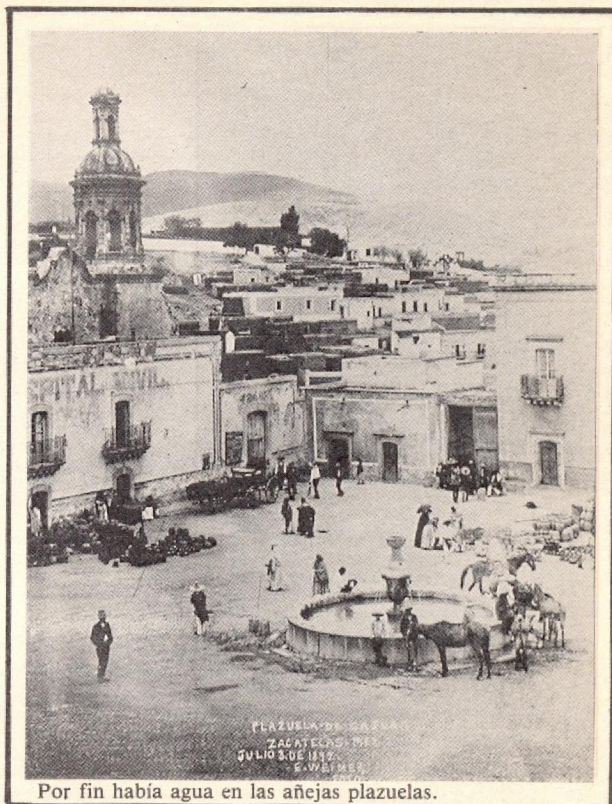


mercado de Carnes y plazuela de la Loza. Del socavón del Edén de la mina de Quebradilla se abastecían la Alameda, la cárcel de mujeres y la plazuela de Yanguas. De la Filarmónica y Santa Clara se surtía de agua a San Francisco, plazuela de García, la Compañía, plaza de Santo Domingo, los Gallos y Pingorongo.

Las aguas *no* potables de algunos tiros, llamadas aguas saladas, se aprovechaban para regar los jardines de la Alameda, Morelos, Miguel Auza, Villarreal e Hidalgo.

El plan de abastecimiento de agua potable para la ciudad de Zacatecas fue sencillo, ingenioso y práctico aunque de gran envergadura, sobre todo considerando la tecnología *casera* que se utilizó. La población estaba rodeada por una red fluida, elevada, sin pérdida de carga, y susceptible de alimentarse por las aguas del Lete, por las del depósito del Nuevo Vergel, o simultáneamente por ambas.

Cuando en 1908 se presentó la peor sequía registrada en muchos años, la ciudad se vio a salvo de la escasez de agua gracias a la previsión del gobierno de Pankhurst que supo adelantarse al problema; y aun cuando no se consideró por entonces la posibilidad de instalar tomas domiciliarias, sea como fuere el gobierno no escatimó dinero y esfuerzos para dar de beber a una población sedienta.



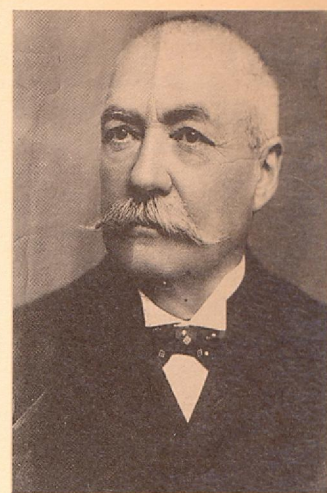
Por fin había agua en las añejas plazuelas.



Aquel 1908, año de la peor sequía.



Zacatecas, 1890: Portal Rosales.



Manuel González Cosío.

EN ZACATECAS, a partir del establecimiento del poder porfirista, la política no se manifestó a través del libre ejercicio de las actividades ciudadanas para proponer soluciones a la problemática y las carencias que existían; sólo fue, durante treinta largos años, el marco donde confluían las ambiciones de las camarillas dentro del concepto de maniobras de poder o de influencia, sin que se condujera la vida social conforme a una tabla trascendente de valores, y sin la necesaria concepción filosófica como base de la armonización de intereses y del equilibrio social.

Hacer *política* era entonces sinónimo de *delito*. Ninguna disposición jurídica existía que prohibiera las actividades políticas, pero el ciudadano común no podía dedicarse con libertad al ejercicio de sus ideas en este campo o a la crítica de los asuntos públicos en forma independiente o democrática, sin que se viera amenazado en su trabajo, en su persona o en su familia.¹ Las opiniones del pueblo adversas a la conducta administrativa de los funcionarios públicos no se manifestaban al aire libre, ni estaban permitidas las reuniones abiertas, ni tampoco publicar en volantes o periódicos su pensamiento sociopolítico.

Toda manifestación de inconformidad afloraba al cobijo de la confianza familiar, en los comentarios entre amigos y en la chismografía de los clubes sociales; y aún así, esto se hacía *sotto voce* y *suo tempore*, para evitar el ser denunciado por los sumisos incondicionales del gobierno.

Las manifestaciones políticas que se llevaban a cabo eran sólo las que el mismo gobierno organizaba a su favor o las ordenadas por la autoridad del centro, siempre de adhesión al propio gobierno, que la secretaría dirigía y en la que participaban, principalmente, simpatizantes gobiernistas y mansos burócratas. Al zacatecano común, al ciudadano de la calle, le era indiferente

todo acto cívico o político de carácter oficial, desinteresado debido en parte a su inconformidad con el continuo proceso de aletargamiento y represión que habían acabado con su fe en las instituciones y con su responsabilidad civil.

Las autoridades que deberían ser nominadas por elección popular: diputados locales, integrantes de los ayuntamientos, etc.; eran elegidas mediante simulacros de elecciones por el gobernador y él, a su vez, era designado por el Presidente de la República —elector omnímodo— a través de la recomendación de su *brazo derecho* en Zacatecas, el general Jesús Aréchiga.

Igualmente, los diputados federales y senadores los designaba el mismo don Porfirio por recomendación de alguno de sus ministros —principalmente los zacatecanos Manuel González Cosío y Felipe Berriozábal— o de un amigo común. En el Congreso de la Unión, los diputados y senadores que representaron a Zacatecas se perpetuaron en esos cargos y fueron, en su mayoría, personas desconocidas en la entidad.²

Por lo que respecta a los diputados locales, ninguno de ellos era representante de las masas de trabajadores; ni los campesinos, ni los artesanos, los empleados del comercio o los pequeños comerciantes tuvieron un verdadero diputado salido de sus filas. Durante este lapso, los congresos locales estuvieron integrados sólo por miembros de las familias políticas que conformaban la oligarquía reinante. Para no citar los nombres de todos los personajes que integraron las diversas legislaturas locales durante el porfiriato, bastará con apuntar que varios de ellos fueron diputados locales propietarios de siete a ocho veces y que el licenciado Ramón Romero estuvo veinticuatro años en el seno de la Legislatura, disfrutando todos a la vez de empleos y canonjías, aparte de la diputación.³



Incipiente periodismo en Zacatecas.

Al llegar Porfirio Díaz a la presidencia, todas las esperanzas estaban puestas en él considerándolo como el único capaz de resolver los graves problemas del país, por lo que el pueblo mexicano, a través de la prensa, no le escatimó elogios en su primera gestión. En todos los periódicos de la nación aparecían artículos realizando las actividades presidenciales hasta rayar en un culto a la personalidad que agradó al mandatario y le ayudó a cimentarse en el poder.

El aparato gubernamental, que también gozaba de esta publicidad gratuita, contaba con elementos abusivos, ebrios de poder, que a su nombre o por órdenes directas del Ejecutivo empezaron

a realizar pingües negocios llegando a lo ilícito. Los periodistas que se atrevieron a denunciar fueron amenazados si no suspendían de inmediato su publicación, “por ser adversa a los fines del gobierno”.⁴ La mayoría de la prensa capitalina y de la República satisfizo los deseos del dictador y siguió rindiendo homenaje al porfiriato; primero, para poder escapar al cumplimiento de las amenazas y, luego, para disfrutar de los beneficios del porfiriato.

Una minoría de la prensa, no vendida y más combativa, advertía a los mexicanos de los peligros excesivos del poder. Los indóciles fueron perseguidos, encarcelados, desterrados e incluso asesinados.⁵

Testimonio Periodístico

NUESTRA RUINA ECONOMICA

La Mentira Oficial y los Hechos

Es evidente, axiomático, que un país sólo puede considerarse próspero cuando la mayoría de sus habitantes goza de prosperidad. La situación, buena o mala de un país en conjunto, tiene que ser, obligadamente, la misma que guarda en lo personal la mayoría de los ciudadanos de ese país.

El más obtuso cerebro no se imaginaría el absurdo de considerar grande y próspera una nación cuyas nueve décimas partes de sus habitantes estuvieran en la miseria, ni pretendería declarar arruinado y pobre a un país en el que la mayoría del pueblo viviera con comodidad y desahogo. Sólo la mala fe, a sabiendas y con el ánimo de embaucar, puede llegar a tan necias conclusiones.



Imprentas y Diarios: iniciales restricciones a la libertad.

Zacatecas, reconocido como un estado de probada trayectoria liberal, resintió tales restricciones en su libertad de expresión. Los sicarios del gobierno estatal sentían la necesidad de vivir saboreando la adulación de la prensa como Díaz en la capital, obligando a directores y reporteros de los medios de difusión locales a observar las nuevas reglas del juego, advertidos al principio de que la libertad que les confería el gobierno era un privilegio del que no deberían abusar, por lo que de acuerdo a la nueva ley se les dirigía una primera advertencia que les evitaría molestias posteriores quizá más drásticas.

A medida que transcurría el porfiriato en Za-

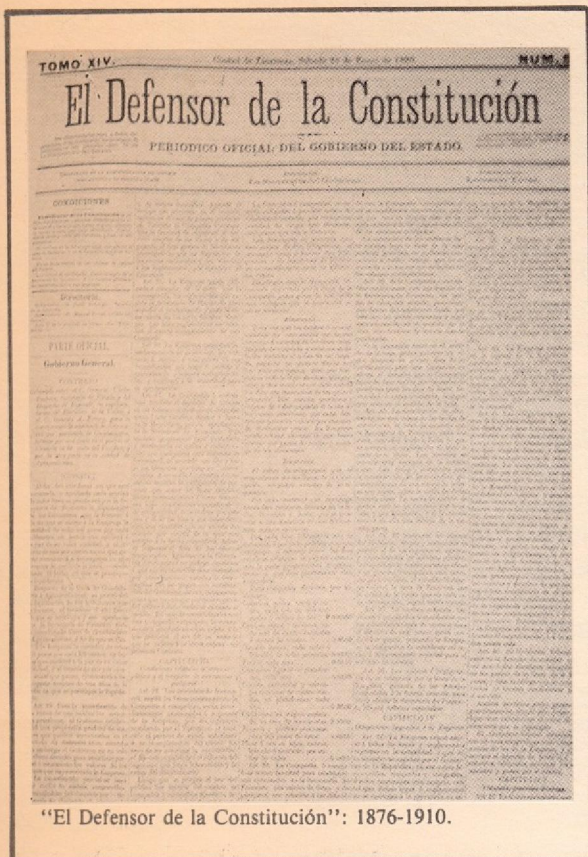
catecas fue creciendo la represión a la libertad de prensa. En el transcurso de 1891 a 1896 se clausuró o de hecho desapareció la mayoría de los periódicos, olvidándose incluso de enviarles la primera advertencia para allanar violentamente sus oficinas o talleres, destrozándolo todo.

Por esas fechas, Zacatecas estaba clasificado como uno de los ocho estados en que existía *un solo periódico* y, claro está, éste era el vocero oficial. Sólo la represión brutal de las autoridades explica la desaparición del periodismo en el Estado.

Los intentos por restaurar la información por parte de decididos periodistas no se logró inclusi-

En México esa mala fe, representada por la prensa que subvenciona el gobierno, se atreve a sostener que es brillante nuestra situación económica. ¿En qué funda tal aseveración? En nada. Lo hace para adular al gobierno, porque no puede ni se le permite confesar que la dictadura ha arruinado a la Patria. La misión de esa prensa que se alquila es engañar; y engaña, miente, asegura que somos felices y prósperos aunque es tan claro que la miseria y la tiranía nos están matando.

Esas falsedades que la tiranía manda propalar se desmienten mejor con hechos que con palabras. Los hechos, según hemos publicado ya, muestran que las clases trabajadoras de México, es decir, las que constituyen la inmensa mayoría de la nación, están muy lejos de vivir en la prosperidad y, por el contrario vegetan en la más espantosa miseria, azotadas por la tiranía y por el hambre. En las minas, en los campos, el trabajador es inicuaemente explotado; el miserable jornal que gana no le alcanza para llenar sus más urgentes necesidades, y vive desnudo, a medio comer y en habitaciones infectas. ¿Cómo puede llamarse próspero un país cuyos habitantes en su mayoría arrastran una existencia semejante? ¿Cómo ha de ser brillante la situación económica de una nación en que las clases sociales-trabajadoras, las más numerosas y las más útiles, viven en la más desastrosa indigencia? Hemos publicado hechos concretos en suficiente número para probar que es miserable la situación del trabajador en México. No hemos presentado un solo caso, ni nos hemos referido a una sola región de la República: hemos exhibido muchos casos, registrados en casi todos los estados de la Nación. El mal es general y por todas partes se repite, y se repetirá mientras la actual dictadura no sea sustituida por un sistema de libertad y de justicia.



"El Defensor de la Constitución": 1876-1910.

ve en 1897, año en que se registra un mayor número de periódicos, pues *El Demócrata*, *Leperito*, *El Orden*, *La Sombra de los Mártires Ignorados*, *El Factor* y *El Liberal* —éste duró publicándose seis años—, se veían en la obligada necesidad de despedir a los redactores que sobrepasaban en sus artículos lo permitido por el gobierno.⁶

El Defensor de la Constitución, fundado en 1876, fue el periódico oficial del gobierno del Estado y *La Crónica Municipal* y *La Rosa del Tepeyac*, de 1882, son los únicos periódicos que se pu-



Problemas de los redactores al aproximarse la Revolución.

blican hasta el final del porfiriato.⁷

Comparando el periodismo local, por ejemplo, con el de San Luis Potosí de 1900 a 1907, se deja ver la pobreza del de Zacatecas, pues en la capital potosina sobrepasaron los cuarenta títulos. Este ejemplo comparativo deja ver la represión que se hizo al periodismo en el Estado; la *leva* o la *cuerda* eran el premio para aquellos periodistas que sabiendo de antemano el castigo al que se exponían, lucharon a su manera contra el porfiriato; su espíritu mantuvo incólume la noble profesión iniciada por Castorena Ursúa y Goyeneche.

Como una prueba más de lo que estamos sosteniendo, publicamos hoy los abusos y explotaciones que comete la "Mazapil Copper Co" en el Estado de Zacatecas, compañía minera poderosa que ha contado con el apoyo de la dictadura, como cuenta con el apoyo del gobernador Eduardo G. Pankhurst y ha contado con la protección de los gobernadores para cometer toda clase de desmanes en contra de los desventurados mineros.

Esta compañía tiene siete minas en explotación en el cerro de Aranzazu, que es de poca extensión, aunque de buena altura. Hace años que se trabajan a gran escala las minas de "San Antonio", "Hundido", "Jabonera", "Jaime", "Placer", "Socabón general" y "San Carlos", y cada una de ellas lo que menos da de carga al mes son seis mil quinientas toneladas. Esa explotación de siete minas en un cerro que no debería de soportar más de dos, según opinión de peritos autorizados, ha hecho sumamente peligroso el trabajo. Las minas, que según dicen los barreteros son unos *cascarones*, se comunican entre sí y hay serios temores de una catástrofe que pueda sepultar bajo los escombros a millares de seres humanos. Ya se han registrado con frecuencia accidentes graves y muchos hombres han muerto a consecuencia de ellos. Sin embargo, la compañía nunca ha resultado responsable, pues tanto ella como el gobierno que la apoya arrojan la culpa de cualquier accidente sobre las víctimas del mismo...

LA TRIBUNA NACIONAL (quincenal; director, Miguel de Paula Soto)
México, diciembre 1906. Núm. 2, p. 11

LA OPOSICION Y LOS CLUBES POLITICOS

En diciembre de 1898, cuando Porfirio Díaz atraviesa el Estado hacia Monterrey, un grupo de mineros atacó el convoy oficial a pedradas y con gritos de “¡Viva Trinidad García de la Cadena!” En esas circunstancias, el Presidente tuvo que rechazar la invitación del Gobernador para visitar la ciudad.¹

Esta actitud agresiva de los zacatecanos hacia el dictador dejaba traslucir todo el odio para quien había ordenado la muerte del caudillo liberal. Representaba también la tragedia de su diaria miseria y el resentimiento por la esclavitud política en que vivía.

Los privilegiados se agrupaban en los clubes *reeleccionistas* de Zacatecas: el Club Popular Zacatecano, el Círculo Nacional Porfirista y el Club Liberal Reeleccionista de Zacatecas, todos ellos encauzados a perpetuar a Porfirio Díaz en el poder. El día que se efectuaban las elecciones concurrían a dar su apoyo para las reelecciones del Presidente o del Gobernador Aréchiga, y más que votaciones parecían desfiles de modas, contrastando con el vestir humilde de la población.

También el pueblo, a principios de siglo, se empieza a organizar contra el porfiriato. Mineros, peones, empleados administrativos, pequeños comerciantes, estudiantes y algunos profesionistas de la clase media formaron sus propios clubes: pero no para reelegir a don Porfirio o al general Aréchiga, sino para buscar móviles propios a fin de participar positivamente en la lucha política y erradicar las injusticias en que se vivía, protestando contra la solapada protección a las compañías extranjeras y contra el latifundismo que agobiaba a los campesinos y pequeños agricultores.

Los miembros de estos clubes fueron perseguidos y obligados a pasar a la clandestinidad, pero estaban ya unidos por los lazos de una causa común: el general malestar de que eran objeto, y el deseo de ayudar a crear una fuerza que les librara de los grilletes de la opresión.

El siguiente episodio tiene lugar en Pinos: “En julio de 1901, Antonio Díaz Soto y Gama, invitado por el Club Liberal González Ortega para conmemorar la muerte de Juárez, pronuncia un discurso en el cual critica al régimen de Porfirio Díaz, y subraya en particular la traición y el oscurantismo elevados al poder en la persona de gobernadores reaccionarios como el de Zacatecas, que era en aquel entonces Genaro García... A consecuencia de este discurso, Díaz Soto y Gama es detenido y encarcelado y el periódico *El Centinela*, de marcada filiación liberal —que se editaba en la capital zacatecana— fue suspendido por sus comentarios antigobiernistas.²

Algunos clubes empiezan a funcionar dando la apariencia de reuniones de amigos para intentar pasar inadvertidos; toda precaución era poca ante la tenaz vigilancia; el pueblo estaba amedrentado pero ansioso a la vez por conocer las nuevas ideas de que eran portadores los hermanos Flores Magón, cuyo mensaje constituía una esperanza por un estado más justo y el reclamo de verdadera justicia social.

Una activista afiliada a los Flores Magón que desarrolló significativa labor de proselitismo en Zacatecas fue Teresa Arteaga; militó en el Partido Liberal Mexicano y, llena de entusiasmo por la causa antiporfirista, llevó mensajes de la junta organizadora arrojando un sinnúmero de peli-



Nace la oposición: Discurso de Antonio Díaz Soto y Gama.

gros por varios estados de la República. La actividad floresmagonista en Zacatecas dio buenos frutos, logrando despertar el sentimiento cívico acallado por las bayonetas de la oligarquía, con lo que se empezó a gestar el deseo de luchar contra una opresión ya intolerable.

Para agravar la situación del pueblo, el cierre de las minas originó un alarmante desempleo; en igual situación estaban los campesinos ya que la ausencia de lluvias, y por consecuencia las malas cosechas, hizo que la peonada se convirtiera en una carga molesta para el patrón ante la insuficiencia de alimentos, por lo que obligadamente se llenaron las ciudades de desempleados, peones y mineros, formando una gran masa que se trasladaba de un lugar a otro en busca de trabajo para sobrevivir siendo recibidos con desconfianza, viéndose obligados muchos de ellos a pedir limosna y aun a robar en los caminos y casas. Son pocos quienes logran conseguir trabajo, con un sueldo miserable que no les alcanza ni para un *cuartillo* de maíz. Todo esto sería motivo para hacer más violenta la Revolución.

Barreteros y campesinos vuelven sus esperanzados ojos a los clubes antiporfiristas, donde todos se ayudan entre sí para no sucumbir en el marasmo social. De intensa vida fueron los clubes que fundaron Jesús G. Pinera en Nieves y el licenciado Benito Garza en Pinos, ambos llamados "Club Liberal González Ortega", así como el "Donato Guerra" de Nochistlán. Por lo general estos clubes debieron refugiarse en la clandestinidad ante la vigilancia del gobierno, que veía con no poca inquietud las múltiples simpatías populares que atraían.

Muestra palpable del descontento de los campesinos fue la rebelión que se produjo en la región sur del Estado en 1902, cuando cerca de un centenar de peones y jornaleros —deficientemente armado— se lanzó a *conquistar la República* demandando la *socialización* de la tierra, según declaraban en sus proclamas.⁴ Este grito libertario debió sonarles extraño a capataces y dueños de las haciendas, que con más sorpresa que temor veían en son de guerra a quienes hasta ese momento tenían subyugados.

La revuelta fue sofocada violentamente, sometiéndose a culatazo limpio no sólo a los rebeldes sino también a las mujeres y sus hijos. A los que pretendieron huir a los montes se les asesinó entre los breñales. Luego de ser aprehendidos 44 de los sublevados en Juchipila y Tlaltenango, consignados y juzgados, a varios de ellos se les remitió presos a las mazmorras de la cárcel de Belén en la ciudad de México y de San Juan de Ulúa en Veracruz.



Ricardo Flores Magón y María Brause de Flores Magón.



Cundía el desempleo en las calles de Zacatecas.



La paz provinciana comenzaba a perturbarse.

EL PROGRESO URBANISTICO EN ZACATECAS



Trasido... por... llega el tren a Zacatecas.



Rápida comunicación a la ciudad de México y la Unión Americana.



1884... Fiestas continuas y entusiasmo popular.

Durante el prolongado gobierno porfirista, la ciudad de Zacatecas experimentó una entusiasta y constante transformación urbanística: fue Jesús Aréchiga “quien a lo largo de los dieciséis años que permaneció en el poder cambió la fisonomía arquitectónica, cultural y social de la ciudad”.¹

El 9 de marzo de 1884, con motivo de la llegada del primer tren procedente de la ciudad de México, vía Paso del Norte, toda la población se dio cita en la estación para presenciar su llegada. Por tan singular motivo se efectuaron tres días de fiesta continuos; las campanas de todos los templos se echaron a repique; la banda de música del Estado, la banda militar y varios conjuntos musicales pasearon por calles y callejones en medio del entusiasmo popular; se efectuó un festival en la Alameda pronunciándose alabanzas por la *encomiable* labor presidencial. Hubo serenatas, paseos, fuegos artificiales, exposiciones y otros actos culturales; en el palacio de gobierno el general Aréchiga invitó a la élite zacatecana a una cena-baile. También en conmemoración de la llegada del tren a Zacatecas se inauguró en el Instituto de Ciencias la primera exposición minera del Estado: ésta se integró con las colecciones de las minas del Bote, la Reforma, Cinco Señores, San Fernando, San Acacio, Vetagrande, Chalchihuites, Pinos, Santa Fe, Mesteñas, San Martín, la Cantera, y la particular del ingeniero Joaquín M. Ramos. Todas estas colecciones fueron donadas al Instituto de Ciencias y, junto con la del propio plantel, dieron nacimiento a la colección de mineralogía que a la fecha es patrimonio de la UAZ.

El 16 de septiembre de 1889, luego de rendir



su informe ante el Congreso del Estado, el gobernador Jesús Aréchiga se trasladó con una numerosa comitiva a inaugurar el mercado principal, recién levantado frente al costado sur de la catedral.

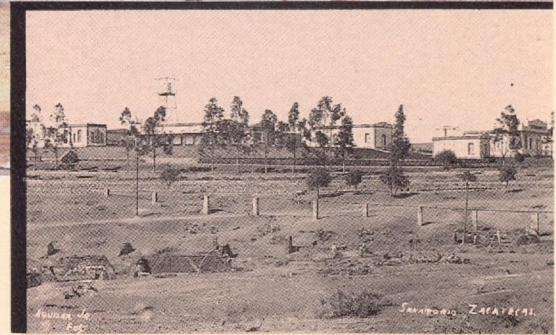
“Este grandioso edificio constaba de dos pisos y planta baja y estaba construido con toda la magnificencia y decoro como correspondía a una ciudad culta y civilizada.

La mayor parte de las obras de este mercado se hicieron durante la administración del señor Morfín Chávez, y a cargo de la construcción estuvo el ingeniero Carlos Suárez Fiallo.

Con el fin de evitar en lo posible y controlar la propagación de las terribles enfermedades que durante muchos años asolaron a la región, el 1° de enero de 1890 se colocó la primera piedra del hospital de Zacatecas, pero hubo de suspenderse su construcción cuando se llevaba ya un noventa por ciento de avance, por el grave inconveniente de que estando situado al norte, se consideraba que los vientos que entran a la ciudad por dicho rumbo acarrearían infinidad de microbios en perjuicio de la población.

Otra de las razones de peso que se argumentaron para suspender su acabado, fue que las aguas de deshecho que drenaría el proyectado nosocomio caerían al arroyo que por ese entonces atravesaba la ciudad y se encontraba al descubierto.

La construcción quedó abandonada por muchos años y había sido encargado de su fábrica el ingeniero José Noriega, capacitado profesionalista que construyera los teatros de la Paz en San Luis Potosí, el Degollado en León, Guanajuato; la mayor parte del Juárez en la ciudad de Guanajuato, y el Morelos en Aguascalientes.

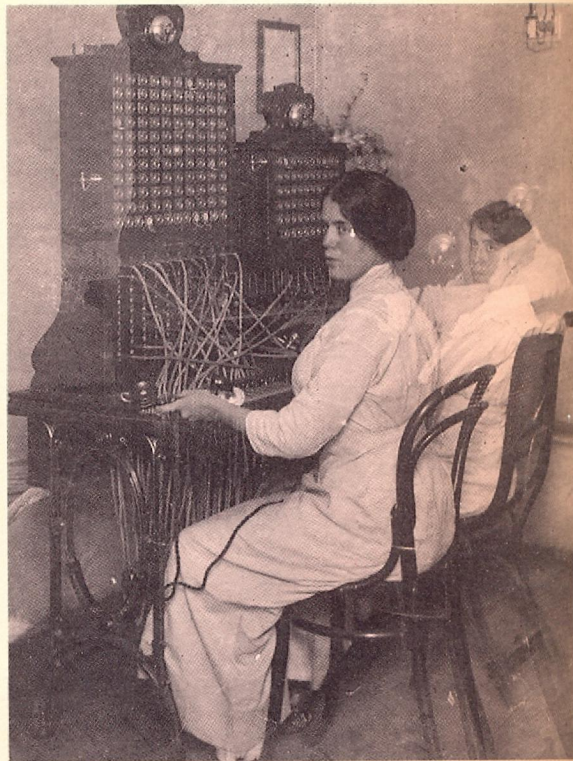


1890: se inicia la construcción del Hospital de Zacatecas.

Fastuosa inauguración del Mercado Principal.



TELEGRAFO Y TELEFONO



La primera línea telegráfica en el Estado se estableció en 1868, de la capital zacatecana a la ciudad de San Luis Potosí. Y fue durante el porfiriato cuando progresivamente se van extendiendo, de tal modo que para 1887 se tenía comunicación con veintiuna de las principales poblaciones del Estado y con las capitales de las entidades vecinas.

Esta notable expansión en Zacatecas obedecía en el fondo a dos objetivos bien definidos: por una parte, es innegable que el establecimiento del servicio teleográfico representaba un gran beneficio para la población al facilitar la comunicación rápida, sobre todo en casos de emergencia; por otra, el incremento de que fue objeto el servicio teleográfico permitió al gobierno porfirista reprimir cualquier rebeldía al régimen, pues las jefaturas políticas, al recibir aviso de alarma sediciosa, enviaban de inmediato a las tropas para sofocar los brotes levantiscos.

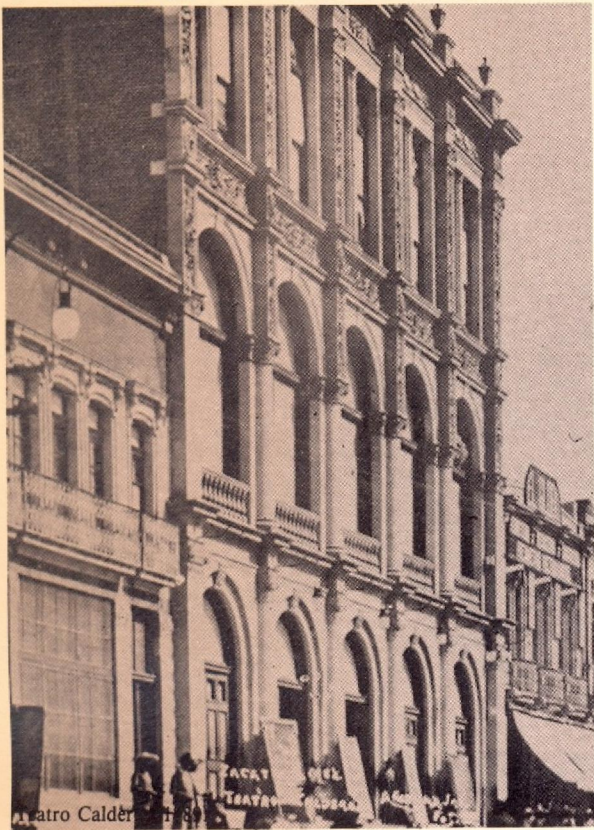
Pero que el telégrafo prestó un inmejorable servicio a la población lo prueba el hecho de que en 1887 los ingresos por este servicio al público ascendieran a \$65,855.68. En el periodo del licenciado Eduardo Pankhurst las redes telegráficas alcanzaron más de mil kilómetros de extensión, con cerca de cuarenta oficinas en el estado, capitalizando ingresos por \$99,348.51 *

El 13 de octubre de 1878 se inauguró la vía telefónica a Guadalupe, y el 22 del mismo mes se

hizo lo mismo a Ciudad García utilizando la red telegráfica; era jefe político de Ciudad García (Jerez) el señor José María Hinojosa, a quien el gobernador se dirigió en los siguientes términos: "Señor Hinojosa, si mis datos no me engañan, por primera vez en el mundo dos autoridades se comunican de viva voz, a distancia de trece leguas y media. El estado de Zacatecas debe estar orgulloso de que en él haya logrado tan sorprendente invento el resultado más satisfactorio. Felicito a usted, pues, como primera autoridad de uno de los Partidos más importantes de este Estado, y todos los que somos testigos del éxito brillante que han obtenido los trabajos del señor Sierra debemos también felicitar por ellos a dicho señor, cordial y sinceramente".

A la vista de estos experimentos conjugados entre el teléfono y el telégrafo, las autoridades quedaron convencidas de su práctica utilidad pues todos los presentes quedaron impresionados por la claridad con que se escucharon las palabras de quienes intervinieron. En consecuencia, el 16 de septiembre de 1882 se inauguraron las líneas telefónicas entre el despacho del ejecutivo y varias dependencias oficiales, entre ellas las de policía y las garitas de control fiscal comunicadas con la tesorería y la comandancia. Se completó el sistema de comunicación en el estado mediante contrato que se celebró el 5 de mayo de 1905 con la "Compañía Telefónica de Zacatecas, S.A."

SE INAUGURA EL TEATRO CALDERON



El gusto por el teatro fue una de las herencias de la colonia que trascendieron a la vida del México independiente. En 1832 se había construido en Zacatecas un amplio teatro con capacidad para dos mil personas. Pero en 1889, en la víspera de presentarse el circo Salvini con cincuenta “animales sabios”, se produjo un incendio que lo dejó reducido a cenizas. Ante la necesidad de contar con un local apropiado para el esparcimiento de la sociedad surgió la inquietud por reedificar el Teatro Calderón como a la fecha existe, cuya primera piedra se colocó el 5 de mayo de 1891. La inauguración de este coliseo fue el 16 de mayo de 1897. Lleva el nombre de Fernando Calderón en justo homenaje al poeta que marcará un hito dentro de la literatura nacional y que cantara a los héroes de la Independencia y a los próceres zacatecanos.

Enclavado en el corazón de la ciudad, dio comienzo su construcción —supervisada por el ingeniero Luis G. Córdova— lográndose en su fábrica una obra arquitectónica de notable acústica, contando con un vestíbulo y un *foyer* decorados con el exuberante lujo francés, estilo propio de la época. El día del estreno estuvo naturalmente muy concurrido: barreteros, trabajadores y demás gente del pueblo congregada en las aceras cercanas al teatro contemplaban la fastuosidad, tanto del ambiente físico como de las damas que, acompañadas de elegantes caballeros, asistían a



la función. A las 8 de la noche, hora anunciada para dar principio al espectáculo, aquel público que se calificaba del mejor gusto artístico ocupaba ya sus respectivas butacas esperando con febril entusiasmo que el gran telón de boca se elevara y descubriera el escenario. El momento en que esto se verificó fue solemne y toda la concurrencia de pie lanzó estruendosos “vivas” y calurosos aplausos.* Se presentó la obra de Espronceda *El estudiante de Salamanca*.

Un lustro más tarde seguía contando con la preferencia de la burguesía zacatecana para celebrar en él los eventos artísticos, políticos, culturales y sociales; el 5 de noviembre de 1903 se celebró en el *foyer* un baile brindado por la élite social al gobernador del estado, en reciprocidad al que éste les había ofrecido días antes. Se bailó el *minué*, en el que lucieron los participantes trajes y joyas de la época del reinado de Luis XVI. Este festejo motivó que se comentara con repulsa que aquello representaba “tristes rescoldos de la fúgax monarquía de Maximiliano”.*

El Teatro Calderón ha sido escenario para múltiples eventos artísticos, entre los que se consiguan las repetidas y siempre bien aceptadas presentaciones de la diva Angela Peralta, y la actuación de Pepito Arreola, niño de 12 años que el domingo 3 de julio de 1910 interpretó al piano *Fantasia y Fuga* de Bach y la *Campanella* de Paganini-Liszt.

ESTATUA ECUESTRE DE GONZALEZ ORTEGA



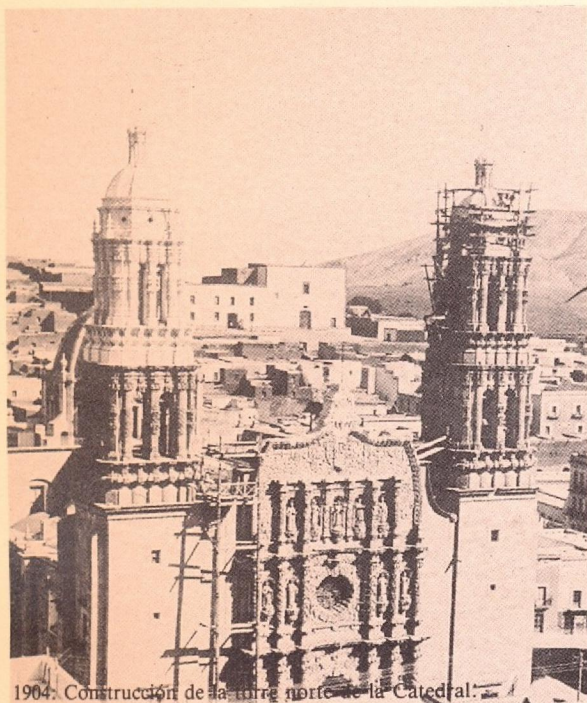
Monumento a Jesús González Ortega.

Una de las obras que el pueblo en general recibió con satisfacción fue la estatua ecuestre erigida a Jesús González Ortega; el domingo 15 de mayo de 1898, día de su develación, se reunieron en la antigua calle de Tacuba autoridades y veteranos de la guerra de Reforma para testimoniar homenaje al guardián del honor y la integridad de México. Su continente escultórico expone la gallardía y nobleza del "Tinterillo de la Reforma" dentro de la acción y la lucha en que vivió el héroe zacatecano durante la intervención francesa. La estatua se sufragó mediante suscripción pública arrojando un costo de \$23,224.52. Es una de las mejores obras del escultor hidrocálido Jesús F. Contreras y fue manufacturada en la Fundidora Artística Mexicana.

La figura histórica de González Ortega es de las que más hondamente se han fijado en el sentimiento cívico del pueblo: patriota honrado y generoso, inflexible en el cumplimiento del deber,

que con la clarividencia de su genio supo coadyuvar a la regeneración política y social de la patria; sin antecedentes académicos ni carrera pública, sin más elementos que su natural capacidad y patriotismo, se impuso a las intolerables tiranías que retardaban fatalmente la evolución de la República. Las batallas de Peñuelas y Calpulalpan en las que González Ortega acaudilló a las fuerzas liberales, dieron a éstas el triunfo contra el ejército conservador. Brilló igualmente su genio militar como general en jefe del Ejército de Oriente, cuando en la segunda defensa de Puebla causó la admiración aun de los mismos invasores por el hecho, sin precedentes en los anales europeos de guerra, de licenciar a sus tropas horas antes de la derrota incondicional, "acción nueva y extraordinaria" porque no había sido una "rendición previa a las garantías que se solicitan en esta clase de actos ni tampoco una capitulación y, por lo mismo, no se hallaba un nombre propio que darle a este hecho".*

CATEDRAL



1904. Construcción de la torre norte de la Catedral.

El 7 de diciembre de 1904 se terminó la torre del lado norte de la catedral de Zacatecas, por lo que se iluminó el frente con seiscientos focos de luz incandescente, presentando un brillante espectáculo desde distintos puntos de la ciudad; la mañana de ese día el obispo bendijo la torre, arrojándose desde lo alto cientos de papeles de colores impresos con poemas alusivos al acontecimiento.* Esta torre fue bautizada con el nombre de *la Inmaculada* y su construcción se debió a la filantropía de la señorita Josefa Brillanti y Ferniza, quien sufragó todos los gastos que ascendieron a \$15,000.00 El director y maestro de la obra fue Dámaso Muñetón, originario de Tepetongo, Zacatecas, cantero competente que había resentido las dudas de algunas personas en el sentido de que no podría igualar fielmente la reproducción de la otra torre, como debería de ser. El maestro Muñetón fue también el constructor del edificio de la Escuela de la Torre y el templo parroquial de la ciudad de Jerez, Zacatecas, así como de la parroquia de su pueblo natal, bellos edificios de estilo gótico que muestran su calidad profesional. La torre norte de la catedral se realizó en sólo ocho meses; en mayo se había concedido el permiso oficial para su construcción, y para la fecha en que se tenía programada su bendición ya estaba terminada. La cantera con que se construyó la torre faltante del sacro edificio fue ex-



Catedral Zacatecana: modelo único en el barroco mexicano.

traída del banco de Guadalupe, situado al poniente del camino a la Villa y mismo del que se había sacado toda la cantera para su fábrica; dicho banco de cantera era mejor conocido como *la cueva rosa*, aunque más parecía el interior de un amplio palacio ya que los canteros, al extraer el material, iban dejando amplios espacios interiores fabricando enormes columnas *in situ*, que por su macidez y rusticidad presentaban singular aspecto. La catedral de Zacatecas se edificó donde antes fuera la parroquia de la ciudad; comenzó su construcción a principios de 1730 y su dedicación se celebró el 15 de agosto de 1752, día de la Asunción, siendo hasta el 5 de junio de 1864, al erigirse la diócesis de Zacatecas, cuando el antiguo templo parroquial se consagró como catedral. Hubo júbilo en todo el ámbito cristiano con la edificación de esta torre, ya que tenía 122 años de estar incompleta.

Es la catedral zacatecana modelo único en el barroco mexicano; de armonioso equilibrio y fantástica riqueza ornamental, salió incólume de la metralla revolucionaria y, concretamente en la Batalla de Zacatecas, gracias a la pericia del artillero de la Revolución Felipe Angeles, quien siempre cuidó de no dañar, en lo posible, tanto las construcciones civiles como los monumentos de las ciudades que atacaban.

FIESTAS DEL CENTENARIO Y FIN DEL PORFIRIATO

Al igual que el resto del país, Zacatecas se preparaba para festejar el Centenario de la Independencia. El gobierno del centro había expedido disposiciones a los gobiernos estatales de la República para que se prepararan festejos en ocasión de cumplirse cien años de vida independiente de la nación.

Entre otros actos conmemorativos, el 21 de febrero de 1910 fue demolida la antigua fuente de la plaza de Villarreal, y el 2 de abril se colocó en su lugar la primera piedra del monumento a la Independencia —que daría su nombre a la plaza— y ahí mismo se acondicionó un nicho en el punto correspondiente al plinto del contrafuerte noreste, para depositar una caja que contenía informes y memorias de gobierno, la mayoría de la época porfirista; ejemplares de periódicos

y revistas de ese tiempo; retratos de gobernadores y funcionarios públicos; monedas de cuño circulante; plano y carta geológica del estado; impresos relacionados con la educación; un tomo del Bosquejo Histórico de Elías Amador, y otros objetos. La última piedra del monumento se colocó el 24 de agosto; pero la escultura del ángel no llegó a tiempo y hubo de ser emplazada en su pedestal hasta el 5 de febrero del siguiente año.

Los festejos del Centenario distrajeron fugazmente la atención principal que el pueblo dedicaba a las cuestiones políticas motivado por los grupos antirreeleccionistas y especialmente por el apóstol Madero, quien desde 1909 se encontraba en campaña; pero pronto pasaría la euforia de las fiestas y el fermento revolucionario volvería a manifestarse avasalladoramente hasta erradicar en definitiva al régimen dictatorial.



Fiestas del Centenario. De Miguel Hidalgo a Porfirio Díaz.

Euforia zacatecana a cien años del 'Grito' libertario.



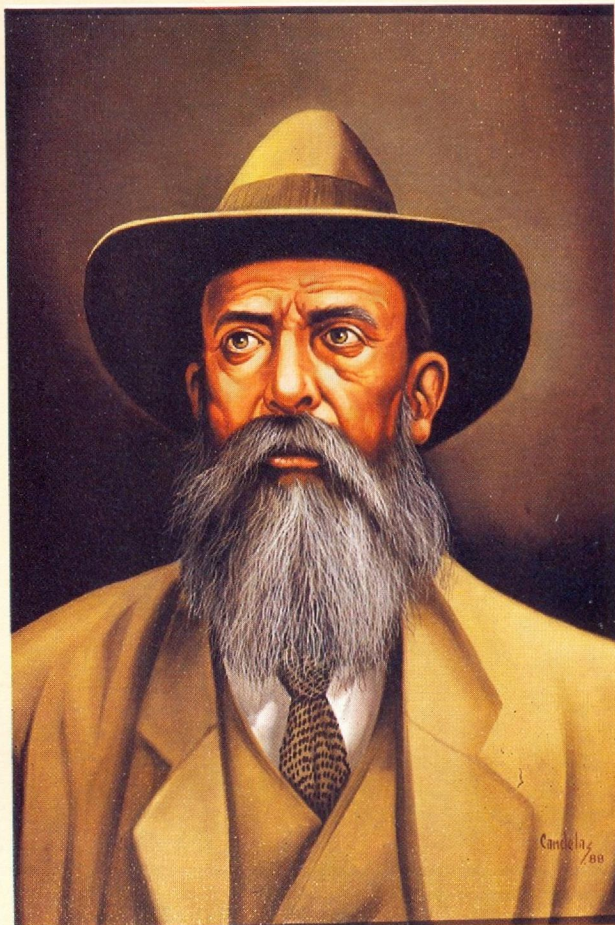
Zacatecas a la Independencia Nacional: 1810-1910.

LA LUCHA MADERISTA EN ZACATECAS

f



Inicia su lucha Francisco I. Madero.



Luis Moya: precursor del Maderismo en Zacatecas.

A UN CUANDO había transcurrido un cuarto de siglo desde la artera muerte de Trinidad García de la Cadena, al conocerse en Zacatecas el *Plan de San Luis* propuesto por Francisco I. Madero volvió a renacer en el pueblo la animadversión contra el sistema porfirista; por lo que, a las primeras manifestaciones de protesta, el gobierno de la entidad se vio obligado a reprimir los brotes de repudio y descontento, aprehendiendo y encarcelando a todo sospechoso de levantarse en armas contra el gobierno; fueron allanados y cateados con lujo de fuerza numerosos domicilios.

En Juchipila y Moyahua fueron detenidos los primeros maderistas zacatecanos en noviembre de 1910. El licenciado Juan Medina, juez de distrito en el Estado, se trasladó a Juchipila para integrar el proceso. De entre los treinta sospechosos, vejados y golpeados, fueron declarados culpables y detenidos el licenciado J. Guadalupe González, Francisco Sandoval, el doctor José Macías Ruvalcaba, Crispín Robles Villegas y trece seguidores más. Empezaba el calvario para los iniciadores de la Revolución. La impresionate *cuierda* pasaba por poblados y ciudades para es-

carmiento de los partidarios del *Apóstol* Madero.

Al jefe de la guarnición de Tlaltenango, teniente coronel Manuel F. Santibáñez, se le encarga la custodia de los presos y, llegando a Zacatecas, interna en la cárcel de Santo Domingo a los detenidos políticos, que en diciembre son remitidos a la penitenciaría de la ciudad de México. Pero ya en Zacatecas, como en el resto del país, cunde el movimiento armado.

Encontrándose en el estado de Chihuahua, Luis Moya, de acuerdo con don Abraham González, secunda el ideal maderista. Fue Luis Moya un hombre fuera de serie. Amigo de Madero desde antes que éste se decidiera a convulsionar benéficamente al país, Moya intuía ya el cambio sociopolítico que habría de producirse en la nación, aun cuando no era un político recalcitrante.

En 1910, al reencontrarse con Madero en Chihuahua, en ningún momento dudó en secundar sus ideas, y junto con Abraham González funda el club antirreeleccionista en la región dedicándose personalmente a una intensa campaña proselitista apoyando la *no reelección*. Ante el fraude electoral, Luis Moya es uno de los primeros en acudir al llamado del *Plan de San Luis*.



—Caudillos de la Revolución: Tomás Domínguez, Pánfilo Natera y Santos Bañuelos.

Los caudillos antirreeleccionistas, persuadidos de la necesidad de Porfirio Díaz de seguir en la presidencia, forman varias comisiones para promover la insurrección general armada. Luis Moya compra armas, de su propio peculio, para integrar rápidamente un grupo armado con inconformes dispuestos a la acción. Hombre de profundas convicciones y con un ardoroso impulso a pesar de sus 50 años, pone sus bienes y expone su vida al servicio de la causa; abandona toda comodidad para emprender agobiantes jornadas a caballo para hostigar al gobierno, empezando en Jiménez y Parral del Estado de Chihuahua.

Al internarse en Zacatecas hace contacto y causa común con Pánfilo Natera, Trinidad Cervantes, Santos y Félix Bañuelos, los hermanos Caloca y otros. La gran movilidad que impone a sus tropas le permite realizar tácticas *sui generis* que le dan brillantes resultados. La estrategia de Moya, por lo sencillo, desconcierta al enemigo haciéndolo vulnerable, pues ataca en el lugar donde menos se le espera. Así, en febrero y al grito de *¡Viva la Revolución!* y *¡Viva Madero!*, toma la ciudad de Nieves, hecho que marca el inicio del recorrido de Moya en el mapa revolucionario de Zacatecas.

Con sólo 50 hombres logra sorprender y ocupar

sucesivamente San Juan del Mezquital, San José de Aguaje, San Juan de Guadalupe y Chalchihuites, desconcertando y alarmando a las autoridades federales, que piden refuerzos de inmediato a fin de detener “la avalancha revolucionaria”. En la toma de cada población hacía cosas impredecibles y un tanto extrañas para sus subalternos: con la bondad y sabiduría de quien conoce y siente las miserias del pueblo, ordenaba a sus jefes inmediatos que llamaran a los maestros para pagarles sueldos que el gobierno porfirista desde meses atrás no les había cubierto; al mismo tiempo, hacía abrir los montepíos para que los trabajadores rescataran las herramientas que, dada su crítica situación, habían empeñado. Después de Chalchihuites toma la ciudad de Tlaltenango donde se tiene que lamentar la muerte de su lugarteniente, Antonio Amaro.

Con su acostumbrada estrategia, hace todos los movimientos visibles para dejar entrever a los federales que se dispone a tomar Aguascalientes; su sola presencia mantiene en estado de tensión nerviosa a los federales que se preparan a la defensa de la plaza ante la inminencia del ataque. La espera se prolonga indefinidamente, mientras con toda tranquilidad Moya deja escapar el comentario: “Mañana almorzaremos en Zacatecas”.



Domingo de Ramos de 1911 en Zacatecas.

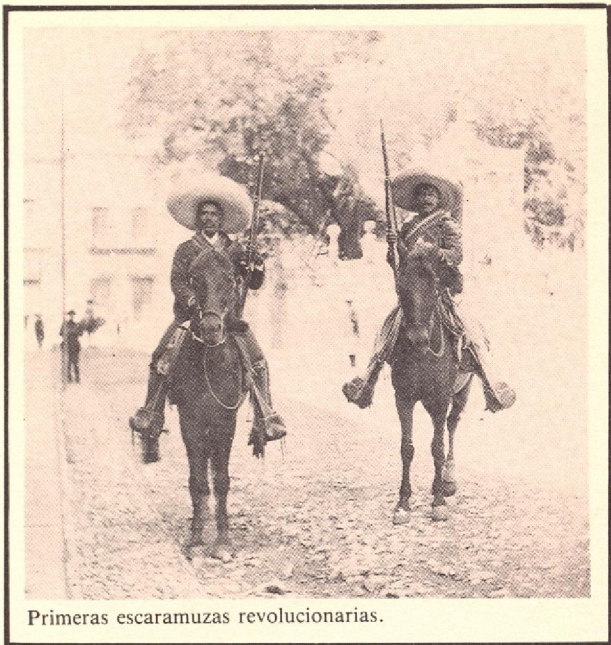
La población vivía plenamente el Domingo de Ramos, ajena al peligro; los gobiernistas se mostraban confiados, porque era la ciudad de Aguascalientes la que se encontraba asediada por los revolucionarios. Los rancheros, algunos desde el día anterior, habían llegado a la ciudad para vender o para comprar las serranas mercancías: artesas de blanca madera, cucharones para el mole, ollas, cazuelas, jarros de rojo barro y los imprescindibles ramos de laurel y palma para llevarlos a bendecir a la Catedral, Santo Domingo o el templo de Jesús. Los vendedores ambulantes, con sus gritos llamando a los *marchantes* que salían de misa, imprimían un placentero bullicio a la festiva ciudad. Toda la alegría de aquel Domingo de Ramos se ve rota repentinamente por la tremenda balacera de cien rebeldes que, entrando por la calzada de Juan Alonso, llegaron hasta la Catedral lanzando al viento su reclamo: *¡Muera el mal gobierno!* y *¡Viva Francisco Madero!* A su paso escuchan emocionados los vítores del pueblo y algunos les señalan en dónde están apostados los federales.

Las autoridades porfiristas se habían reunido en el palacio de gobierno para recibir órdenes del jefe del Ejecutivo; apenas tienen tiempo de cerrar las puertas y, más que enfrentarse a los atacantes, procuran los medios de evitar su encuentro. El gobernador Zárate llama a la jefatura

política para que se proteja a la población y se pidan refuerzos de inmediato a los cercanos partidos del Estado.

La gente al mando de Manuel Caloca y de Manuel Avila, que sumarían en total unos 400 hombres, se habían dividido en dos columnas; la primera marchó por el cerro de la Bufa, desplazamiento con el que logra inmovilizar a las tropas federales atrincheradas en la Ciudadela, comandadas por los coroneles Luis G. Pradillo y Manuel F. Santibáñez, que sólo los ven pasar; la segunda, bajando por el cerro del Grillo, pasa por la cárcel contigua al templo de Santo Domingo, donde se produce un tiroteo con las tropas del mayor Donaciano Gutiérrez.

Por el centro de la ciudad, el audaz Luis Moya se detiene a saludar a su hija que vivía en casa de la familia del licenciado Benito Garza en el callejón del Santero; marcha luego con rumbo a San Francisco, hasta llegar a la ex hacienda de Las Mercedes donde almuerza en compañía de la gente que animosamente le había seguido en franca camaradería. Luis Moya había dado cumplimiento a la apuesta concertada con sus compañeros; estaba almorzando con sus hombres en la capital de su Estado, descansando reconfortantemente para proseguir la lucha. Consciente de que no podía retener la ciudad por contar con escaso parque, la abandona después de unas horas.



Primeras escaramuzas revolucionarias.



Por los federales, buen armamento para defender la plaza.

Mientras tanto, el teniente Santillán llega con las tropas de Tlaltenango y Colotlán; Villaseñor, Peña y Aguilar, con las de Nieves y Sombrerete, y otras más llegan al caer la tarde, pero demasiado tarde.

Ese Domingo de Ramos 9 de abril de 1911, Luis Moya se introdujo con honor en la tradición zacatecana.

El 7 de mayo siguiente, Luis Moya llega al lugar de su destino: la ciudad de Sombrerete; allí nació y ahora regresa impetuosamente para arrojar al gobierno espurio y cumplir así un compromiso de honor para su tierra. Encargados de la defensa de la plaza estaban el mayor Natividad del Toro, el coronel Trucy Aubert y el capitán Braulio Torres, resguardados en los lugares más estratégicos como la parroquia, el hotel, la cárcel y el mismo cuartel; edificios que por su altura y ubicación constituían bastiones difíciles de tomar.

Con su arrojo acostumbrado da la orden de avanzar, y a los pocos minutos el combate se vuelve cruento; las bombas de mano causan grandes destrozos y el traquetear de las ametralladoras innumerables bajas; mas los revolucionarios luchan por un ideal mientras que los federales pelean por su vida, lo que se hace palpable cuando los revolucionarios atacan con heroico empeño y los defensores tratan de huir. Poco después se concentra el ataque contra el templo de Santo Domingo donde se han refugiado los federales, quienes pronto se entregan prisioneros. Las parroquia era el baluarte más fuerte del gobierno el cual, a base de audacia, los revolucionarios logran tomar en su segundo intento ante la derrota total de los federales que se rinden incondicionalmente.

Para el atardecer del lunes 8 de mayo de 1911 la lucha ha terminado, por lo que Luis Moya con su gente atraviesa la calle Real y a la altura de un puente un artero disparo acaba con su vida.

Nunca en tan corto tiempo brilló con igual intensidad la aureola revolucionaria como con Luis Moya, despertando el adormecido patriotismo de los oprimidos al demostrar que el ejército federal no era invencible. Con su trayectoria valerosa ayudó a superar el terror que en el pueblo infundía el opresivo e injusto sistema porfirista. Y aunque no vivió para ver el triunfo de la causa, le bastaba saber que había prendido la chispa del incendio revolucionario en Zacatecas. Este verdadero paladín de la Revolución cumplió fielmente los postulados del *Plan de San Luis*, y legó moralmente sus principios a Pánfilo Natera, Martín Triana, a los Bañuelos y los Caloca, quienes habrían de seguir la huella de su ejemplar conducta. Después de los combates la justicia fue su divisa, aun cuando se debiera aplicar contra su misma gente como fue el caso de Pablo Méndez, cabecilla que fuera fusilado por las fuerzas de Martín Triana después de la toma de Sombrerete, por haber cometido el asesinato de José María Mercado y violar a la hija de éste, llamada Ernestina.¹ Por ese hecho el pueblo de Sombrerete pidió justicia a los jefes revolucionarios; Pablo Méndez es sometido a juicio en toda forma, contándose con la participación de los licenciados porfiristas del lugar. Se dicta fallo sentenciando a ser pasado por las armas y, a pesar de que su contingente era de los más numerosos, la sentencia se cumple. Con esto se prueba que los revolucionarios luchaban por terminar con un régimen de terror, pero no para sustituirlo por otro de ignominia.



Estalla el conflicto revolucionario. Pascual Orozco, Francisco I. Madero, José Garibaldi y Raúl Madero.

Banda de música que acompañaba al líder Madero en su campaña.



Entrada del señor Madero a Zacatecas.



Campamento revolucionario en Palmira, Zacatecas.



FUERZAS DE PANFILO NATERA EN ZACATECAS:
CAMPAMENTO EN SOMBRERETE.

Capitán 1º, José María Cabral; Teniente Rafael Sánchez de la Vega; Sargento 2º, Ventura J. Ríos; Capitán 1º, J.L. Ramírez; Lauro G. Caloca, Director de "El Insurgente"; Capitán 1º, Vicente Calderón; Teniente Edmundo García; Trompeta Manuel Aguilar; Capitán 1º, Rosendo Rayas; Secretario del Primer Regimiento, Margarito Bernal; Mayor Médico, Antonio Acuña Navarro; Capitán 1º, Manuel Caso; Capitán 2º, Antonio Calderón; Mayor Oscar H. León; Capitán 1º, José R. Caloca; Mayor Manuel Carlos De la Vega; Teniente Coronel Cristóbal Cabral; Mayor Luis J. Zalce (Gobernador Provisional del Estado de Zacatecas); General de Brigada, Pánfilo Natera; Coronel J. Trinidad Cervantes; Mayor Manuel M. Castañeda; Capitán 1º, Carlos González; Carlos Ponce (Hijo adoptivo del General Pánfilo Natera).

ZACATECAS NUEVAMENTE EN PIE DE LUCHA

FEBRERO DE 1913. El breve periodo de paz en el Estado es roto bruscamente por la noticia de la muerte de Madero y Pino Suárez. La triste novedad, con o sin pormenores, vuela de boca en boca; los arrieros la llevan de rancho en rancho. En el palacio de gobierno ya no es posible ocultar la verdad, aunque se hable en susurros, pues en los mercados, plazas y comercios el funesto hecho se comenta en voz alta. Como volcán en erupción, brota el odio hacia el asesino y usurpador; día a día se suceden los levantamientos en distintas partes del Estado. Los caudillos más audaces ingresan a la leyenda de inmediato y sus hazañas se plasman en el corrido.

Pánfilo Natera, el 10 de abril, con 400 revolucionarios ha tomado la hermosa ciudad de Jerez.

El ejército federal ahí acantonado, junto con otros cien soldados llegados apresuradamente para reforzar la defensa, han desertado para pasarse al bando de Natera, convencidos del deber de luchar contra un régimen entronizado por la traición y el crimen.

Zacatecas, punto clave de las comunicaciones entre el norte y el sur de la República, comienza a causar alarma al centro; el telégrafo no deja de recibir y transmitir noticias alarmantes de nuevos pronunciamientos, que son retransmitidas a México pidiendo desesperadamente refuerzos para contener a los sublevados.

La ciudad de Zacatecas vive y duerme con inquietud y se despierta con temor ante los piquetes de soldados que patrullan la ciudad, deteniendo y encarcelando a sospechosos e incorporando a



Asesinato de Madero y Pino Suárez; nueva revuelta revolucionaria.

Testimonio Periodístico

EL ESTADO DE ZACATECAS Y LA REVOLUCION DE 1910

Por Rafael de Santiago

ES LAMENTABLE que habiendo sido Zacatecas —sin lugar a duda— uno de los Estados que más se sacrificaron por la Revolución, no se haya escrito hasta ahora nada serio y definitivo sobre la participación que tocó a nuestro Estado en la lucha emprendida desde 1910 hasta la consolidación del Constitucionalismo en 1917.

Al llegar el señor Madero a Zacatecas en su gira de propaganda, el gobernador no toleró que se celebrara el mitin proyectado ni tampoco esperó pasivamente a que se desarrollaran las actividades del ilustre propagandista sino que, después de haberle prohibido la celebración del mitin, tanto Madero como los escasos zacatecanos que no tuvieron miedo de seguirlo y acompañarlo por todas partes fueron sometidos a la estrecha vigilancia de Manuel Rodarte, jefe político de la capital, y de sus esbirros disfrazados con el traje civil. Es más: cuando Madero, inconforme con la arbitraria prohibición del ingeniero Zárate, hizo ver a éste su falta de acatamiento a la Constitución, es rigurosamente histórica la respuesta de Zárate: "*A mí no me importa la Constitución; sólo me importa cumplir las instrucciones que tengo para mantener la tranquilidad en el Estado*".

otros a la *leva*; con esto sólo se logra acrecentar más el odio hacia el gobierno, y la esperanza por el triunfo revolucionario.

En otro golpe audaz, Pánfilo Natera toma el 8 de mayo la ciudad minera de Fresnillo cercana a la capital del Estado.

Los soldados federales, ante lo perentorio del ataque, ya se hallaban dispuestos en los lugares estratégicamente mejor colocados, en los retenes de las afueras y en los edificios más altos del centro de la ciudad; pero en lugar de las recias descargas de proyectiles que esperaban recibir, escuchan los gritos de los revolucionarios que los invitan a concertar la paz y a luchar juntos en contra del dictador Huerta. Al escuchar esto, la tropa huertista se pasa de inmediato a las filas

rebeldes; no así el mayor Natividad del Toro que se atrinchera en la parroquia con algunos de sus oficiales y varios soldados, dispuestos a pelear hasta el fin. Sólo que Natera, no deseando que mueran, y menos aún arriesgar a sus hombres prolongando una acción militar que tiene ya ganada, ordena quemar unas cargas de chile y arrojarlas al interior, lo que obliga a los federales a salir tosiendo y entregarse prisioneros ante las risas de los revolucionarios. Pero de repente se escucha un disparo en el interior del templo; los presentes guardan expectante silencio adivinando lo sucedido: el mayor Del Toro se había suicidado por su fracaso. Ante su gesto de pundonor militar, que se manifiesta heroico a las tropas revolucionarias, todos se descubren en respetuoso silencio.



La criminal *leva*: hombres del pueblo convertidos en soldados del gobierno.

Los intelectuales zacatecanos brillaron por su ausencia al lado del Apóstol Madero...

La triste verdad es que el señor Madero no encontró entre los elementos más destacados de la sociedad la acogida que merecía, la que le demostraban las clases populares en todas partes, y que en Zacatecas se esperaba por nuestro *abolengo antiporfirista*; solamente el ilustre liberal, licenciado Benito Garza, ese sí de una virilidad y entereza que el porfirismo nunca pudo doblegar, acogió cariñosamente al señor Madero y lo alojó en su casa. El grupo reducido de maderistas que con ánimo resuelto no lo abandonó desde su llegada hasta su salida merece ser recordado, y mencionaremos los nombres de sus componentes como un acto de justicia: licenciado Benito Garza, su hijo Horacio Garza, Antonio Chávez Ramírez, Salvador Díaz y Soto, José Aréchiga, Daniel Martínez, José Orozco (el vate), José R. Núñez y Rafael de Santiago, autor de esta líneas.

La propaganda en favor de la Revolución maderista se hacía por medio de juntas secretas, cuyo número de componentes nunca se supo pues no todos eran conocidos entre sí, quienes trabajaban con infinidad de precauciones porque demasiado sabidas eran las arbitrariedades de Rodarte en Zacatecas, de Silva en Tlaltenango, de Rosales en Ojocaliente, de Natividad del Toro en Fresnillo, de Mauricio Carrillo en Mazapil, de Villaseñor en Pinos y de otros caciques odiosos y olvidados, listos siempre para mandar a filas a cualquiera que se manifestara descontento con aquel régimen que Zárate representaba en Zacatecas. Si estamos seguros de que en esas juntas secretas llegaron a tomar parte el general don Jesús Aréchiga, quien distanciado del porfirismo tuvo excepcionales consideraciones para los más destacados revolucionarios: don Miguel Sopena, don Valeriano Pimentel, Adolfo Argandoña, Diódoro González, Luis J. Zalce, Antonio Acuña Navarro, y modestísimamente, el autor de este relato.

Consumado el fraude electoral de ese año glorioso por el porfirismo; desconocida la limpia credencial del licenciado J. Guadalupe González como diputado Federal por el 7o. Distrito de Zacatecas, antes de que los maderistas de Juchipila

Las tomas de Jerez y de Fresnillo, ciudades principales del Estado, inquietaron al gobierno del centro que de inmediato dispone medidas al respecto: separa del mando militar al esclerótico general Jesús Aréchiga, a quien sustituye el coronel Rivera, que de inmediato organiza contingentes para prepararse a defender la ciudad de Zacatecas, considerando que es el próximo objetivo de los revolucionarios que comanda Natera.

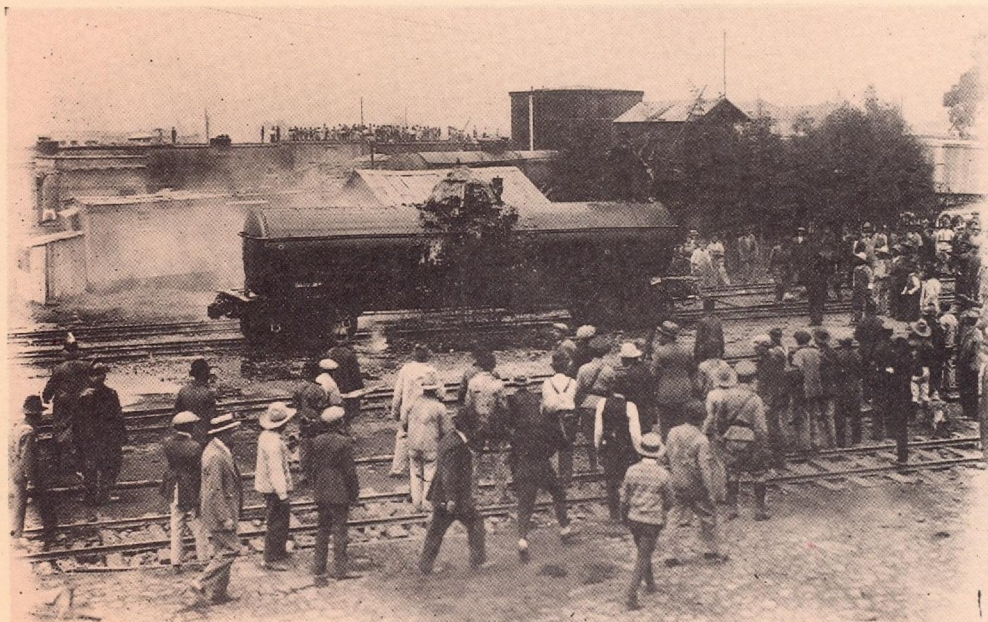
La llama revolucionaria siguió extendiéndose con intensidad por las montañas y valles zacatecanos al renovado empuje y brío de los caudillos maderistas Pánfilo Natera, Tomás Domínguez, Santos Bañuelos, J. Trinidad Cervantes y otros, avezados ya en la guerra de guerrillas en la que habían adquirido bastante experiencia.

Los combates en Zacatecas, Chihuahua y Coahuila fueron los que minaron más el poder huer-

tista y causaron daños más graves a los trenes y líneas ferroviarias, dificultando el movimiento de las tropas oficiales y obstruyendo el envío de refuerzos a las zonas que eran atacadas por los revolucionarios.

El coronel Rivera no se había equivocado; el 5 de junio de 1913 Natera ataca Zacatecas con su acostumbrado arrojo, y aun cuando la artillería no es suficiente en ambos bandos, se producen numerosas bajas. En este primer intento por tomar la ciudad, Natera se retira después de duro combate sin lograr su objetivo, pues por ocupar los huertistas magníficas posiciones no fue posible desalojarlos. El viernes 6 se reanuda el ataque; los rebeldes vuelven a la lucha con la moral en alto, luego de una breve arenga sobre la causa pronunciada por Pánfilo Natera, y empiezan a imponerse a los federales a quienes arrebatan trin-

—Se enconan los combates: metralla intensa a trenes y líneas ferroviarias.



fueran apresados por Santibáñez pudieron fugarse hacia el norte del país disfrazándose con trajes de mecánicos, según datos que el licenciado González me refirió personalmente. Aparte del señor padre del licenciado don Roque y del general Enrique Estrada, a quien se dejó en libertad al llegar a Zacatecas, fueron encarcelados en la capital del Estado el doctor José Macías Rubalcava, Crispín Robles Villegas, J. Jesús Cortés, Gabino Romero, Pedro Hoyos, Pío Márquez, Federico Ruiz, J. Trinidad Reynoso, Esteban Guzmán, Francisco Sandoval, Cándido Sandoval, Maximino Santoyo, Tomás Figueroa y Sebastián Prieto. Los únicos defensores de dichos presos políticos, a quienes nadie quería acercarse, fueron don José Macías Haro, padre del doctor José Macías Rubalcava; don Magdaleno Romero, padre de Gabino de igual apellido, e Ismael Robles, hermano de Crispín Robles Villegas, defensa que ejercieron también en la ciudad de México cuando los revolucionarios de Juchipila ocuparon las celdas de la penitenciaría del Distrito Federal.

Otra necesaria rectificación por el buen nombre de uno de los primeros mártires de la lucha revolucionaria debe hacerse respecto al motivo que determinó la inesperada llegada de Luis Moya a Zacatecas, la mañana del Domingo de Ramos de 1911. No fue una apuesta con sus lugartenientes. El viernes de Dolores anterior pasó por Calvillo rumbo al Sur, con el propósito de tomar por un golpe de sorpresa la desprevenida ciudad de Aguascalientes, y el sábado acampó cerca del río y a la vista de la fundición metalúrgica; pero fueron advertidas las autoridades militares y tomaron oportunos dispositivos: Moya, muy sagaz, lo advirtió oportunamente y, al caer de la tarde, mandó hacer fogatas en la mayor extensión de su campamento dejando algunos campesinos encargados de alimentarlas hasta pasada la media noche, mientras él con su gente, forzando la marcha remudando caballos, contramarchó con rapidez extraordinaria para presentarse frente a Zacatecas después de un recorrido nocturno a la luz de la luna de cerca de ciento veinte kilómetros. A las ocho y treinta minutos de la mañana del Domingo de Ramos pasó a recoger algunos pertrechos y armamentos que la junta

chera por trinchera a sangre y fuego, y pronto se pelea en las calles; caen el bastión del Cobre, la cárcel de Santo Domingo y luego la Ciudadela.

A los federales no les es posible contener por más tiempo el avance de los revolucionarios; pronto cunde el desorden entre la tropa federal ante la inminente derrota. El coronel Rivera observa desde el cerro de la Bufa cómo el enemigo va avanzando y apoderándose de la ciudad; él mismo se encuentra en posición precaria y comprometida, no quedándole otro recurso que ordenar la retirada; salen en desbandada, logrando llegar a la ciudad de Aguascalientes sólo un escaso número.

El viernes 6 de junio de 1913 Zacatecas cae en poder de la Revolución. Al triunfo, Natera dicta medidas para la protección de los habitantes prohibiendo todo saqueo y atentado contra la sociedad zacatecana, advirtiéndose a la tropa que se-

ría severamente castigado todo acto ilícito. Y entran a la ciudad en formación triunfal al repique de las campanas de los templos; la alegría se desborda y el pueblo se une al emotivo desfile.

Este hecho significó un rotundo triunfo para Natera y sus hombres, que trascendía más allá del marco de la euforia que se vivía en esos momentos. Al hacerse público en todo el país lo sucedido en Zacatecas, cada revolucionario en todo punto de México infundió nuevos bríos a la causa por la cual luchaba. Por otra parte, los federales resintieron este hecho de armas con fuerte impacto en su orgullo militar al considerar que *bandoleros* —como calificaban a los revolucionarios— sin formación alguna, habían vencido a un coronel egresado de la academia militar. Huerta fue quien más lo resintió; su régimen se resquebrajaba desde un principio; no pudo



Pánfilo Natera ordena protección para los habitantes de Zacatecas.

secreta local tenía depositados en una humilde casa del callejón de las Campanas, a espaldas de la casa de Gobierno. Para sus mismos amigos la visita de Moya fue una sorpresa, pues pocos días antes había mandado a un *propio* con el aviso de que aquellos elementos de guerra serían recogidos en breve por la persona de su mayor confianza, que sería identificada debidamente.

El teniente coronel Pradillo —sujefe del 11o. Regimiento que en parte guarnecía la ciudad de Zacatecas acompañado de sus oficiales— la noche anterior se había divertido gozando de la tradicional verbena popular que año con año se celebraba e la Calle Nueva la víspera del Domingo de Ramos, para comprar la *yerba de la vergüenza*. Todos muy ajenos al susto que les esperaba, sabiendo que Moya estaba a la vista de los suburbios de Aguascalientes, con muchos kilómetros de por medio.

Las elecciones municipales de 1911, hechas realmente con la mayor libertad, las ganó el único grupo político organizado, militante, de verdadera lucha, dirigido por revolucionarios: el *Partido Antirreeleccionista*, a cuyo frente estaban Zalce, Acuña Navarro, Gilberto Vázquez del Mercado, Enrique y Rafael Tenorio, Joel Luévano, Andrés Arteaga, el ingeniero Luis Rojas, Alfonso Montañés, Cristóbal Cabral, Lamberto Mena, Lauro G. Caloca, José Padilla y Ricardo Méndez Calderón: juventudes fuertes, de espíritu de sacrificio, sin ligas políticas con el antiguo régimen, sin ambiciones personales, sin el contrapeso de las decepciones... y sin experiencia.

Las *planillas* presentadas por el *Partido Católico* y por el *Partido Demócrata* fueron totalmente derrotadas y esa circunstancia hizo ver a los antiguos porfiristas agrupados en ellos que la organización antirreeleccionista era fuerte, porque era popular, y entonces se dedicaron a combatirla, especialmente en *El Demócrata*: órgano del *Partido Católico* inteligentemente dirigido por el licenciado Francisco Llamas Noriega. Fue entonces cuando empezó a destacarse Lauro G. Caloca

ocultar a la opinión pública que la caída de Zacatecas representaba en sí la verdadera Revolución. Con este golpe se efectuó también a las transacciones financieras del gobierno huertista, ya que a nivel internacional Huerta no pudo presentar un gobierno estable, negándosele toda credibilidad. Y seguramente caerían más plazas.

Al ver Victoriano Huerta las repercusiones de tan grave revés, en uno de sus coléricos arranques destituye al general Manuel Mondragón como Ministro de Guerra poniendo en su lugar al también general Aureliano Blanquet, quien a fuerza de *levas* formará los nuevos ejércitos federales para intentar detener a las huestes revolucionarias. Por de pronto, se mandan órdenes al general Refugio Delgado para que al mando de grueso contingente recupere la plaza.

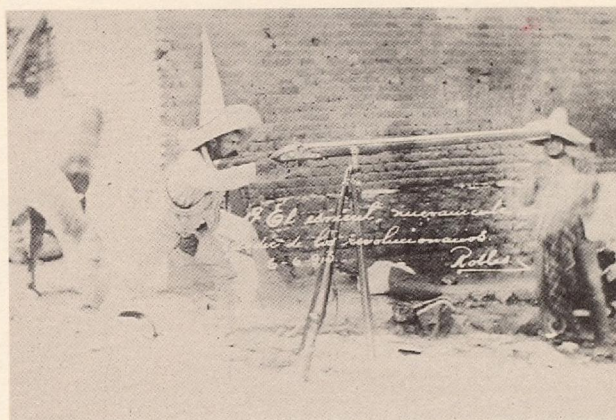
Durante los siete días que permanecieron las fuerzas de Natera en Zacatecas no se cometió tropelía alguna; el comercio y las oficinas funcionaron normalmente, pagándose las quincenas que se debían a profesores y burócratas, con lo que

se acrecentó el prestigio de la Revolución constitucionalista.

Antes de abandonar Zacatecas, y para organizar el mando de las ya numerosas fuerzas que se habían agrupado en torno de Natera, el coronel José Trinidad Cervantes, de común acuerdo con el coronel Pedro Caloca Larios y ante el consenso de las tropas, reconocen el rango de general brigadier a Pánfilo Natera y le designan general en jefe de lo que a partir de ese momento se conoce como la División del Centro. El nombramiento dado a Natera será ratificado oficialmente por el primer jefe Venustiano Carranza el 2 de agosto de 1913. La División del Centro estableció su cuartel general en Sombrerete y se dedicó a realizar duras campañas en casi todo el Estado, en Aguascalientes, Jalisco y Durango. Natera no sólo lucha en su propio entorno geográfico como lo hacían en un principio todos los revolucionarios; con visión hace entender que el movimiento es de alcances nacionales y no duda en auxiliar a otros generales en su lucha contra Huerta.



Fuerzas federales reciben armamento.



El "esmeril" —arma larga— nuevamente en poder de los revolucionarios.

como orador popular fogoso, audaz, simpático a las multitudes, porque les hablaba su propio léxico en giros fáciles y pintorescos y también como colaborador de *El Antirreeleccionista* y director de un pequeño semanario satírico de combate, con el título originalísimo de *La Pura Hambre*.

Las elecciones para diputados federales y locales en 1912 las ganaron parcialmente los partidos *Católico* y *Antirreeleccionista*, quedando formada la legislatura de Zacatecas por la mayoría de antirreeleccionistas como indica la siguiente lista: licenciado Rafael Ceniceros y Villarreal, presidente del *Partido Católico*; licenciado Francisco Zesati y señor Miguel Méndez, del *Partido Católico*; los diputados del *Partido Antirreeleccionista* fueron: Aurelio Pámanes, profesor Vidal Roldán y Avila, licenciado Juan Medina, licenciado Catarino Olvera, ingeniero Leopoldo Caballero, doctor José Macías Rubalcava, Jesús Villegas y licenciado Fernando Sansalvador. Que algunos de ellos hayan cambiado después de opinión por ser esto propio de sabios...políticos, eso es otra cosa; pero el *Partido Antirreeleccionista* dio el mayor contingente fieles a la causa de la Revolución hasta después del *matrimonio* de Madero, no obstante la presión de los Medina Barrón, Canseco y Delgado que pisotearon la dignidad y soberanía del Estado.

Los zacatecanos debemos con justicia sentir el noble orgullo de dar a conocer algo de lo mucho y bueno que aportamos a la lucha por la libertad y las reivindicaciones sociales, que sirvieron de bandera a la gloriosa Revolución que inició Madero.

ACTUAL, periódico ilustrado de información; director, Guillermo C. Rubio.
Zacatecas, Zac., 18 octubre 1941, Núm. 16, pág. 2 y 4



A mi estimado amigo y condignario
don Pánfilo Natera y Carranza
C. Juarez Chik, Abril 6 de 1914

El Primer Jefe, don Venustiano Carranza y Pánfilo Natera:
héros de la Revolución.

Fresnillo, marzo 26 de 1914.
Señor Pánfilo Natera.
Sombrerete, Zac.

Muy señor mío:

Alentado por un grande sentimiento de patriotismo y en la creencia de que mi actitud en el presente caso es digna de un buen hijo de México, me dirijo a Ud. —atento a que le considero hombre de corazón y talento— para exhortarlo en buena lid a que dimita con los suyos la actitud que hasta ahora han observado y la cual es censurada tan acremente no sólo por la inmensa mayoría de nuestros conciudadanos, sino por las muchas naciones que constituyen la humanidad; causa verdadera tristeza contemplar a muchos de los hijos de nuestra querida y afligida Patria tomar el fusil para encararse, sin razón, sin principios y sólo alentados por un fin mezquino como es el medo personal y el abuso a lo que se llama el derecho de libertad, contra aquello que se llama orden social en que no hay derechos absolutos, garantizándonos en cambio la sociedad y el uso de nuestros derechos que hemos recibido de la naturaleza como condición indispensable de nuestra propia conservación y desarrollo. Y trayéndonos ésto al conocimiento perfecto de que el sacrificio es una parte de nuestra libertad, lo hacemos en nombre de nuestro propio interés y de los intereses comunes de la humanidad. Uds., señor mío, están ofuscados, y por ello no pueden prever las consecuencias verdaderamente funestas que el estado actual de cosas puede traer a la Patria, porque prescindiendo de lo que se llama sentimientos de familia, tenemos los patrios, estando sobre los primeros, los segundos expresados. ¿Qué objeto tendría nuestra contienda, si al final otro enemigo más vigoroso y descansado que nosotros se nos interpusiera?: sin duda alguna el desastre, pues entonces, aparte de haber sacrificado inútilmente millares y millares de nacionales y de hacer correr por nuestro suelo patrio caudalosos torrentes de sangre hermana, nuestra moribunda Patria sucumbiría triste y desolada por ver tanta ingratitud de sus hijos, y nuestro hermoso girón de suelo mexicano sería hollado por el pie extranjero tremolando entonces airoso, funesto e insolente en sus lugares más culminantes, el pabellón extranjero o mejor dicho, el de las estrellas; maldiciendo sin tregua nuestros sucesores a los culpables de ello y entrando desde luego nuestra cara República a un protectorado, perdiendo de esta suerte su propia autonomía y convirtiéndose por lo mismo de libre e independiente en sumisa y obediente a su protector. ¿Y esto le parece a usted bien? ¿Le parece a usted patriótico? ¡No, y mil veces no! Mejor es morir que vivir humillado atento a que jamás el hombre de dignidad y que ha sido dueño de sí mismo, puede avenirse a la incondicionalidad de otro; ahora, ¿cree usted que los Estados Unidos del Norte, al ayudar a ustedes y fomentar de esta suerte sus infundadas pretensiones, lo hacen de una manera desinteresada? Jamás; y digo a usted ésto, porque esa nación de carácter meramente práctico nunca descuida el menor movimiento ejecutado por alguien para aprovecharse de él, y después estudiar al agente que le ocupa para explotarle en bien propio, no obstante que este procedimiento sea contrario a su medium, pues la suerte de éste le tiene tranquilo y tal es lo que estos perversos y detestables miembros de la humanidad están haciendo con ustedes. Los Estados Unidos del Norte conocen nuestro carácter; saben que somos bélicos hasta la temeridad, que por nuestras venas circula gran cantidad de sangre azteca, sangre valiente, conocen que nuestra ignorancia es suma, comprenden que nuestros arrebatos son tremendos, (...) y procuran nuestro debilitamiento, ocasionado por nosotros mismos, para luego caernos y arrebatarnos sin gran dificultad lo que más caro tenemos, nuestra Patria, nuestra autonomía y con ella nuestros derechos, base y objeto de toda institución social, y he aquí el porqué haya dicho a Ud. en un principio, que necesitamos sacrificar una parte de nuestra libertad en nombre de nuestro propio interés y de los intereses comunes de la humanidad.

Por otra parte: la libertad actual no es ya el patrimonio de algunos pocos en virtud de casta, de raza o de favor de príncipe; es derecho común del hombre en su más alta expresión, puesto que está basada en la propia naturaleza humana, pero se comprende fácilmente que la libertad de un individuo no puede extenderse hasta privar a otro de las manifestaciones de su libertad y por ello que se haya dicho que el límite del derecho propio está en el respeto al derecho ajeno; mas ustedes no han observado jamás esto y no obstante que se hacen llamar Constitucionalistas, desconocen desde luego el primer artículo de nuestra Carta Magna, atento a que el propósito de ustedes se encamina a la destrucción y ruina de todo aquello que el individuo ha podido hacer o formar, mediante la acumulación del trabajo intelectual y material de muchos años y de esta suerte se les priva de trabajar. Las clases menesterosas, las amantes del trabajo, las que comprenden, no deben trocar, porque no hay razón, su labor honrada por el arma fratricida; a las que más les preocupa su hogar que el azar, perecen de hambre y sus hijos menores se prostituyen y en tal estado el fin que les espera es siempre trágico. Por ello que esté profundamente perturbado nuestro estado y el orden social, y éste perecería si la libertad no reconociese freno alguno; pero para guardarlo y velarle estamos nosotros y, siempre fieles a nuestro fin, empuñaremos el arma hasta morir puesto que procuramos como he dicho su incolumidad y con ello que se respeten los derechos de cada uno de sus asociados, los cuales, individuos honrados y trabajadores, todos están contra el infundado movimiento revolucionario sarcásticamente denominado Constitucionalista o Restaurador de la libertad; y digo ésto porque ni la Constitución se observa en sus procedimientos ni tampoco se respeta al individuo en sus sentimientos más caros, puesto que al padre se le humilla raptándole a la hija, al propietario se le incendia o destruye su hacienda, al enemigo personal se le asesina y así sucesivamente, dando ésto por resultado que al movimiento de uds. se le den calificativos verdaderamente bochornantes.

Ojalá, señor, que todas estas verdades, que dejo bosquejadas en mi carta, hicieran en su corazón de hombre honrado y patriota el efecto que yo deseo; que con un estudio detenido de ellas llegara a convencerlo de lo altamente inconveniente de su labor, pues aparte de felicitarle y felicitarlo a Ud. por ello, curaríamos una de las profundas heridas de la Patria y grandemente me honraría en gestionar para Ud. y para los suyos el indulto respectivo.

En caso contrario, si su ofuscación y amor propio mal entendido no le dejan obrar a usted como un hombre de bien, honrado y patriota, siga usted en su mezquino impulso que al fin de la jornada su labor tendrá que derruirse, porque ella reposa sobre cimientos falsos, y para el caso desde luego, pueden ustedes evitar amenazas a esta población dirigiéndose a tomarla, y en la cual les espero tranquilo, para ver si en esta ocasión llego a conocerles de verdad, atento a que en todas las demás en que nos hemos encontrado, sólo por las espaldas les he conocido.

Sin otro particular, quedo de Ud. su atento y S. S.

Lucio Gallardo.

(Rúbrica)

Contestación del general Pánfilo Natera al coronel Lucio Gallardo.

Sombrerete, 20 de abril de 1914.

Coronel ex federal Lucio Gallardo. Fresnillo, Zac.

Señor: Con detenimiento e interés me he informado de la carta que usted me dirige, fechada en esa ciudad el día 26 del mes de marzo próximo pasado.

Si efectivamente alentara a usted un sentimiento de patriotismo digno de un buen mexicano como pretende ser, no equivocaría tan lastimosamente el papel que, con respecto a la opinión de la mayoría de nuestros conciudadanos y de las naciones civilizadas desempeñamos, por una parte, los constitucionalistas defensores de la legalidad y, por la otra, el agonizante y corrompido hato de miserables que sostiene el quimérico gobierno emanado de una repugnante traición sin precedente en nuestra historia.

No estamos ofuscados, como usted intencionalmente quiere suponérselo: porque si así fuera, nosotros, que no hemos nacido para ser esclavos, no nos hubiéramos rebelado hace tres años en contra del tirano que había convertido a su pueblo en un rebaño de parias. Si más tarde hemos empuñado nuevamente las armas ha sido con el exclusivo objeto de aniquilar, como lo haremos, a esa horda insolente de malos mexicanos que se hace llamar ejército federal y que, no contentos con haber usurpado por largos años sus libertades al pueblo mexicano, se han exhibido de la manera más degradante ante el mundo entero asesinando, vil y cobardemente, al representante legítimo de la voluntad nacional.

Es nuestro firme propósito despejar la República de esos vampiros acumuladores de riquezas amasadas con el sudor de las clases menesterosas, y a la vez demostrar a todas las naciones del globo que en la gloriosa patria del altivo Cuauhtémoc, del venerable Hidalgo, del luminoso Juárez y del egregio apóstol y mártir Madero existe, como siempre, arraigado en el corazón de sus hijos buenos, el sagrado principio de libertad y que éstos no aceptarán el infamante yugo de los tiranos.

No somos nosotros los perturbadores del orden y la amenaza de la sociedad, como cínicamente lo asienta usted en su carta, sino ustedes que sostienen la traición, el asesinato y la usurpación; ustedes, que matan despiadadamente por saciar ruines ambiciones de mando y medro personal; ustedes, que arrebatan de sus hogares al padre, al hermano, al hijo obligándolos por la fuerza bruta a batirse en lucha fratricida, sembrando así la desolación de las familias y manchando con sangre hermana el suelo patrio.

En vista de lo que llevo expuesto comprenderá usted que no caminamos a la aventura, sino que sabemos muy bien lo que hacemos y por qué lo hacemos. En cuanto a ustedes, tampoco se encuentran ofuscados, porque maliciosa y perversamente son la causa de todos los males que ahora aquejan a la patria; ustedes, y no nosotros, serán los únicos responsables si desgraciadamente la República llegara a verse envuelta en un conflicto extranjero, el cual los constitucionalistas sabríamos rechazar dignamente, como hemos sabido vencer hasta hoy a los traidores en las dos terceras partes de la nación que, palmo a palmo, les hemos quitado.

Por lo que respecta a la connivencia que, según usted, existe entre nosotros y los Estados Unidos, no es más que una burda calumnia urdida para desprestigiar nuestro movimiento en vista de la impotencia de ustedes, no ya para sofocarlo, sino siquiera para simular el cumplimiento que el deber le impone a ese fatídico ejército ex federal que ahora pretende ser salvaguardia de los intereses nacionales, pero que durante los treinta y tantos años del oprobioso imperio de Díaz no supo más que arrastrarse a las plantas del dictador y robar, robar mucho, para llenar las exigencias de su vida crapulosa y afeminada.

Me dice usted que el pueblo americano, práctico por excelencia y profundo conocedor de nuestra ignorancia suma, se aprovechará de ella para arrebatarnos nuestra autonomía y sujetarnos a un protectorado. ¿De quién es la culpa? ¿Acaso de nosotros que apenas empezamos nuestra obra regeneradora o de ustedes que, para mengua de la dignidad nacional, en siete lustros de dominio arbitrario no se preocuparon de la instrucción de las masas populares?

¡Y también se atreve usted a hablar del *respeto al derecho ajeno* cuando ustedes, precisamente, nunca han sabido guardarlo!

Igualmente es asombroso el desplante de usted al asentar que nosotros observamos la Constitución en nuestros procedimientos y que la desconocemos en lo absoluto siendo que ustedes, los encargados de hacerla respetar, siempre la han pisoteado y han pasado por sobre ella para saciar sus instintos depravados.

No menos sorprendente es que trate usted de la libertad, basada en la propia naturaleza humana y no como patrimonio en virtud de castas. Debe tener usted pésima memoria si ha olvidado el criminal favoritismo del dictador para unos cuantos aduladores. Tanto más reprochable cuanto más se ejercía en una nación que se rige por esa sabia Constitución que ustedes observan al pie de la letra... y ahora, ¿qué le parece a usted de esa libertad, de ese derecho común del hombre en su más alta expresión, según usted dice, y del cual gozan plenamente la prensa, la tribuna y todos los individuos a quienes les ha tocado la feliz suerte de vivir en el reducido imperio del dipsómano Huerta?

Agradezco a usted infinito ese hermoso rasgo de piedad hacia mí y los míos que le han movido hasta proponerme gestionar nuestro indulto; pero, afortunadamente, no ando gestionando favores y muy pronto tendrá usted una respuesta más expresiva que ésta.

Para terminar, y refiriéndome a la vez al último párrafo de su célebre carta, creo firmemente que eso de que quiere usted conocerme de verdad porque hasta hoy sólo por las espaldas nos han conocido, es una picante broma pedantesca; porque no podrían decir lo mismo esos traidores compañeros suyos derrotados por nosotros en la ciudad de Zacatecas, repetidas veces en Jerez, Jalpa, Juchipila y Colotlán, en Fresnillo, Nieves, Trujillo, Las Hermanas, el Fuerte, Tetillas y Tacoaleche. Pregunte usted a todas las chusmas huertistas de la República, con especialidad a las que defendían Ojinaga, y creo que podrán darle una contestación que le satisfaga. Por otra parte, ya tenemos mucho tiempo en Sombrerete, a dos jornadas de donde usted se encuentra, y hasta hoy no nos ha visitado.

Pánfilo Natera (rúbrica)

*ACTUAL, periódico ilustrado de información;
director, Guillermo C. Rubio,
Zacatecas, 22 noviembre 1941, núm 21, pp. 2,3,4.*

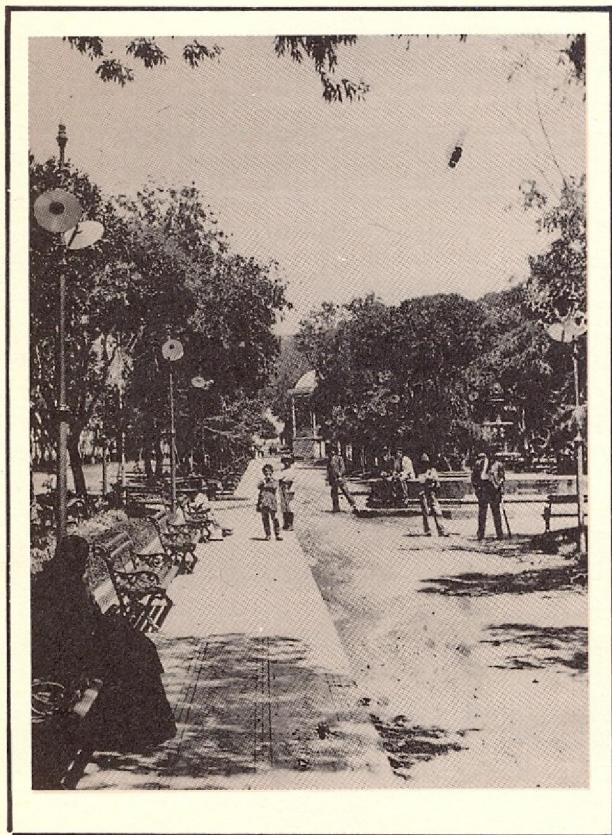


En 1913, en la Jefatura de Armas de Zacatecas comenzaban los preparativos revolucionarios.



La Revolución era la guerra; y acõngojadas madres despedían a sus hijos que el gobierno se llevaba como soldados niños.

LA BATALLA DE ZACATECAS

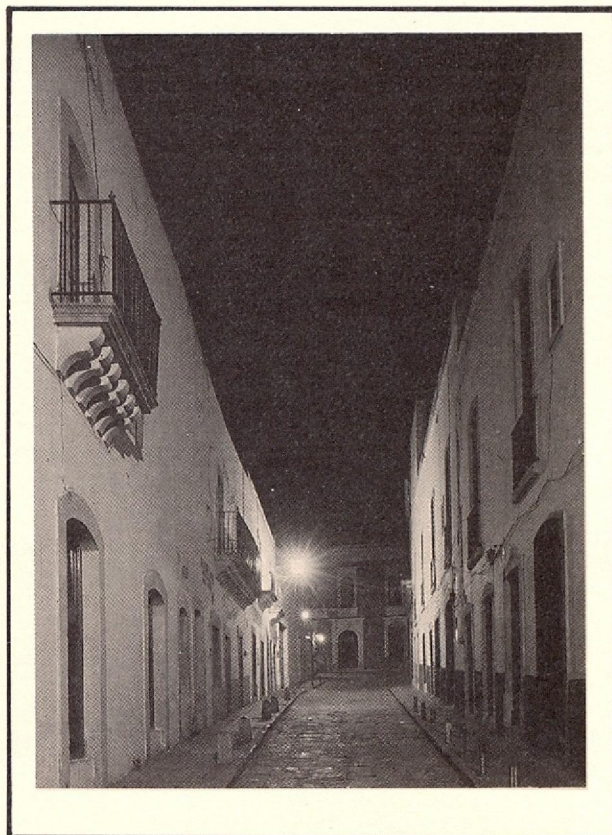


Un año cumplió el huertismo en Zacatecas sin que asomara la violencia.

Víspera de la Batalla

Un año ininterrumpido estaba cumpliendo el huertismo en Zacatecas, desde que el 11 de junio de 1913 el general Pánfilo Natera abandonó la plaza después de sólo siete días de ocupación.

Durante ese año, los habitantes de la ciudad habían disfrutado de un periodo de relativa tranquilidad, pues las grandes acciones bélicas que enfrentaban a las tropas federales con los contingentes revolucionarios se desarrollaban a muchos kilómetros de distancia. “Los paseos públicos y las serenatas en la Plaza de Armas y en la Alameda eran concurridísimos, y suntuosas las fiestas que en la ciudad había”,¹ nos informa uno de tantos inmigrantes que, procedentes de poblaciones más pequeñas y de las zonas rurales —más vulnerables frente a las actividades de ubicuas partidas revolucionarias—, abarrotaban ya todos los espacios habitables de la ciudad. Ese éxodo popular era paralelo a la emigración de la clase pudiente hacia la capital del país u otras grandes ciudades alejadas de las áreas de operación bélica.²

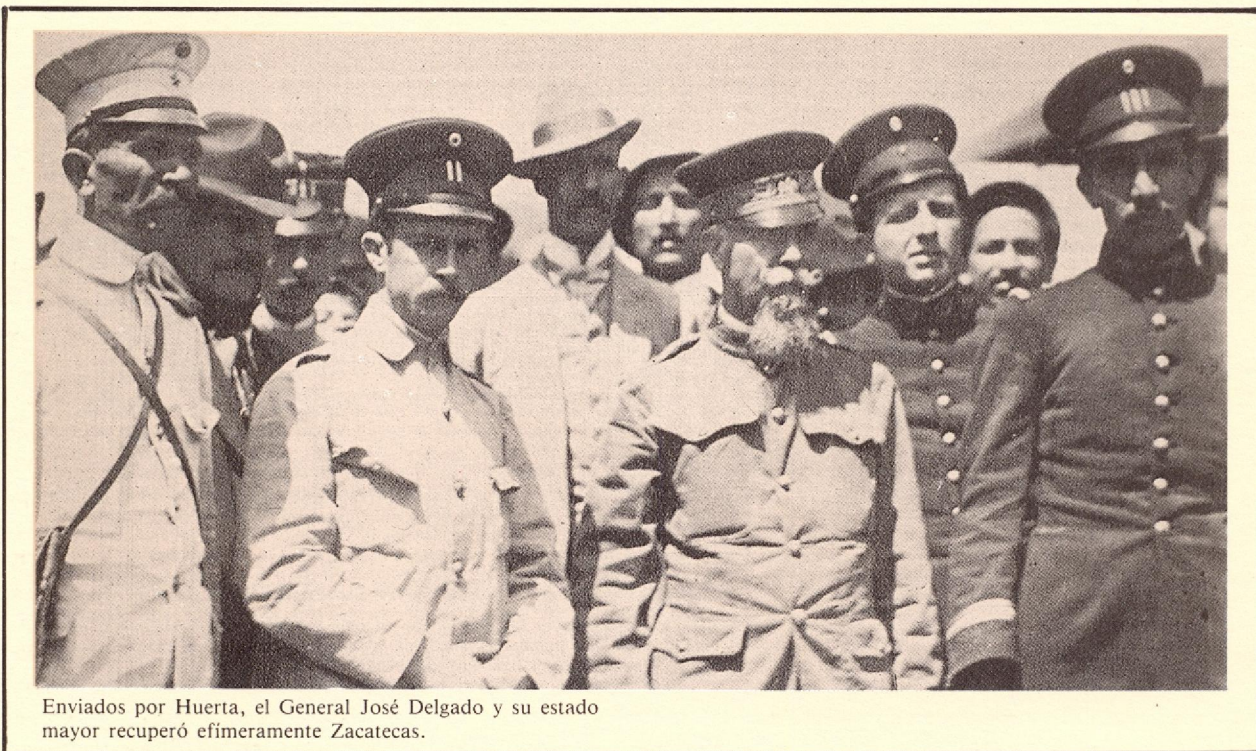


Al arranque de 1914, la Comandancia militar encendía la luz eléctrica sólo unas horas cada noche para amedrentar a la población.

A mediados de 1914, esos movimientos migratorios que habían “vaciado los principales pueblos del estado en la ciudad”,³ se adicionaron con la afluencia de tropas federales, y constituían parte de los indicios de que aquella aparente calma presagiaba tempestad, asociados a otros como la escasez de artículos básicos⁴ y los dispositivos de la comandancia militar que afectaban a la población civil: las empinadas calles, plazas y portales daban un aspecto extraño y pavoroso, toda vez que la luz eléctrica se encendía sólo unas cuantas horas por la noche dizque para que el enemigo no orientara sus pasos, el que treinta días antes de la lucha final y a una distancia menor de sesenta kilómetros tenía rodeada a la capital zacatecana; y quienes se veían en la imperiosa necesidad de transitar sus calles —de recia fisonomía colonial— después de las nueve de la noche, lo hacían con temor, no tan sólo por el espectáculo anormal de una ciudad a oscuras, sino por los atropellos, la *leva* y el sordo rumor de las cabalgaduras, soldados y soldaderas apostados en los portales, plazas públicas y otros sitios.⁵

Si bien la capital del estado vivía “instantes de gran nerviosidad y manifiesta zozobra”,⁶ sus experiencias anteriores no eran suficientemente traumáticas como para inspirarle serio temor. En efecto; la breve ocupación de Luis Moya el domingo de Ramos 9 de abril de 1911 no pasó de un desfile que atravesó la ciudad sin encontrar oposición apreciable y cuya significación fue más bien política “y de trascendencia moral incalculable ya que resquebrajó la unidad y la confianza que el grupo *científico* tenía en aplastar la rebelión”, a la que se consideraba sin importancia y limitada al norte de la República, pues incluso se contaba que Limantour dijo al general Díaz: “Yo había aconsejado a usted, señor general, que no renunciara, pero la Revolución se ha extendido al centro del país; ha sido amagada la ciudad de Zacatecas”.⁷ La madrugada del 5 de junio de 1913, el general Pánfilo Natera atacó Zacatecas, que para el oscurecer ya había caído en su poder tras un recio combate; pero “durante los siete días que permanecieron las fuerzas revolucionarias en la ciudad la población civil no sufrió ninguna clase de atropellos”.⁸ Empero, Natera se vio obligado a retirarse en virtud de que no contaba con elementos suficientes para resistir a la poderosa columna que envió Huerta a recuperar la plaza —al mando del

general José Delgado, quien asumió el gobierno y la comandancia militar al mismo tiempo—⁹ por lo que de nuevo el significado de esta acción fue más político que militar, pues no sólo la actitud adoptada por los vencedores sirvió para dignificar el movimiento ante los ojos de México y del extranjero,¹⁰ sino que como consecuencia Huerta destituyó a su ministro de Guerra y lo sustituyó por el general Blanquet. En noviembre del mismo 1913, el propio general Natera intentó recobrar la plaza defendida por el general Lucio Gallardo “con un contingente de tropas compuesto de las tres armas en número de tres mil hombres perfectamente pertrechados”, sin haberlo logrado, pues a las ocho de la mañana del 5 de noviembre, “después de tirotear a la avanzada del enemigo emprendió la retirada” pues se enfrentó a dificultades insuperables por ser el campo de operaciones sumamente sinuoso y extenso, lo que “hace muy difícil la comunicación para poder transmitir o recibir órdenes en los momentos culminantes del combate, y también debido a la falta de municiones”.¹¹ Como se ve, era Zacatecas una plaza codiciada por los distintos contendientes, pero a pesar de haber sido atacada y ocupada en varias ocasiones, en realidad era poco lo que habían sufrido por ello los zacatecanos.



Enviados por Huerta, el General José Delgado y su estado mayor recuperó efímeramente Zacatecas.

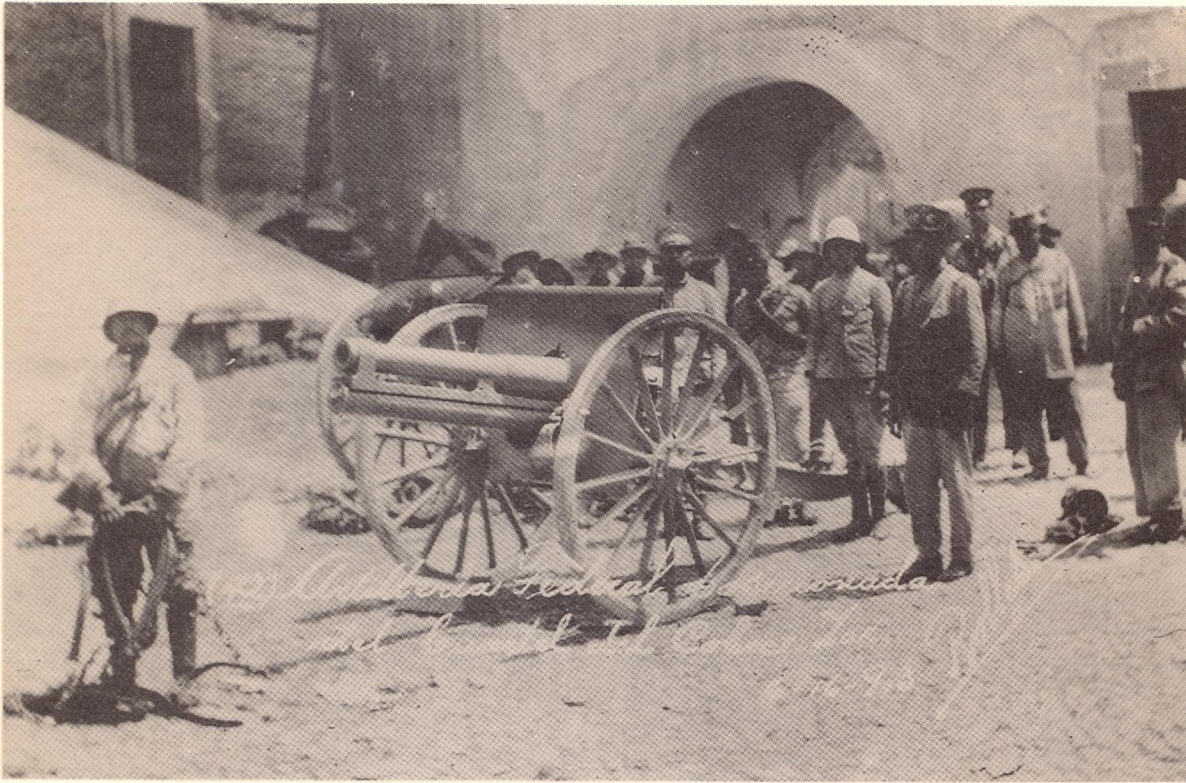
En cambio, no podían dejar de impresionarse por los triunfos revolucionarios más recientes tanto de las fuerzas al mando de los generales Pablo González por el noreste y las del general Alvaro Obregón por el noroeste, como de la División del Norte que seguía una corriente central; y al enterarse de que habían caído en poder de los constitucionalistas Torreón, San Pedro de las Colonias, Tampico, Saltillo y Tepic, aunque —naturalmente— los avances de la División del Norte que la acercaban a Zacatecas debían interesarles más, por otra parte la División del Centro nunca se había alejado demasiado y permanecía al acecho de la plaza. De la trascendencia de las victorias logradas por Pancho Villa, el propio divisionario habría dictado a su médico Ramón Puente, a raíz de la toma de Torreón: “El viernes dos de abril nuestras fuerzas hacían su entrada en la ciudad, pero inmediatamente me vi precisado a ir en auxilio de Rosalío Hernández y Toribio Ortega que me comunicaron la presencia de una fuerte columna enemiga que ellos no podrían resistir si no se les ayudaba. Eran los refuerzos que Huerta enviaba a Torreón para proteger a Velasco y que venían al mando de dieciocho generales. Los combates que se trabaron en aquel rumbo fueron de tanta o mayor importancia que la misma toma de Torreón, porque significaron la derrota del elemento mejor que había reunido Huerta con intención de aplastarnos, y nos facilitaron el camino

para tomar también la ciudad de Saltillo donde Carranza quería establecer su gobierno...”¹²

En esa ocasión, el general Villa se dirigió al general Velasco, comandante federal de la guarnición de Torreón, en despacho que redactó el general Angeles por órdenes de Villa, de cuyo documento extractamos los siguientes párrafos textuales: “Al C. Gral. de Div. J. Refugio Velasco. Torreón, Coah... Cumpliendo con un deber de patriotismo, y con el objeto de evitar se continúe derramando más sangre hermana y... dar fin a esta guerra fratricida, anteriormente... pedí a Ud. entregara la plaza de Gómez Palacio... Ahora que... las tropas que forman la División del Norte han logrado desalojar a las de Ud. de las plazas de Ciudad Lerdo y Gómez Palacio... vuelvo a insistir con el mismo objeto, pidiéndole esa plaza, y que las fuerzas que están a su muy digno mando rindan a las tropas democráticas que se encuentran a mis órdenes, sus armas y municiones... Si Ud. se empeña en continuar apoyando a un gobierno cuya causa va en contra de los ideales del pueblo..., va Ud. al fracaso personal y la historia registrará su nombre al lado de los generales que han creído que todo su deber consiste en apoyar al Ejecutivo de la Nación aun cuando ese poder haya sido usurpado por medio de asesinato, con el profundo menosprecio del honor nacional...” Gómez Palacio, Dgo., 27 de marzo de 1914. El grál. en Jefe, *Francisco Villa*.¹³



Poco a poco cundía la fama de la División del Norte, principalmente tras la toma de Torreón.



A toda costa, los federales intentarían detener en Zacatecas el avance de la Revolución.

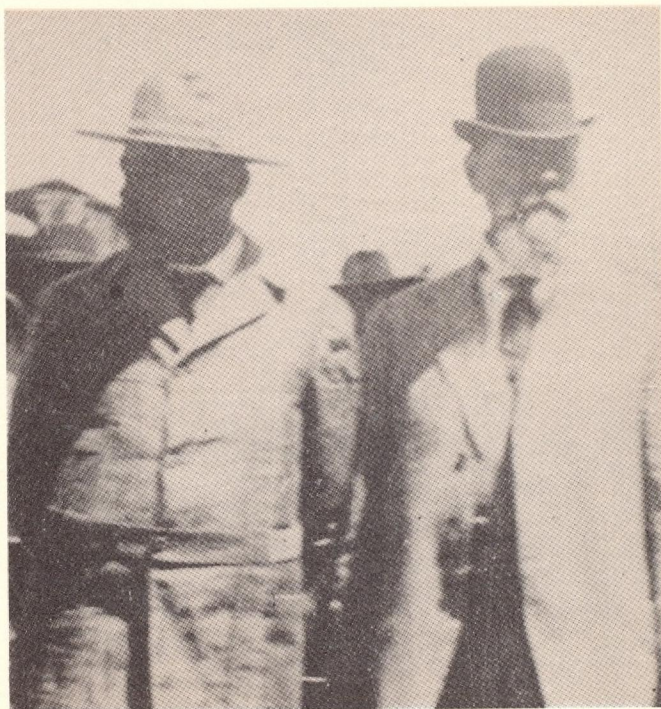
El documento, transcrito en su parte sustancial, escrito menos de tres meses antes del ataque y toma de la plaza de Zacatecas, nos da una idea del criterio y el ánimo con que Villa se dirigiría a Zacatecas, aunque claro está que un mensaje como ése no se repitió.

Tomado Torreón, en la *ruta* de la División del Norte la siguiente *estación* era evidentemente Zacatecas, y después... el camino quedaría libre hacia la capital de la República. Mientras, el general Obregón —gran estratega— después de sus triunfos en Santa Rosa, Santa María, Culiacán..., avanzaba por el oeste hacia la capital, y en el noreste los carrancistas del tenaz y firme Pablo González obtenían algunos triunfos en Lampazos, Bustamante, Matamoros, “por el centro el triunfo decisivo de la Revolución lo venía obteniendo la División del Norte del impetuoso y audaz Francisco Villa, la que a su mando avanzaba arrolladora... y cuyos triunfos en Chihuahua, Pedriceña, Picardías, Bermejillo, Hipólito, Tierra Blanca, Pardón, Saltillo, etc., culminaron con la toma de Torreón y San Pedro de las Colonias, poniéndolo en condiciones de emprender su marcha al sur; su nuevo objetivo fue luego Zacatecas, punto clave de aquella dura campaña, pero tropezó con la oposición del primer jefe Carranza”.¹⁴ Evidente-

mente, los generales de la División del Norte consideraban como un derecho indiscutible proseguir la campaña al sur precisamente cuando Venustiano Carranza pidió que se enviaran refuerzos a Natera para el ataque a Zacatecas.¹⁵ “Esta plaza había sido atacada durante siete días por el general Natera, apoyado por los Arrieta, Triana y Pereyra, con gran valor y decisión, pero siendo rechazados por los federales que habían concentrado ahí muchos y muy buenos elementos y se batían con gran denuedo”.¹⁶

Por eso pudo Villa decir, según apuntes de su médico Ramón Puente:

“Ocurridas todas estas victorias no quedaba ya más que una plaza fuerte para tener expedita la línea del Ferrocarril Central hasta México y ésta era Zacatecas, a donde parecía que los federales intentaban resistir a toda costa nuestro avance. Urgiendo, pues, el ataque a Zacatecas antes de que Huerta pudiera acumular allí más elementos de resistencia, le hice saber a Carranza —que se encontraba en Durango— que mi parecer, lo mismo que el del general Angeles y el de todos mis jefes, era que con el total de nuestra división avanzáramos sobre aquella ciudad; pero desde este punto aumentaron las dificultades que ponía Carranza para la prosecución de mi campaña.”¹⁷



Aunque compañeros de causa, pronto habría desacuerdos y enfrentamientos políticos entre Francisco Villa y Venustiano Carranza.

Se advierte el agravamiento de las diferencias entre el primer jefe de la Revolución y el jefe de la División del Norte, que terminarían por enfrentarlos: Don Venustiano, que había visitado Durango y Sombrerete, pactó con los generales Natera y Arrieta a fin de ayudarlos con elementos de guerra para que, a pesar de sus escasas fuerzas, fueran ellos quienes tomaran Zacatecas. Al regresar a Torreón encontró el ambiente muy cambiado: Villa se había ausentado..., sólo Aguirre Benavides y otros tres generales fueron a recibirlo a la estación. Dos días después, al querer salir rumbo a Saltillo, sufrió una gran contrariedad al saber que el jefe de trenes se negaba a proporcionarle máquinas sin órdenes del jefe de la División del Norte. Al fin, gracias a la oportuna intervención del general Toribio Ortega, pudo el señor Carranza continuar su viaje.¹⁸

La maniobra de don Venustiano fue advertida desde luego por el general Villa: “Decididamente ya no quería que la División del Norte tuviera más triunfos, pues parecía que cada uno de éstos aumentaba sus celos... y ahora limitaba mi avance hasta Torreón, ordenando que la batalla de Zacatecas la librara el general Pánfilo Natera ayudado por los generales Arrieta y Martín Triana, y que la División del Norte sólo le proporcionara a Natera alguna de sus brigadas.”¹⁹

Y es que, como dice el doctor Ramón Puente, médico y consejero del general Villa, “la idea do-

minante de la Primera Jefatura de la Revolución es destruir la popularidad de Villa”, pues aún antes Carranza había intentado resucitar la vieja rencilla con el general Chao...: se trataba, nada menos, de que fuera él, en lugar de Villa, quien avanzara sobre Torreón. Ahora que Torreón estaba tomado, ya nadie vuelve a hacer aquella pregunta: ¿Qué haremos con Villa? Porque en la actualidad lo importante era poner un hasta aquí a su carrera de triunfos.²⁰

El desarrollo de este conflicto se aprecia dramáticamente a través de la correspondencia telegráfica que sostuvieron el primer jefe de la Revolución don Venustiano Carranza y el comandante de la División del Norte general Francisco Villa:

11 junio 1914. “El primer jefe telegrafió al general Villa recordándole que el día anterior le había pedido que mandara tres mil hombres rumbo a Zacatecas, pues el general Natera estaba atacando la plaza y creía que con un refuerzo lograría su objetivo. Agregaba el señor Carranza que sería mejor mandar cinco mil a las órdenes de Robles y también algunas piezas de artillería y parque”. Villa contestó que “estimaba más conveniente avanzar con toda la División; que Robles estaba enfermo, y que había algunos deslaves en la vía...; que ya ordenaba las reparaciones necesarias y... trataría de obsequiar sus deseos.” Después, Villa solicitó una conferencia telegráfica para el día siguiente.²¹



Villa, poco a poco, acrecentaba su fama de Centauro del Norte.

12 junio 1914. “A las ocho de la mañana se saludan... don Venustiano pregunta cuál es el objeto de la conferencia. Villa... va dictando... como si estuviera discutiendo personalmente con el primer jefe. Dice que no puede auxiliar a Natera antes de cinco días; que ¿quién mandó a estos señores que se metieran en lo barrido?; que Robles está en cama y que si manda a Urbina no congeniaría con Arrieta; que si en caso de ir él con su División iba a quedar a las órdenes de Arrieta o Natera; que si él va a tomar las plazas para que ellos entren; que si las fuerzas de éstos cometen desórdenes él no lo va a permitir”... Sigue diciendo: “Si usted cree que yo estorbo en sus movimientos en la División que forman los antes dichos generales y quiere que alguna persona reciba las fuerzas de mi mando, desearía saber quién es...; si la juzgo apta y capaz para que cuide de ellas como yo mismo, está bien, pues yo hago a usted esta observación con el único fin de cuidar a mis soldados y como soldado más fiel que rodea a usted. Sírvase contestarme sobre estos puntos lo que a bien tenga.” Don Venustiano comenzó reiterando su orden de enviar refuerzos, pasó a explicar por qué accedió a que fuera atacada la plaza de Zacatecas por Natera y los Arrieta y dice... que

no es tiempo de censurarlos, pues ellos también desean contribuir al triunfo de la causa y adquirir elementos de guerra. Luego... tuvo el poco tino de mencionar a Villa sus errores al atacar Chihuahua sin fuerzas suficientes y le recordó que si bien había tomado Torreón era porque él le había proporcionado importantes contingentes. Dudar de sus méritos o tratar de opacar sus triunfos, indudablemente molestó a Villa muchísimo. Además, agregaba el primer jefe: “El hecho de que cinco mil hombres de los que usted tiene se adelanten al resto de su columna, no impide que usted siga inmediatamente después movilizándolo sus fuerzas rumbo a Zacatecas...” Tras desechar la idea de que Villa se fuera a poner a las órdenes de Natera, don Venustiano agregaba: “No es necesario ni creo conveniente la separación de usted del mando de las fuerzas revolucionarias que están bajo sus órdenes...; si tuviera que tomar tal determinación, procedería yo como deba en bien de la causa y del Ejército Constitucionalista que me honro en mandar como primer jefe.” Agregaba unas cuantas palabras más de esperanza porque se allanaran los obstáculos y que pronto saliera el refuerzo solicitado por Natera.²²

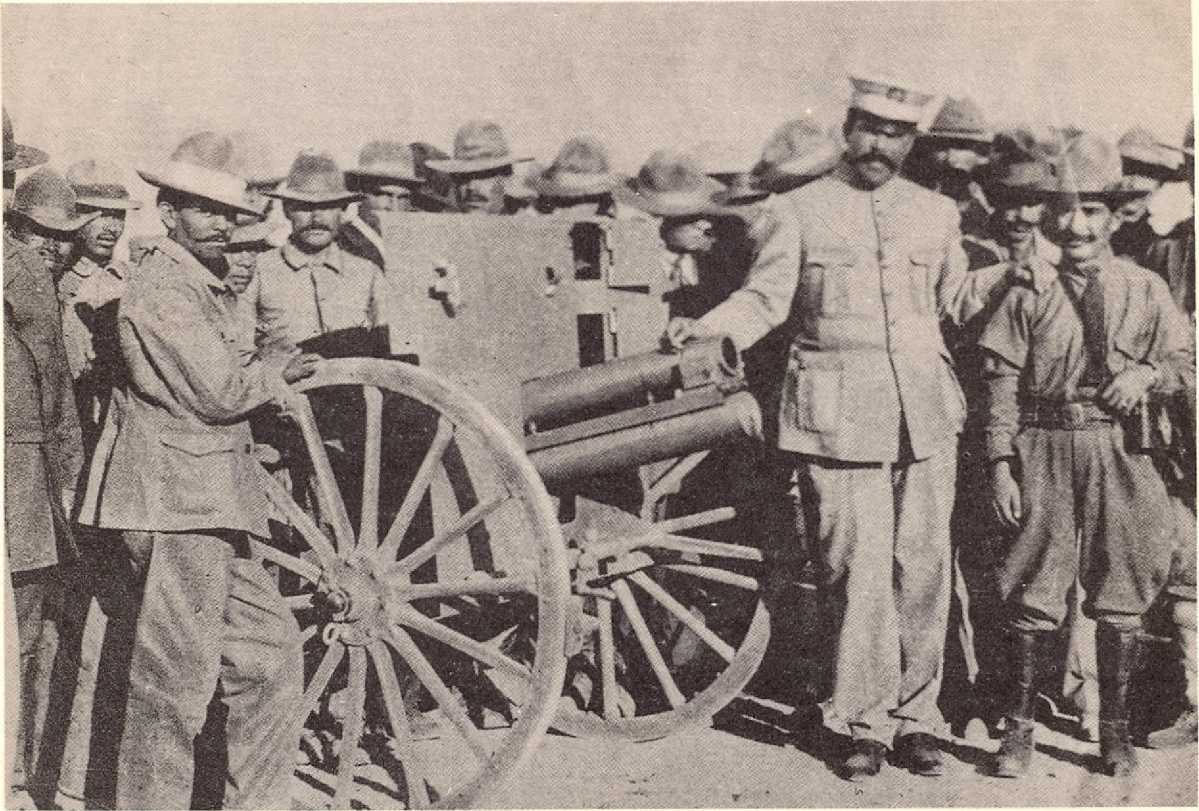


Villa y sus "Dorados": todos los reconocidos Generales de la División del Norte.

Lo que siguió lo resume Villa en estas palabras: "Como Carranza se obstinara en su determinación de negarse a mis indicaciones, le dije por telégrafo que presentaba mi renuncia como jefe de la División del Norte, a lo que contestó sin ninguna objeción que estaba aceptada, y que entregara el mando de las fuerzas al general José Isabel Robles, uno de mis segundos, y me fuera a encargar del gobierno de Chihuahua. Llamé en el acto a todos los generales de la división para ponerlos al tanto de lo que ocurría, y ellos reunidos acordaron contestarle a Carranza..."²³ en los siguientes términos:

"Torreón, junio 14 de 1914. Señor V. Carranza, Primer Jefe del E. C. Saltillo, Coah. Su último telegrama nos hace suponer que usted no ha entendido o no ha querido entender nuestros dos anteriores. Ellos dicen en su parte más importante que nosotros no tomamos en cuenta la disposición de usted que ordena deje el señor general Villa el mando de la División del Norte, y no podíamos tomar otra actitud en contra de esa disposición impolítica, anticonstitucionalista y antipatriótica. Hemos convencido al señor general Villa de que los compromisos que tiene contraídos con la Patria lo obligan a continuar con el mando de la División del Norte, como si usted no hubiera tomado la malévola resolución de privar a nuestra causa

democrática de su jefe más prestigiado, en quien los liberales y demócratas mexicanos tienen cifradas sus más caras esperanzas. Si él lo escuchara a usted, el pueblo mexicano, que ansía el triunfo de nuestra causa, no sólo anatematizaría a usted por resolución tan disparatada, sino que vituperaría también al hombre que en camino de libertar a su país de la opresión brutal de nuestros enemigos, abandonaba las armas por sujetarse a un principio de obediencia a un Jefe que va defraudando las esperanzas del pueblo por su actitud dictatorial, su labor de desunión en los estados que recorre y su desacierto en la dirección de las relaciones exteriores. Sabemos bien que esperaba usted la ocasión de apagar un sol que opaca el brillo de usted y contraría su deseo de que no haya en la Revolución hombre de poder que no sea incondicional carrancista; pero sobre los intereses de usted están los del pueblo mexicano, a quien es indispensable la prestigiada y victoriosa espada del general Villa. Por todo lo expuesto, participamos a usted que la resolución de marchar hacia el sur es terminante y por consiguiente no pueden ir a esa los generales que usted indica." (Firmado por todos los jefes de la División del Norte.)²⁴ El telegrama en que se le hizo saber a Carranza esta determinación lo redactó el general Felipe Angeles.²⁵



Aunque Carranza ordenó lo contrario, Francisco Villa decide marchar hacia Zacatecas.

A pesar de todos estos antecedentes, el rompimiento no se produce todavía entre ambos jefes, y Carranza permite que Villa se dirija a Zacatecas “aunque no modifica sus órdenes”.²⁶ La actitud de Villa y los villistas, de altanería e insubordinación, pudo ser tolerada circunstancialmente por el primer jefe de la Revolución atendiendo a las condiciones específicas del frente aunque, en campaña, ameritara en rigor un decreto de ejecución de los indisciplinados. El distanciamiento definitivo —y ulterior enfrentamiento— vendrá después de la Batalla de Zacatecas, y reconoce orígenes más remotos y motivaciones que pueden rastrear-se detrás de los protagonistas entre sus allegados y consejeros. Por lo demás, aun las entrevistas que sostuvieron ambos caudillos con anterioridad sirvieron solamente para aumentar sus recíprocos celos, porque si Villa desconfiaba de Carranza, el primer jefe tampoco confiaba en Villa: “las sospechas mutuas iban haciendo cada vez más peligrosa la situación. Carranza temía que los fines de la División del Norte al avanzar al sur fueran quizá con el objeto de seguir rumbo a la capital y adueñarse de la situación antes que Obregón y Pablo González pudieran llegar, mientras Villa seguramente sospechaba que al detener su marcha al sur era quizá por deseo de eliminarlo a la

hora del triunfo y restarle gloria a su división.”²⁷ El doctor Ramón Puente transcribe los siguientes conceptos de Villa: “a poco de estar en Juárez equipando mis fuerzas para emprender un nuevo ataque sobre Torreón, supe que me había nombrado como superior al general Alvaro Obregón, quien nada sabía ni tenía que ver con los asuntos de Chihuahua”.²⁸ Recuerda luego su primera entrevista con Carranza poco después: “Llegó el día en que nos vimos el Primer Jefe y yo... Mi primer impulso fue de respeto hacia aquel anciano que traía la representación del honor y la justicia, por la que nuestra gente se moría en los combates... pero a las pocas palabras que hablamos mi sangre se empezó a helar, porque comprendí que no le podría abrir mi corazón, pues para él no era yo un amigo sino un rival. Jamás me miraba derecho y toda su conversación se reducía a recalcarme nuestras diferencias de origen, haciéndome ver que él lo había sido todo: desde presidente municipal, jefe político, gobernador, senador, hasta Primer Jefe... Nada había de común entre aquel hombre y yo; él era un político y yo un humilde luchador... Nos separamos aparentemente en buena armonía...; me aguanté el disgusto y me fui a atacar Torreón.”²⁹



Pánfilo Natera y su gente se alistan para la Batalla.

Después de esta mirada retrospectiva a los antecedentes del conflicto suscitado entre Carranza y Villa, y cuyo conocimiento es indispensable para la cabal comprensión de los hechos ocurridos en Zacatecas en junio de 1914, podemos ya ocuparnos de examinar los preparativos para la acción bélica.

El general Adolfo Terrones Benítez, quien formara parte de la expedición de Domingo Arrieta en su traslado desde Durango para unirse a las huestes de la División del Centro comandadas por el general Pánfilo Natera a fin de atacar la plaza defendida por Luis Medina Barrón, narra que el 30 de abril de 1914 el general Arrieta le informó que ya tenía órdenes de Carranza para cooperar en la campaña del estado de Zacatecas, y comenta: “precisamente en esos días la primera jefatura de la Revolución había facultado al general Arrieta a lanzar una emisión de papel moneda por valor de cinco millones de pesos destinada a sostener la campaña en el mencionado estado”.³⁰

Un contingente de 4,800 hombres bajo el mando del general Arrieta “principamos a desplazarnos desde Durango el día 31 de mayo. Al llegar a la hacienda de Trujillo el 4 de junio, recibimos informes de que “la plaza de Fresnillo se encontraba ocupada por 200 hombres de caballería de las tropas del general Lucio Gallardo, a las órdenes inmediatas del mayor Javier Medina Barrón”, a quienes habría que desalojar, y para ello debe-

ríamos atacar de la siguiente manera: el coronel José Vizcarra lo haría directamente a la posición del cerro de Proaño; el coronel Francisco Hernández por el panteón municipal, y el mayor Francisco Salas con el suscrito —Terrones Benítez— como segundo, para cortar la retirada al enemigo por el rumbo del sur, sobre los caminos a Calera y a la Concepción vía Ojuelos.³¹

“Para entonces se sabía que el general Pánfilo Natera se encontraba con su cuartel general en la ciudad de Jerez con avanzadas en la hacienda de Santa Rita, Rancho Colorado y la hacienda del Maguey. El 6 de junio nos desplazamos en la forma convenida sobre la plaza de Fresnillo, y para las cuatro y media nos encontrábamos frente al enemigo —quien no esperaba el asalto— porque logramos sorprender a la avanzada, la cual, apostada al pie del cerro de Proaño y compuesta de 25 hombres, disparó sólo unos cuantos tiros y se rindió. Serían como las cinco y media cuando principamos a escuchar el tiroteo dentro de la población y por el rumbo del panteón; para entonces, el enemigo venía batiéndose en retirada a campo traviesa en dirección a la hacienda de la Concepción pues ya habíamos ocupado el camino real que conduce a Calera. Como la madrugada estaba muy oscura hubo necesidad de lanzarnos en persecución del enemigo a bulto, pero para cuando amaneció nos habían ganado mucho terreno y la persecución tuvo que ser suspendida.”³²



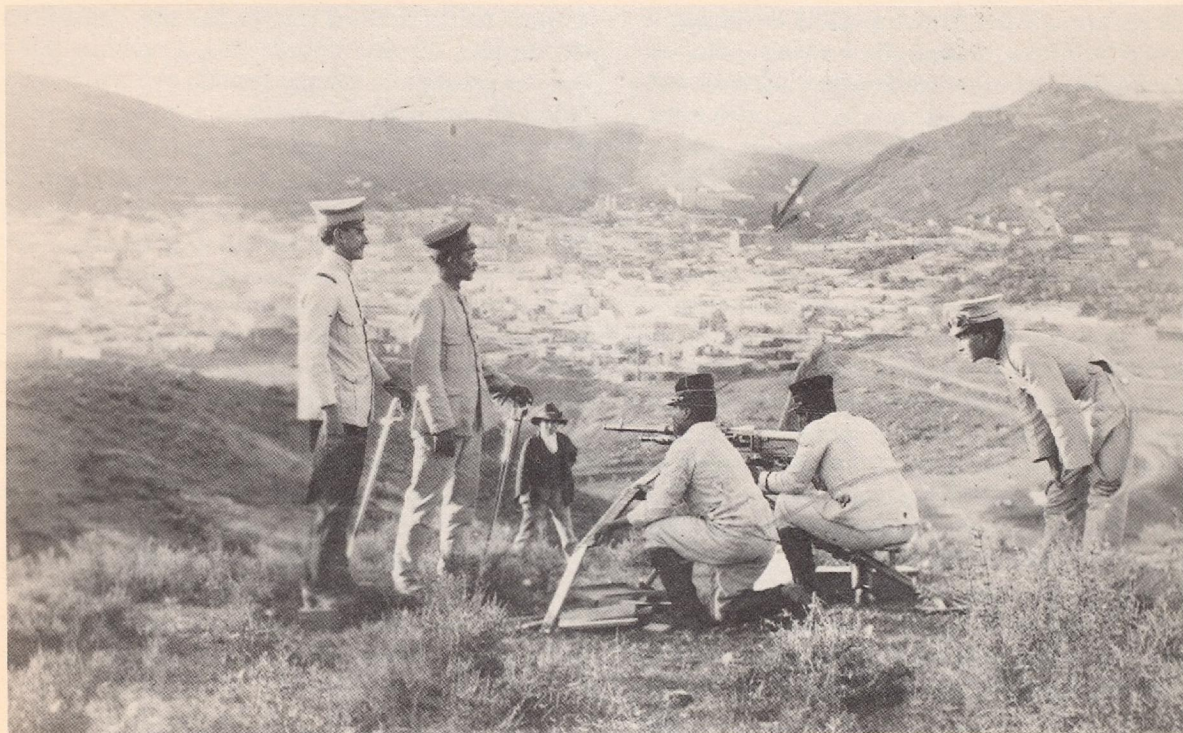
Empiezan las escaramuzas en Calera, luego del fácil triunfo alcanzado en Fresnillo.

Ese 7 de junio al mediodía arribó a Fresnillo el general Arrieta, quien ordenó que al siguiente día emprendiéramos la marcha sobre el poblado de Calera, cuyo asalto, según disposiciones del general Carrillo, se daría en el mismo orden que habíamos atacado Fresnillo; así, “al coronel Vizcarra se le encomendó atacar por los caminos que conducen a Fresnillo y a Ojuelos, al norte de dicho pueblo; al coronel Hernández por el poniente o sea por entre los Arroyos, y al mayor Salas por el rumbo del panteón y la estación del ferrocarril.

En Calera se encontraba la matriz del 14º regimiento de caballería federal, con 300 hombres a las órdenes del mayor Agustín Priani, y como el terreno es sumamente plano y descubierto en todos sus alrededores, había que ejecutar la maniobra con suma rapidez y oscura la mañana, por lo cual a las cuatro ya nos encontrábamos a tiro de fusil frente a Calera para emprender el asalto montados a caballo en forma de carga y a carrera abierta, pero ya el enemigo se encontraba evacuando la plaza”.³³

“Mi marido creyó que no habían terminado sus deberes de hermano mayor, pues a partir de la muerte de su padre quedó al frente de la familia y por eso siempre lo respetaron. Su madre, desde que quedó viuda, descargó su responsabilidad en el primogénito, y él siempre correspondió a la confianza otorgada a pesar de la vida inquieta y errante que lo obligaron a llevar.

“Así fue que el día que se enteró que Antonio su hermano cultivaba relaciones con la señorita Paula Palomino, hija de un revolucionario muerto en la batalla de Casas Grandes, insistió en que se casara y formara un hogar y así estaría más contento. Un buen día se presentó en la casa de la señora viuda de Palomino a pedir la mano de su hija, fijándose la fecha para el matrimonio, que fue el día 6 de junio de 1914.



Nada sencillo sería ganar en Zacatecas; los revolucionarios eran esperados por un Ejército superior a los 12 mil hombres.

El general Arrieta se incorporó esa misma mañana del 8 de junio, y como para las doce del día arribó un correo propio procedente de Jerez, portador de un mensaje del general Natera, proponiéndole una entrevista en la hacienda del Maguey para ese mismo día a fin de “formular el plan de ataque a Zacatecas”. En esa reunión, que tuvieron por la tarde los generales Natera y Arrieta acompañados de los generales Santos Bañuelos, Fernando Reyes, Tomás Domínguez, Martín Triana, Trinidad Cervantes y José Carrillo, el general Natera expresó la situación del enemigo —al mando del general Luis Medina Barrón— como sigue: “el efectivo de tropas llega a la suma de 12,400 hombres de las tres armas por los refuerzos procedentes de San Luis Potosí y Aguascalientes, en

gran parte posesionados en sus trincheras de los cerros de la Pila, el Grillo, la Bufa, el Crestón Chino, la Sierpe, los Clérigos, el Cobre, las Balsas, el Padre, el Observatorio, mina de los Cinco Señores y el Refugio, más contingentes afortunados en el panteón nuevo, en el panteón viejo, la estación del ferrocarril y concentraciones en los cuarteles de Santo Domingo, el Cobre, la Ciudadela, la comandancia de policía, el Palacio Municipal y la Alameda.”

De acuerdo con las explicaciones que exponía el general Natera, el enemigo se encontraba poderosamente posesionado y afortunado, por lo que se podía considerar “que sus puestos de combate eran inexpugnables”. Sumadas, por su parte, las tropas de la División del Centro y las procedentes

“Ocho días después de este matrimonio salieron a la campaña de Zacatecas y, como para él todos eran iguales en el cumplimiento de sus deberes, ordenó a su hermano que saliera con su gente a incorporarse a la columna.

“La recién casada acompañó a su marido hasta Torreón, habiéndose regresado a Chihuahua a esperar con zozobra y con impaciencia las noticias del campo de batalla, como las demás esposas, madres e hijas esperábamos, con el ansia pintada en el semblante, el resultado de la contienda, favorable o desafortunada.”

Luz Corral vda. de Villa. *Pancho Villa en la intimidad*. Chihuahua, México, Centro Librero La Prensa, 1981, pp. 76 y 79.

de Durango, “resultaba que los contingentes de ambas corporaciones se componían únicamente de 10,600 hombres, además de no contar con artillería salvo ocho ametralladoras y escasas municiones de 7 mm.” De este modo, “nuestra aventura resultaba algo temeraria”, por lo que se acordó pedir los refuerzos necesarios a la primera jefatura del Ejército Constitucionalista en Saltillo, Coahuila; y mientras llegaban, “se procedería a atacar la plaza para establecer un sitio formal y sostenerlo los días que fuera necesario hasta recibir el refuerzo”. Ahí se señaló el día 10 de junio de 1914 para entrar en acción.³⁴

Sabidos ya los problemas existentes entre el primer jefe Carranza y el general Villa —y a la vista del plan de ataque del general Natera— ocurría, tal como lo percibió el corresponsal de *L'Illustration Française*, que la División del Norte, concentrada en Torreón, no debía pues concurrir a la operación. Este grave error no habría de quedar impune. El doce de junio los dos generales, Natera y Arrieta, “atacaron la plaza por el norte y por el sur, pero la ofensiva mal combinada terminó con un grave fracaso”.³⁵

Otro periodista, pero éste zacatecano, recoge en una revista publicada en la capital del estado la versión —seguramente sugerida por Natera— de que el desastre se debió, primeramente, a que por la escisión entre Carranza y Villa el general Natera no contara con elementos suficientes para tomar la plaza para cuya acción lo comisionó don Venustiano. Y luego, a que los generales Arrieta

y Contreras traían órdenes especiales de Villa para asumir cierta actitud pasiva lo cual cumplieron de manera tal que habiéndose acordado por el cuartel general un ataque simultáneo con la seguridad de que la plaza caería en el primer intento, a la señal convenida por Natera “sus fuerzas se lanzaron al ataque hacia la Bufo y cerro del Refugio con tal ímpetu que llegaron hasta las mismas trincheras de los federales al grado de luchar cuerpo a cuerpo, mientras las de Contreras y Arrieta permanecían en completa inactividad, casi acampadas en la falda del cerro de la Sierpe y como si no se estuviera librando formidable batalla al otro lado de la ciudad.”³⁶

A este fracaso al primer intento se sumó la desobediencia de algunos otros jefes que tenían por misión cuidar la vía férrea por el lado sur a fin de impedir que nuevos trenes militares llegaran a la ciudad, todo lo cual “determinó la retirada del general Natera con su División del Centro”, al mismo tiempo que llegaban, en un lapso de cinco días, numerosos cuerpos irregulares y de línea enemigos, “entre los que figuraron los de Benjamín Argumedo y los batallones 89 y 90, en alta fuerza, aunque compuestos por reclutas recogidos de *leva*”.³⁷ Hasta aquí esta versión, importante por ser de uno de los protagonistas, y de la cual se saca por conclusión como único seguro que la División del Centro, con los refuerzos de Durango, no estaba capacitada para tomar la plaza, básicamente por la insuficiencia de sus efectivos en hombres y pertrechos.



Imposible resultó a la División del Centro sostenerse en posesión de la plaza sin apoyo.

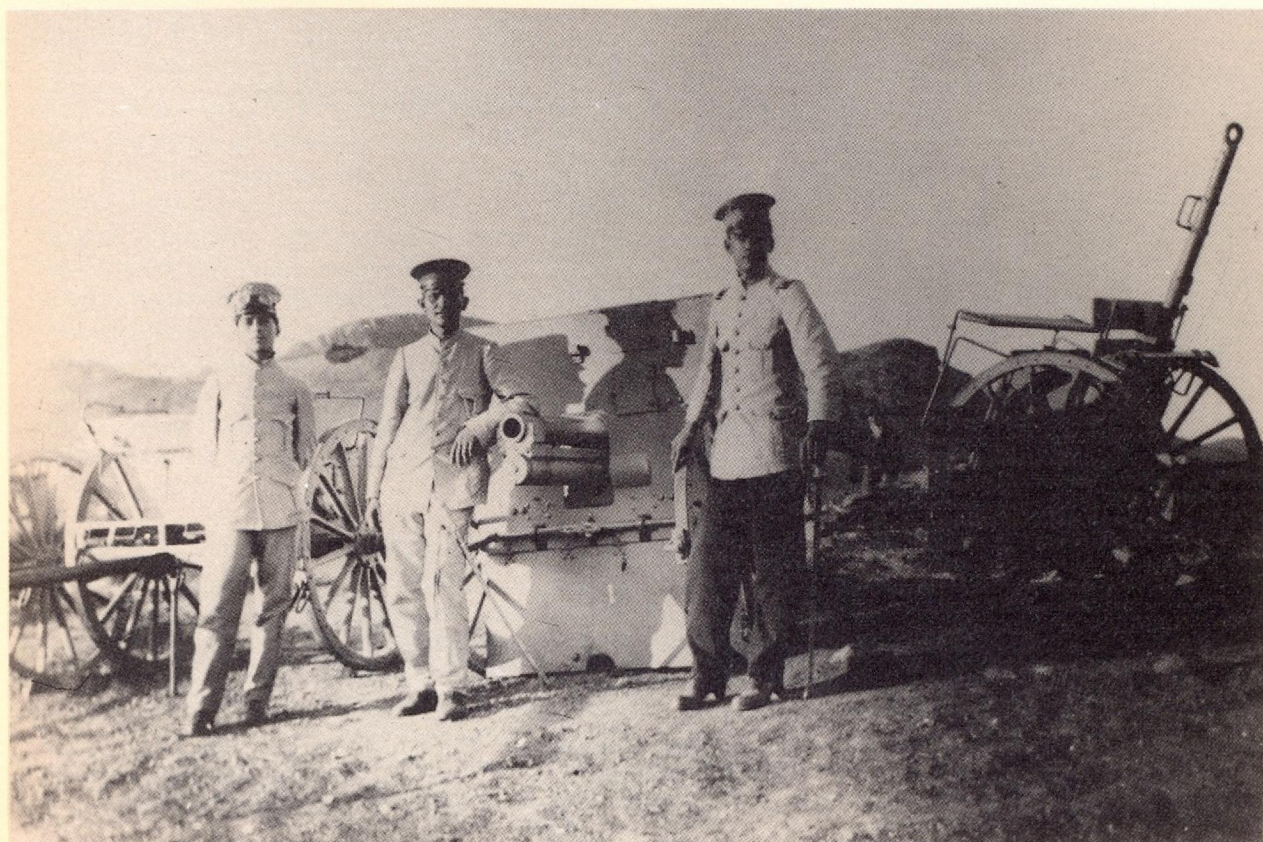
Así, un observador de la población civil, refiere: “Durante los días del 9 al 14 del mes de junio, las fuerzas del general Natera intentaron la conquista de la ciudad atacándola de día y de noche”; y si no tuvieron éxito fue por “falta de artillería pesada capaz de arrasar las fortificaciones de las montañas, viéndose obligados a retirarse al arribo de los *colorados* a las órdenes del general Argumedo. Los federales, jubilosos, echaron a vuelo las campanas de la catedral y de otros templos anunciando su victoria, y la gente se apiñaba en las calles comentando los hechos”.³⁸

Pero, casi de inmediato, se sabe que la potente División del Norte viene hacia Zacatecas, y todos se preparan de distinta manera para recibirla.

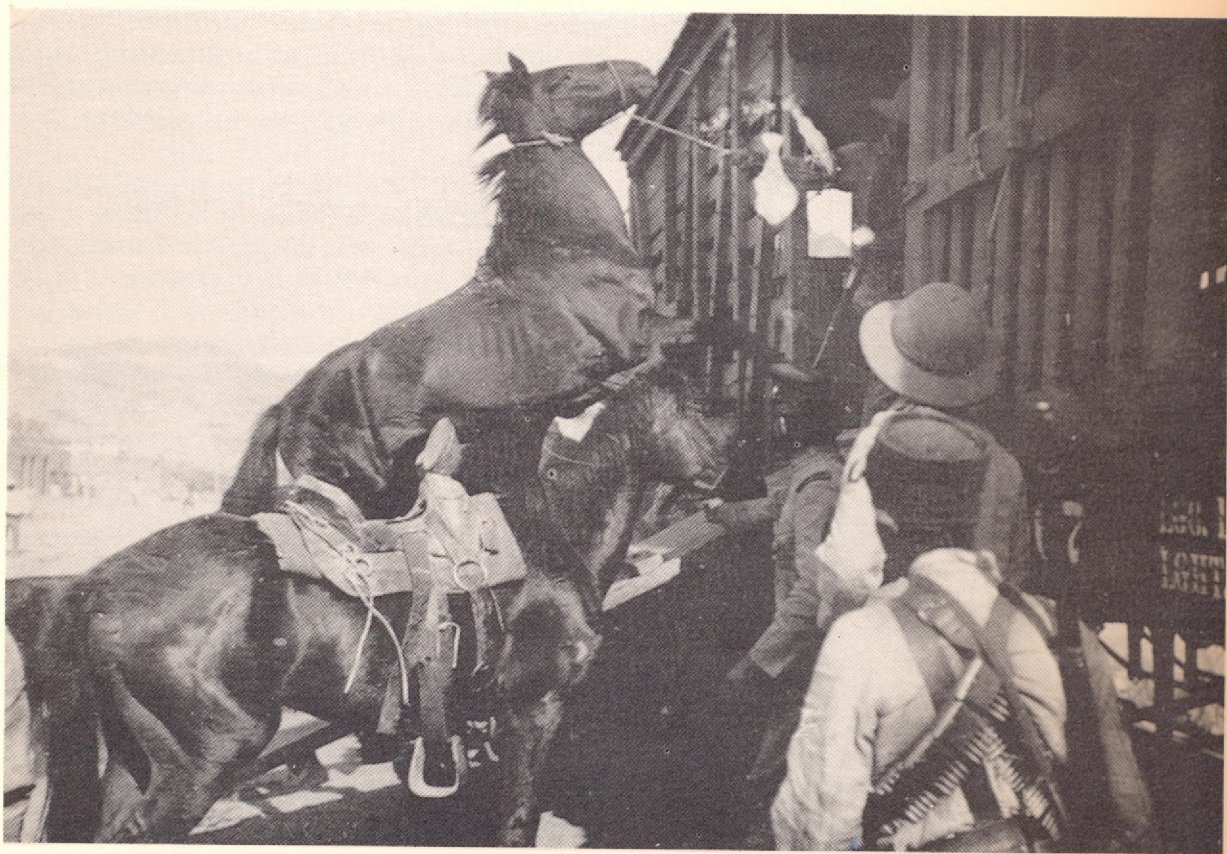
Los federales habían organizado “dos líneas de defensa: la exterior con puntos de apoyo en los cerros Magistral, Tierra Colorada y Tierra Negra, en la villa de Guadalupe, en la mesa de este mismo nombre y en el cerro del Padre; y una interior, cuyos principales puntos de apoyo los constituían los cerros del Grillo y de la Bufa y la loma del Refugio, pero sólo construyeron emplazamientos de artillería en el Grillo y la Bufa, y algunos elementos de trincheras en la parte alta de los cerros (no en la cresta militar, sino en la cresta to-

pográfica)”.³⁹ Otras posiciones importantes en este cierre de puntos fuertes en las alturas de los alrededores de la ciudad, aparte de las que se han mencionado, eran Loreto, los Clérigos y la Sierpe.⁴⁰

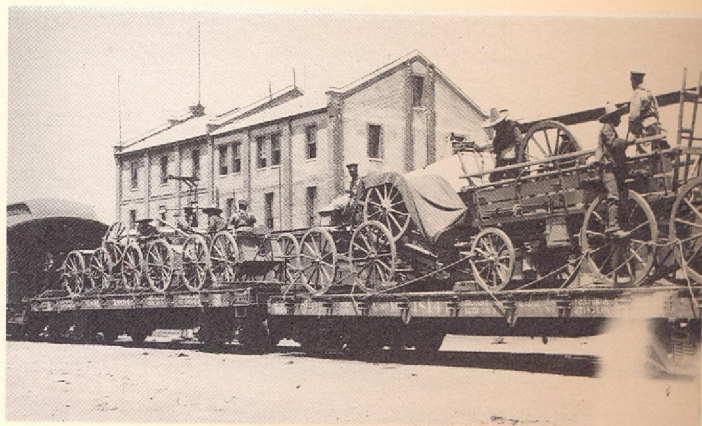
“El general Rubio Navarrete y los principales artilleros federales fortificaron la ciudad y emplazaron la artillería de la siguiente manera: tres cañones de 80 milímetros en el cerro de la Bufa; dos en el Grillo, dos en la loma del Refugio, y uno en Santo Domingo, en el Capulín, en el Crestón Chino, en el retén de la Encantada y en el cerro del Padre”.⁴¹ El general Antonio G. Olea, quien tomó a su cargo la artillería federal a su arribo a Zacatecas el 20 de junio, dice que trajo de San Luis Potosí cuatro piezas de artillería de 75 mm junto con cierta cantidad de ametralladoras, granadas y municiones; dos de esas piezas fueron emplazadas en el cerro del Grillo, con lo que su número ascendió a cinco, y dos las mandó a la Bufa, donde había “seis ametralladoras y cuatro cañones, dos de 80 mm y dos de 75 mm”. Además, el rumbo de la estación estaba defendido por una pieza de artillería de 80 mm montada sobre una plataforma y arrastrada por una máquina.⁴²



Confiados, seguros, prepotentes y bien armados, los federales aguardaban a los revolucionarios en Zacatecas.



Más refuerzos del Gobierno seguían llegando en espera de abatir y conjurar el levantamiento popular.





Verdaderos expertos en el manejo de artillería eran desplazados a Zacatecas por órdenes de Huerta.

En cuanto a los efectivos de tropas, la cifra más comúnmente aceptada para las fuerzas federales es de alrededor de 12,000 hombres.⁴³ “No menos de una docena de generales tenía a sus órdenes el general en jefe encargado de la defensa, entre los que destacaba Benjamín Argumedo *el Orejón*, bravo enemigo de la Revolución y temible por la calidad voluntaria de sus caballerías llamadas *los colorados*; es decir, los jefes federales más expertos en el manejo de la infantería, de la caballería y de la artillería estaban allí:⁴⁴ entre ellos Jacinto Guerra, Manuel Altamirano, Antonio Rojas, José Soberanes, Juan N. Vázquez,⁴⁵ Lucio Gallardo, Francisco A. Figueroa y otros varios de menor jerarquía, pero también importantes”.⁴⁶

En resumen, Huerta reconcentró todos los elementos de que pudo disponer del antiguo ejército federal, aumentados con la criminal leva: “hombres aprehendidos a lo largo del territorio nacional que eran obligados a engrosar por la fuerza bruta las filas del ejército”. Una exclamación acude a los labios de un contemporáneo de aquellos acontecimientos: “¡Muchos de aquellos infelices eran simpatizadores de la revolución, y se les llevaba al matadero para que les quitaran la vida sus mismos correligionarios!”⁴⁷

Cuando se presentó con el general Medina Barrón, el general Olea externó un vaticinio: “Le

dije que la plaza de Zacatecas no era defendible; que lo mejor sería evacuarla, retirándonos hacia el cañón de Palmira, a doce o quince kilómetros. Contestó que eso era imposible y me enseñó un telegrama de la Secretaría de Guerra que ordenaba terminantemente: ‘por lo tanto, deberá usted defender esa plaza a toda costa’.”⁴⁸

Ahora bien, desde el 10 de junio, los componentes de las tropas de Durango y Zacatecas recibimos órdenes para desplazarnos desde Calera con el objeto de dejar el campo y los alojamientos a los esperados contingentes de la División del Norte. Para el 20 de junio, los de Durango procedimos a tomar posiciones sobre el cerro de Matapulgas y la cordillera de las minas del Tinto por el ala derecha, mientras las tropas al mando del general Natera se posesionaron de las cumbres de la mesa de Santa Fe y del cerro del Mezteño, con lo que quedó cubierto todo el sector sur de la plaza de Zacatecas... y cortada la retirada al enemigo por ese rumbo.⁴⁹

Entretanto, la División del Norte había ejecutado su desplazamiento hacia Zacatecas. “Según lo ordenado, las fuerzas del general Urbina salieron de Torreón el día 16, seguidas por la artillería que inició la salida el día 17, y durante los días 18, 19 y 20 el resto de las tropas.” Conforme arribaban a la estación de Calera, las brigadas “iban tomando su colocación en el dispositivo, llegando al último el general Villa con su escolta.”⁵⁰



El 19 de junio llegaron a Calera las fuerzas revolucionarias dispuestas para la Batalla de Zacatecas.

De esta manera, “el mayor contingente de los atacantes lo aportaba la División del Norte”,⁵¹ y sumadas sus fuerzas con las de Natera formaron un núcleo respetable⁵² de más de 20,000 hombres.⁵³ Vinieron las brigadas *Morelos*, *Robles*, *Zaragoza*, *Villa*, *Cuauhtémoc*, *Hernández*, *Benito Juárez*, *González Ortega*, con los “más famosos generales de Villa”: Tomás Urbina, Eugenio Aguirre Benavides, Raúl Madero, José Rodríguez, Trinidad Rodríguez, Rosalio Hernández, Maclovio Herrera y Toribio Ortega para formar un poderoso ejército al englobar a las fuerzas de la División del Centro, con Pánfilo Natera, Santos Bañuelos, Tomás Domínguez, Trinidad Cervantes, Pedro Caloca, Juan Ferniza, Melitón Ortega, y las de Durango, de Domingo Arrieta y Calixto Contreras. La División del Norte aportó su artillería, al mando de Felipe Angeles y en número de 51 piezas —de las cuales 12 “no entraron en acción por falta de espacio”—⁵⁴ que se distribuyeron luego en dos grupos: por el sur uno menor, con 10 piezas, a las órdenes del mayor José Carrillo, emplazado en el corralón de la mina de la Plata para apoyar la toma del cerro de Loreto por las fuerzas del mayor Maclovio Herrera, y por el norte otro mayor, con 28 piezas, a las órdenes de los mayores Miguel Saavedra y José María Jurado, “en apoyo de ataque de las fuerzas directamente al mando del general Villa”.⁵⁵ Además, el cañón *el Niño*, de 80 mm tipo poderoso, montado sobre una plataforma de ferrocarril.⁵⁶

Desde el campo revolucionario, un relato de primera mano es el diario del general Felipe Angeles, quien vio las cosas de la manera que en seguida extractamos:

“El 19 en la mañana llegamos a Calera..., como a veinticinco kilómetros de Zacatecas...; las tropas que me precedieron... permanecían acampadas en las inmediaciones.

“Por la buena amistad y confianza que me dispensa el jefe de la División, tomé la iniciativa para hacer el reconocimiento y distribuir las tropas alrededor de Zacatecas... En el camino encontramos un ranchito abandonado, San Vicente, a tres kilómetros de Morelos, que mandé reconocer... Vecinos de este pueblo y labradores nos informaron que venían huyendo del enemigo que acababa de llegar a Morelos...; nos mostraban las siluetas de los jinetes enemigos en las crestas de los cerros... Probablemente el enemigo vio que éramos pocos, tal vez hasta nos contó y, decidido, avanzó sobre nosotros al galope y tiroteándonos. Nos retiramos al paso, observándolo... hasta que se retiró...”⁵⁷ Por su parte, el ingeniero Federico Cervantes dice que el general Angeles y su estado mayor, con una escolta de veinte hombres del general Chao, al realizar este *reconocimiento ofensivo*, libró combate “que estuvo a punto de sernos adverso”, a una columna volante de doscientos hombres de Argumedo, pero fue oportunamente apoyado por el general Trinidad Rodríguez, quien... replegó al enemigo hasta sus posiciones de defensa.⁵⁸

“Desde un cerro alto que está junto a Morelos —continúa narrando el general Angeles—, vimos un nuevo paisaje, hermosísimo... Allí abajo... un ladrar de perros y el tiroteo de los soldados, los enemigos que huían y los nuestros que los perseguían con entusiasmo y precipitación, tratando algunos de cortar a aquéllos la retirada...” De regreso a Calera, “di la orden para que la artillería marchara a Morelos... Un oficial me pidió instrucciones de parte del general Maclovio Herrera... que acababa de llegar. Fui a ver al señor general Herrera; le dije que no había recibido yo órdenes para tomar el mando de las tropas de Calera... pero que le aconsejaba... que se fuera a Cieneguilla, lugar aún no ocupado por tropas, con agua y forrajes... Prometí... visitarlo al día siguiente para estudiar el terreno desde el punto de vista del empleo de la artillería... Los grupos de Saavedra, Jurado y Luévano partieron... para Morelos. Cayó un formidable aguacero y luego

sopló un viento fuerte. Bastante avanzada la noche llegamos a Morelos, los tres grupos y mi estado mayor.”⁵⁹

“Al otro día, 20 de junio, refiere Angeles, el general Pánfilo Natera fue a saludarme... Marchamos... a Vetagrande, un mineral famoso, pueblito ahora muy triste, casi muerto. En la cima del pueblo cercano vimos un panorama hermoso... Al frente, un extremo de la ciudad... entre los cerros del Grillo y de la Bufa: dos formidables posiciones fortificadas... Allá en el fondo, detrás de la punta visible de la ciudad, el cerro de Clérigos. Detrás de la Bufa, una montaña coronada por una meseta muy amplia, azuleando en la lejanía... Y entre nosotros y Zacatecas, dos líneas de lomeríos: una hacia el Grillo y la otra hacia la Bufa... Ahí tendría lugar seguramente la parte más importante de la batalla. De ahí no podía desprender los ojos.”⁶⁰



Felipe Angeles. Figura relevante del sangriento episodio de 1914.

“Lo único que parecía imposible para los hombres armados de la Revolución Mexicana, era tomar Zacatecas. De la Bufa hacia abajo, una sucesión de colinas rocosas y áridas parece humillarse, con resignación, al dominio orgulloso de los inaccesibles crestones... Cualquier hombre que tratara de llegar hasta ellos, hostilizado por el fuego de un enemigo desesperado, habría de padecer la angustia de la imposibilidad y el temor de la derrota. Cualquier hombre, menos los de la División del Norte.”

Rafael F. Muñoz. Presentación al “Diario de la Batalla de Zacatecas” de Felipe Angeles, en *Documentos relativos al general Felipe Angeles*, México, Domés, 1982, p. 63.

En un reconocimiento del terreno por el rumbo sur de la ciudad con el general Herrera, se produjo este diálogo, en el que dio a conocer el general Angeles su concepto del empleo de la artillería: “—¿Ve usted, mi general —me decían—, aquella mina... y aquellas otras casas?, ¿aquel corralón largo? Allí hay muchos pelones... ¿Aquí estará bueno para tirar sobre aquellas posiciones? —No, aquí está muy lejos —contesté—... hay que acercar los cañones para ver claramente que se está batiendo al enemigo; y no hay que tirar más que cuando la infantería se lanza al asalto. Ya saben, la artillería intimidada; cuando el cañón truena el enemigo se esconde y nuestra infantería avanza, y cuando el enemigo se atreve a asomar la cabeza ya está la infantería nuestra encima, y entonces abandona apresurado la posición.”⁶¹

Ya para concluir la jornada, Angeles reflexionó que “si los federales se retiraban se irían por Guadalupe y era necesario que el general Herrera tuviera una artillería numerosa para... perseguirlos con más eficacia”, por lo que ordené al mayor Carrillo que fuera a ponerse a sus órdenes para apoyar sus ataques. Luego cenamos contentos y dormimos felices.⁶²

Al anochecer de ese mismo día 20 arribó a la ciudad, procedente de San Luis Potosí, el general Antonio G. Olea, quien por órdenes de Huerta

venía con efectivos en hombres y pertrechos a reforzar la defensa de la plaza. “En la estación de Zacatecas —refiere— puse un mensaje a la Secretaría de Guerra dando cuenta de que me había incorporado a la plaza, mandándome la contestación media hora después el general Medina Barrón con el coronel Efrén Bátiz, quien me enseñó un telegrama que decía: ‘Dispone C. general Secretario de Guerra y Marina, que todos los generales de división que se encuentran en la plaza de Zacatecas se pongan a las órdenes del general de división Luis Medina Barrón’, enterándose hasta entonces del ascenso concedido al general en jefe de la plaza, pues sabía antes de partir que el que mandaba en Zacatecas era general de brigada y yo de división”. Al mismo tiempo, este general me ordenó, por conducto del coronel Bátiz, que le entregara todas las fuerzas que llevaba para que fueran distribuidas desde luego. Quedé yo únicamente con mi jefe de estado mayor y mis ayudantes y asistentes. Luego “me dirigí al palacio de gobierno, para ponerme a las órdenes del general en jefe de la plaza. El general Medina Barrón al verme, me dijo: ‘Mi general, a usted corresponde el mando de la plaza.’ ‘No señor —le contesté—; mucho le agradezco la distinción, pero la Secretaría de Guerra ha dispuesto que usted sea el que mande y yo no hago más que ponerme a sus respetables órdenes’”.⁶³ Se explica, así, que



Luis Medina Barrón comandaba las fuerzas de la tropa federal.

entre los federales se percibiera una división al más alto nivel: “La verdad es que faltaba coordinación en el mando y adecuado aprovisionamiento. El general Olea estaba seguro de asumir la jefatura y como Medina Barrón, por su parte, ya era jefe de la plaza, vino una pugna sorda entre ambos generales, con desastrosos resultados para los defensores.”⁶⁴

“A las once de la noche me separé del general en jefe, quedando en verno al día siguiente muy temprano”, recuerda el general federal Olea. Y dejamos ahora que hablen los protagonistas y testigos, iniciando con el relato que hace el mismo militar de lo que vio al día siguiente.

“El 21 de junio, a las siete de la mañana, me encaminé al palacio de gobierno para ver al general en jefe pero me informaron que desde la noche anterior se encontraba en la Bufa. Como no dejó ninguna orden respecto a lo que se debía de hacer, no teniendo tropas a mi mando y siendo yo artillero, me dirigí con mi jefe de estado mayor y artilleros al Grillo, donde había cinco piezas de artillería: dos de 75 mm; una de 80 mm tipo poderoso que tenía el coronel Ramírez, y dos más de 75 mm que le habían subido de las cuatro que yo había traído —las otras dos estaban en la Bufa—. El coronel Ramírez, jefe del puesto, lo mismo que los oficiales que dirigían las piezas, eran mis compañeros de colegio y arma, así como nuestros adversarios, quienes por ironías del destino se encontraban en el bando contrario; iba-

mos a luchar contra nuestros hermanos del mismo colegio y de la misma arma.

“El coronel Ramírez me informa que el efectivo de esa posición es de cuatrocientos hombres; que el cerro del frente se llama la Sierpe, con trescientos hombres al mando del general Gallardo, que no tenía artillería. Abajo del Grillo, por la estación, había una serie de cuatro fortines...: el Rayo, con ciento cincuenta hombres; el Zacatecas, con cien hombres; más abajo el Victoriano Huerta, con cien, y un poco más abajo y a la derecha... el Blanquet, con cien. Por el lado opuesto, por Vetagrande y Santa Clara, como por un punto llamado Malanoche, a la altura de la Sierpe, se veía una gran cantidad de gente, informándome el mismo coronel que eran enemigos que desde el día anterior ocupaban ese rumbo hasta Guadalupe.”⁶⁵

En el Grillo, sigue diciendo Olea, “las cinco piezas ocupaban una explanada casi circular, de reducidas dimensiones, sin protección de ninguna clase y expuestas a los fuegos de las baterías enemigas, situadas al norte y al sur. Al norte, la posición estaba cubierta en su totalidad por la elevadísima montaña de la Sierpe, que le impedía ver lo que por ese rumbo pasaba, situada a unos trescientos metros escasos; de suerte que tomada esa posición por el enemigo, la caída del Grillo era inevitable. Los cuatrocientos hombres de infantería que defendían esta fortaleza estaban frente a las posiciones que acabo de señalar hacia el norte.



“Más abajo, entre el Grillo y la Bufo, estaban situadas las fuerzas del general Argumedo, compuestas de seiscientos hombres de caballería, ocupando las lomas de Santa Clara.

“Por el lado de la estación estaba la fortificación del cerro del Padre con doscientos cincuenta hombres; el de Cinco Hermanos, con cien; el fortín Ramírez con doscientos; el atrincheramiento de la estación, al mando del general Jacinto Guerra, con cuatrocientos; la fortificación del lomerío de las Mesas, con cuatrocientos hombres de caballería a las órdenes de los generales Santos y Rojas, y abajo del cerro de las Mesas, en dirección a Guadalupe, la Ciudadela, con cien hombres... El fuerte de la Bufo... contaba con una guarnición de setecientos hombres con cuatro cañones.⁶⁷

* * *

“A las cinco de la mañana del 21 de junio —refiere el general Adolfo Terrones Benítez, quien viniera a Zacatecas con las fuerzas revolucionarias de Durango—, una patrulla como de 150 dragones se aventuró a ejecutar una exploración sobre el camino hacia Hacienda Nueva, aproximándose con relativas precauciones dentro del campo ocupado ya por los contingentes de la División del Norte, llevándose la sorpresa de su vida porque, cuando quisieron reaccionar, notaron que se encontraban rodeados... y no tuvieron más que hacer resistencia para emprender de inmediato la retirada rumbo al cerro del Grillo...; perdieron 68 hombres entre muertos, heridos y prisioneros. De todas maneras, ese incidente fue el toque de alarma para los federales, quienes desde las siete de la mañana desencadenaron un violento fuego de artillería sobre las posiciones del Bote, el cerro Alto, Loreto y Vetagrande; por parte de nuestros compañeros todavía no se daban órdenes de atacar...

“... a esa misma hora... todos nuestros contingentes, tanto los que mandaba el general Natera como los del ciudadano general Arrieta, nos encontrábamos ya perfectamente posesionados de la mesa de Santa Fe los primeros, y los nuestros desde el cerro de Matapulgas hasta la cordillera de las minas del Tinto.⁶⁸

“Serían más o menos las ocho y media de la mañana —sigue diciendo Terrones Benítez— cuando se desplazó un tren explorador por la vía del ferrocarril dotado con dos piezas de artillería emplazadas en plataformas y rompieron fuego sobre nuestras posiciones pero sin causarnos el menor daño; poco después el general Benjamín Argumedo, al frente de unos 600 hombres de caballería, intentó ejecutar una carga sobre nuestros compañeros posesionados de la estación de

los tranvías, pero fue rechazado por dos veces... con pocas pérdidas... Eran las once de la mañana y el famoso tren explorador no cesaba en su afán de bombardeo, pero sus disparos no causaban ningún daño...; en consecuencia, para las doce y media del día se retiró dicho convoy concentrándose en la estación, lugar en que para esos momentos se escuchaban fuertes tiroteos.”⁶⁸

La versión de un revolucionario, perteneciente a los contingentes de Durango que arribaron a Zacatecas para reforzar a la División del Centro días antes de que se pidieran refuerzos a la División del Norte, puede ser cotejada para encontrar similitudes o divergencias, con las de un militar perteneciente a las fuerzas contendientes, como el federal Olea:

“El enemigo por Vetagrande ya había comenzado a atacar nuestras posiciones de Santa Clara... y después de media hora de combate quedaron en silencio las baterías enemigas. Como a las once de la mañana se vio por el lado de la estación una gran cantidad de gente que ocupaba extenso lomerío y una llanura, atacando todas las posiciones de ese rumbo, defendidas por una pieza de artillería de 80 mm montada sobre una plataforma y arrastrada por una máquina.

“Ordené que de las cinco piezas que combatían contra los asaltantes del norte, tres dieran media vuelta para rechazar a los del sur: siguió después un furioso ataque de los villistas que duró hasta el oscurecer, habiendo sido rechazados con grandes pérdidas en todos nuestros frentes. El fortín Ramírez fue varias veces tomado por el enemigo y recuperado por los nuestros cuando era desalojado por nuestra artillería del Grillo. Terminado el combate de ese día, bajé a la estación y era tal la cantidad de muertos y heridos, que éstos difícilmente fueron alojados en el hospital.

“Me dirigí después a palacio, en donde estuve hasta las once de la noche; ahí recibí las quejas de los generales irregulares Rojas y De los Santos, que ocupaban las mesas, porque no querían subordinarse uno al otro, ordenándoles que obraran de común acuerdo y que no abandonaran sus puestos como lo habían hecho.”⁶⁹

Y por su parte el general Felipe Angeles revive escenas de la lucha: “en la mina del cerro de Loreto, el enemigo se batía con las brigadas Villa y Cuauhtémoc, tendidas a lo largo de una cresta situada allá abajo, sobre el costado. Más lejos aún ascendía la cresta de la Sierpe, parecida al espinazo de un animal gigantesco, poblada de puntos negros, enfilados desde el cerro alto de donde observábamos, pero asomando sólo la cabeza del lado de Hacienda Nueva y de las Pilas, en donde teníamos tropas.



Listos ya para desencadenar la lucha y el feroz combate.

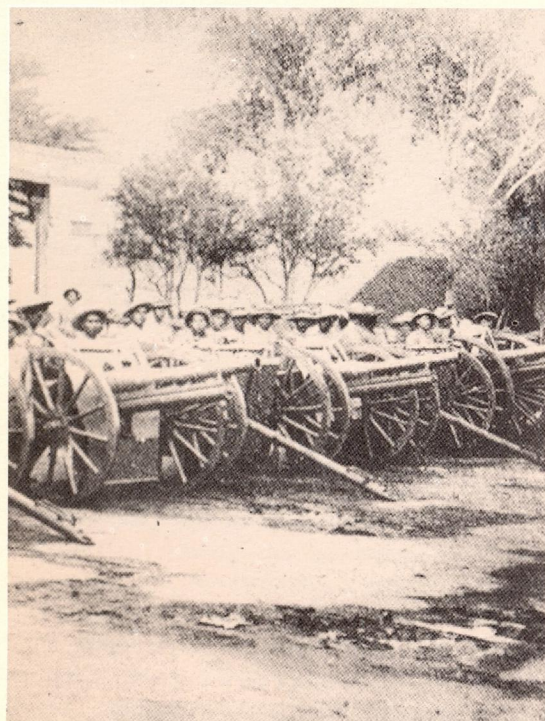
“...sobre el lomerío de la mina de la Plata se veían las cinco baterías, con sus artilleros inmóviles... o bien haciendo sus trincheras...; habían recibido orden de tomar posiciones y de no tirar a pesar del fuego del adversario.

“Los cañones del Grillo y de la Bufa tronaban siempre y nuestros artilleros, inmóviles, recibían las granadas enemigas. En la tarde... llovió despiadadamente sobre nuestros artilleros sin abrigo. Al retirarme a Vetagrande oímos los lamentos desgarradores de los heridos graves y vimos los muertos que yacían en el patio..., cubierta la cara con un pañuelo.⁷⁰

“Serían más o menos las cuatro de la tarde — dice el general Terrones Benítez— cuando se escuchó un estruendo ensordecedor, provocado por los disparos de la artillería federal, de la fusilería y de las bombas de mano. Se trataba del avance de una columna de contraataque, más o menos en número de 4,000 infantes, que se lanzaban al asalto de las posiciones de Vetagrande, Loreto, Cerro Alto y las minas del Bote; la maniobra se desarrollaba con absoluta precisión y en forma arrolladora, pues en su aproximación se les notaba el entusiasmo por el triunfo y un valor a toda prueba. Esa gran columna enemiga avanzaba casi a paso veloz por entre la sinuosidad del terreno, protegida por el incesante fuego de apoyo de su artillería que disparaba desde las posiciones del Grillo y la explanada de la Bufa. Como a eso de las 5:30 de la mañana ya la primera línea de asal-

to se encontraba como a 500 metros de distancia de las posiciones de la División del Norte, cuando nuestra artillería rompió también el fuego lanzando una lluvia de metralla sobre los defensores de la plaza de Zacatecas y también hacia las baterías emplazadas en los antes mencionados cerros del Grillo y la Bufa. En esos instantes hubo momentos de indecisión por parte de las infanterías federales, que luego reaccionaron para intentar nuevamente su infiltración pero esta vez con más brío; solamente que de ahí en adelante los fuegos de la fusilería constitucionalista principiaron a diezmar a los contraatacantes. Consecuentemente, sólo pudieron progresar, en su temible infiltración, hasta unos cien metros de distancia de las posiciones, para luego dar media vuelta en todo su frente de combate y retroceder sin detenerse... bajo una tupida lluvia de balas.”⁷¹

En resumen, y apreciado desde la ciudad por un civil: “Con furor inaudito los días 21 y 22 de junio de 1914 se lanzaron los rebeldes al ataque y los defensores combatían con sin igual denuedo... Las huestes de la División del Norte eran lanzadas arrolladoramente sobre las posiciones enemigas, a las que se les dejaba subir las serranías hasta conveniente distancia para mejor hacer blanco y entonces funcionaban las ametralladoras, que barrían con todos los que subían. Inmediatamente esas columnas que desaparecían eran sustituidas por otras, y éstas por otras más.



Furor en los iniciales intercambios de metralla.



“Como se comprenderá, los muertos eran por millares, los que rodaban por los cerros hasta ser detenidos por las peñas. Ensordecedor era el ruido producido por las detonaciones de los cañones, de las ametralladoras y de los fusiles. Y en medio de tanta desolación y muerte, los lastimeros clamores de los heridos y moribundos, los que no podían ser auxiliados, porque quien hubiera pretendido hacerlo, habría corrido la misma suerte.”⁷²

El reconocimiento del terreno y los primeros contactos con el enemigo han sido hasta el día 21 los objetivos básicos de las acciones revolucionarias.

En las páginas anteriores de esta parte del libro, hemos expuesto los antecedentes de la Batalla de Zacatecas.

En los capítulos que siguen se presentan los diferentes y más importantes aspectos de lo ocurrido durante el día 22 de junio de 1914, dedicado a la toma de posiciones y formulación del plan de ataque por parte de los revolucionarios, y a la preparación defensiva por parte de los federa-

les; y a continuación, la Batalla, propiamente dicha, por la toma de la plaza, ocurrida el día 23.

A fin de que el lector conozca diferentes versiones, le ofrecemos: a) la de los defensores de la plaza; b) los atacantes de las divisiones del Norte y del Centro; c) civiles residentes en la ciudad; d) periodistas y narradores; e) investigadores e historiadores.

La forma como se presenta el contenido es similar a una antología de textos breves en secuencia cronológica, y en algunos casos confrontados los de representantes de distintas corrientes sobre un mismo aspecto, a fin de permitir la concurrencia de diversos criterios, en procura de imparcialidad por nuestra parte.

Así, nuestra intervención es la estrictamente indispensable para ubicar algún texto, o ligar varios entre sí.

Todo ello, con la deliberada intención de que el lector forme su propio juicio y capte la importancia de un acontecimiento histórico que propició cambios relevantes en la vida nacional.



Muertos a millares y apenas los prolegómenos de la épica jornada. Mientras, la ciudad entraba en pánico.

El día 22 los atacantes concentrarán ya sus esfuerzos en la toma de posiciones para el ataque definitivo, programado para el siguiente día.

“La noche pasó sin más novedad que los acosumbrados tiroteos de exploración del enemigo —percibía, desde los campamentos de la División del Centro, Terrones Benítez—, pero a las cinco en punto de la mañana el señor general Felipe Angeles y los coroneles Manuel G. Santibáñez y Gustavo Bazán ordenaron un furioso bombardeo sobre las posiciones enemigas, sobre el cerro de la Pila, el Grillo, la Bufa, el Crestón Chino y los Clérigos, al mismo tiempo que las tropas

de la División del Norte se lanzaban en un poderoso y arrollador empuje sobre los federales, logrando infiltrarse a través de una tupida lluvia de balas hasta llegar casi al pie de las posiciones de los huertistas, hora en que momentáneamente se reorganizaron las columnas de ataque, que subían más o menos unos 6,000 hombres de caballería pie a tierra, para luego efectuar el asalto a las trincheras y fortines del enemigo. En esos momentos era tan furiosa la batalla que materialmente quedaron arrasadas las nopaleras por el efecto de las balas de fusil, de ametralladora y de cañón.”(*)



La batalla de Zacatecas comenzaba a hacerse furiosa.



Mientras, desde las posiciones federales la situación y los acontecimientos se veían de esta manera:

“El día veintidós al amanecer se inició el ataque del enemigo con gran violencia; la Bufo disparaba por encima de la ciudad, tal vez para rechazar el ataque de los villistas, suspendido la víspera.

“Me dirigí, como el día anterior... al Grillo, donde ya se había generalizado el combate... después de un terrible cañoneo que duró más de una hora sin habernos ocasionado daño...; por el sur se vio un humo blanco y... segundos después el sonido característico de un proyectil que se acercaba y... cayó... a unos cien metros antes del fuer-

te, en buena dirección; poco después se vio el humo blanco y se oyó el mismo sonido, y otro proyectil pasó por encima de nuestras cabezas yendo a caer cerca de las fuerzas de Argumedo, que estaba en Santa Clara. El enemigo había descubierto nuestra posición. Ordené que todas las piezas fueran apuntadas a esa dirección; un tercer disparo vino a caer entre los defensores del fuerte. La distancia era conocida, la horquilla encontrada, y aplaudimos con entusiasmo este magnífico arreglo, hecho por nuestros enemigos hermanos... Los resultados no se hicieron esperar; varios humos blancos se vieron a la vez, aumentando los sonidos, y una verdadera lluvia de granadas pasó a pocos metros de nuestras cabezas; inmediatamente mandé: ¡Artilleros a cubrirse! (*)



Estrategas en acción. ¡Artilleros al combate!

“Durante una media hora estuvimos recibiendo el fuego infernal de esas baterías enemigas; y aunque los daños eran relativamente pocos en nuestra posición, sí perjudicaban seriamente a las fuerzas que estaban en Santa Clara, pues me mandaron a decir que no les tiráramos a ellos; me llamó la atención que muchas de las granadas no reventaban, y como alguien me llevó la espoleta de una granada que se descapuchinó, vi que la distancia a que nos estaban tirando era de 1600 metros; inmediatamente ordené que todas las piezas pusieran su alza a la distancia indicada; como el enemigo vio que no le contestábamos el fuego... cambió rápidamente de objetivo; en ese pre-

ciso momento, nuestras baterías rompieron el fuego, siendo tan palpables los resultados, que vimos cómo desalojaban sus posiciones las baterías enemigas... A la una de la tarde bajé a la plaza, dirigiéndome a la Bufa, y un auto de la guarnición me subió a esa espléndida fortaleza. En ésta se encontraba el general Juan N. Vásquez con parte de su regimiento de infantería del general Soberanes, íntimo amigo de Angeles... Subí al Crestón Chino, en donde para subir por el exterior se necesitaría tener alas. Los soldados estaban extendidos en tiradores desde el Crestón Chino y por todo el largo del muro de piedra que lo une al atrio.



Desde lo alto, los federales se protegían tras fortificaciones que parecían inexpugnables.

“...el capitán Ducoing, inquieto por naturaleza, no cesaba de asomarse para observar a los sirvientes y apuntadores de las piezas que nos hacían los disparos para procurar cazarlos, pues era poseedor de un rifle 30-06 con anteojo —especial para uso de los francotiradores— y su especialidad era nada menos que la de abatir a jefes y oficiales así como a los apuntadores y sirvientes de las piezas de artillería y ametralladoras. Varias veces le llamé la atención... para que... no cometiera imprudencias, porque la distancia era muy corta y se podía tirar hasta a la simple vista. Pero como era muy valiente y terco continuó haciendo sus disparos de precisión... hasta que como a las 12 del día rodó por el suelo desangrándose horriblemente. Había recibido una bala entre ceja y ceja que le produjo una muerte instantánea. En esas condiciones y bien tristemente terminó sus días el compañero y amigo Alfonso Ducoing, víctima de su imprudencia... Al pie del cerro del Cobre descansan los restos del que en vida llevó el nombre de capitán Alfonso Ducoing, quien murió a las 12 del día 22 de junio de 1914, a los 24 años de edad.”

Gral. Adolfo Terrones Benítez. “Tercera batalla y toma de la plaza de Zacatecas”. *El legionario*, vol. IX, núm. 99, México, 21 mayo 1959, p. 27.

“De regreso del Crestón Chino estuve observando una gran montaña plana en su cúspide y poco inclinada hacia la plaza de Zacatecas que domina a todas las que están en su frente y... se llama las Mesas. Se encuentra como a dos kilómetros de la Bufa, y se fue cubriendo de grupos cada vez mayores de caballería enemiga...; como presentaba un magnífico blanco para nuestra artillería, dispuse que las dos piezas de 75 mm los batieran desde luego, calculando con el telémetro la distancia.

“Nuestras baterías comenzaron a hacer visibles daños, coreando las tropas que se encontraban en el fuerte de la estación cada disparo de las granadas que hacían blanco... y también admirábamos cómo esos valientes hijos del Norte, no obstante el furioso ataque de artillería que los acribillaba, se lanzaban con furia sobre nuestras posiciones y que nuestros soldados, a pesar de ser tan reducidos en número, los rechazaban con grandes pérdidas. Esta batalla, que fue muy sangrienta, duró hasta cerca de las siete de la noche.”(*)

La esperada incorporación del general Francisco Villa, comandante de la División del Norte,

permite a los jefes que de él dependen planear conjuntamente el ataque definitivo a la plaza. De esta manera nos lo informa el general Felipe Angeles:

“Después de comer me encaminaba a visitar la artillería cuando el teniente Trucios me hizo saber que el general Villa acababa de llegar y venía tras de nosotros. Lo vimos, como siempre, cariñoso y entusiasta, montado en un caballo brioso del general Urbina. Me ofrecí a mostrarle las posiciones del campo de batalla. Fuimos a ver las baterías y cuando avanzábamos más allá nos encontramos a Gonzalitos que nos guió por los caminos mejor cubiertos. En las ruinas de la mina de la Plata examiné los grandes corralones para avanzar a ellos en la noche con las baterías. Ordené a Espinosa de los Monteros fuera a traer al mayor Jurado para señalar las posiciones que deberían tomar esa misma noche sus tres baterías y a Saavedra la posición de una de las suyas, cerca del caserío de la mina y enfrente de la Bufa; Gonzalitos me informó de otra posición muy buena para tirar sobre la Bufa, y la colina próxima a ésta, y lo comisioné para que la señalara a Saavedra y le ordenara tomarla en la noche.



Llegan —por fin— las esperadas fuerzas de la División del Norte.

“De regreso, llevé al señor Villa a la posición de Quiroz, y desde allí le mostré todo el campo de batalla. Me dijo: ‘Usted y Urbina entrarán por ahí al frente de las baterías; yo vendré por el costado derecho, también atacando el cerro de Loreto’. Ya para retirarme, me ordenó el general Villa que relevara con la brigada Zaragoza la parte de la de Morelos que servía de sostén a la artillería.”(*)

Concluye la jornada. Los revolucionarios han ganado posiciones importantes, algunas de ellas conquistadas al enemigo. Felipe Angeles se dispone a retirarse para descansar: “La noche estaba húmeda, nublada y oscura. La única claridad era la luz del faro de la Bufa que giraba continuamente, deteniéndose a veces sobre el terreno que deseaba explorar.

“Regresamos con dificultad. A ratos parecía que la escasa luz del faro nos seguía... Montamos y partimos hacia Vetagrande bajo la menuda lluvia... El que iba a la cabeza era el único, tal vez, que hacía esfuerzos por adivinar el camino; todos seguíamos confiados y taciturnos... Era una procesión de fantasmas alejándose del enemigo que dormía alrededor de aquel faro, que no era sino un síntoma de miedo; que no servía sino para hacer creer que servía de algo.”(*)

Este día se determinó, por el jefe de la División del Norte, el dispositivo de ataque a la plaza. El ingeniero Federico Cervantes nos describe el plan:

“Las tropas quedarán repartidas y atacarán en la forma siguiente: por el noreste, y dispuestas a apoderarse de la posición anterior a la Bufa y del camino que conduce a Zacatecas, las brigadas *Ceniceros, Morelos* (general Urbina), *Robles* (general Benavides), tercer batallón (coronel González) y parte de la *Zaragoza* (general Madero), con un efectivo total como de 3,000 hombres; por el norte, ligadas con las anteriores, parte de la brigada *Madero* y parte de la *Ceniceros*, con unos 1,500 hombres; por el noroeste, brigadas *Villa* (J. Rodríguez), *Cuauhtémoc* (T. Rodríguez y Rosalío Hernández), con un total de 4,500 hombres; por el oeste, zapadores del general Servín y tropas al mando del general Almanza, con unos 2,500 hombres; por el sur y suroeste, brigadas *Herrera, Ortega* y *Chao*, con unos 3,000 hombres; por el oriente y alejadas hasta Guadalupe, las tropas de los generales Arrieta, Natera, Bañuelos, Domínguez, Triana y Carrillo con unos 6,000 hombres. Estas últimas tropas se habían apoderado ya del pueblo de Guadalupe, cortando la vía y cerrando el paso, según indicación del general Angeles, a los trenes y tropa que pudieran venir de Aguascalientes en auxilio de los sitiados y a la salida probable de éstos.



Desde lo alto, los revolucionarios tomaban posiciones y determinaban su plan de ataque.

“La artillería se distribuyó en dos partes: la menor por el sur, compuesta de dos baterías con tropas del general Herrera, dispuesta a apoyar el ataque de éstas o a concurrir a la persecución si la guarnición de Zacatecas se retiraba prematuramente, como parecía sospecharse de una humareda que se distinguió el día anterior y que podía ser debida a que, según bárbara costumbre, el enemigo incendiaba las casas antes de marcharse. Y el grupo principal, que de las primeras posiciones elegidas y batidas hasta entonces por la artillería enemiga (tenían orden de no hacer fuego para no descubrirse), marcharían la víspera en la noche a colocarse más cerca todavía, protegiéndose una parte con las crestas del lomerío y otra con un caserío medio derruido llamado Mina de la Plata. Este caserío serviría de punto de observación del general Angeles en la primera fase del encuentro...”(*)

Por parte de los federales, según Manuel Martínez y García, periodista de la época, “al principiar el ataque la plaza se encontraba defendida de la siguiente manera: el sector que comprendía la Bufa, el Crestón Chino, San Martín y Canta-

rranas, al mando del coronel Manuel Altamirano; el sector del cerro del Grillo, avanzada Zacatecas, avanzada Zayas Gálvez y cerro de la Culebra, al mando del coronel Lucio Gallardo; el sector que comprendía Cinco Hermanos, el Capulín, Encantada y cerro del Padre, al mando del coronel José G. Soberanes, y el sector que comprendía el puesto de Santo Domingo, el Refugio, el Lete y Cerrillo, al mando del teniente coronel Jacobo Tardiff. La caballería al mando del jefe del Catorce regimiento, coronel Ildefonso Azcona.”(*)

Desde varios días antes, el jefe de la guarnición de la plaza había estado esperando el auxilio de tropas, de manera que “también el enemigo huerista —comenta el general Oros— contaba con el probable arribo de dos columnas de refuerzo procedentes del sur, una al mando del coronel Tello, fuerte en 1,000 hombres, que se encontraba a la altura del cañón de Palmira, y otra al mando del general Pascual Orozco con iguales efectivos que se desplazaba adelante del pueblo de Soledad.”(*) Estos refuerzos no llegaron a Zacatecas.



Se acerca, ya, el momento largamente esperado.

¡Vámonos con Pancho Villa!



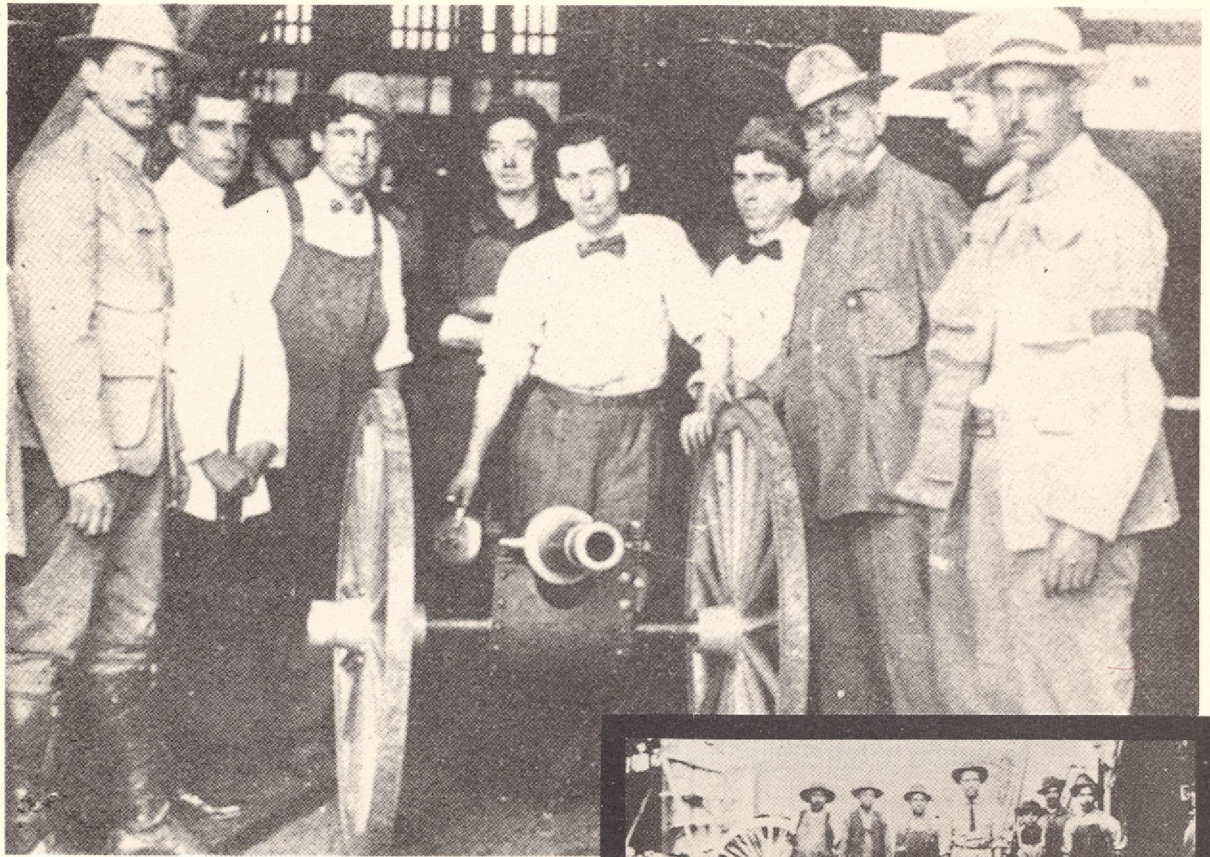


Empiezan a tronar con furia cañones y fusiles.

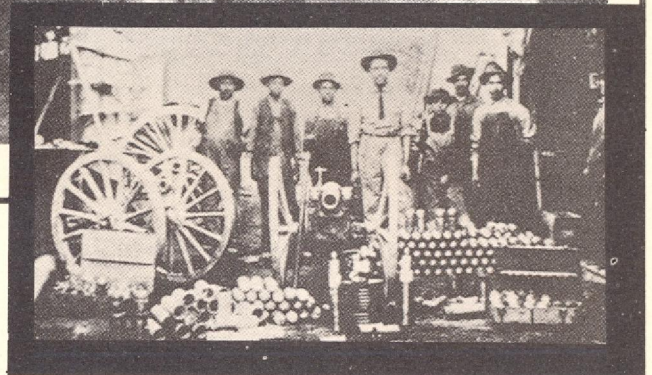
“**E**l 23 de junio, al amanecer —es el general Olea quien lo dice—, fui despertado por el incesante tronar de los cañones de la Bufa y el Grillo; eran como las cinco y media cuando me dirigí al Grillo, pasando antes por la estación donde recibí un mensaje del general Medina Barrón que me decía fuera a detener la retirada de Argumedo en Santa Clara, pues dicho general no obedecía órdenes. Mandé inmediatamente uno de mis ayudantes a que lo hiciera estarse en sus posiciones, pero ya era inútil; el enemigo, en número muchísimo mayor, se le echaba materialmente encima. Seguí violentamente hasta el Grillo, en donde observé que todos nuestros fuertes estaban seriamente atacados por numerosas fuerzas enemigas... Nuestras baterías de la Bufa y del Grillo se empeñaban en ametrallar las grandes masas de hombres que se acercaban cada vez más a Santa Clara y que arrollaban a los soldados de Argumedo, que no pudiendo resistir se retiraban poco a poco, unos por la cañada que va a la plaza y otros por las veredas que van a la Bufa. El enemigo ocupó esta posición y rompió un intensísimo fuego sobre la Sierpe y el Grillo, contestándoles en igual forma. Las fuerzas de Argumedo fueron casi aniquiladas...”(*)

Más tranquilos, los jefes revolucionarios se aprestaban para el ataque. Felipe Angeles refiere: “Despertamos tarde; me afeité, me bañé y cambié de ropa interior; nos desayunamos, montamos a caballo... Fuimos a ver al general Ceniceros para señalarle su misión en el combate. El y Gonzalitos tomarían el cerro de la tierra negra, vecino de la Bufa, bajo el amparo del fuego de las baterías de Saavedra. Raúl Madero tomaría el cerro de la tierra colorada (el de Loreto), bajo el amparo de las baterías de Jurado, al mismo tiempo que atacarían por la derecha las tropas que vendrían con el general Villa.

“Dejamos los caballos al abrigo de las balas, y pie a tierra avanzamos a las ruinas de la mina de La Plata. Nuestra artillería había desaparecido de sus posiciones primitivas para tomar otras invisibles y muy próximas al enemigo; tres baterías (el grupo de Jurado), fueron colocadas dentro de los corralones de las ruinas de la mina de la Plata; una de Saavedra, próxima a esas ruinas, sobre el llano, pero detrás de la cresta de una pequeñísima eminencia y frente a la Bufa; otra en la extrema izquierda, también frente a la Bufa y bien cubierta, detrás de una cresta; la tercera batería del grupo de Saavedra continuaba en el cerro alto de Vetagrande.



Toda la artillería revolucionaria en apoyo a su infantería.



“El enemigo debe haberse sorprendido de la desaparición de nuestras baterías, emplazadas dos días sin combatir; su cañón callaba, pero las balas de fusil silbaban como mosquitos veloces de vuelo rectilíneo.

“A las diez debía comenzar la batalla... todos en sus puestos y a empezar a las diez en punto. Por allá, en la dirección de Hacienda Nueva, se oyó el primer tiroteo. Ahí venía el general Villa.

“Los veinticuatro cañones próximos, emplazados entre Vetagrande y Zacatecas, tronaron... Las entrañas de las montañas parecieron desgarrarse mil veces por efecto del eco. Y las tropas de infantería avanzaron sobre el monte esmeralda que cubría las lomas. Por el lado de San Antonio, allá por la alta meseta, y por la Villa de Guadalupe, tronaban también cañones y fusiles, y silbaban millares de proyectiles; las montañas todas prolongaban las detonaciones... De Zacatecas, del Grillo, de la Bufa, del cerro de Clérigos

y de todas las posiciones federales tronaban también las armas intensificando aquel épico concierto.

“El ataque general se inició a las 10 horas de la mañana, comenta el general Abraham Oros Oros, destacando el empleo estratégico de la artillería, avanzando la infantería apoyada eficazmente por la artillería villista, de tal manera que ésta logró llegar a las trincheras enemigas sin que la infantería federal pudiese reaccionar ofensivamente. Toda la artillería revolucionaria se dedicó al apoyo de la infantería sin designarse unidades para misiones de contraartillería, en tanto que la artillería federal contestaba el fuego intentando desorganizar el avance de la infantería villista y tratando de acallar a la artillería del general Felipe Angeles. El fuego revolucionario protegía el avance de sus infantes a manera de barrera rodante, mientras la infantería federal permanecía oculta y sin poder hacer uso de sus armas.”(*)



Arrecia el fuego y caen las primeras posiciones: un huracán trágico arrasa Zacatecas.

En su primer ataque, efectuado a espaldas de la Bufa, los revolucionarios lograron tomar en breves minutos la primera de las posiciones federales que caerían en ese día. Esta referencia nos la dan los generales Cervantes y Angeles:

“Mucho antes de las diez de la mañana, la infantería de los primeros puestos entablaba la conversación del fuego con el adversario, y la artillería enemiga desde el Grillo y la Bufa lanzaba por encima de nosotros a una caballería que se descubría, avanzando a sus posiciones, la andanada rugiente de sus *shrapnels*.

“Momentos antes de las diez de la mañana la infantería, impaciente, rompe y arrecia el fuego de sus fusiles; y a las diez en punto, primero irregularmente, después en conjunto, nuestra artillería comienza a resonar... El punto principal a donde dirige sus fuegos es el cerro colorado de Loreto, que bate para proteger el asalto de la infantería. Esta avanza valientemente, desaloja al enemigo de la trinchera de la falda de dicho cerro, aguarda el nuevo efecto de nuestra artillería que no se hace esperar logrando alejar a los hombres en la cúspide y pronto, con los primeros dragones que siguen al abanderado, éste hace erguir la enseña tricolor que ondea alegremente sobre el fortín del cerro de Loreto, primera posición importante arrebatada al enemigo. Al iniciarse este asalto, el valiente y joven general Trinidad Ro-

dríguez perdió la vida. La toma de Loreto tardó 25 minutos. (*)

“Las granadas enemigas comenzaban a explotar en nuestra dirección, pero muy altas y muy largas... Otras caían detrás de nosotros, tal vez tiradas sobre la más próxima batería de Saavedra...; zumbaban y estallaban en el aire lanzando su haz de balas, o rebotaban con golpe seco y estallaban después, lanzando de frente sus balas y de lado las piedras y tierra del suelo: era aquél un huracán trágico y aterrador.

“Volví a mi observatorio primitivo desde donde percibía el efecto de las baterías que batían el cerro de la tierra colorada: el cerro de Loreto. Quizá allá en la tierra colorada removida nuestras granadas soplarían también su huracán trágico; pero vistas por nosotros causaban una impresión de regocijo, aunque (después de los primeros minutos) parecía que caían sobre parapetos y trincheras abandonadas, porque los puntitos negros que primero se agitaban sobre la roja tierra ya habían desaparecido.

“—¡Mire usted a los nuestros, qué cerca están ya del enemigo! Vea usted, la banderita nuestra es la más adelantada... Las piezas alargaron su tiro, y nuestros infantes se lanzaron al ataque precipitadamente. La banderita tricolor flameó airosa en la posición conquistada. Eran las diez y veinticinco minutos de la mañana.”(*)



Villa cambia emplazamientos para obtener mejor apoyo a sus tropas.

Continuando la ofensiva revolucionaria, “cuando el cerro de Loreto ya es nuestro, la lucha se singulariza en el cerro de la Sierpe. El general Angeles ordena que la artillería avance y ocurre, al galope, al teatro de este nuevo pasaje épico...; poco después, a medio camino, se encuentra al señor general Villa que venía también al galope en busca del general Angeles..., se saludan los dos jefes y dialogan; el general Villa preguntando por la artillería para desalojar al enemigo de la Sierpe y el general Angeles asegurándole que ya había ordenado que aquélla avanzara. (*)

“Para las 11 horas, las fuerzas revolucionarias en el cerro de Loreto iniciaron su ataque sobre la Sierpe al mismo tiempo que se reunían los generales Villa y Angeles con sus respectivos estados mayores, lo cual atrajo el fuego enemigo sin consecuencias, ordenando el general Villa que la artillería cambiara de emplazamiento para obtener mejor apoyo a las tropas de primer escalón, traslado que ya había ordenado el general Angeles, mientras en el resto del frente los villistas obtenían éxitos de significación. (*)

“Era llegado el momento de cambiar de posición... hacer el reconocimiento... y decidir... nue-

vo emplazamiento del grupo de baterías de Jurado. Encontramos al general Villa; venía en su poderoso alazán requiriendo la artillería para establecerla en Loreto.

“En Loreto la lluvia de balas era copiosa, ¿de dónde venía? ¡Quién sabe!, tal vez de todas partes; pero no se pensaba en tirar sobre ese enemigo misterioso; toda la atención se concretaba en apoyar el ataque de la infantería del general Servín que ascendía por los flancos de la elevada Sierpe y... a punto de ser rechazada. Todas nuestras tropas de Loreto tiraban sobre la cima de la Sierpe, sin que la ayuda a Servín pareciera eficaz. El general Villa hizo colocar una ametralladora que abrió su fuego también sobre la Sierpe, sin que tampoco ella facilitara el avance de Servín. Por fin llegó un cañón y luego otros, al mando de Durón. El primer cañonazo sonó alegremente en los oídos nuestros y muy desagradablemente en los de los defensores de la Sierpe... y al cabo de quince minutos el enemigo comenzó a evacuar la posición; nuestra banderita tricolor flameó en la cima...

“Y como ésta domina el Grillo, su toma fue el segundo paso para la conquista de la más fuerte posición del enemigo.



Con trabajo, pero también los trenistas habrían de incorporarse al combate.



“Los cañones que batieron la Sierpe no podían ser utilizados en la misma posición para tirar sobre el Grillo; había que pasarlos al frente de las casas, en un patio limitado hacia el enemigo por un muro en arco de círculo que tenía aberturas utilizables como cañoneras. Pero de ese lado de las casas soplaba un huracán de muerte; las balitas de fusil zumbaban rápidas y las granadas estallaban estruendosamente. Pocos cuerpos se quedaban erguidos, pocas frentes se conservaban altas.

“Detrás de las casas había un amontonamiento desordenado de soldados, de caballos, de carruajes, de artillería con los tiros pegados, pero sin sirvientes ni oficiales. Costó mucho trabajo conseguir que reaparecieran los trenistas y los oficiales y que éstos condujeran los cañones al patio de que se ha hecho mención, pasando por un camino estrecho, muy visible del enemigo y perfectamente batido por su artillería. Menester fue hacer uso del revólver y revestirse de la más feroz energía.

“Bajo el mismo impulso que movió la artillería avanzó también la parte de nuestra infantería que se había rezagado; avanzó con el dorso encorvado y quiso ponerse al abrigo del muro circular de donde la empujamos hacia el enemigo, mostrándole el ejemplo del resto de la infantería

nuestra que se batía mil metros adelante. Era interesantísimo el seudo avance de esa nuestra infantería rezagada: parecía que soplaba delante de ellos un viento formidable, que muy a su pesar oblicuaba su marcha y la hacía retroceder cuando quería avanzar. ¡Queridos soldados del pueblo, obligados por deber a ser heroicos, cuando sus almas tiemblan y sus piernas flaquean!”(*)

El general Felipe Angeles formula un balance de los resultados de la campaña, particularmente respecto del empleo de la artillería que marcha *tacto de codos* con la infantería para apoyar su avance, neutralizando a las infanterías enemigas:

“En el desarrollo de la acción, qué corrección y qué armonía en la colaboración de la infantería y la artillería. La artillería obrando en masa y con el casi exclusivo objeto de batir y neutralizar las tropas de la posición que deseaba conquistar la infantería, pues apenas si se empleaba una batería como contrabatería, y la infantería marchando resueltamente sobre la posición cuando la neutralización se realizaba. ¡Qué satisfacción la de haber conseguido esta liga de las armas, apenas iniciada en San Pedro de las Colonias con Madero y Aguirre Benavides después del desconcierto de Torreón, ganada a fuerza de tenacidad y bravura! ¡Y haberla realizado con tanta perfección, al grado de que todo el mundo sienta la necesidad de esa cooperación armónica!”(*)

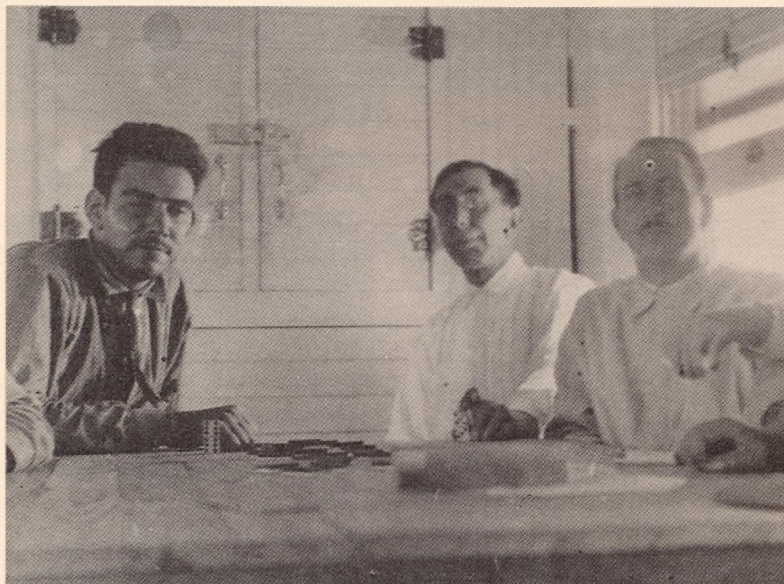
Martín Luis Guzmán pone en boca de Pancho Villa los conceptos que vierte en estas palabras: “Al fuego nuestro contestaban desde la Bufa y el Grillo las piezas enemigas, aunque sin logro para su ánimo de parar nuestro avance, pues se desbarataba la infantería de ellos bajo los fuegos de nuestros cañones que sus baterías buscaban acallar; y la infantería nuestra, protegida de aquel modo, adelantaba en su ataque, y ya estaba encima de las posiciones enemigas cuando acudían ellos a contenerla. Y eso mismo se volvía a hacer, y luego otra vez. Quiero decir que las granadas de nuestros cañones iban estallando siempre por delante de nosotros, según avanzábamos, con lo que nos barrían de embarazos el campo, o nos lo preparaban... Aquel enemigo no entendía, o no apreciaba, la mucha pericia nuestra en el empleo de los cañones. Porque ellos tenían los suyos encaramados en tan altas posiciones que no conseguían disparar contra los hombres nuestros que avanzaban, sino sólo hacia nuestra retaguardia, donde tronaba nuestra artillería, o más allá...”(*)

Hasta estos momentos, las huestes revolucio-

narias avanzan, pero trabajosamente y a costa de numerosas bajas. Angeles atiende las indicaciones de Villa, comisiona a Cervantes y envía órdenes a sus artilleros, atiende peticiones de Raúl Madero, y está al pendiente, ahí donde se atacan los objetivos inmediatos.

“El general Raúl Madero pedía tropas frescas para lanzarlas al asalto del Grillo... Por seguir el ataque en la dirección del Grillo, casi desde el principio me vi precisado a abandonar mis baterías que atacaban en dirección de la Bufa...

“Envié al capitán Quiroz la orden de que abandonara el cerro alto de Vetagrande y se trasladara al Grillo... Creí seguro que mientras tardaba Quiroz en trasladarse, el Grillo caería en nuestro poder... Todo iba bien por aquel lado; la colina de la tierra negra fue tomada desde luego y ahora sus soldados se batían con los de la Bufa. Mandé avanzar una de las baterías de Saavedra a la colina que está a la espalda de la tierra negra, desde donde se veían admirablemente Zacatecas, la Bufa y el camino de Zacatecas a Guadalupe. (*)



Tropas frescas exigía el General Raúl Madero.

“El general Villa, de pie sobre un montón de piedras, seguía atentamente el trabajo de los artilleros, el progreso muy lento y penoso de nuestra infantería y la febril actividad del enemigo, que había ya sentido el rudo empuje de la División del Norte y presentía la derrota, aunque tal vez no la gran hecatombe, la gran catástrofe final.

“De repente, una gran detonación a tres metros de nosotros, una nube de humo y polvo y alaridos de pavor. Creímos que un torpedo enemigo había hecho blanco sobre la pieza más próxima a nosotros y que tal vez había matado a todos sus sirvientes. Cuando el humo y el polvo se disiparon vimos varios muertos: uno con las dos manos arrancadas de cuajo mostrando al extremo los huesos de los antebrazos, la cabeza despedazada y el vientre destrozado y con las ropas ennegrecidas; yacía inmóvil como si hiciera horas que estuviera muerto. Otro de los que más me impresionaban era un herido que tenía cara de espanto y en la boca un buche de sangre de la que se escapaba un hilo por los entreabiertos labios, temblorosos de dolor.

“Algunos simpatizadores de la Revolución... inexpertos... (o) demasiado curiosos, sin llegar a cuatro, nos aventuramos antes de las once del día con dirección al centro de la ciudad. Después de nosotros, ni un civil transitaba sus calles... ¡Triste aspecto aquél de una población sin moradores!

“Curiosos, inexpertos y simpatizadores de la Revolución nos mirábamos unos a otros, tratando, sin conseguirlo, de darnos cierta importancia, sobre todo cuando pasaban cerca de nosotros algunos grupos de soldados rezagados y oficiales, ebrios de aguardiente y de pavor.

“Un espectáculo impresionante pudimos ver

desde luego: las escalinatas de un templo llamado *La Santa Escuela* estaban llenas de velas encendidas, semejando así un altar de creyentes en plena vía pública, y un puñado de sufridas soldaderas, hijas del pueblo, oraba por la vida en peligro de sus *juanes*. Unas lo hacían de pie y otras de rodillas. Un acto más que severo nos pareció aquel hecho. Sentimos por él absoluto respeto y siguiendo nuestro camino no intentamos la más leve interrupción.

“La tempestad de proyectiles arreciaba cada vez más, y las escuelas oficiales, convertidas en hospitales de sangre, empezaban a recibir heridos provenientes de los puestos avanzados o de combate.”(*)



Las soldaderas: puñado de bravas hembras que jamás abandonó a sus Juanes.

“No había sido un torpedo enemigo, sino una granada nuestra que al prepararse había estallado. Era necesario no dejar reflexionar a nuestros artilleros; que no se dieran cuenta del peligro que había en manejar nuestras granadas; era necesario aturdirles, cualquiera que fuera el medio. —No ha pasado nada —les grité—; hay que continuar sin descanso. Algunos se tienen que morir y para que no nos muramos nosotros es necesario matar al enemigo. ¡Fuego sin interrupción!

“El fuego continuó más nutrido que antes. El general Villa se retiró algunos pasos y se acostó en un montón de arena. —No sabe usted —me dijo— cuánto dolor me causa una muerte semejante de mis muchachos. Que los mate el enemigo, pase; pero que los maten nuestras mismas armas, no lo puedo soportar sin dolor.”

Gral. Felipe Angeles. *La Batalla de Zacatecas*. Zacatecas, 1970, pp. 21-22.

Porque en los cerros las acciones bélicas continuaban. “Por allá lejos —dice Angeles— del otro lado de Zacatecas, entre la Bufa y el Grillo, se veían tropas, seguramente nuestras, que se habían apoderado de una casa blanca y de un gran corralón adjunto. Probablemente eran las tropas de Herrera, Chao y Ortega.

“Cerca de nosotros había unos infantes rezagados, de esos que siempre tienen pretexto para quedarse atrás.

“La batería de Saavedra se emplazó en la nueva posición y abrió fuego sobre la Bufa.”(*)

Con la apreciación particular derivada de haber sido oficial federal, Ignacio Muñoz opina sobre la que considera causa de la derrota del ejército huertista. Sin duda, la victoria revolucionaria se produjo básicamente por factores de tipo militar; no obstante, su testimonio merece consignarse porque los hechos que expone influyeron en el desarrollo de los acontecimientos.

“Pero la verdad, la terrible verdad —relata—, es que la plaza de Zacatecas cayó porque el alto mando dispuso torpemente que fueran distribuidas entre las tropas de las trincheras centenares de cajas de tequila, mezcal y otras bebidas fuertes, producto del desenfrenado saqueo a que se

dedicaron el día 21 los *colorados* de Argumedo y Rojas. Llegaban las cajas a las trincheras, las abrían los soldados a culatazos, y rompiendo la boca de las botellas contra las piedras apuraban febrilmente el contenido, ávidos de embriagarse. Se adujo como razón que era necesario levantar el ánimo de nuestras tropas...

“En el fortín Cinco Hermanos que yo mandaba entregaron veinte cajas de aguardiente. Ordené que las abrieran contra las piedras de nuestro parapeto. Los soldados me veían con disgusto. Esta era otra consecuencia de la descabellada disposición del alto mando. Los oficiales del ejército federal teníamos que luchar contra el absurdo criterio del jefe, la rebeldía de nuestras tropas y el furor de nuestros adversarios...(*)

“Las tropas de la federación habían perdido la mayoría de sus posiciones estratégicas en las montañas circundantes de la codiciada plaza y, como consecuencia, la lucha se iba acercando a los barrios de la capital.

“Ni la nariz podían asomar los curiosos encerrados en sus residencias para ver algo de lo que estaba ocurriendo, a menos de exponerse a recibir una bala, cuya abundancia al caer la tarde era incalculable.



Las tropas federales perdían posiciones y sus seguidores ponían pies en polvorosa.

“En los improvisados hospitales de sangre se desarrollaban muy penosas escenas pues los heridos, soldados y oficiales del ejército federal, temerosos de ser rematados por los triunfadores prontos a hacer acto de presencia, trataban de abandonar sus camas, encarándose resueltamente con los médicos y enfermeras, éstas últimas también improvisadas.

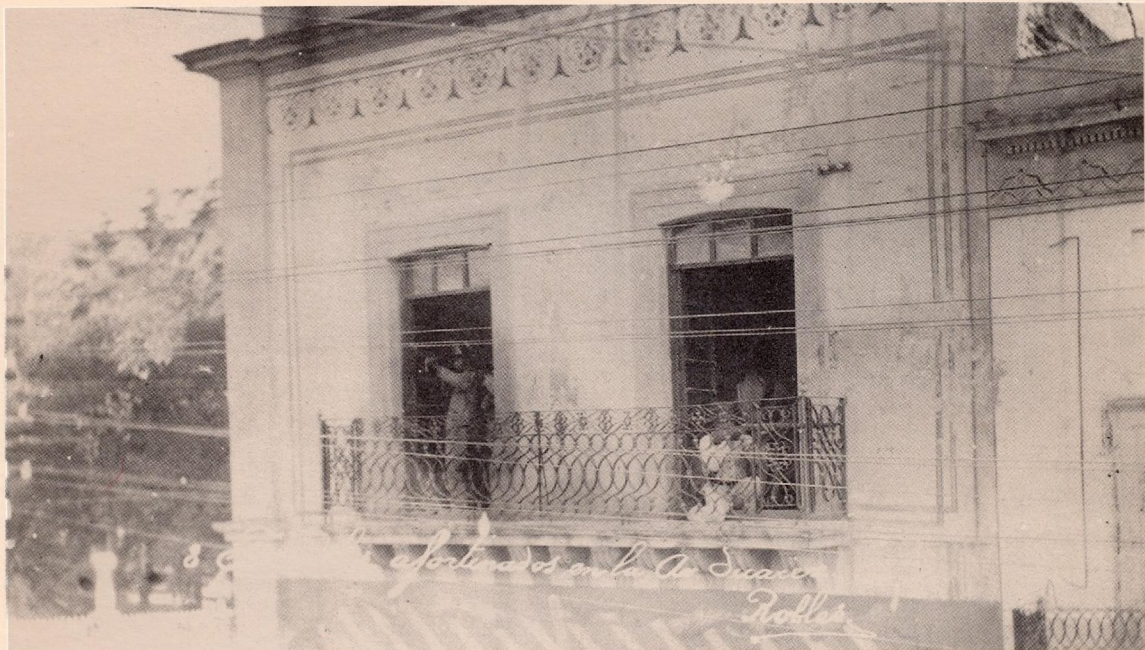
“Los combates callejeros daban comienzo.(*)

“A las doce treinta —precisa el general Antonio Olea— vi flotar en la cúspide de la Sierpe una bandera tricolor y bajar como a ochenta supervivientes de esa posición que se replegaban a nuestras posiciones. La Sierpe había caído en poder del enemigo, aniquilando a la escasa fuerza que tenía. Ordené que nuestra artillería batiera

a la Sierpe, pero me informaron que las municiones se habían agotado... En vista de que la artillería era ya inútil en la posición, ordené fuera bajada a la plaza...(*)

“Como consecuencia, pasadas las doce del día fueron cayendo las posiciones de la Pila, el Grillo y los suburbios del norte de la ciudad.

“La última fase del combate se desarrolló dentro de la ciudad... Desde las doce del día, infernal ruido se escuchaba, aumentado a cada momento por el horrible estallido de las bombas de mano, el tableteo de las ametralladoras, y la incesante detonación de la fusilería... El siniestro silbar de las balas era permanente y sobresalían los gritos de ¡Viva Villa, hijos de...!(*)



Pronto darían comienzo también enérgicos combates callejeros.

Le dieron a cargar un muchachillo que tenía el muslo derecho destrozado por un casco de granada; era menor de quince años, y pequeño de estatura. Lloraba cuando Tiburcio lo tomó en los brazos como una niñera, y lo fue llevando cuidadosamente a lo largo de los trenes. Lo regañaba en voz baja:

—Tonto, ¿para qué te andas metiendo en esto? A lo mejor te quedas cojo, y si no te entieras de ésta, cualquier día te entiesarás de otra...

—No tengo miedo de quedarme cojo... Yo quería subir la Bufa...

Al apretarlo contra su pecho, Tiburcio se llenaba la cazadora de sangre. El muslo roto sangraba horrorosamente, y el muchacho estaba pálido cual cadáver. Lentamente lo puso en tierra y con su paliacate le ciñó la pierna.

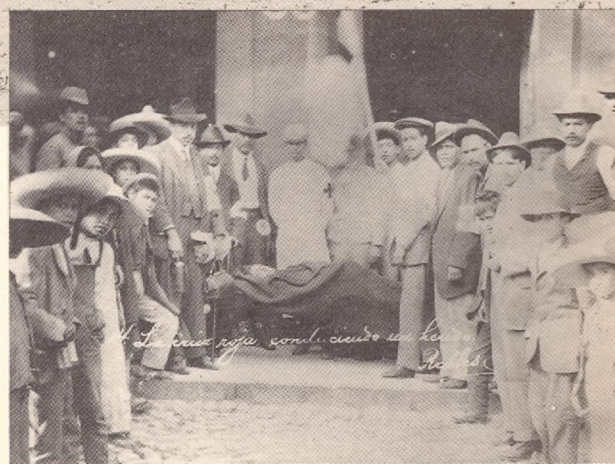
—La Bufa... ¿Tú crees que va a ser tan sencillo? Mugre van a sudar antes que llegar arriba...

“Entretanto, la artillería hacía certeros disparos sobre la Bufa, que ya no respondía. La gente de ahí se ponía en movimiento y nuestra infantería iniciaba el acceso al cerro. La gente del sur arreciaba en su empuje; el enemigo huía en carreta desenfrenada hacia la ciudad y los ocupantes del Grillo bajaban a encontrarlos. Finalmente, el enemigo huía de la Bufa hacia el camino de Guadalupe. El fuego de la artillería había cesado, pero escuchábamos nutrido tiroteo y descargas cerradas en la ciudad misma. ¡Nuestras tropas entraban a sangre y fuego en Zacatecas!

“Por el camino reclutamos algunos dispersos y, con las armas listas para cualquier evento, penetramos a las siete de la tarde a la ciudad todavía alumbrada por los últimos resplandores del sol de un magnífico día de verano. La gente del barrio extremo se asomaba aún tumberosa por puertas y ventanas. Pero hacia el centro de la ciudad, donde se escuchaban gritos, tiros, descargas y dianas, las confusión era completa: diez mil hombres, por lo menos, invadían de súbito una ciudad desconocida, cuyas casas tenían puertas y ventanas herméticamente cerradas. Olía a pólvora y a carne humana.(*)



Un herido primero; cientos, miles, después; Zacatecas convertido en hospital.



Caminaron hasta los trenes convertidos en hospitales; en los vagones de caja, cobertores rojos tendidos en el suelo indicaban el lugar para los heridos, y ahí los iban reuniendo, veinte o treinta en cada carro. Tiburcio tuvo que encomendar por un momento su carga a otro y trepar a la caja para izar al muchacho. Ya el carro estaba casi lleno. Antes que él, los camilleros y soldados habían dejado a los heridos amontonados a la entrada, unos encima de otros, como troncos de árbol, como haces de paja. Gruñían y se quejaban, en un coro monótono de lamentaciones; en un rincón, un joven practicante de medicina, medio desnudo, sudoroso, rojo como un pimiento, y miope, atendía rápidamente a los heridos; hacia él se dirigió Tiburcio, pisando a uno, empujando a otro, y le puso frente a los ojos, boludos como huevos cocidos, al muchacho. Los otros heridos protestaron: a ellos los habían llevado antes; parecía que ladraban “a mí me toca”.

Rafael F. Muñoz. *¡Vámonos con Pancho Villa!*. México, Espasa-Calpe Mexicana, 1987, pp. 76-77. (Colección Austral, 896, 8a. ed.).

“A gran distancia se percibían los clarines rebeldes que ordenaban *cese al fuego*, cuando una formidable explosión sacudió bruscamente a toda la ciudad. Los federales habían convertido en cuartel y de modo especial en depósito de armas, parque y granadas para cañón el Palacio Federal, edificio de cantera labrada de la época colonial y ubicado en el centro de la población, inmediato a la Casa de Moneda... Dicho edificio fue volado por los mismos federales, causando muchas víctimas entre ambos contendientes, así como muy graves daños materiales en las construcciones vecinas.

“Los balcones de hierro forjado de la casona colonial fueron a incrustarse en la papelería del señor Nazario Espinosa de la acera de enfrente, y los cristales emplomados del teatro Calderón

estallaron, haciéndose añicos, a resultas de la tremenda sacudida terrestre.

“Los clarines continuaban dando su orden, sólo que ahora más de cerca y con una mayor insistencia; pero los disparos, ya de júbilo, seguían en todas direcciones.(*)

“Regresé a unirme con mis ayudantes y vi la cima del Grillo llena ya de infantes nuestros que descendían de derecha a izquierda sobre Zacatecas y también vi que empezaban a entrar tropas nuestras a la Bufa, por la izquierda.

“Ahora, pensé, ya no falta más que la parte final, muy desagradable, de la entrada a la ciudad conquistada, de la muerte de los rezagados enemigos, que se van de este mundo llenos de espanto.



Una formidable explosión hizo volar en pedazos el Palacio Federal convertido en Depósito de Armas.





Nada quedó de aquel espléndido inmueble de cantera —orgullo de Zacatecas— y múltiples fueron los daños en numerosos edificios circundantes.



“Eran las seis horas cuarenta y cinco minutos de la tarde; la temperatura era deliciosa; el sol de la gloria, ese día 23 de junio, moría apaciblemente.”(*)

“Los federales que, desplazados de sus posiciones, se iban concentrando en la ciudad, pronto se dieron cuenta de que estaban rodeados de enemigos y eran rechazados con enormes pérdidas cada vez que intentaban forzar la salida por distintos rumbos; su número aumentaba al mismo tiempo que se reducía su campo de acción, por lo que aquel denso grupo se volvía progresivamente más vulnerable tanto a las cargas de los atacantes como a los efectos de un pavor colectivo y contagioso. Así lo apreció el general Olea al dirigirse a las calles de la ciudad para encontrarse con esa multitud ingobernable a la que le resultó imposible controlar:

“Bajamos con los regimientos tercero y veinticinco que habían sufrido pocas bajas. Serían como cuatrocientos hombres; llegamos a tres cuadras de la estación, encontrando en una plazoleta alargada, en gran confusión, como seiscientos hombres que habían bajado de los diferentes fuertes y... atacados por los villistas posesionados de las azoteas y calles adyacentes, los estaban diezmando. Por más esfuerzos que hicimos no pudimos lograr que hicieran frente al enemigo, pues se había apoderado el pánico de ellos; y acosados por todos lados, en un momento de desesperación, se precipitaron por una callejuela estrecha y en pendiente que conducía a la Bufa arrastrándonos a todos. Y en masa compacta nos llevaron hasta el cruzamiento del camino de la Bufa y el que conduce a Guadalupe. Los destrozos de los proyectiles enemigos deben haber sido espantosos. En este lugar hicimos alto.”(*)



Terror en la huida, y precipitada persecución de federales hasta llegar al exterminio, camino de Guadalupe.

Después de las once del día se peleaba con furia, pues el combate había alcanzado una de sus fases culminantes. El sargento Ramírez Valadez y sus hombres venían de vuelta. Habían pasado sin novedad por las calles del Angel, cargando sobre sus espaldas varias cajas de parque, y empezaban a subir la colosal eminencia. Ya en pleno cerro de la Bufa, precisamente donde se halla el *pocito*... el grupo de soldados hizo alto, tratando de descansar de la fatigosa caminata.

—Me puse a presenciar —me dijo Ramírez Valadez— el dramático y vasto panorama que tenía enfrente de mí... por un lado el camino carretero de la diligencia de Jerez, y por el otro hacia Calera. Las piernas me temblaban. Sentí miedo y tuve que sentarme para que mis camaradas no se dieran cuenta cabal de lo que me pasaba. ¡Qué ganas de un trago de aguardiente! A pesar de que en esos momentos vivíamos a plena luz del sol, las tremendas explosiones de las granadas disparadas por los nuestros producían vivos resplandores a semejanza de los relámpagos que preceden a las tempestades, levantando grandes polvaredas... y esto sucedía en un semicírculo de varios kilómetros de exten-

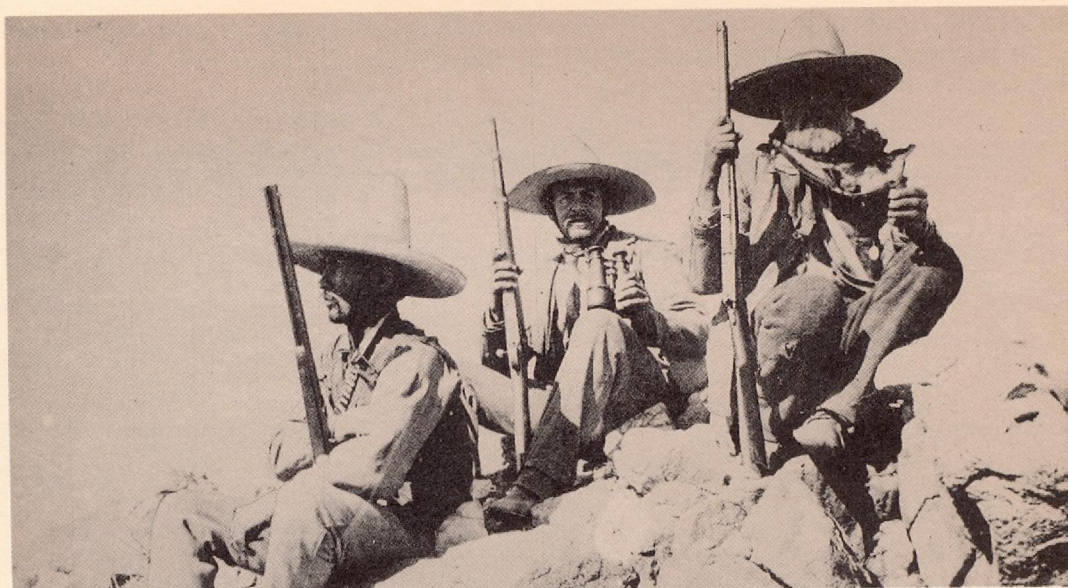
El caos en que se desenvolvían los federales era observado con alborozo por los revolucionarios desde sus puestos elevados, seguros del desenlace fatal de la batalla. Por eso, Angeles pudo exclamar con euforia:

“La lucha tenía un aspecto completo de victoria próxima; la Bufa y el Grillo hacían débil resistencia... Por todos lados nuestras tropas circundaban al enemigo y lo estrechaban más y más... ¿Por dónde intentará salir? ...Veíamos mucha tropa en el camino de Zacatecas a Guadalupe y nos alegraba verla tan distintamente.

“A medida que el tiempo transcurría se veían más soldados, mas agrupados y como si trataran de formarse. Luego percibimos una línea delgada de infantería que precedía a los jinetes, estando estos últimos formados en columna densa; ¿qué intentaban? ¿acaso una salida?; pero, ¿en ese orden?

“Los vimos avanzar hacia Guadalupe; después retroceder desorganizados, sin distinguir bien a la tropa nuestra que los rechazaba. En seguida se movieron hacia Jerez y retrocedieron. Intentaron después salir por Vetagrande, del lado en donde estábamos y mandamos a los infantes rezagados que estaban con nosotros a cazarlos. ‘No tengan miedo, les dije, no han de combatir, van ya de huída, no se trata más que de exterminarlos’. Volvieron a retroceder.

“Finalmente nos pareció ver que hacían un último esfuerzo, desesperado, para lograr salir por donde primero lo intentaron, por Guadalupe. Y presenciábamos la más completa desorganización. No los veíamos caer, pero lo adivinábamos. Lo confieso sin rubor, los veía aniquilar en el colmo del regocijo; porque miraba las cosas bajo el punto de vista artístico, del éxito de la labor hecha, de la obra maestra terminada. Y mandé decir al general Villa: ‘*Ya ganamos, mi general*’



Y en las alturas, júbilo desde el Crestón al advertir tan grandioso triunfo de la Revolución.

sión. Aquel espectáculo era único, conmovedor. Semejante al principio de un incendio de gigantescas proporciones que iba acercándose poco a poco con dirección a las primeras casas de la ciudad... Más o menos por donde hacían explosión los disparos de los defensores, y tan sólo por el eco que es producido en el vacío que existe entre las montañas, podía percibirse el tronar de los cañones del enemigo. El ir y venir de las granadas arrojadas por la artillería pesada de ambos bandos provocaba un rumor sordo y grueso que parecía partir a las montañas. Llegó un momento en que nada podía ser escuchado con claridad. ¡Treinta y cinco mil hombres disparaban sus armas en enconada lucha; unos, por sostener el régimen de Victoriano Huerta, y otros, por derrocarlo!... Estábamos casi sordos y un poco fuera de nosotros mismos. Todavía creo que algunos de los ahí reunidos... pensaban como yo en emprender la huída.

José G. Escobedo. *La batalla de Zacatecas, (treinta y dos años después)*. México, 1946, pp. 31-33.

“Y efectivamente, ya la batalla podía darse por terminada, aunque faltaran muchos tiros por dispararse.

“Por el sur, del lado de los generales Herrera, Chao y Ortega, allá en la casa blanca con su corralón inmenso, se veían los resplandores de los fogonazos del cañón como cardillos de espejos diminutos. Del Grillo empezaban a descender poco a poco los puntitos negros, rumbo a la ciudad.

“Abajo de nosotros, a orillas del camino de Vetagrande, vimos una presa de agua azul, muy limpia, al borde de unas casitas tranquilas. Fuimos a visitarlas a pie, de paseo; la batalla ya no nos inquietaba.”(*)

La seguridad que Angeles tenía ya acerca del resultado final favorable para la causa revolucionaria, en vista de la situación correlativa de los contendientes, le permitía desentenderse por unos momentos de la atención a las acciones bélicas, y dedicarse a pasear sosegadamente. aún en plena batalla.

Desde su punto de observación, los revolucionarios pueden darse cuenta de que, por el rumbo del norte, “no obstante los desesperados esfuer-

zos desplegados por los ciudadanos jefes y oficiales para hacer entrar al combate a sus hombres, no les fue posible sostenerse un minuto más...; aquellas masas de tropas huían atropelladamente a través de las calles del centro de la población buscando únicamente la salida para la calzada de Guadalupe; sólo contados elementos entre jefes, oficiales y clases hacían una débil resistencia, puesto que disparaban sus armas al azar durante su desastrosa retirada. La evacuación de la plaza se llevó a efecto en forma por demás desordenada y tumultuosa, puesto que los federales arrojaban armas y equipo durante el trayecto...

“Por nuestra parte, los efectivos al mando de los generales Pánfilo Natera y Domingo Arrieta, al observar la avalancha de tropas de la federación que huía y se dispersaba a lo largo del cañón de Guadalupe, se entusiasmaron de tal manera que materialmente se abalanzaron sobre los fugitivos, los cuales al mismo tiempo eran diezmados por el fuego de las ametralladoras emplazadas en el panteón nuevo, el cerro del Refugio y las lomas del Sauz...”(*)



Sólo contados elementos hacían débil resistencia. Para el gobierno de Huerta la derrota era total.

Huyendo de la ciudad los federales, “para las seis de la tarde el combate se había generalizado sobre todo en el cañón de Guadalupe cuya calzada se encontraba casi materialmente cubierta de cadáveres de hombres y caballos porque aquello era una horrible carnicería, cuyo pavoroso aspecto era digno de algo sobrenatural, puesto que la gente que lograba huir de la calzada para tomar los llanos y laderas fueron a perecer entre los cerros del Mezteño y Matapulgas...; también el número de prisioneros era numerosísimo...; no nos dábamos abasto para capturarlos y custodiarlos, al grado de que permanecían en el campo bajo su palabra de honor de no fugarse...”

“Todo el resto de la tarde del 23 de junio, toda la noche y aún al día siguiente, todavía se estaban concentrando prisioneros...; el 24 de junio efectuamos un recorrido por la calzada de Guadalupe y sus alrededores (y) nos dimos cuenta exacta de la magnitud de tan catastrófica derrota que jamás hubieran sufrido las tropas federales porque materialmente se encontraban encimados los cadáveres de hombres y caballos...: calculábamos que únicamente en hombres había ahí tendidos más de 4,000.”(*)

Según cálculos de Terrones Benítez, “haciendo un resumen aproximado sobre las bajas sufridas... resultó que al enemigo se le causaron 6,690

muerdos, 2,137 heridos..., más 4,190 prisioneros... Total... que entre dispersos y elementos que lograron escapar llegaban únicamente a la suma de 1,783 hombres más o menos.”(*)

“La acumulación de nuestros soldados —observa Angeles— hacía por todas partes intransitables las calles de la ciudad.

“¡Oh, el camino de Zacatecas a Guadalupe! Una ternura infinita me oprimía el corazón; lo que la víspera me causó tanto regocijo como indicio inequívoco de triunfo, ahora me conmovía hondamente. Los siete kilómetros de carretera entre Zacatecas y Guadalupe, y las regiones próximas de uno y otro lado de esa carretera estaban llenas de cadáveres, al grado de imposibilitar al principio el tránsito de carruajes. Los cadáveres ahí tendidos eran, por lo menos, los ocho décimos de los federales muertos el día anterior en todo el campo de batalla. ¡Y pensar que la mayor parte de esos muertos fueron cogidos de leva por ser enemigos de Huerta y, por ende, amigos nuestros!”

La guerra, para nosotros los oficiales llena de encantos, producía infinidad de penas y de desgracias; pero cada quien debe verla según su oficio. Lo que para unos es una calamidad, para los otros es un arte grandioso.”(*)



La calzada a Guadalupe quedó —prácticamente— tapizada de cadáveres.

Reginald Kann, corresponsal de *l'Illustration Française* comenta, a propósito de la fama que tiene la ciudad de Zacatecas de albergar una plaza inexpugnable, para darnos a conocer sus propias conclusiones que difieren del criterio general:

“Desde mi llegada a México había oído hablar de Zacatecas como un lugar casi inexpugnable. A primera vista esto es cierto, pero un examen atento permite constatar la existencia de un gran número de puntos débiles. El defecto más importante de esta llamada *fortaleza natural* es su dimensión exagerada. Las líneas se extienden sobre una veintena de kilómetros, exigiendo para una resistencia eficaz un enorme ejército apoyado por una reserva capaz de reforzar los puntos más amenazados y contraatacar en el momento oportuno... En segundo lugar, los principales puntos de apoyo se encontraban demasiado lejos los unos de los otros para prestarse auxilio. Cada uno debía defenderse con sus propios medios. En fin, la retirada no era posible más que por un solo camino utilizando la cañada que desemboca en Guadalupe. Así, Zacatecas, lejos de constituir una ciudadela inexpugnable, presenta la fisonomía de una ratonera de las más peligrosas. (*)

“Así termina —reporta Reginald Kann— en menos de ocho horas, este hecho sangriento que se parece menos a las batallas modernas que a las de la antigüedad. Como ellas, presenta dos fases diferentes: *proelium*, el combate, y *caedes*, la matanza. El ejército del general Medina Barrón no existía ya; después de la victoria un oficial del estado mayor hacía notar que le será imposible reorganizarlo. ‘Al contrario, nada es más fácil —replicaba irónico el general Villa—; le bastará encabezarlo con nuevos oficiales y conseguir nuevas tropas’.(*)

“Una noche de cielo estrellado, pero oscura, permitía apenas descubrir a cada paso cadáveres de los que nuestros caballos se apartaban con espanto. Los hombres que no habían encontrado alojamiento se acostaban en las bancas de los jardines. En el portal de la plaza Independencia gran número de ellos dormía a pierna suelta alternando con los cadáveres de los vencidos que dormían el sueño eterno. La vida y la muerte se dan la mano en sueño macabro la noche de la victoria, alumbrada tenuemente por la luz de las estrellas cintilantes...



Zacatecas 1914: plaza militar con fama en todo el país y, también, en el extranjero.

4
“...Los vencedores, embriagados con la victoria después de la lucha, llamaban a las puertas con fuertes golpes de culata, disparaban hacia las ventanas y rompían las vidrieras. Los alambres telegráficos y telefónicos yacían por tierra, estorbando el paso. Diversos grupos de hombres se disputaban y arrastraban por las calles los carruajes que habían encontrado o acababan de extraer de las cocheras: era el *avance* de carruajes. Algunas tiendas eran saqueadas, además, por vencedores que al día siguiente habrían de pagar el robo con la vida (hubo sesenta ejecuciones por saqueo).”(*)

Con la euforia del triunfo, “el día 24 de junio... a las 10 de la mañana, hicieron su entrada triunfal en Zacatecas los ciudadanos generales Francisco Villa, Felipe Angeles, Maclovio Herrera..., siendo vitoreados por el pueblo zacatecano al igual que el primer jefe don Venustiano Carranza y el general Natera... (*)

“Es completamente falso que los villistas, al apoderarse de la ciudad de Zacatecas, hayan obligado a ‘los ricos’ a barrer las calles... por la sencilla razón de que los verdaderamente ricos salieron de la ciudad muy a tiempo.

“Los que barrieron las calles de Zacatecas fueron cerca de cincuenta personas, muchas de ellas pobres y las demás de clase media, acusadas de antirrevolucionarias o de huertistas.

“Además, un grupo de estudiantes del Instituto de Ciencias denunciado como enemigos de la Revolución por uno de sus propios condiscípulos como venganza escolar, de los cuales sólo a cinco lograron aprehender: —Mi hermano Luis y yo, refiere el licenciado Rafael Enciso Alvarez, del grupito de cinco...; los otros tres fueron José Aguilera, estudiante completamente inofensivo, y los hermanos Enrique y Dionisio García, que eran muy pobres.”(*)



Tras la Batalla, la orgía de sangre no se detuvo.

Es preciso reconocer que también tuvo sus aspectos negativos la actuación de los revolucionarios en esta ciudad, especialmente en lo que se refiere a sus relaciones con la población civil, y que incluían saqueos y exacciones (al día siguiente el general Villa ordenó el fusilamiento por saqueo a 60 elementos de sus mismas tropas); allanamientos domiciliarios con secuela de violaciones, raptos, lesiones, robos, etc.; detenciones arbitrarias; vejaciones de todo tipo, y aún ejecuciones sin causa:

“Muchos asesinatos llevó a cabo, entre personas buenas y honorables, la División del Norte en Zacatecas. Entre otros, fusiló a don Jacinto Carlos, al licenciado Francisco Zesati, al padre Inocencio López Velarde, a los reverendos hermanos Adrián Astruc y Adolfo Gilles —de nacionalidad francesa— religiosos y pedagogos, miembros de la congregación de los hermanos de las escuelas cristianas (lasallistas)..., en compañía del padre don Pascual Vega, capellán del colegio.”*

23 DE JUNIO DE 1914.
LA BATALLA DE ZACATECAS

Por diversas circunstancias, esta batalla fue la más importante de la revolución en su periodo constitucionalista, tanto por los efectivos que participaron, cuyo número osciló entre los 40 y los 50 mil hombres; por las bocas de fuego de su artillería; por las medidas estratégicas que se tomaron por ambos mandos, y por el número de vícti-

mas que causó y que ascendieron, en término medio, a 12 mil muertos.

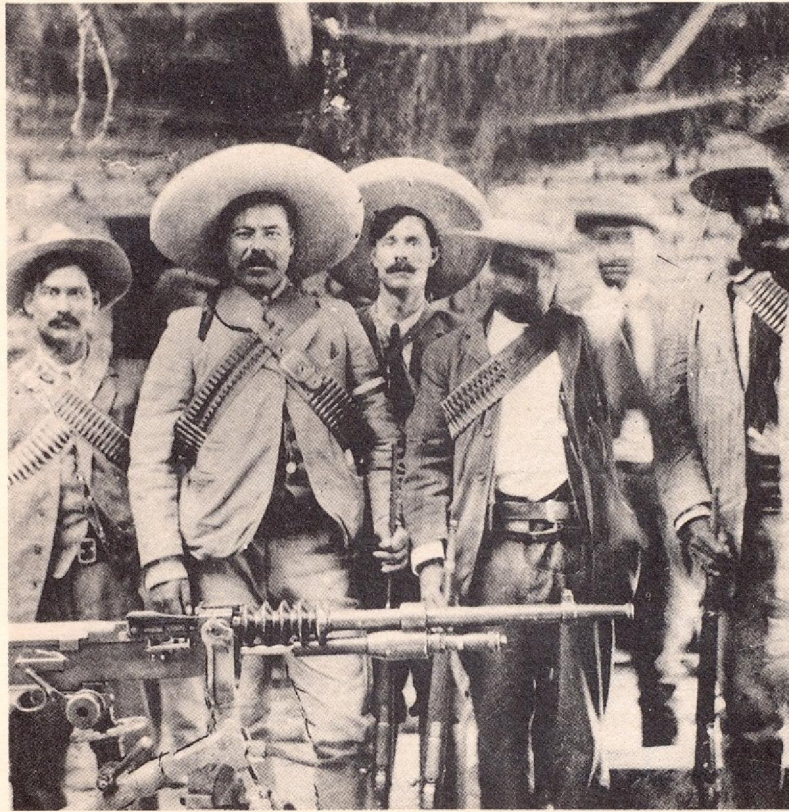
Desde el punto de vista político, prácticamente los campos de batalla de Zacatecas se convirtieron en la tumba del régimen espurio de Victoriano Huerta, y marcaron el fin de una administración que se distinguió por el modo en que se atropellaron todos los derechos del ciudadano mexicano...(*)



Luego de su triunfo colosal, los Oficiales Revolucionarios sellan la historia en el Cerro de la Bufa.

“Con el triunfo de Zacatecas llega Villa a la cima de su carrera militar. No hay en esos momentos, en ningún país, para tópicos de las noticias sensacionales, una personalidad más notoria.”

Ramón Puente. *Villa en pie*. México, Castalia, 1966, p. 94. (Biblioteca de estudios históricos, 2a. ed.).



Síntesis de los errores cometidos por ambos bandos durante la tercera batalla y toma de la plaza de Zacatecas, verificada del 21 al 23 de junio de 1914, contra tropas del general Luis Medina Barrón*

Como se puede observar claramente, llegamos al convencimiento de que durante esta acción de guerra se cometieron errores por ambas partes, debido a que, por un lado, los revolucionarios abrigábamos una fe ciega en el triunfo final; y los federales, porque contaban con abundantes elementos de combate para resistir por mucho tiempo la embestida revolucionaria. En consecuencia, podemos hacer patentes las fallas cometidas durante este memorable hecho de armas.

1. El general Luis Medina Barrón tuvo la oportunidad de aniquilar a nuestras tropas desde el momento en que arribaron los contingentes al mando del general Benjamín Argumedo a Zacatecas, puesto que contaba con 1,500 dragones más de refuerzo y, por lo mismo, le sobró tiempo para haberlos lanzado en nuestra persecución junto con los elementos de caballería federal y hasta de sus infanterías. Precisamente porque se le presentó la oportunidad en que ya nos encontrábamos escasos de municiones y de provisiones para sostenernos por más tiempo.

2. Por otra parte, y una vez que dicho general tuvo conocimiento de que la División del Norte se había desplazado íntegramente para cooperar en el ataque a la plaza de Zacatecas, debió haber procurado librar la batalla ocupando todas las alturas circundantes a dicha ciudad puesto que contaba con elementos más que suficientes para ello y, de esa manera, dejar a las tropas revolucionarias los llanos y lomeríos adyacentes que se encuentran despejados y carentes de sinuosidades apropiadas para un asalto.

3. Además, el general Medina Barrón debió asegurarse, antes que nada, su retirada rumbo al sur; por lo tanto, pudo proceder a ocupar estratégicamente la mesa de Santa Fe, lugar donde efectivamente podía haberse defendido con visibles ventajas que le permitirían, en caso necesario, salvar

a la mayor parte de la guarnición. Porque dicha mesa es una planicie algo sinuosa, bordeada por todos lados con desfiladeros, que le hubieran facilitado grandemente combatir con probabilidades de sostenerse hasta recibir refuerzos procedentes de Aguascalientes o de retirarse honrosamente.

4. Por nuestra parte, si el alto mando de la División de Norte hubiera ordenado desde el 21 de junio en la noche el asalto general, de seguro que la plaza de Zacatecas habría caído en nuestro poder con suma facilidad y sin haber expuesto la vida del fuerte número de tropas que pereció, como ocurrió al ejecutar la maniobra de asalto a la referida plaza, durante el día, sabiendo que las posiciones de los federales todas eran casi inexpugnables.

5. Otra ventaja se tenía sobre el enemigo y fue que la moral de sus efectivos era casi nula porque, desde un principio, tanto los generales como los jefes y oficiales sabían perfectamente que la poderosa División del Norte disponía de muchos, más abundantes y superiores elementos de combate, además de que traía la convicción y la seguridad de un definitivo y fácil triunfo. En consecuencia, una vez que los huertistas ya sin combatir, buscaban la salvación en el escondite o en la huida, la cual ejecutaban en forma por demás desordenada y tumultuosa, ya no se hacía necesario sacrificar más vidas. Pues solamente se podía combatir a quienes continuaban haciendo resistencia, cuyo número era ínfimo. Por lo demás, creemos que la pavorosa carnicería humana llevada a efecto, sobre todo en el cañón de Guadalupe, fue por demás lamentable e inútil.

6. De todas maneras, el triunfo definitivo correspondió a las armas constitucionalistas; pero no dejamos de comprender que dentro de los actos de nuestros altos jefes, hubo algo de crueldad al obtenerlo y consumarlo. En consecuencia, es un pasaje que la posteridad deberá juzgar ya sin apasionamientos.

Gral. de Div. Adolfo Terrones Benítez. "Tercera batalla y toma de la plaza de Zacatecas". *El Legionario*, vol. IX, núm. 100, México, 21 junio 1959, p. 9.

AL DIA SIGUIENTE



Un día después, cadáveres por todo Zacatecas evidenciaban la furia de los combates de la víspera...

Terminada la batalla, la noche ha caído —relata Kann, corresponsal de una revista francesa—. La ciudad parece muerta. En la estrecha calle que baja de la estación no hay un alma; de tarde en tarde el grito de un centinela; hay algunos rayos de luz que se filtran por las tablas mal ensambladas, indicando que Zacatecas no ha sido abandonada. (*)

La ciudad en tinieblas —recuerda otro periodista, zacatecano, que en aquel tiempo desempeñaba oficios de tipógrafo— casi muerta y en medio de un porvenir incierto, esperaba ansiosamente la luz del siguiente amanecer. (*)

Al fin llega el alba. “La mañana del día 24 de junio de 1914 fue clara y esplendorosa, de nítido cielo azul; un sol radiante iluminaba a la doliente ciudad con sus calles regadas de cadáveres”, refiere otro testigo. (*)

El periodista francés aprecia la situación de manera menos pesimista: “Con la salida del sol, Zacatecas se despierta bulliciosa. En las sinuosas calles de la vieja ciudad montañosa circula una abigarrada muchedumbre de soldados, burgueses y paisanos, corriendo a las tiendas para ha-

cerse de la últimas provisiones. La perfecta disciplina del ejército victorioso ha tranquilizado a la población.” (*)

Porque, como dice el general Terrones, “las primeras disposiciones del jefe Villa fueron en el sentido de normalizar la vida de la población otorgando las garantías necesarias..., (y) despejar los campos y la población de tanto cadáver... Y es el caso que pasó todo el día 24 y vino el 25, y no se podía terminar de levantar los campos...; hubo necesidad de hacer hacinamientos de cadáveres, equinos y humanos, para terminar tan macabra tarea... a la que se logró dar fin hasta el día 26. (*)

“Muy poco grato fue para nosotros el espectáculo que presenciamos la mañana del 24 de junio —dice el periodista zacatecano—. Muertos por todos los rumbos; basura en abundancia, sobre todo excremento de bestias; destrozadas ropas, gorras militares, papeles, botellas vacías, latas de conservas, pedazos de armas distintas, cascos de granadas, zapatos, fornituras destruidas... Nos hastiamos de contemplar tantos cadáveres y empezamos a sentir horror y a la vez cierta misericordia por los vencidos”. (*)



Escombros y ruinas; muertos, lamentos y heridos eran secuela, en Zacatecas, del más sangriento episodio de la Revolución.

Más adelante, relata: “Tres mil y pico de prisioneros habían caído en poder de las tropas de la Revolución. Cabizbajos, hambrientos, andrajosos, descalzos unos, sin gorras los otros y llenos de mugre los más, desfilaron en fuertes grupos por las calles centrales provocando comentarios diversos y la conmiseración de la población civil. Estos prisioneros fueron llevados a levantar el campo en los puntos avanzados que defendieron los federales en los cerros... Los cadáveres permanecían en los mismos lugares después de varios días, con grave peligro del surgimiento de una epidemia, hasta que el general Natera publicó un decreto en el que se decía que todo hijo de vecino que tuviera a tres metros de distancia de su casa un muerto, estaba obligado a darle pronta sepultura.” (*)

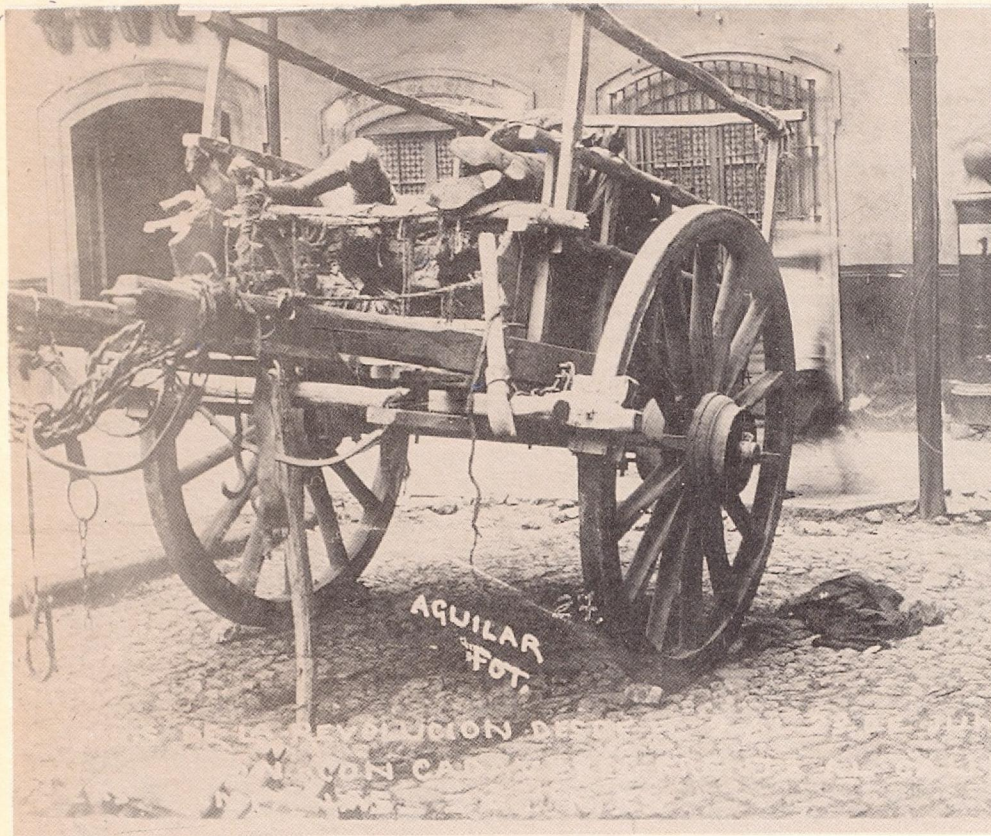
A pesar de estas medidas, “transcurridos algunos días, el problema de la abundancia de cadáveres insepultos no estaba resuelto, por lo que hubo que proceder a la quema de muchos de ellos en calles y plazas públicas.” (*)

En su peregrinar por la ciudad y sus alrededores, este observador nos dice: “visitamos después las obras de defensa levantadas en las montañas y las encontramos destrozadas por el fuego certero de las baterías del general Angeles. Ni un sólo desperfecto causó en la ciudad el admirable artillero hidalgense.” (*)

“Sin embargo, la sangre derramada en el campo de batalla no era suficiente; aún faltaban las ejecuciones entre los prisioneros de guerra. Uno de los que se salvaron por haberse suspendido el fusilamiento cuenta que, al llegar al panteón del Refugio, allí estaban ya unos quinientos prisioneros formados en tres filas. El fusilamiento era parejo. De cabo en adelante la ejecución se imponía.” (*)

“Para auxiliar a los heridos de ambos bandos, a iniciativa de los médicos don Guillermo López de Lara, don José Macías Rubalcava y don Francisco del Hoyo, se había formado la Cruz Blanca Neutral, y fungieron como enfermeras damas muy respetables de la ciudad. Se establecieron como hospitales de sangre la Escuela Normal, Hospital Civil y Calle de Tres Cruces.” (*)

“En el hospital civil, materialmente lleno con heridos militares, los médicos habían colocado un rótulo de manta con la siguiente inscripción: *¡Piedad para los heridos!* No obstante, cuando los revolucionarios penetraron en ese lugar pasaron a cuchillo a los heridos, rematándolos hasta en sus propios lechos... Algunos no muy graves corrían por las salas, desorbitados, buscando inútilmente una ocasión para eludir aquella carnicería.” (*)



“Todo una epopeya”, gritaban los diarios. Y en carretas, desde puntos aún hoy bien identificados, durante aquel junio de 1914 sacaban cuerpos...



“El día 24, en el hospital de sangre de la Escuela Normal, atendían a los heridos el doctor López de Lara, el ingeniero Luis Rojas y la señorita profesora Beatriz González Ortega, está última sobrina del general Jesús González Ortega. Alrededor del mediodía se presentó el general Villa exigiendo al doctor López de Lara le dijera quiénes de los heridos eran jefes y oficiales federales.

Aquí no hay federales ni revolucionarios — contestó el doctor—. Hay heridos. Nos llegan sin uniforme. Y no le puedo entregar a ninguno”. Similar respuesta dieron el ingeniero Rojas y la profesora González Ortega, por lo que Villa, acostumbrado a que nadie le contradijera, ordenó ahí mismo que los tres fueran llevados al panteón y pasados por las armas, junto con don Paquito Aguilar y Urizar, quien espontáneamente manifestó: “General, yo tengo el mismo delito que ellos”. La orden de Villa fue acatada de inmediato y conducidos al panteón los sentenciados a muerte, pero se corrió la voz de lo que estaba a punto de suceder y, especialmente por gestiones de don Eulalio Robles, persona de las confianzas de Villa, el general giró la contraorden,

que llegó justo a tiempo para suspender la ejecución, librándose así esas personalidades de ser fusiladas.

Ninguna exageración hay al considerar que quizá la batalla de Zacatecas de junio de 1914, es... “el hecho más sangriento que ha tenido lugar en nuestra patria en todos los tiempos”. (*)

Por eso, es explicable —como asienta en su diario el general Angeles— que “en Guadalupe (como en Zacatecas) los vecinos estaban amedrentados; ¿sus propiedades serían respetadas? Está bien, decían, que aprovechen los soldados lo que tengo, para eso es; pero que respeten mi vida, la de mi esposa y la de mis hijos”.(*)

La lucha armada, que demandó un consumo extraordinario de alimentos para las tropas y su caballada; que distrajo mano de obra joven de las labores para destinarla a las tropas; que amedrentó al campesino haciéndole emigrar y desistir de su labor productiva dejó como secuela las bodegas vacías y los campos ociosos; por todo ello, y “por no haber sembrado los años 1914 y 1915 en todo el país, se vino el hambre que se padeció en 1916, y con ella la peste del tifo”.(*)



Por cientos se sumaban los muertos durante esa terrible mañana del 24 de junio de 1914. Y mientras, los sobrevivientes de la hecatombe no daban crédito a lo ocurrido.

Finalmente, sólo falta saber qué pasó después con los contendientes.

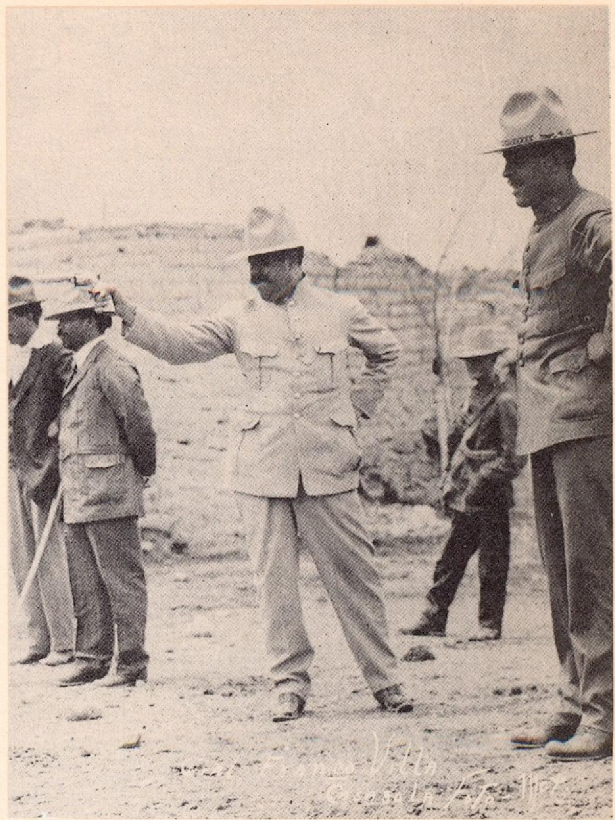
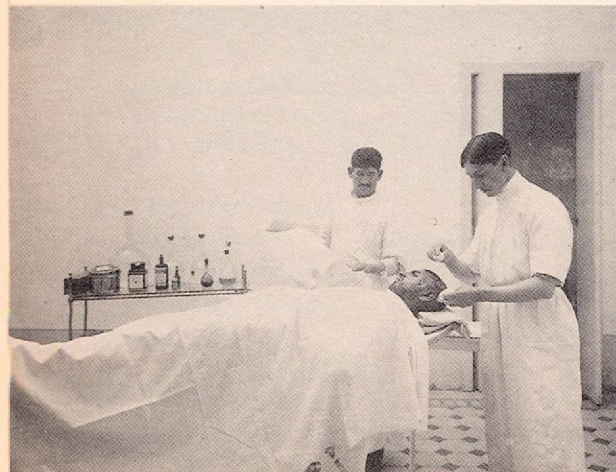
Los restos del ejército federal que lograron escapar del exterminio marcharon hasta Rincón de Romos, en el vecino estado de Agusacalientes, donde había un destacamento federal. El general Olea relata extensamente toda una serie de peripecias en su retirada por Guadalupe, en medio de las tropas enemigas a partir de las cinco y media de la tarde y toda la noche del 23 al 24 hasta su arribo a la citada población. La reducida mesnada (“éramos veintitrés, casi todos heridos”), apenas logró incrementarse, tomando en consideración que procedía de un ejército de 12,000 elementos. “Al día siguiente, 25 de julio, se habían incorporado 200 dispersos... Ese día puse un telegrama cifrado al general Huerta, diciéndole: “Hermano: Si no puedes mandar cuando menos veinte mil hombres, creo difícil poder contener al enemigo en su avance al sur”. Me contestó en mensaje cifrado: “Enterado de informes contenidos en tu mensaje cifrado de ayer. Destruyan vía al norte de Aguascalientes, mientras lleguen fuerzas que en número suficiente se les remiten y probablemente hasta yo iré por allá.

Victoriano Huerta”. En vez de ello, quien firmaba este telegrama renunciaría a la Presidencia de la República el 15 de julio siguiente y abandonaría la capital para dirigirse a Coatzacoalcos, Veracruz, rumbo al exilio.

Por su parte, Villa se vio precisado a desistir de continuar su marcha hacia la ciudad de México, y volver grupas para retornar a la seguridad del estado de Chihuahua. “El general Villa — confirma Cervantes— no quiso dejar comprometida su línea de comunicaciones con la frontera, toda vez que sus máquinas se encontraban exhaustas de carbón, artículo que ya no permitía pasar don Venustiano”.(*)

Empero, la lucha entre las facciones no impediría que la Revolución se consolidara institucionalmente.

Las consideraciones anteriores servirán para evaluar los sacrificios con que una ciudad provinciana hubo de contribuir para la erección del régimen institucional en el que vivimos los mexicanos, y por ello, “es una de las fechas motivo de conmemoración, no como glorificación de la hecatombe”. (*)



La muerte se había asentado en Zacatecas: tal era el recuento de la más cruenta batalla de la Revolución Mexicana...





Pronto los "Corridos" inmortalizarían los más destacados episodios del movimiento armado.

LAS MAÑANITAS DE LA TOMA DE
ZACATECAS

El día 23 de junio
Del 14 por más señas,
Tomaron a Zacatecas
Fuerzas del centro y norteñas.

Villa llegó el 22
A la Estación de Calera,
Vino a ponerse de acuerdo
Con el General Natera.

Luego que hicieron sus planes,
Les dijo a sus generales
Que el día siguiente estuvieran
En sus puestos muy puntuales.

Ese mismo día en la tarde
Emplazaron los cañones
En el cerro alto del angel
Apuntando a los crestones.

Angeles con estrategia
Y con toda valentía,
En las lomas de la plata
Colocó su artillería.

El disparo de un cañón,
Dio a la gente la señal.
Y empezó la balacera
Con un estruendo fatal.

Villa recorría los puestos
Para ordenar a su gente:
Por el Sur, por el Oriente,
Por el Norte y el Poniente.

A las diez de la mañana
Empezó aquella jornada,
Y se oía la balacera
Que parecía granizada.

Madero y Toribio Ortega
Desafiaban a la muerte,
Atacando con denuedo
La avanzada de la Sierpe.

Faldeando el cerro del Padre,
Abatieron sus trincheras,
Robles, don Maclovio Herrera
Y con Calixto Contreras.

Natera con los Arrieta,
Entraron por San Martín,
Para atacar a la Bufa,
Al formidable fortín.

Por la cuesta del Calvario,
Al atacar con su gente,
Murió el General Rodríguez
Peleando como valiente.

“Bolsas” muy pronto tomó
Chalío Hernández por sorpresa,
Pues estaba muy confiado
El capitán Oropeza.

La Bufa la defendían
Más de mil quinientos Juanes;
Pero en tan terrible ataque,
Allí murió Soberanes.

Martín Triana, Ceniceros,
Urbina, Fierro y Almanza,
Entraron por los lugares
Que les fijó la ordenanza.

Ya perdido, los sitiados
Dieron orden muy brutal:
De volar con dinamita
El Palacio Federal.

Palacio que fue una joya,
Por su estilo colonial,
Es solamente un montón
De tierra, madera y cal.

Como a las seis de la tarde
La Plaza estaba tomada,
Las campanas anunciaban
El triunfo de la Jornada.

Vuela, vuela palomita,
Llévate unas flores secas,
Y dile al borracho Huerta
Que tomaron Zacatecas.

Ya con esta me despido
Y digo de corazón:
¡Que vivan Villa y Natera,
Viva la Revolución!

LA TOMA DE ZACATECAS

Por Villa, Urbina y Natera,
Por Ceniceros, Contreras,
Raúl Madero y Herrera.

Ahora sí, borracho Huerta,
ya te late el corazón
al saber que en Zacatecas
derrotaron a Barrón.

El día veintitrés de Junio,
hablo con los más presentes,
fue tomada Zacatecas
por las tropas insurgentes.

Al llegar Francisco Villa
sus medidas fue tomando
y a cada uno en sus puestos
bien los fue posesionando.

Ya tenían algunos días
que se estaban agarrando
cuando llegó el General
a ver qué estaba pasando.

Les dijo el General Villa:
Con que está dura la Plaza,
ya les traigo aquí unos gallos
que creo son de buena raza.

El veintidós dijo Villa,
ya después de examinar,
mañana a las diez del día
el ataque general.

Luego mandó que se fuera
cada quien a su lugar,
que a la siguiente mañana
todos tenían que pelear.

Al General Felipe Angeles,
jefe de la artillería,
le mandó emplazar las piezas
con las que dispararía.

La seña que les dio Villa,
a todos en formación,
para empezar el combate
fue un disparo de cañón.

El General Raúl Madero
con el teniente Carrillo
le pidió licencia a Villa
para atacar por el Grillo.

Al señor Rosalío Hernández
valiente como formal,
le tocó atacar los mochos
del Cerro de San Rafael.

Se metió por las Mercedes
el General Ceniceros,
con el General Rodríguez
como buenos compañeros.

Robles y Maclovio Herrera,
los dos con sus batallones,
entraron por la Estación
persiguiendo a los pelones.

Les tocó atacar la Bufa
a Arrieta, Urbina y Natera,
pues allí tenía que verse
lo bueno por su bandera.

Al disparo de un cañón
como lo tenían de acuerdo,
empezó duro el combate
por lado derecho e izquierdo.

Pues el coronel García,
de la brigada Madero,
se le miró bien pelear
por que fue de lo primero.

Estaban todas las calles
de muertos entapizadas;
lo mismo estaban los cerros
que parecían borregadas.

Andaban los federales
que ya no hallaban qué hacer
pidiendo enaguas prestadas
para vestir de mujer.

Lástima de generales,
de presillas y galones,
pues para nada les sirven
si son puros correlones.

Gritaba el General Villa
¿dónde te hallas Argumedo?
ven y párate aquí enfrente
tú que nunca tienes miedo.

Les decía el General Villa,
échenme al viejo Barrón;
yo creo que todos me quedan
guangos como el pantalón.

Y empezaron a quitarles
fortines y posiciones,
comenzaron a bajarse
para el centro los pelones.

Ese mismo día en la tarde,
tan macizo les tupieron
que a las siete de la noche
casi todos se rindieron.

Entraron las maderistas
dentro de la población
y a todo el pueblo, contento,
se le alegró el corazón.

Corrieron a las iglesias
a repicar las campanas
y por las calles las bandas
solemnizaban con dianas.

¡Ay! hermosa Zacatecas,
mira cómo te han dejado,
la causa fue el viejo Huerta
y tanto rico malvado.

Quitaron ametralladoras
buen número de cañones;
se hallaron un almacén,
repleto de municiones.

Zacatecas fue saqueada
por los mismos federales,
no crean que los maderistas
les hayan hecho estos males.

Al salir ya los pelones,
el martes por la mañana,
bombardearon la gran finca
que le nombraban la Aduana.

Debajo de esta gran finca
quedaron muchos pelones
muchas armas y más parque
y otros veintidós cañones.

Le dijo Villa a Natera,
cuando triunfó y vio el fin:
dé la orden, que ahora mismo,
no me quede un gachupín.

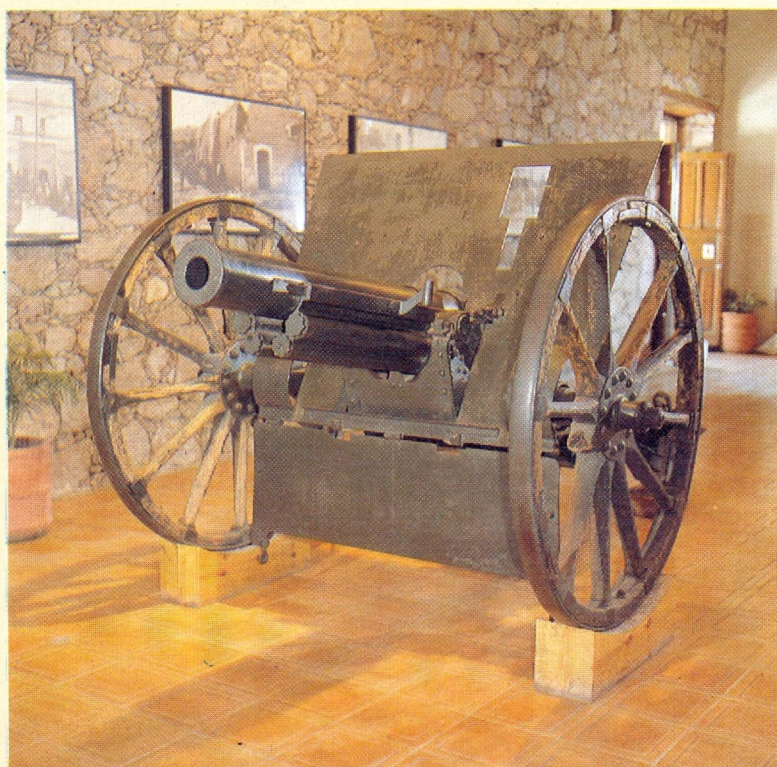
Le dijo el General Villa:
el parte a Chihuahua luego;
que tomamos Zacatecas
pero que fue a sangre y fuego.

Pues la orden que les doy
la deben de respetar,
porque los que llegue a ver
los tendré que fusilar.

Dos mil quinientos pelones
fueron los que se agarraron,
los llevaron a las filas
pues a ninguno mataron.

Cómo estarás viejo Huerta;
harás las patas más chuecas
al saber que Pancho Villa
ha tomado Zacatecas.

Ya te puedes componer
con toditos tus pelones;
no te vayas a asustar,
espera a los CHICHARRONES



MUSEO TOMA DE ZACATECAS

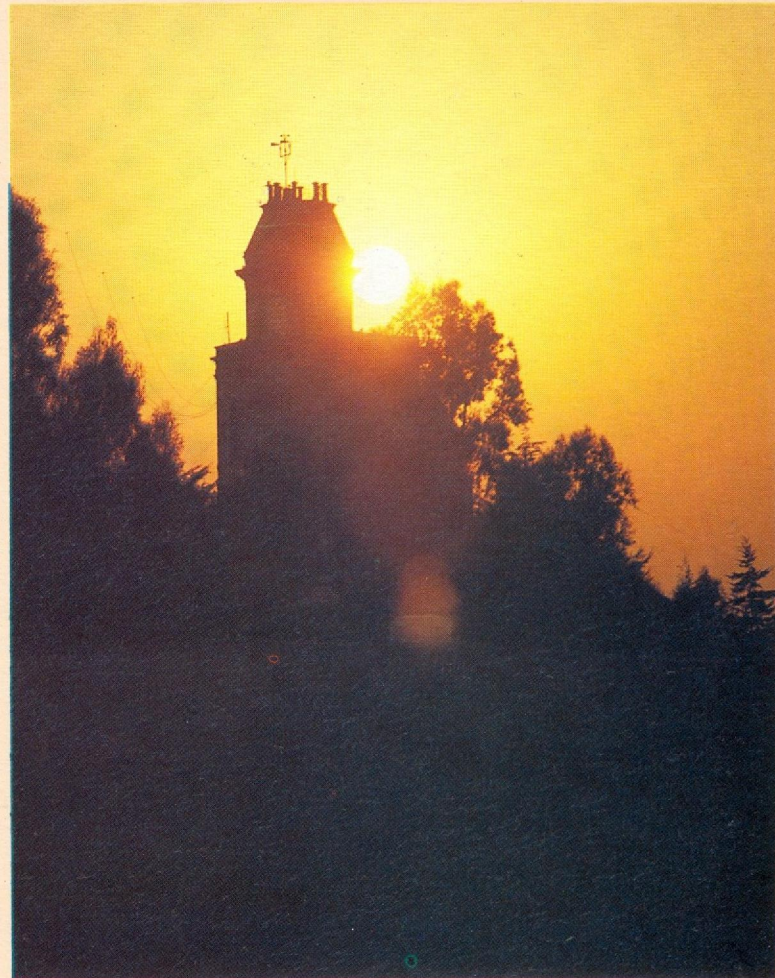
El 23 de junio de 1984, al conmemorarse el LXX aniversario de la Batalla de Zacatecas, aquella acción bélica en la que las fuerzas revolucionarias dieron el golpe de gracia al ejército del usurpador Victoriano Huerta, se presentó al público la fase inicial del Museo *Toma de Zacatecas*, el cual se localiza al costado norte de la Capilla del Patrocinio, en el cerro de La Bufa.

Hasta el momento, las instalaciones consisten en dos conjuntos separados por un pasillo cubierto que permite el paso hacia el Observatorio; el *conjunto* situado al lado norte, con orientación oriente-poniente, consta de recepción y sala de fotografías y maqueta; el que se ubica hacia el poniente, orientado de norte a sur, es la sala de armas; además, existe un pequeño jardín hacia el sur del primer conjunto, en el que se exhiben dos cañones de la época revolucionaria; hacia el norte de la recepción, con la cual se comunica por medio de una puerta, está un *mirador* adornado con un cañón y en el que se encuentra lo que fue polvorín.

Profr. Roberto Ramos Dávila. *Plazas, plazuelas y jardines de Zacatecas*. H. Ayuntamiento 1982-1985, Zacatecas, 1985, pp. 124-125.



Museo "Toma de Zacatecas": magno escenario en el Cerro de la Bufa, donde se conservan reliquias y se ensalza aquella inolvidable y gran gesta zacatecana del 23 de junio de 1914.



Alta
 torre,
 torre
 amada,
 sobre el suelo,
 rumbo al cielo,
 firme,
 recta,
 noble,
 bella,
 levantada;
 ¡oh, que altiva,
 qué arrogante,
 te destacas dominante
 con tu enhiesta cruz arriba!

La campana	y las pardas,
que la aurora	las divinas
con sonora	golondrinas,
voz resuena,	raudas, buenas,
está llena	tus almenas
por ti, ahora,	peregrinas,
de alegría	ven con gozo
dulce y pía.	y alborozo,
Las palomas,	anhelando
las amantes	que sus nidos,
habitantes	suspendidos,
con locura,	allí puros
currucantes,	y escondidos,
te rodean	sean su amada,
y aletean,	fiel morada...!

¡Oh, la torre, blanca torre de mi suelo,
 frente al domo de la sacra iglesia erguida,
 por fin surges...!, y al alzarle rumbo al cielo,
 centinela me pareces de otra vida.

Eres faro; eres símbolo elocuente
 que a las almas les indicas las alturas,
 y en tu lengua de campanas, al creyente,
 le predicas de otro mundo las venturas.
 A tu planta el fiel devoto se arrodilla,
 lanza el órgano su acento triste y grave,
 y el augusto sacerdote sin mancilla,
 frente al ara dice misa en la ancha nave.
 Tu ropaje son las brumas, son las nieblas
 que te envuelven en sus clámides flotantes;
 y en las noches, hondas noches de tinieblas,
 son las pálidas estrellas tus amantes.
 Coronada con la cruz que ofrece bienes
 y recuerda al Cristo exánime, enclavado,
 en tu torno la ciudad tendida tienes,
 la ciudad donde mis dichas han pasado...

.....
 ¡Oh, la torre, blanca torre de mi suelo,
 frente al domo de la sacra iglesia erguida,
 por fin surges... y al alzarle rumbo al cielo
 + centinela me pareces de otra vida...! +

José Vásquez
 Zacatecas, 8 diciembre 1904



ADAME ALATORRE, Julián (1882 - 1976)

Nació en San Francisco de los Adame, Zacatecas. Los primeros estudios los hizo en el lugar de su nacimiento; la preparatoria en el Instituto de Ciencias de Zacatecas, y se recibió de ingeniero topógrafo e hidrógrafo en el Colegio de Minería de la ciudad de México.

Fue presidente y fundador de la Comisión Agraria Local de Zacatecas. Profesor de topografía y director del Instituto de Ciencias de Zacatecas; presidente municipal. Diputado Constituyente a la Convención de Querétaro (1916-1917). Diputado Constituyente al Congreso de su Estado por el distrito de Ojocaliente. Gobernador interino de Zacatecas, del 21 de septiembre al 8 de octubre de 1917. Recibió distintas condecoraciones: Veterano de la Revolución; Miembro de la Legión de Honor; diploma de la Sociedad de Abogados de México por su intervención en la redacción del artículo 123. Colaboró en la Secretaría de Recursos Hidráulicos en los últimos años de su vida. Murió en la ciudad de México.

ADAME MACIAS, Enrique (1884 - 1913)

Nació en Villa de Cos, Zac. Se incorporó en 1910 a la Revolución operando en la zona lagunera. Con el grado de coronel tomó Parras de la Fuente el 16 de abril de 1911. Perteneció a la escolta del Presidente Madero. Preso en Santiago Tlatelolco cuando la *Decena Trágica*, permaneció varios meses en prisión. A su salida y cuando marchaba al norte para unirse a los revolucionarios fue detenido y fusilado en León, Guanajuato.

AGUILAR Y URIZAR, Francisco (1867 - 1948)

Nació en la ciudad de Zacatecas. Luego de realizar sus primeros estudios ingresó al Seminario Conciliar. En mayo de 1893 hizo su aparición como solista, ejecutando con maestría la *Marcha de las Antorchas* de Meyerbeer. Siendo profesor de piano en la Normal de Zacatecas siguió sus estudios de ingeniero topógrafo. Profesor de varias materias en el área de matemáticas en el Instituto de Ciencias, tuvo a su cargo el observatorio astronómico. Como compositor dejó, entre otras, la romanza *Aurora, Un Ave María* para orquesta, y en colaboración con Julián Barrón y Soto dos autos sacramentales. En 1914, cuando fue tomada la plaza por la División del Norte, iba a ser fusilado por defender a varios civiles; la orden de fusilamiento, dada por Villa, fue suspendida al último momento. Cuando murió era decano de los maestros del Instituto de Ciencias.

JEFE DE LA BRIGADA "ZARAGOZA"



GENERAL BRIGADIER EUGENIO AGUIRRE BENAVIDES
NACIO EN PARRAS, COAH. EL 07 DE SEPTIEMBRE DE 1884

AGUIRRE BENAVIDES, Eugenio (1884 - 1915)

Nació en Parras, Coah.; fue uno de los principales auxiliares en las primeras campañas de Francisco Villa. Jefe de Armas en Ciudad Juárez, donde autorizó una emisión de billetes que sólo circuló localmente. Con Villa participó en muchas acciones de armas. En la Batalla de Zacatecas se condujo con gran pericia y fue uno de los primeros Jefes en entrar a la ciudad. Siguió a la Convención y al Presidente Gutiérrez. Murió fusilado en Matamoros, Coahuila., por orden del general Navarrete.

AGUIRRE ESCOBAR, Juan (1874 - 1954)

Nació en la hacienda La Florida, municipio de Patos, Coahuila. Hijo de Jesús Aguirre Charles e Ignacia Escobar. En 1888, después de cursar la primaria pasó a Saltillo donde cursó el primer año de preparatoria en el Ateneo Fuente. En 1892 se fue de *bracero* a Estados Unidos durante un año. De 1893 a 1910 se dedicó a la minería en Concepción del Oro, Zac.; participó en el levantamiento armado contra el sistema porfirista en 1900, dado en esta población. Perseguido salió al vecino Estado de Chihuahua. Tomó parte activa en el movimiento de 1906 dirigido por los her-

manos Flores Magón. En 1910, nuevamente en Concepción del Oro, Zac., se une a las fuerzas mandadas por Eulalio Gutiérrez al llamado de Madero. A la muerte del presidente causó alta en las fuerzas constitucionalistas del general Luis Gutiérrez. Herido en el combate de Matehuala, S.L.P. Prisionero en Veracruz del 15 de enero al 2 de marzo de 1915. Diputado federal por el octavo distrito de Zacatecas al Congreso Constituyente. De nuevo en el activo del ejército, se le confirió el mando del *Cuerpo Nacional de Inválidos* (1921). Jefe de *Reservas* en Querétaro, (1922). El 26 de diciembre de 1922 se le concede el retiro como activo de ejército. Murió en la ciudad de Querétaro.

ALMANZA, Mateo (1880 - 1915)

Nació en Matehuala, S.L.P. Soldado federal hasta finales de 1910 en que se rebeló contra el gobierno porfirista. Jefe de operaciones en Torreón, anti-orozquista en 1912 y anti huertista en 1913. Apoyó a Villa en su conflicto con Carranza por la orden de éste de que no se avanzara a Zacatecas, en cuya Batalla se significó, después de la cual fue ascendido a general. Secretario de la Convención de Aguascalientes y, posteriormente, comandante militar de la ciudad de México bajo el gobierno de Eulalio Gutiérrez, con quien salió de la Capital a principios de 1915. Se batió contra sus antiguos compañeros de la División del Norte y murió en combate.

AMARO DOMINGUEZ, Joaquín (1889 - 1952)

Nació en Corrales de Abrego, Sombrerete, Zac. Hijo de Antonio Amaro y Angela Domínguez, de ascendencia indígena. Su padre luchó al lado de Luis Moya. En febrero de 1911 se lanzó a la lucha maderista con las fuerzas de Domingo Arrieta y posteriormente pasó a las fuerzas de Cuerpo de Rurales de Gertrudis Sánchez. Cuando Huerta asumió el poder en febrero de 1913, Amaro volvió a las armas en Michoacán, derrotando a los federales en la Cuesta de los Pinzanes, en Puruándiro, Uruapan, Zitácuaro y Zinapécuaro. Su participación fue decisiva en el triunfo constitucionalista en Michoacán. A partir de la escisión revolucionaria se alió a las fuerzas convencionistas; luego, como carrancista, recuperó Sinaloa. Con ésta y otra batalla ganadas, los *rayados* de Amaro —llamados así porque usaban uniformes de los prisioneros de San Juan de Ulúa—, cobraron fama nacional. Joaquín Amaro y sus tropas quedaron incorporados al ejército de operaciones mandado por Alvaro Obregón. Al frente de



cuatro mil *rayados* participó en la segunda batalla de Celaya donde hizo un brillante papel. Comandante militar en Chihuahua, Durango, Nuevo León, Coahuila y San Luis Potosí. En 1920 se unió al Plan de Agua Prieta, luchó contra la rebelión *Delahuertista* en el Bajío. En 1924 es nombrado Subsecretario de Guerra y Marina, encargado del despacho. Ascendido a general de División, ocupa la Secretaría de Guerra durante los periodos de Calles, Ortiz Rubio y Portes Gil. Su labor al frente del ejército culminó con un Plan de Reorganización de jefes y tropas surgidos de la Revolución. Figura prominente de la política nacional en 1940, pero se retiró de la contienda electoral. Al ser expulsado Calles del país se le dió una licencia ilimitada en el ejército. En 1943 presentó el estudio sobre *Nuestra defensa nacional*, en el que se muestran sus amplios conocimientos castrenses. Se le considera uno de los más notables secretarios de Guerra que haya tenido el país, principalmente por sus dotes de organizador. Murió en Pachuca, Hidalgo.

AMARO DOMINGUEZ, Pedro

Nació en Corrales de Abrego, municipio de Sombrerete, Zac. Fue hijo de Antonio Amaro y Angela Domínguez. Al terminar la primaria se dedicó a las labores del campo. Junto con su hermano Joaquín se incorporó a la lucha maderista contra la dictadura, en febrero de 1911. Inició su carrera militar dentro de las filas constitucionalistas hasta alcanzar el grado de teniente coronel. Fue comandante militar en varios estados de la República.



ANGELES RAMIREZ, Felipe (1869-1919)

Nació en Zacualtipán, Hgo. Hijo de Felipe Angeles y Juana Ramírez. Luego de sus primeros estudios pasó al Instituto Literario de Pachuca, Hidalgo. A los 14 años ingresó al Colegio Militar, gracias a una beca concedida por Porfirio Díaz. Realizó una brillante carrera; especializado en el arma de artillería, se le considera como uno de los más destacados técnicos que ha tenido el ejército mexicano. Director y profesor del H. Colegio Militar. Hizo estudios de artillería en los Estados Unidos y Francia. Al sobrevenir la *Decena Trágica* permaneció leal a Madero, por lo que fue encarcelado y luego desterrado a Francia. En octubre de 1913, vuelve al país y se une al general Carranza, siendo nombrado secretario de Guerra. En 1914 se le comisiona para servir a Villa y, uniendo sus conocimientos tácticos y de estrategia al genio guerrillero del Centauro, se logran

las más notables victorias de la Revolución. La segunda batalla de Torreón, y sobre todo la de Zacatecas, muestran su talento militar. Representó a Villa en la Convención de Aguascalientes, de la que él mismo fue promotor e ideólogo. Al producirse la escisión revolucionaria permaneció al lado de Villa; estuvo en los combates del Bajío, aconsejando que no se dieran algunos por encontrarse lejos de los centros de abastecimiento. Al triunfo de Carranza se refugió en los Estados Unidos donde fue muy activo en política y formó parte del comité de la *Alianza Liberal Mexicana*. En 1919 regresó a México, fracasando en sus intentos de unificar a los rebeldes contra el gobierno y disciplinar a los villistas. Denunciado y aprehendido, fue sentenciado a la pena capital a pesar del clamor de la concurrencia que en la sesión pedía su indulto. Murió fusilado en Chihuahua.

ARBOL Y BONILLA CALVO,
Francisco
(1898 -)

Nació en Zacatecas, Zac. Hijo de Francisco Arbol y Bonilla y Josefa Calvo. Realizó sus estudios primarios y superiores en el Colegio de Guadalupe, Zac. Estudió música bajo la dirección de los maestros Ismael Ortiz, Miguel Durán y Aurelio Elías. Cuando fue tomada la plaza de Zacatecas la banda de música de la que formaba parte quedó adscrita a la División del Norte marchando a campaña. Estuvo en el combate de las Juntas, Jalisco, en cuya acción murió el general Melitón Ortega. En 1915 se incorporó a la banda del estado mayor de la división del noreste que comandaba Francisco Murguía. Fue Subdirector de la banda del 5to. batallón de infantería de Yurécuaro, Mich., y director de la banda del estado mayor del 8vo. batallón en Zacatecas. Jefe de atril; subdirector y director por muchos años de la banda de policía del Distrito Federal. Recibió diploma y medalla como veterano de la Revolución.



ARECHIGA, Jesús
(1843 - 1923)

Nació en Jalpa, Zac. Combatió a los franceses y al ejército conservador, participando en las batallas de Calpulalpan y Peñuelas bajo las órdenes de González Ortega. Posteriormente fue partidario de Porfirio Díaz, a quien sirvió incondicionalmente. Fue gobernador de Zacatecas durante 16 años. Al romper su amistad con don Porfirio por no cumplirle éste su promesa de hacerlo ministro, abrazó la causa revolucionaria militando en los clubes antirreeleccionistas, donde era visto con discreta reserva. Después de la Revolución le siguió siendo reconocido su grado de general de brigada. Murió en la ciudad de México.

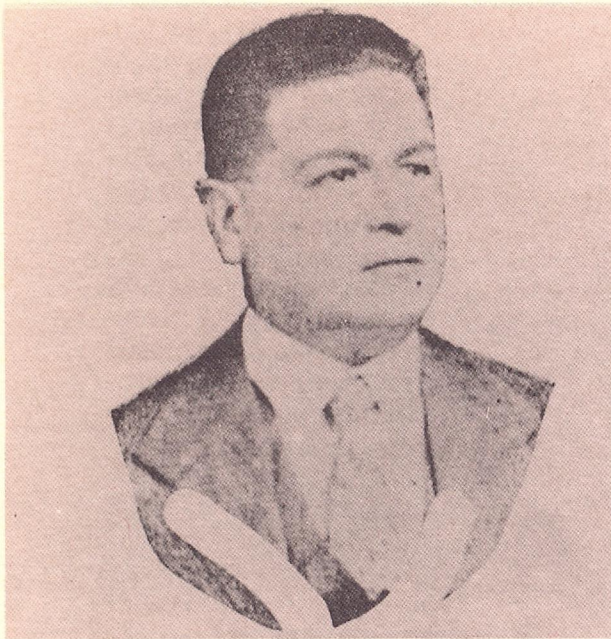


ARGUMEDO, Benjamín
(1878 - 1916)

Nació en Matamoros, Tamps. Se unió al maderismo armado en 1910. En 1912, con Orozco, se rebela contra Madero. En 1913 como huertista, combate a los revolucionarios en Zacatecas y Durango. Fue apodado el *León de la Laguna*, por el arrojo y temeridad con que combatía. Lo hicieron famoso sus cargas de caballería principalmente en Zacatecas, donde hizo frente a Natera y salvó la vida de jefes, oficiales y tropas en su huída después de la Batalla de Zacatecas. Al ser derrotado el ejército federal, Argumedo se negó a entregar las armas y se alió a las guerrillas zapatistas. Durante 1915 y 1916, derrotó repetidas veces a los carrancistas. Enfermo de tuberculosis, fue aprehendido entre los límites de Zacatecas y Durango por el general Francisco Murguía y, luego de un juicio sumario, fusilado. Su muerte se recuerda con uno de los corridos más populares.

ARTEAGA B.
Teresa

Nació en 1880; hija de Pascual Artega y Adelaida B. de Artega. Radicó durante varios años en Zacatecas, de donde se presume era originaria. Militó en el Partido Liberal Mexicano y colaboró al sostenimiento del periódico *Regeneración*. Al llamado de la Junta Organizadora del P.L.M., llevó instrucciones a varios estados de la República haciendo ferviente proselitismo. Fue la compañera de Enrique Flores Magón.



ARTEGA DE LEÓN, Andrés
(1886 - ?)

Nació en el Distrito de Sánchez Román, Zac. Después de estudiar la primaria pasó a la capital del estado a estudiar la carrera de profesor normalista. Director de la escuela primaria en Juchipila, sus ideas antiporfiristas le ocasionaron problemas y fue encarcelado por orden del jefe político del lugar. Volvió a la ciudad de Zacatecas donde inició la carrera de abogado en el Instituto de Ciencias; siendo aún pasante de Derecho representó al distrito de su nacimiento en el Congreso Constituyente (1916-1917). Publicó en varios periódicos su ideal revolucionario. Secretario particular de varios gobernadores, diputado al congreso local, oficial mayor de gobierno; secretario del Supremo Tribunal de Justicia, magistrado y gobernador interino de Zacatecas en tres ocasiones.

AVILA MEDINA, Manuel
(1850 - 1914)

Nació en Tabasco, Zac. Hijo de Juan Francisco Avila y Margarita Medina. A los trece años combatió la invasión francesa y al imperio, repartiendo parque entre las fuerzas que defendían la República. Partidario de la sublevación de García de la Cadena contra Porfirio Díaz. Miembro del magonismo en Zacatecas. El 3 de marzo se levantó en armas en Tabasco, Zac., desarmando en combate a las fuerzas porfiristas del lugar. Posteriormente se unió a la campaña militar del coronel Luis Moya. Al triunfo de Madero y con el grado de coronel, se licenció y radicó en Aguascalientes, donde fue aprehendido y fusilado por órdenes del general Manuel Ruelas.



BAÑUELOS, J. Félix ✓
(1876 - 1948)

Nació en el rancho de Vallecitos, del municipio de Mezquitic, Jal., pero fue registrado y bautizado en Monte Escobedo, Zac. Fueron sus padres Rodrigo Bañuelos y Dominga B. de Bañuelos. Cursó la primaria en Pastoria. En 1910, radicando en Camotlán, Nay., participa en el movimiento maderista concurriendo a dos acciones de armas. Junto con el numeroso grupo de rebeldes por él integrado, se incorpora en 1913 a la División del Centro que comanda el general Pánfilo Natera. Participó en las tomas de las ciudades de Colotlán, Jerez y Zacatecas. En 1914 asiste a la soberana Convención de Aguascalientes como delegado. Cuando se produce el rompimiento de Villa y Carranza permanece al lado del primero hasta 1920. Jefaturó la vanguardia en el combate de El Ebano. Al pronunciamiento de Adolfo de la Huerta, permaneció al lado del gobierno. Fue gobernador interino de Quintana Roo, y posteriormente gobernador constitucional de Zacatecas (1936-1940). Murió y fue sepultado en la ciudad de México. En 1957 sus restos fueron exhumados y depositados en la Catedral Metropolitana, de donde fueron trasladados al mausoleo del cerro de la Bufa en Zacatecas. ✓

BELTRAN CASTAÑARES, Joaquín (1856 - 1946)

Nació en la ciudad de Zacatecas. Ingresó al Colegio Militar de Chapultepec en 1875, y en 1877 salió con el grado de teniente de Estado Mayor Especial; en 1890 alcanzó el grado de coronel y en 1904 el de general brigadier; general de brigada en 1912 y general de división en 1914. Ocupó la dirección del Colegio Militar en dos ocasiones. Fungió como jefe de la columna que derrotó y capturó a Félix Díaz en el puerto de Veracruz en octubre de 1912. Comandante militar en Veracruz, jefe de armas en Guanajuato y gobernador del Estado de México. Autor de la obra: *La toma de la Plaza de Veracruz y la Intromisión Yanqui*. Murió en la ciudad de México.

BOTELLO BORREGO, José F. (1889 - ?)

Nació en Zacatecas, Zac., donde hizo los primeros estudios. Militó en el constitucionalismo. Fue comandante del 16° Batallón de infantería. General brigadier con antigüedad desde el 21 de marzo de 1926 y general de brigada con fecha 6 de noviembre de 1940

CALOCA CASTAÑEDA, Manuel (1865 - 1912)

Nació en el Teúl de González Ortega. Se dedicó en su juventud a las labores del campo. Al iniciarse la Revolución, en 1910, fue de los primeros zacatecanos en tomar las armas. Su arrojo en los combates fue siempre ejemplo para las tropas que mandaba; invariablemente después de combatir hablaba a sus huestes y al pueblo, manifestando sus ideas sobre la democracia y el reparto de tierras, así como del comportamiento que debían tener los miembros del ejército revolucionario. A su inteligencia y valor se debió que ascendiera rápidamente, alcanzando el grado de coronel. Cuando murió Luis Moya, asumió el mando de todas las fuerzas revolucionarias en el estado de Zacatecas, logrando conducir las con disciplina hasta el triunfo maderista. Murió luchando al frente de sus hombres en el ataque a los revolucionarios que acaudillaba Pascual Orozco cerca de la hacienda La Granja, del estado de Durango. Fueron trasladados sus restos al mausoleo de la Bufa, el 16 de septiembre de 1967.



LIC. LAURO G. CALOCA

CALOCA, Lauro G. (1884 - 1955)

Nació en San Juan Bautista del Teúl, Zac. Hizo la primaria en su pueblo natal, los estudios de magisterio en la Escuela Normal de Zacatecas y, posteriormente, los de abogacía en el Instituto de Ciencias de Zacatecas. Como revolucionario militó bajo las órdenes de Francisco Villa y Emiliano Zapata. Fundador y director del periódico revolucionario *La Voz* en 1913 y *El Insurgente* en 1914, órgano de las fuerzas del general Pánfilo Natera, cuyos editoriales siempre los escribía sustentando los principios de la Revolución y promoviendo el reparto de tierras a los campesinos. Con el grado de coronel participó en la Batalla de Zacatecas. Se le considera uno de los agraristas más sobresalientes de México. En 1921, siendo secretario de Educación José Vasconcelos, creó la Escuela Rural. Secretario de gobierno de Puebla y gobernador interino del mismo Estado. Promotor nacional de Agricultura y Fomento en la administración de Alvaro Obregón. Diputado y senador por Zacatecas. Murió en la ciudad de México y sus restos se encuentran en el Mausoleo de los hombres ilustres de Zacatecas.



CARRANZA GARZA, Venustiano
(1859-1920)

Nació en Cuatro Ciénegas, Coahuila, el 29 de diciembre de 1859. Fueron sus padres el Coronel Jesús Carranza y María de Jesús Garza. Hizo estudios en el Ateneo Fuente de Saltillo y en 1874 se inscribe en la Escuela Nacional Preparatoria de la Ciudad de México, pero una afección de la vista lo obligó a regresar a Coahuila. En 1887 inicia su carrera política al ser electo Presidente Municipal de Cuatro Ciénegas, logrando dos reelecciones. Empero, sus diferencias con el gobernador, José María Garza, lo movieron a presentar su renuncia y, cuando éste trató de reelegirse, él y su hermano Jesús se levantaron en armas, derrotando a las fuerzas estatales en varias ocasiones. El General Bernardo Reyes medió en el conflicto a nombre del Presidente Díaz, y se designó gobernador a José María Múzquiz.

Carranza entonces es diputado local, diputado federal suplente y senador propietario por su Estado. En 1908 es gobernador interino de Coahuila y resulta de los primeros en afiliarse a los principios antirreeleccionistas enarbolados por Francisco I. Madero. Recorre con él la República, triunfa con el propio Madero y entra a formar parte del gabinete provisional como Ministro de Guerra y

Marina. Al convertirse Madero en Presidente, Carranza fue electo gobernador de su entidad y, a la muerte de aquél, formula el "Plan de Guadalupe" el 26 de marzo de 1913, por el que desconoce a Victoriano Huerta y a los poderes Legislativo y Judicial.

Proclamado Primer Jefe del Ejército Constitucionalista (llamado así por defender la Constitución del 5 de febrero de 1857), inicia su marcha a Sonora y levanta el segundo gran episodio de la Revolución Mexicana.

Caído Huerta, y ocupada la capital del país por el General Obregón, Carranza entra en la Ciudad de México el 20 de agosto de 1914. Pronto estallan las diferencias entre el Primer Jefe y el General Francisco Villa que tomaron grave cariz a raíz del ataque a la plaza de Zacatecas, y que culminan con la insubordinación del Centauro del Norte al ser invitado por Carranza a concurrir a la Convención convocada para el 1° de octubre de 1914 en la Ciudad de México con un claro propósito de zanjar los graves problemas planteados por el movimiento armado, y que tuvo que reunirse después en Aguascalientes.

En ella se dictaminó que cesaban el General Villa como Jefe de la División del Norte y, como Primer Jefe, Venustiano Carranza, nombrándose Presidente provisional al General Eulalio Gutiérrez.

Carranza, sin embargo, no tomó en cuenta las disposiciones de Aguascalientes y abandona la capital el 2 de noviembre de 1914 para instalarse con su gobierno en el puerto de Veracruz. La Batalla de Celaya, ganada a Villa por Obregón, permite el regreso del Primer Jefe a la ciudad de México. Convoca en 1916 a un Congreso Constituyente para reformar la Constitución de 1857. Reunido éste en Querétaro, cierra sus sesiones el 31 de enero de 1917, y el 5 de febrero es proclamada la Carta Magna de 1917.

Venustiano Carranza convoca a elecciones, y el 1º de mayo de 1917 toma posesión como Presidente Constitucional de la República.

No obstante, Villa en el norte y Zapata en el sur constituyen hondas preocupaciones a su gobierno e impiden reine la paz en el país. Al preluarse la sucesión presidencial en 1920, Carranza se muestra inclinado por la candidatura del ingeniero Ignacio Bonillas, embajador de México en E.U., contra los candidatos de oposición: Alvaro Obregón y Pablo González. En conflicto con la Legislación de Sonora y la mayor parte del Ejército, el movimiento encabezado por los sonorenses Calles, Obregón y De la Huerta le obliga a evacuar la Ciudad de México y, con todos los poderes, se dirige en tren a Veracruz. En la estación de Algibes se ve precisado a internarse en la sierra de Puebla, y en el lugar denominado Tlaxcalalongo pierde la vida el 21 de mayo de 1920.

CASTAÑÓN VAZQUEZ, Samuel (1884 - 1959)

Nació en Pinos, Zac. Hijo de Margarito Castañón Calvillo y María Alejandra Vázquez Mora. Estudió la primaria en su lugar natal. Dedicado a la carpintería y carrocería, leía cuanto libro llegaba a sus manos. Adherido al Club Antirreeleccionista tomó parte en acciones de carácter revolucionario. Jefe del Partido Liberal Maderista en el Estado de Zacatecas y fundador y organizador del Club de Obreros Libres "Luis Moya"; organismos ambos que apoyaron su candidatura para diputado al Congreso Constituyente de Querétaro (1916-1917). Después de la revolución armada trabajó como carpintero en los talleres de los Ferrocarriles de México, oficio que desempeñó hasta su muerte. Murió en la ciudad de México.



CENICEROS Y VILLARREAL, Rafael (1855 - 1933)

Nació en Durango, Dgo. Fueron sus padres Pedro H. Ceniceros y Desideria Villarreal. Después de la primaria estudió en el Seminario Conciliar. Pasó a estudiar y se recibió de abogado en el Instituto Juárez de Durango en 1878. Llegó a Zacatecas el mismo año y fundó *La Rosa del Tepeyac*, semanario que sostuvo durante veinte años. Censor de la prensa católica en la Diócesis de Zacatecas; miembro fundador de la Sociedad Literaria-Recreativa en Zacatecas. Gobernador interino de Zacatecas de octubre de 1912 a enero de 1913, durante el gobierno de Madero, y Constitucional del 1o. de abril al 25 de mayo de 1913 en tiempo de la dictadura huertista. En la época cristera fue Presidente de la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa. Autor de *La Siega* (1905), y *El Hombre Nuevo* (1908). Murió en México, D.F.



CENICEROS, Severino
(1875 - 1937)

Originario de Cuencamé, Dgo. Se levantó en armas junto con Calixto Contreras y sostuvo en constante asedio a la Capital de su estado en 1911. Fue maderista, constitucionalista y villista. Jefe de la Brigada Juárez. Participó en la Batalla de Zacatecas donde tuvo una destacada actuación. Gobernador y comandante militar de Durango del 23 de septiembre al 13 de octubre de 1914. En 1916 se retiró a la vida privada. Senador de la República de 1930 a 1936. Gobernador sustituto de Durango. Murió en la ciudad de México.

CERVANTES, Antonio
(1885 - 1935)

Nació en Juchipila, Zac. Hizo los estudios primarios en su tierra natal a la vez que ayudaba a sus padres en las tareas agrícolas. Trabajó en las minas de Zacatecas, donde se relacionó con algunos compañeros reveldes contra la dictadura porfirista y formó grupos apoyando los principios democráticos que sustentaba Francisco I. Madero. Al triunfo de la lucha maderista desempeñó varias comisiones que le fueron conferidas por el gobierno de Madero. Al asesinato de Madero y Pino Suárez se unió al movimiento encabezado por Carranza. Nominado diputado al Congreso Constituyente de Querétaro por el distrito de su tierra natal, promovió y votó por todos aquellos artículos que favorecían a los campesinos y a los obreros. Luego se retiró a la vida privada dedicándose a la agricultura.

CERVANTES MUÑOZ CANO,
Federico
(1883-1966)

Nació en la ciudad de Oaxaca. Cursó su carrera en el Colegio Militar de Chapultepec hasta obtener el título de ingeniero. Perfeccionó sus estudios en Europa, en los cuerpos de ingeniería del ejército francés; también estudió navegación aérea. En 1913 regresó a México y se unió a las fuerzas de Villa, participando en la Batalla de Zacatecas. En la Convención de Aguascalientes participó representando al general Felipe Angeles. Al triunfar el constitucionalismo salió exiliado a los Estados Unidos, desde donde intentó organizar un movimiento anticarrancista que fracasó. Es autor de: *Felipe Angeles, La Revolución de 1913, Francisco Villa y La Revolución, Asalto y Toma de Zacatecas* (1943), *Cómo fue el Ataque a la Ciudad de Zacatecas* (1935). Murió en la ciudad de México.



GENERAL BRIGADIER CALIXTO CONTRERAS

CONTRERAS, Calixto
(1867 - 1918)

Nació en Ocuila, Dgo. En 1905 fue llevado de *leva* por protestar contra el despojo que sufrían los pueblos de Ocuila y Santiago. Maderista desde 1909, se unió a los revolucionarios y participó en la toma de Durango. En 1913 se rebeló contra el huertismo y pasó a formar parte de la División del Norte. Participó en la Batalla de Zacatecas como jefe de la brigada "Juárez" de Durango. Después permaneció fiel a Villa y combatió al carrancismo en Guadalajara, el Bajío y en otros estados. Murió en el combate de La Labor, Cuencamé, Durango.

CONTRERAS GARCIA, Manuel (1884 - 1962)

Nació en Sombrerete, Zac. Hizo carrera militar principalmente en el ejército constitucionalista. Llegó a general de brigada con antigüedad de 1o. de agosto de 1924. Ocupó la comandancia militar en varios estados de la República. Jefe del departamento de artillería en 1934.



CHAO, Manuel
(1883 - 1924)

Nació en Tuxpan, Ver. Luego de recibir su título de profesor en la Escuela Normal de Jalapa fue designado por el maestro Rébsamen para llevar las reformas pedagógicas al estado de Chihuahua. En 1910 se adhirió al maderismo. Siendo gobernador de Chihuahua en 1914, intervino en la emisión de gran cantidad de papel moneda puesto en circulación con garantía nominal del propio estado. Por su destreza y valentía obtuvo el grado de general en la Batalla de Zacatecas, donde actuó brillantemente. Delegado a la Convención, al rompimiento de Carranza con Villa permanece fiel al Centauro. Cuando el villismo fue vencido, emigró a España y luego a Costa Rica, participando en un conflicto armado contra Panamá. Al volver a México en 1923, se une a la rebelión de Adolfo de la Huerta, cayendo prisionero y fusilado en Chihuahua.

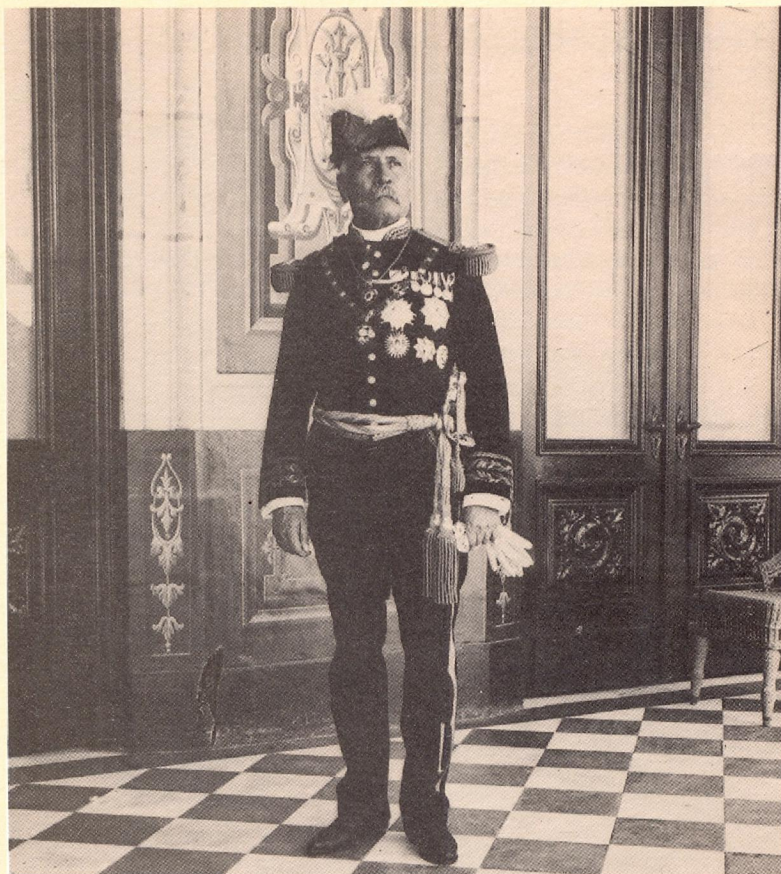
CHICO, Manuel

Nació en el estado de Zacatecas, lugar donde estudió la primaria y dos años de secundaria. Fue un activo antirreeleccionista y tomó parte en el movimiento armado de 1910. Bajo las órdenes del coronel Manuel Caloca participó en varios encuentros contra los federales. Después se afilió a las fuerzas de Pascual Orozco, convencido de que se había truncado el ideal maderista.



CHOCANO, José Santos
(1875 - 1934)

Nació en la República de Perú. Vino a México en 1912 comisionado por el presidente de Guatemala Estrada Cabrera, para tratar con Madero relaciones y convenios entre los dos países. Luego del magnicidio y la entronización de Victoriano Huerta fue expulsado de México por ordenada el 6 de junio de 1913. La tragedia de Francisco Madero le inspiró su poema *Sinfonía Heroica*. A los dos meses regresó a México "para cantar las glorias del Centauro Pancho Villa". Comisionado por Carranza, hizo propaganda en favor de la Revolución dando conferencias en Nueva York, Washington, Nueva Orleans y otras ciudades de los Estados Unidos. Acompañando a Villa presenció los combates de Tierra Blanca, Torreón y La Batalla de Zacatecas; sus ensayos *Interpretación Sumaria del Programa de la Revolución Mexicana*, *el Conflicto Personal de la Revolución Mexicana* y *EL conflicto del Día*, fueron producto de su campaña al respecto. Acostumbraba almorzar con Villa quien gustaba de escuchar sus poemas. Cuando viene la ruptura entre Carranza y Villa, el poeta preferiría la amistad del guerrillero al que tanto admira y sobre el que tiene cierto influjo intelectual. Después de la Revolución armada abandona el país y su último contacto con México se da en 1925, cuando polemiza con José Vasconcelos sobre cuestiones literarias. Murió asesinado a puñaladas en Santiago de Chile.



DIAZ MORY, Porfirio
1830-1915

Nació en la ciudad de Oaxaca el 15 de septiembre de 1830; sexto y penúltimo hijo de José Faustino Díaz y Petrona Mory. Queda huérfano de padre antes de cumplir tres años de edad, por cuya causa su madre pierde poco a poco las propiedades que hereda. Su tío y padrino, el canónigo José Agustín Domínguez —que llegaría luego a ser obispo de Oaxaca— lo toma bajo su cuidado luego de cursar la escuela elemental pero a condición de que ingrese al Seminario Conciliar de Oaxaca para seguir la carrera sacerdotal. Estudia allí en calidad de externo Latín y Filosofía pero, a efecto de allegarse algunos fondos, acepta en su primera juventud dar clases privadas al hijo del abogado Marcos Pérez, amigo de Benito Juárez, cuyas conversaciones le despertaron iniciales convicciones liberales. Deja el Seminario e ingresa al Instituto de Ciencias y Artes del Estado para cursar la carrera de Leyes, lo cual motiva la cólera de su tío, el retiro de la beca y aún la amistad con el obispo oaxaqueño.

Conoce e intima entonces con quien dirigía el Instituto —Benito Juárez— cuando Díaz no cumplía aún los catorce años. Durante la dictadura

de Antonio López de Santa Anna, y luego de ejercer los oficios de zapatero, carpintero y bibliotecario, obtiene empleo como pasante de Derecho en el bufete del abogado Pérez con un salario de 25 pesos mensuales. Empero, Pérez es encarcelado al sobrevenir conflictos políticos, lo cual provoca no sólo que Díaz quede sin recibirse, sino que se aliste en la Guardia Nacional para combatir la Invasión Norteamericana, aunque no inter venga en la lucha. Simpatizante del Plan de Ayutla, al triunfar ese movimiento, se nombra a Porfirio Díaz Sub-prefecto de Ixtlán.

Durante la Guerra de Tres Años combatió al lado de los liberales; asciende a General de Brigada en 1861 y en dicho año es electo diputado pero desempeña el cargo muy breve tiempo. Lucha contra la Intervención Francesa; participa en la Batalla de Puebla del 5 de mayo de 1862, y también, en la Defensa de Puebla en 1863, al lado de González Ortega. Cae prisionero junto con otros oficiales, pero se evade y marcha a la ciudad de México, donde Juárez le propone el Ministerio de Guerra, que él rehusa. Ante el avance francés, apo-

yado por los conservadores y el clero, el gobierno abandona la capital y se establece en San Luis Potosí.

Ya divisionario, toma la ciudad de Taxco y, meses adelante, en el sitio de Oaxaca vuelve a quedar prisionero, encerrándose en el convento de Santa Catarina; de allí se evade para combatir de nuevo.

En 1865 vence a los Imperialistas en Tehuiztzingo, Puebla; en 1866 triunfa en Tlaxiaco, el 6 de enero; en Lo de Soto el 25 de febrero; en Pinotepa el 28 de marzo; en Huajuapán el 5 de septiembre; en Nochixtlán el 23 de septiembre; en Miahuatlán y La Carbonera el 3 y el 18 de octubre. Toma Oaxaca el 31 de octubre. Al año siguiente sitia Puebla y la toma el 2 de abril, denominándosele desde entonces "El Héroe del 2 de abril", logrando tomar la ciudad de México el 21 de junio para asumir los mandos civil y militar y hacer entrega de la plaza a don Benito Juárez.

Dos fuertes caracteres chocan entonces, el de Díaz y el de Juárez, por lo que Porfirio prefiere alejarse del Centro y aceptar homenajes en su natal Oaxaca sin retirarse del todo de la política. Oaxaca lanza la candidatura de su héroe militar a la Presidencia de la República, pero el Congreso Nacional determina la reelección del Presidente Juárez en 1867. Cuatro años después, ante la segunda reelección de Juárez, Díaz manifiesta su inconformidad y se lanza a la lucha con el Plan de la Noria, rebelión en la que el propio Benemérito fracasa en su intento de sofocar. Sin embargo, muerto el presidente el 18 de julio de 1872, la citada rebelión e inconformidad de buena parte de la población pierde su razón de ser.

A Juárez le sustituye el presidente de la Suprema Corte, Sebastián Lerdo de Tejada, quien al declararse reelecto en 1875, exacerbó nuevamente a la oposición y motivó que Díaz se levantara en armas conforme al Plan de Tuxtepec, en el que se desconoce al presidente Lerdo y a todos sus funcionarios, y se designa Jefe del Ejército restaurador al General Porfirio Díaz. Al triunfar el movimiento, Lerdo abandona la capital y Díaz es nombrado Presidente en mayo de 1877.

El lema del Tuxtepec había sido la no reelección; así, en 1880 entrega el gobierno al General Manuel González. Sin embargo, nada le impedía ser reelecto para el periodo 1884-1888, tras lo cual vuelve al poder para ya no soltarlo sino hasta la Revolución de 1910.

Renuncia definitivamente a la Presidencia tras seis reelecciones el 25 de mayo de 1911. El 31 se embarcó en Veracruz en el "Ipiranga" con destino a Francia. Viajó por varios países donde recibió numerosos honores. Falleció en París el 2 de julio de 1915.

DELGADO, José (1851 - 1915)

Nació en Tepic, Nay. Realizó sus estudios en el Colegio Militar y para 1887 pertenecía a la plana mayor de ingenieros militares. Con el capitán Juan Villegas formó la Carta General de la República y fue miembro de la Comisión para hacer el reconocimiento de la línea divisoria entre México y Estados Unidos. A partir de 1910, con el grado de general brigadier, fungió como jefe de armas en Chiapas, Oaxaca y Sinaloa. Defendió al gobierno de Madero contra la sublevación de Pascual Orozco, pero después se puso a las órdenes de Huerta. Fue gobernador de Zacatecas del 17 de junio al 11 de noviembre de 1913. Destacó en la lucha contra los revolucionarios, especialmente después de la primera toma de Zacatecas. En 1914 ascendió a general de división. A poco tiempo de caer Huerta se unió al ejército villista participando en los combates del Bajío. Fue muerto al tratar de cruzar la frontera norte del país, a manos de tropas villistas.

DIAZ, Jesús

Nació en la población de La Soledad, Dgo. Se incorporó a la primera llamada del villismo en la brigada "Morelos", comandada por el general Tomás Urbina. En 1913, por sus desplantes de arrojo y valentía, fue incorporado a la escolta de "Dorados" del general Francisco Villa. Murió en la Batalla de Zacatecas, cuando las fuerzas revolucionarias tomaron el cerro de Loreto.

DIAZ PEREZ, Jesús (1900—)

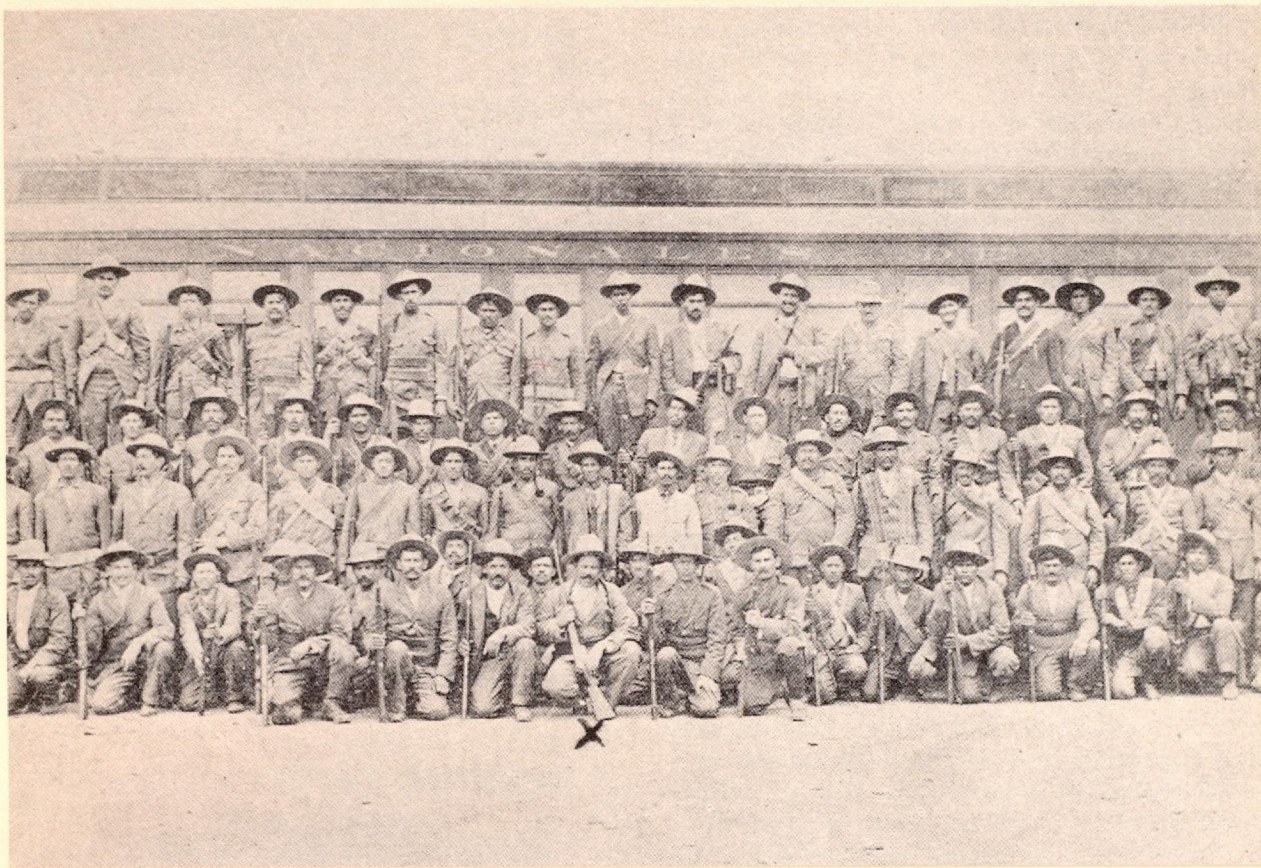
Nació en Ojocaliente, Zac. Hijo de Jesús Díaz Tejada y Telésfora Pérez Durón. Al finalizar la primaria entró a la Escuela Normal de Zacatecas. Terminando sus estudios de magisterio, se dio de alta como soldado raso en el sexto batallón de línea que operaba en esta ciudad. Siendo cabo fungió como asistente del coronel José G. Márquez, comandante del batallón en el estado, a quien le tocó combatir contra los últimos núcleos villistas en Zacatecas. Solicitada su baja ingresó al Instituto de Ciencias, recibiendo de licenciado en derecho el 17 de julio de 1927 obteniendo una medalla de oro por el alto índice de sus calificaciones, presea que tenía cuarenta años de no otorgarse. Fue oficial mayor del congreso local durante los años de formación y aplicación de leyes agrarias, de trabajo y previsión social. Fue magistrado del Supremo Tribunal de Justicia, maestro de Jurisprudencia y abogado postulante. Radica en la ciudad de Zacatecas.



DIVISION DEL CENTRO

El 10 de abril de 1913, en Nieves, Zac., el cabo segundo del 26avo. Cuerpo de Rurales —Pánfilo Natera— al frente de 60 rancheros, se rebeló contra Huerta. Pronto su contingente aumentó con grupos de Santos y Félix Bañuelos, Tomás Domínguez, Manuel de Jesús Contreras, José Félix Guzmán, Crispín Robles Villegas, los hermanos Caloca, Justo de Avila y algunos otros, alcanzando a integrarse cerca de mil elementos. El 6 de junio se apoderaron de Zacatecas, permaneciendo 10 días en la ciudad, hasta ser desalojados por el general huertista José Delgado. Siguieron operando aisladamente, desorganizados y con ligeras rivalidades por falta de un caudillo que los unificara. Fue por ello que en una junta de campaña, celebrada el 10 de junio de 1913 frente a la mina de Río Tinto (conocida también como mina de La Fe), situada al norte de Guadalajara, Zac., el mayor Pedro Caloca Larios, de acuerdo con el coronel José Trinidad Cervantes, asumió

la responsabilidad de ascender a general brigadier a Natera y designarlo general en jefe de lo que desde entonces se conoció como División del Centro del Ejército Consitucionalista, quedando Coloca Larios como jefe de Estado Mayor. El 2 de agosto, Venustiano Carranza ratificó lo anterior. Luego de una campaña en casi todo el Estado, en Jalisco y Durango, la División del Centro estableció cuartel general en Sombrerete. El 14 de mayo de 1914 Carranza ordenó que las fuerzas de Durango, al mando de los Arrieta, se unieran a la División del Centro y se apoderaran de Zacatecas. Ante el fracaso de Natera la plaza capituló a manos de Villa. A partir de entonces, la División del Centro actuó ya sólo en forma secundaria hasta desaparecer finalmente en febrero de 1917, cuando quedó asimilada a las fuerzas regulares del ejército mexicano. (Cfr.: Cuauhtémoc Esparza Sánchez. *El Corrido Zacatecano*, 1976. p, 121.



DIVISION DEL NORTE

Después del asesinato de Madero, Francisco Villa —que se encontraba en los Estados Unidos— cruzó la frontera con nueve compañeros y comenzó a combatir contra los soldados de Huerta. Pronto logró reunir poco más de 3,000 hombres. Se celebraron juntas de estrategia en Ciudad Camargo y en Ciudad Jiménez, determinándose a propuesta del coronel Juan N. Medina que se deberían organizar los contingentes, en vista de que la columna de Villa formaba ya una división. El 29 de septiembre de 1913 se le otorgó la jefatura de la División del Norte a Francisco Villa, “quien tuvo a su derecha a Maclovio Herrera, a su izquierda al Dr. Samuel Navarro” y al frente a Martín Fierro, Rodolfo Fierro, Manuel Baca, Toribio Ortega, Hipólito A. Villa y otros jefes más. Tocó a la División del Norte realizar las principales cruzadas bélicas de la Revolución Mexicana.

Los combates de Tierra Blanca, Ojinaga, Ciudad Juárez, Torreón, Paredón, San Pedro de las Colonias y sobre todo la Batalla de Zacatecas, dieron muestra del poderío y organización alcanzado bajo el mando de Villa y Felipe Angeles. Después de la Batalla de Zacatecas surgió el rompimiento definitivo de Villa con Venustiano Carranza y dio comienzo la lucha de facciones. La División del Norte fue derrotada en las campañas de Celaya, León y Aguascalientes por Alvaro Obregón y llega a su extinción el 28 de junio de 1920 con los convenios de Sabinas, Coahuila.

(Cfr.: Cuauhtémoc Esparza Sánchez. *El Corrido Zacatecano*, 1976. Francisco R. Almada. *Diccionario de Historia, Geografía y Biografía Chihuahuenses*, 1968. Arturo Langle Ramírez, *El Ejército Villista*. I.N.A.H. 1961.

DOMINGUEZ, Tomás
(1880 - 1917)

Nació en el municipio de Jerez, Zacatecas. Fue militante activo del magonismo y maderista desde 1909, año en que se funda el Centro Antirreeleccionista. Militó en la División del Centro bajo las órdenes de Natera. Por su temeridad y audacia en los combates, donde era el primero en dar pelea y porque siempre aceptaba las más peligrosas comisiones, le llamaban "El Temerario Domínguez". Días antes de la Batalla de Zacatecas, con pocos elementos, arrebató los retenes del Cerro de Bolsas a los federales. Como general brigadier, fue administrador de las fuerzas de la División del Norte. Fue delegado a la Convención de Aguascalientes. Participó en la División del Norte de 1915 a 1916 en los combates de Celaya, León y Chihuahua a las órdenes de Villa. Al desmembrarse el ejército villista y, cuando iba a amnistiarse a México, es aprehendido en Zacatecas por orden del gobernador Enrique Estrada, aplicándosele la ley fuga en el callejón del Santero, en pleno centro de la ciudad.



DURON GONZALEZ, Gustavo
(1890 - 1951)

Nació en Saltillo, Coah. Vivió en la ciudad de Durango, donde hizo la primaria y comenzó la preparatoria terminándola en México, D.F. En 1910 se levantó en armas en Chihuahua; cuando triunfó el maderismo fue agregado de la Embajada de México en Bruselas, Bélgica, donde realizó estudios de ingeniería. Regresó a México en 1913 y se incorporó a la División del Norte. Participó en la Batalla de Zacatecas y, al término de ésta, fue ascendido a teniente coronel por su brillante concurso en la toma del Cerro de la Bufa. Posteriormente, participó en los combates del Bajío al lado de Villa. Estuvo exiliado en los Estados Unidos. A su regreso, trabajó como ingeniero constructor en obras del Distrito Federal. Diputado Federal en dos ocasiones. Escribió ensayos sobre la Revolución. Murió en la Ciudad de México.

DYER CASTAÑEDA, Jairo R.
(1869 - 1935)

Nació en Chalchihuites, Zac. Hijo del doctor James R. Dyer y Paula Castañeda de Dyer. Hizo la primaria en su tierra natal, la preparatoria en el Instituto de Ciencias de Zacatecas y la profesional en la Escuela Nacional de Medicina de la ciudad de México, donde se tituló el 4 de agosto de 1895. Empezó el ejercicio de su profesión en Sombrerete, Zac., lugar donde fue presidente del Club Político Liberal Zacatecano, que más tarde se unió al Partido Antirreeleccionista. Al estallar la Revolución de 1910 fue consejero de Luis Moya y luego de Pánfilo Natera y de Luis J. Zalce. Diputado por el Distrito de Sombrerete, Zac., al Congreso Constituyente de 1916-1917, su participación legislativa con relación al artículo 123 fue premiada por la "Academia Mexicana de Derecho del Trabajo y Previsión Social", en 1949. Pugnó porque el Congreso de Zacatecas fuera el primero en expedir la Ley Agraria a nivel estatal. Diputado electo a la XXVII Legislatura Federal. En 1918 presentó al gobierno de Zacatecas un estudio muy amplio para combatir el tifo, que fue aprobado y puesto en práctica con óptimos resultados en lugares donde esa enfermedad alcanzó el grado de epidemia. Murió en Sombrerete, Zac., y fue sepultado en el panteón local. El 2 de febrero de 1958 se trasladaron sus restos al lote del Panteón Civil de México, D.F. destinado a los constituyentes.

ESCOBEDO, José G.

(1900 - 1961)

Nació en Zacatecas, Zac. Estudió hasta el cuarto año de primaria. A los 13 años entró como aprendiz de tipógrafo a los talleres de don Enrique García y más tarde a los de Nazario Espinoza. De 1918 a 1920 dirigió el semanario *Alba Roja*. En la primera convención de la C.R.O.M. celebrada en Zacatecas en 1920, fue elegido miembro del COMITE Central con residencia en Aguascalientes. En 1921 se traslada a la ciudad de México y entra como cajista en los Talleres Gráficos de la Nación y corrector de pruebas en el *Diario de Debates*, de la Cámara de Diputados. Miembro fundador de la Central General de Trabajadores. Redactor por más de 25 años en el diario *El Nacional*. Escribió las secciones dedicadas a promover la unidad obrera en los periódicos *El Heraldo de México* y *El Demócrata*. Publicó: *Las Pugnas de la Gleba*, donde se narran quince años de historia del movimiento obrero mexicano; *Tres Años de Realizaciones Ferrocarrileras*, Méx. 1939. Un volumen de cuentos cortos y otras novelas de tesis socialistas. *La Batalla de Zacatecas*, 1946. Murió en la ciudad de México.



ESTRADA REYNOSO, Enrique

(1889 - 1942)

Nació en Moyahua, Zacatecas. Realizó sus primeros estudios en Guadalajara, Jalisco. En 1910 se unió al maderismo bajo las órdenes del general Rafael Tapia. En 1913 volvió a tomar las armas y luchó como constitucionalista en los estados de Zacatecas y Jalisco. Asistió a la Convención como delegado del general Ramón Sosa. Permaneció leal a Carranza. Fue gobernador de Zacatecas en tres ocasiones con carácter interino y otras tres

con carácter constitucional; durante su gestión del 8 de julio al 22 de agosto de 1917, se abocó a la promulgación de la Constitución Política y la Ley Agraria del Estado. Como jefe de operaciones militares en Michoacán tuvo que enfrentar a José Chávez García, tarea que se agravó por sus conflictos con el gobernador Pascual Ortiz Rubio. En 1920 se adhiere al Plan de Agua Prieta. Subsecretario y Secretario de Guerra y Marina en 1921 y 1922, durante el gobierno de Obregón. Como jefe de Operaciones en Jalisco secundó la rebelión delahuertista, de la que fue uno de sus principales jefes. Cuando toma la ciudad de Morelia en esta campaña el general Buelna, le manda —en calidad de prisioneros— a los generales Cárdenas y Avila Camacho, a quienes Estrada libera incondicionalmente. Derrotado por Obregón en Ocotlán, emigró a los Estados Unidos, donde organiza una incursión rebelde por Baja California: movimiento que fracasa y es puesto en prisión. En 1929, con el grado de general de División, secundó la rebelión Escobarista. Vuelve a los E.U. y se dedica a estudiar hasta recibir el título de Ingeniero en la Universidad de California. Diputado a la XXXVIII Legislatura y Senador por Zacatecas; director general de Ferrocarriles Nacionales, puesto que desempeñaba al morir en la ciudad de México, D.F.

ESTRADA REYNOSO, Roque

(1883 - 1966)

Nació en Moyahua, Zacatecas. Hijo de Camilo Estrada y de Micaela Reynoso. Realizó sus estudios primarios en Moyahua y en el colegio del profesor Martín Souza, de Guadalajara, Jal. En esa ciudad cursó la preparatoria y los estudios profesionales de abogado. En 1905 inició sus trabajos político-sociales, con orientación socialista, organizando obreros y fundando y dirigiendo el periódico "Aurora Social", de oposición al gobierno. Ingresó a las filas del magonismo y fue de los fundadores del Centro Antirreeleccionista de México. Acompañó a Madero en giras políticas y, en Monterrey, una frase suya sirve como pretexto para aprehenderlo con Madero y recluirlas en la prisión de San Luis Potosí. Liberados mediante caución, huyen ambos a los Estados Unidos y forman parte de la Junta Revolucionaria organizada en San Antonio, Texas. Participa en la redacción del Plan de San Luis. En mayo de 1911 se separa de Madero por inconformidad con los Tratados de Ciudad Juárez, aceptando, para evitar consecuencias disidentes, el nombramiento de Delegado General de Paz. A raíz del asesinato de Madero se levantó en armas en el sur de Zacatecas; es apresado y puesto en prisión en San-

tiago Tlatelolco, cárcel de la que sale un año después con motivo de la invasión norteamericana. Con el grado de general brigadier fue jefe de caballería en la División de Occidente, participando en los combates de la Cuesta de Sayula, los Volcanes y en la Toma de Guadalajara. Fungió como secretario particular de Venustiano Carranza. Ministro de Justicia de 1916 a 1917.

En la rebelión del obregonismo contra Carranza se abstuvo de toda acción rebelde por ligas especiales con Carranza y Obregón. En 1923, siendo diputado federal por Zacatecas, fue candidato presidencial por el Partido Reconstructor Jalisciense. Al producirse la rebelión delahuertista, por detalles de lógica apariencia, fue encarcelado por considerársele autor intelectual de la rebelión y condenado al exilio sin comprobársele jurídicamente la acusación.

A su regreso al país fue Magistrado (1942) y luego Presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación; se jubiló ocupando este cargo. El Senado le honró con la medalla "Belisario Domínguez". Escribió *La Revolución y Francisco I. Madero* (1912), *Momento Psicológico* (1915) *Psico-Intimidaciones*, Madrid, (1925), *Liberación*, novela histórica (1933), e *Idiota*, novela (1935).



FIERRO, Rodolfo (1885 - 1915)

Nació en el estado de Sinaloa. Tomó las armas en defensa del gobierno de Madero. En 1913 se unió a la División del Norte, alcanzando pronto el grado de general por las intrépidas acciones que realizó en los combates de Tierra Blanca y Ciudad Juárez. Tenía una innata disposición de verdugo, por lo que siempre se encargaba de dar muerte a los prisioneros. Su arrojo e intrepidez en la Batalla de Zacatecas no tuvo límites. Fue de las gentes de Villa de mayor lealtad; no se le conoció infidencia alguna. Su temeridad le llevó a la muerte en los pantanos de Laguna Grande, Chihuahua: se dice que se ahogó porque su caballo no soportó el peso del oro que llevaba.

GALAVIZ, Ramón (1884 - 1944)

Nació en la ciudad de Fresnillo, Zac. Cursó sus primeros estudios en su lugar natal. A los catorce años ingresó al Colegio Militar de Chapultepec, habiendo alcanzado el grado de Mayor táctico de artillería. Fue simpatizante con la causa maderista. Miembro de la Comisión geográfica exploradora. Profesor de la escuela de aspirantes. Inspector federal de contraloría. Ingeniero en jefe de los servicios de exploración y agricultura. En 1935 funcionario en Bienes Nacionales. Murió en la ciudad de México. Escribió *El Manual del campesino*.



GARCIA DE LA CADENA, Trinidad (1818 - 1906)

Nació en Tabasco, (hoy Trinidad García de la Cadena), Zac. Hijo de Ramón García y María González. Se tituló de abogado en el Instituto Literario de Zacatecas en 1845. Diputado local por Juchipila; diputado federal por Sánchez Román y Fresnillo. Ministro de la Suprema Corte de Justicia de la Nación. Gobernador interino y constitucional de Zacatecas. En 1870 se pronuncia contra Juárez con el "*Plan Regenerador de San Luis Reformado en Zacatecas*". En 1871 se adhiere al *Plan de la Noria*, y en 1876 al *Plan de Tuxtepec*. En 1880 participa como candidato popular a las elecciones presidenciales, siendo derrotado por el general González, a quien apoya Porfirio Díaz. Fue declarado Hijo Benemérito del Estado de Zacatecas. Durante la primera reelección de Díaz promueve un levantamiento armado que fracasa y es asesinado en la estación de González (Opal), Zacatecas. Alcanzó el grado de general de división. Sus restos descansan en el mausoleo de la Bufa.

GOITIA, Francisco (1882 - 1960)

Nació en la hacienda de Patillos, municipio de Fresnillo, Zacatecas. Hijo de Francisco Bollaín Goitia y Andrea García. Termina la primaria en Fresnillo, y contrariando los deseos de su padre que lo envía a la ciudad de México a estudiar medicina, se inscribe en la Academia Nacional de Bellas Artes, donde realiza el curso completo de pintura con duración de cuatro años. En 1904 marcha a Europa y se inscribe en la academia del maestro Gali Figueras. Estudia la pintura de Goya, Zurbarán, Velázquez, Segovia, el Greco y otros. En 1912 regresa a México y radicado en su tierra natal se dedica a pintar. En 1914, a partir de la Batalla de Zacatecas, se incorporó a las filas villistas, con el nombramiento de "pintor observador". En septiembre de 1916 se retira del ejército y se dedica, en Fresnillo, a plasmar al óleo motivos del ambiente vivido en campaña. Elaboró un Plan para la Defensa Típica del Estado de Zacatecas. Ganó la Bienal en 1958. Fue declarado Benemérito del Estado de Zacatecas e hijo predilecto y distinguido de Fresnillo. Murió en Xochimilco, D.F.

GOMEZ, Félix U (1916)

Nació en Gómez Farías, Chihuahua. Desde su infancia radicó en Zacatecas, donde estudió la primaria y se dedicó después a la minería. Al lla-

mamiento de la insurrección de Madero, se unió a las brigadas revolucionarias que operaron en el norte del estado de Zacatecas. Participó en la lucha contra Victoriano Huerta, alcanzando el grado de general por merecimientos en campaña. Concurrió a la Convención de Aguascalientes, permaneciendo dentro de las filas constitucionalistas. En 1916, cuando los estadounidenses entraron a México persiguiendo a Villa, que había atacado la ciudad de Columbus, Nuevo México, Gómez fue comisionado por Venustiano Carranza para impedirles el paso.

Previo combate, se detuvo el avance norteamericano. Los estadounidenses tuvieron 19 muertos, 13 heridos y 17 prisioneros, quitándoseles además 22 caballos, 36 rifles, pistolas, cartuchos y pertrechos. Las fuerzas mexicanas tuvieron 39 heridos y 29 muertos, entre ellos Félix U. Gómez, quien murió en el combate.

GONZALEZ, Jesús B. (1888 - 1955)

Nació en Guadalupe, Zacatecas. Fue escritor y periodista, dedicado a la crítica satírica; con esta técnica fundó un seminario llamado *El Cañonazo*. Durante la revolución editó *La Revista de Zacatecas*, lo que le valió su expulsión del Estado por el general huertista Medina Barrón. Después del movimiento armado fue diputado federal y senador por Zacatecas. En 1943 funda y dirige la revista *Chicomostoc*. Murió en la capital de la República.

GONZALEZ DE COSIO, Manuel (1836 - 1913)

Nació en la ciudad de Zacatecas, hijo del gobernador del mismo nombre; estudió la carrera militar y luchó contra la Intervención francesa y el Imperio. Participó en la Batalla de Calpulalpan y en el Sitió de Puebla por lo que fue deportado a Francia. Al restablecimiento de la República fue gobernador de Zacatecas y diputado federal. Durante el régimen porfirista fue secretario de Fomento y de Gobernación. Y en el año de 1911, al triunfo de la Revolución maderista, ocupaba la cartera de Guerra y Marina. Fue de los pocos ministros que Díaz no cambió antes de caer. Murió en Coyoacán, D.F.

GONZALEZ ORTEGA, Beatriz (1873 - 1965)

Nació en San Juan Bautista del Teúl (hoy Teúl de González Ortega). Hija del coronel José Ma. González Ortega y Adelaida Ferniza. Estudió la carrera de magisterio en la Escuela Normal para

Profesoras, titulándose el 20 de noviembre de 1894. Impartió clases en la anexa a la Normal y en la No. 1 para niñas de la capital. Directora de la escuela "Lancasteriana" y vicedirectora del Asilo para niñas de Guadalupe, Zac. Directora de la Escuela Normal del 8 de mayo de 1913 al 9 de julio de 1914. Al triunfo de los revolucionarios en la Batalla de Zacatecas, la maestra estuvo a punto de ser fusilada por órdenes de Villa, cuando se negó rotundamente a denunciar a los federales heridos que eran atendidos en el hospital de la Cruz Blanca, establecido en la escuela normal. Volvió a ocupar la dirección de la Escuela Normal de Zacatecas, del 29 de enero de 1917 al 31 de julio de 1918. A partir de 1920 radicó en la ciudad de México, ejerciendo la docencia hasta los últimos días de su vida. Murió en México, D.F.

GUERRA, Jacinto (1884 - 1914)

Nació en Monterrey, Nuevo León. Ingresó al Colegio Militar en 1898 y para 1909 era capitán de Ingenieros. Participó en la campaña contra Madero en Chihuahua, primero en la columna del general Alberto Dorantes y posteriormente en la del general Gonzalo Luque; reconoció al gobierno emanado del cuartelazo huertista, en febrero de 1913. Bajo las órdenes del general Guillermo Rubio Navarrete tomó parte en distintas campañas del norte del país contra los revolucionarios. Con el grado de general brigadier, participó en la Batalla de Zacatecas, comandando un batallón. Después de la batalla fue fusilado por los villistas.



GUTIERREZ, Eulalio (1881 - 1939)

Nació en la Hacienda de Santo Domingo, cerca a Ramos Arizpe, Coah. Desde su niñez radicó en Concepción del Oro, Zacatecas. Estudió solamente la primaria. Trabajó como minero en la negociación que regenteaba el general Juan Aguirre Escobar. En 1900 se manifestó contra la imposición que Jesús Aréchiga, entonces hombre fuerte de Zacatecas, quiso hacer en las elecciones locales. En 1910 se unió al maderismo. Combatió la rebelión orozquista en Zacatecas y Coahuila bajo las órdenes de Manuel Caloca. En 1913, siendo presidente municipal de Concepción del Oro, Zac. se levantó en armas contra la usurpación huertista. En 1914, siendo ya general de brigada, se integró a la División del Centro. Fue delegado a la Convención de Aguascalientes y nombrado presidente provisional de la República; su gobierno estuvo restringido por el dominio de Villa y Zapata, renunció y emigró a los Estados Unidos. Radicado en Concepción del Oro, en 1917, se dedicó a hacer propaganda contra Venustiano Carranza, adhiriéndose al Plan de Agua Prieta. Senador por su estado natal. En 1919 secundó la fracasada rebelión escobarista. Murió en Saltillo, Coah.



HERNANDEZ, Rosalío (1861 - 1942)

Nació en Real de Nieves, Zacatecas. Su participación en la lucha armada se remonta a la época maderista; posteriormente, a raíz de la usurpación de Victoriano Huerta, se levanta en armas formando y equipando un numeroso grupo guerrillero, combatiendo en Chihuahua. Al frente de la brigada *Leales de Camargo* formó parte fundamental de la División del Norte que comandaba Francisco Villa. Con el grado de general participó en los combates de Torreón, Chihuahua y Paredón. Siguió a Villa en la toma de la Plaza de Zacatecas, donde sobresalió por su brillante actuación en los asaltos a los cerros de "Loreto" y "Bolsas". Participó en la Convención, y ante la escisión revolucionaria, continuó en las filas villistas. En marzo de 1915, durante su campaña en Coahuila, logró vencer al constitucionalista Luis Caballero; más tarde fue derrotado en Nuevo Laredo. En 1916 defecionó del villismo y se integró a las fuerzas constitucionalistas; desde entonces, hasta 1920, combatió al villismo al lado de los generales Maycotte, Rizo y Arrieta. En 1929 participó en el movimiento escobarista. Murió en el estado de Chihuahua.



HERRERA CANO, Maclovio (1879 - 1915)

Nació en San Juanico, Parral, Chih. Desde 1909 simpatizó con el antirreeleccionismo; en concor-

dancia con el Plan de San Luis se levantó en armas en 1910. Fue uno de los primeros en rebelarse contra Victoriano Huerta. En agosto de 1913, con el grado de general brigadier, unió su prestigio al de la División del Norte. Al lado de Villa participó en la primera toma de Torreón, en la definitiva de Ciudad Juárez, en el ataque a Chihuahua; fue, con su famosa caballería, el ejecutor material y el héroe de la victoria villista en Tierra Blanca. En 1914, participó, al frente de la brigada "Benito Juárez", en la Batalla de Zacatecas, como uno de los principales jefes de la División del Norte, teniendo una brillante actuación. Ante la escisión revolucionaria, se negó a desconocer a Carranza, lo que enfureció a Villa, quien juró acabar con la familia entera de su "caporal", como solía llamarlo. Cuando la situación se inclinaba a favor de los constitucionalistas estableció su cuartel general en Nuevo Laredo, Tamaulipas, donde por equivocación fue muerto por dos de sus hombres.



MADERO GONZALEZ, Raúl (1888-1982)

Nació en Parras, Coahuila. Se lanzó a la Revolución en 1911. Combatió a Pascual Orozco en la primera División del Norte, al mando de Huerta. En febrero de 1913 se unió a Villa formando parte del pie veterano de la División del Norte, como jefe de la "Brigada Zaragoza" y participó en los combates de Chihuahua, La Laguna y la Batalla de Zacatecas. Miembro de la Convención. Gobernador provisional de Nuevo León. Escobarista en 1929. Gobernador de Coahuila de 1957 a 1963. Alcanzó el grado de General de División.



**MADERO, Francisco Ignacio
(1873-1913)**

Nació el 30 de octubre de 1873 en la Hacienda El Rosario, en Parras, Coahuila. Fueron sus padres Francisco Madero Hernández y Mercedes González Treviño. Perteneció a una acaudalada familia de agricultores y estudió la carrera de Comercio, primero en Baltimore, E.U., y después en el Liceo de Versalles, Francia. Viajó por Europa, e ingresó, finalmente, en la Universidad de San Francisco, California, E.U.

A los veinte años radicó en San Pedro de las Colonias, Coahuila, para administrar la propiedad que tenía su padre en la región de La Laguna. Se entregó plenamente a las labores agrícolas e implantó modernos sistemas de cultivo; en 1900 publicó un folleto en que propuso la construcción de una represa en previsión de la sequía aprovechando las aguas del Río Nazas. Por ese trabajo

recibió una carta de felicitación del presidente Porfirio Díaz. Fue afecto a los estudios filosóficos y espiritistas. Al mismo tiempo que tecnificaba la agricultura, desarrollaba una tarea social entre los campesinos; construyó habitaciones higiénicas para los obreros. Aficionado a la medicina homeopática se dedicaba a curar a los peones. Protegió y educó a numerosos jóvenes a los que mandaba a estudiar a diversos lugares del país. Desde 1904 interviene en las cuestiones políticas de Coahuila. Se le nombra presidente de un club Democrático que lucha por la gubernatura del Estado. En 1905 se opuso a la reelección del gobernador Miguel Cárdenas y formó el Partido Democrático Independiente, en cuyo órgano —El Demócrata— se inició como escritor político, difundiendo ideas sobre Derechos Humanos, el voto, la libertad, etcétera.

La entrevista que el presidente Porfirio Díaz concedió al periodista norteamericano James Creelman en febrero de 1908, y publicada el 3 de marzo —en español— en *El Imparcial*, durante la cual dijo que “vería con gusto la aparición de otros partidos políticos”, movió a Madero a escribir “La Sucesión Presidencial de 1910”, libro impreso en Coahuila, en el cual planteaba la urgente participación del pueblo en las elecciones para dar una salida democrática a los 30 años de dictadura. Añadió interés a esa publicación la circunstancia de que su autor era miembro de una de las familias más acaudaladas de la República.

Se lanza entonces como candidato a la Presidencia y desarrolla una valerosa campaña que le atrajo numerosos partidarios a lo largo de todo el país, aunque a su paso por Zacatecas se le impidió hablar.

En junio y julio se celebraron las elecciones y, el 1° de septiembre, el presidente Díaz informó que los comicios se habían desarrollado con toda normalidad, anunciando de paso su “arrollador” triunfo y su sexta reelección. Ante eso, Madero se lanza a la Revolución con el Plan de San Luis el 6 de octubre de 1910, encarcelándose por ello primero en Monterrey y luego en San Luis Potosí, de donde se fugó y lanzó el Plan por él expresado, excitando al pueblo mexicano a levantarse en armas el 20 de noviembre.

La rebelión maderista creció incontenible hasta lograr la renuncia del Presidente Díaz el 25 de mayo de 1911. Tras un interinato presidencial a cargo de Francisco León de la Barra, Madero vence con facilidad en las nuevas elecciones y toma posesión como Presidente de la República el 6 de noviembre de ese mismo 1911.

Como algunos de los principales elementos que intervinieron en la lucha contra la dictadura no fueron compensados, apareció el descontento desde 1912. Su propio gabinete estaba integrado con elementos *no* adictos a la Revolución, que los fines *conciliatorios* propiciaba, provocándole resultados adversos. Su administración no tiene punto de reposo y el 9 de febrero de 1913 estalla el cuartelazo de la Ciudadela conocido como La Decena Trágica, en el que los distintos grupos vencerían al régimen. Madero confía el mando de las tropas del Gobierno a Victoriano Huerta, quien le traiciona. Es encarcelado y obligado a presentar su renuncia a la Presidencia de la República. Y, cuando se suponía que sería desterrado, es asesinado junto con el Vicepresidente, José María Pino Suárez, la noche del 22 de febrero de 1913.

MAPULA, José de Jesús **(1914)**

Nació en Ojinaga, Chihuahua. Se incorporó al movimiento maderista al lado de Francisco Villa. Formó parte de su escolta de “Dorados”. Participó en diversas acciones militares. Murió en la Batalla de Zacatecas, en uno de los asaltos al cerro del “Grillo”.

MARTINEZ, Eugenio **(1932)**

Nació en el Estado de Zacatecas. Desde muy joven militó en el ejército federal. En 1912 se incorporó al movimiento revolucionario, en el que llegó a obtener el grado de general de División. Colaboró activamente con el general Alvaro Obregón al frente del Primer Batallón de Sonora y de la 9a. Brigada de Infantería. Fue herido en Celaya de gravedad, pero luego continuó en campaña contra el villismo. En 1920 se unió al Plan de Agua Prieta. Hizo los tratados de rendición de Villa. Fue jefe de operaciones militares en varios estados de la República y del Valle de México. En 1927 se le creyó envuelto en la rebelión de Serrano y Gómez, por lo que fue tenazmente perseguido. Murió en Europa, y sus restos fueron traídos años más tarde.

MARTINEZ DE ALBA, José Joaquín **(1897-1920)**

Nació en la ciudad de Zacatecas. Al inicio del movimiento maderista se unió al club antirreeleccionista en su ciudad natal. En 1917 ingresó a la Escuela Militar de Aviación. Con el grado de capitán, sale becado a Francia para estudiar en 1918. Jefe de Cartografía de la Esc. Militar de Aviación, (1920), participa en campaña en los estados de Chihuahua y Sonora. En 1920 batió la marca de duración en un vuelo de ida y vuelta de México a Pachuca. Murió en un accidente en el Cerro de la Tinaja, en Zacatecas.

MARTINEZ DE ALBA, Salvador **(1891)**

Nació en la ciudad de Zacatecas, Zac. Militó en las filas constitucionalistas. Consejero jurídico del Congreso Constituyente de Sinaloa en 1917; secretario de Gobierno de Sinaloa en 1918; profesor de economía política y estadística en el Colegio Civil “Rosales”, de Culiacán. Licenciado en Derecho y condecorado de economía política, desempeñó importantes puestos dentro de la Secretaría de Relaciones Exteriores; representó a Mé-

xico en Estados Unidos, Japón, El Salvador, Costa Rica, Uruguay, Honduras, Gran Bretaña, y ante la Sociedad de las Naciones, en Ginebra, en 1930 y 1931. Posteriormente, fue maestro en la Universidad Nacional de México, en la materia de Economía Política y Derecho en la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales.



MARTINEZ Y GARCIA, Manuel
(1900 - 1945)

Nació en Villanueva, Zac. Hijo de Julian Martínez y María García. Hizo los primeros estudios en su pueblo natal y los secundarios en la capital del estado. Se inició como escribiente en el Juzgado Civil llegando a ser secretario de acuerdos. Trabajó como auxiliar en la notaría del Lic. Enrique F. Hernández y posteriormente en el despacho del Lic. Guillermo López de Lara. Apoderado de la Fresnillo, Co. Sus primeros escritos aparecen en el semanario *Provincia* de la ciudad de Zacatecas. Cronista deportivo de varios periódicos, fue director técnico del club deportivo minero. Colaboró en *El Eco de Zacatecas*; fundador y director de la revista *El Amigo del Obrero*. Presidente local de la Liga Defensora de la Libertad Religiosa; miembro fundador del PAN en Zacatecas. Autor de *Reminiscencias históricas, la batalla de Zacatecas*; editada en tres ocasiones, es ésta una de las primeras crónicas publicadas al respecto, la que ha servido de fuente histórica a otros autores; *La vuelta de Cristo*. Zacatecas, Editorial Zacatecas, 1931. Murió en Zacatecas.

MEDINA BARRON, Luis G.
(1871 - 1937)

Nació en Jerez, Zac. Hijo de Urbano Medina y Josefa Barrón. En 1886 ingresó al Colegio Militar de México. Con el grado de Subteniente y bajo las órdenes del gobernador Rafael Izábal, en 1890, expediciona contra los indios yaquis en Sonora. Combatió al maderismo en Chihuahua y Sonora. Gobernador y comandante militar de Zacatecas del 20 de febrero al 23 de junio de 1914. Defendió Zacatecas, rechazando a principios de junio los ataques de Natera, siendo desalojado el 23 de la estratégica plaza por Villa y su División del Norte. Después de su derrota en Zacatecas, siguió combatiendo a los constitucionalistas en el sureste del país. Se adhiere al Plan de Agua Prieta en 1920, reconociéndosele su grado. Jefe del departamento de la primera reserva del ejército en 1921. En 1924 ingresó al servicio de Relaciones Exteriores; Cónsul general en Toronto, Canadá; Cuba; Río de Janeiro, Brasil; y El Paso, Texas, E.U. Por cuestiones políticas, el Senado no le reconoció el grado de general de división y rechazó su solicitud de reingreso al ejército. Murió en la ciudad de México.

MEDINA BARRON, Javier
(1889 - 1914)

Nació y murió en la ciudad de Zacatecas, Zac. Hijo del licenciado Urbano Medina y Josefa Barrón. Mayor de caballería. Hermano del general Luis Medina Barrón. Falleció a causa de una herida grave que recibió el día 9 de junio en combate, cuando las fuerzas del general Pánfilo Natera intentaron tomar la capital del Estado.

MORALES ALVARADO, Jesús
(1888)

Nació en Pinos, Zacatecas. Hijo de Tomás Morales y Leónides Alvarado. Realizó los estudios primarios en la escuela municipal de su localidad. Radicó en Monterrey, N.L., donde estableció un negocio comercial. Simpatizó con el antirreeleccionismo y con el movimiento maderista. Tras la usurpación de Huerta se incorporó a las filas constitucionalistas, en marzo de 1913, bajo el mando del capitán Absalón Lozano. Posteriormente combatió a las órdenes del coronel Roque González Garza. En septiembre de 1913, con el grado de subteniente, militó en las filas de Pedro Villaseñor. En noviembre de 1913 combatió en el ataque y toma de Ciudad Victoria, Tamps.,

y en marzo de 1914 en el ataque y toma de Monterrey, Nuevo León. No reconoció al gobierno de la Convención. En 1915 fungió como Jefe del Estado Mayor de la brigada "Poncho Vázquez" comandada por el coronel Villaseñor, que operaba contra el zapatismo en Puebla. El 1° de agosto de 1915 alcanzó el grado de coronel.



MOYA REGIS, Luis
(1855 - 1911)

Nació en Sombrerete, Zacatecas. Hijo de Luis Moya y Fortunata Regis. Emparentado con ricos terratenientes; su niñez se desarrolló en un ambiente de comodidad. Minero, ferrocarrilero, comerciante en ganado, hombre de negocios. No fue porfirista ni figuró en la política de la época. Conoció a Madero en San Pedro de las Colonias antes de que éste se preocupara de la política. Por su educación liberal tenía la convicción de la necesidad de un cambio sociopolítico; por ello se opuso al gobierno de Díaz en los últimos años de su administración.

En 1910 es de los primeros en levantarse en armas. Combate en Jiménez y Parral, Chih.; pasa luego a hacer campaña en Aguascalientes, Jalisco y Zacatecas. En febrero de 1911 tomó la población de Nieves, Zacatecas; esta victoria, la fama de su personalidad y el conocimiento del estado, determinan la incorporación de muchos zacatecanos a la lucha contra el porfirismo. Ocupó San Juan del Mezquital, San José, San Juan de Guadalupe, Chalchihuites y Tlaltenango, Zacatecas. Hizo rendir importantes poblaciones en Durango, Aguascalientes y Jalisco. Muestra justicia y sentido de organización en las poblaciones ocupadas; hace pago de sueldos, sobre todo a maestros, abre montepíos para que los trabajadores recuperen sus herramientas. Muere en el ataque

a Sombrerete, Zacatecas, cuando ya había sido tomada la plaza y en vísperas del triunfo maderista. Sorprende su campaña militar y los éxitos logrados en pocos meses.

MURGUIA LOPEZ DE LARA, Francisco (1874 - 1922)

Nació en la Hacienda de Majoma, municipio de Mazapil, Zacatecas. De origen humilde, se dedicó a la fotografía, estableciéndose en Monclova, Coahuila. Se adhirió al maderismo y tomó las armas de acuerdo con el Plan de San Luis. Cuando Madero asumió la presidencia formó parte de uno de los cuerpos de carabineros de Coahuila; fue así como apoyó a Carranza en contra de los rebeldes orozquistas. Ante la usurpación de Huerta fue de los primeros que se solidarizaron con el Plan de Guadalupe, incorporándose a las tropas de Pablo González y participando en campaña en el noreste del país. Al derrumbarse el huertismo, Carranza lo nombró gobernador del Estado de México. Como general constitucionalista asistió a la Convención de Aguascalientes, donde se opuso a la renuncia del Primer Jefe. Cuando éste salió para Veracruz, Murguía organizó una columna de diez mil hombres para combatir al villismo. Factor determinante en los combates del Bajío; recuperó Guadalajara en enero de 1915, defendida por Calixto Contreras. Participó en los combates de Celaya, Trinidad y León; en este último ganó el apodo de "el héroe de León". Al mando de la 2a. División del Noreste persiguió y combatió duramente a Villa y a sus tropas. En 1916, como jefe de Operaciones en Durango y en 1917 de Chihuahua, ya con el grado de general de división, redujo a los villistas casi a la impotencia. En 1920, leal a Carranza, salió con él de México, defendiendo los convoyes hasta Algibes. Al asesinato de Carranza se refugió en E.U. Dos años después se internó en el país con el intento de derrocar a Obregón pero fracasó. Cayó prisionero en Tepehuanes, Dgo., siendo juzgado y fusilado. Su afición a ahorcar villistas y su conducta despótica le acarreó el sobrenombre de "Pancho Reatas".

MURGUIA LOPEZ DE LARA, José (1881-1920)

Nació en la Hacienda de Majoma, municipio de Mazapil, Zacatecas. Se unió al constitucionalismo en 1913 con las fuerzas de su hermano Francisco; con él participó en la lucha contra el convencionismo y en su tenaz persecución de Villa y su División del Norte. En 1920, cuando escapaba con su hermano a los Estados Unidos, fue apresado y fusilado en Tamaulipas.



NATERA GARCIA, Pánfilo
(1882 - 1951)

Nació en San Juan de Guadalupe, Dgo. Hijo de Francisco Natera y Néstora García. Se une a la Revolución con Luis Moya en 1910; participó en la toma de Nieves, en los combates de San Juan de Guadalupe, Tlaltenango, Jalpa, Fresnillo, Zacatecas, Morelos y Sombrerete. Después de la muerte de Moya luchó con las fuerzas de Manuel Caloca. En mayo de 1911 fue cabo segundo del 26o. Cuerpo Rural maderista. En 1912 luchó contra los rebeldes orozquistas bajo las órdenes del general Cándido Aguilar, y participó en el ataque a Huajuquilla, Jal. que defendían Benjamín Argumedo y "Cheche" Campos.

En Nieves, Zac. se levantó en armas con sesenta de sus rurales al momento del asesinato de Madero. Hizo campaña en Zacatecas, Jalisco, Aguascalientes y Durango; alcanzó el grado de general brigadier en agosto de 1913 y comandó la Divi-

sión del Centro; dirigió el ataque a la ciudad de Ojinaga y participó en la Toma de Torreón. Se perfiló como jefe de primera línea en la Batalla de Zacatecas, mandando la División del Centro, que al lado de la División del Norte, al mando de Villa, derrotaron definitivamente al huertismo. En 1915 es comandante militar y gobernador de Zacatecas. Vicepresidente de la Convención de Aguascalientes. Comandante de las zonas en Guerrero, Querétaro y Zacatecas. Al triunfo del Plan de Agua Prieta dura tres años en disponibilidad. Dándose el movimiento delahuertista, organiza el 83º regimiento de caballería. En 1925 es Jefe de Comisiones Inspectoras del ejército, luego Presidente suplente del Consejo de Guerra. Con fecha 16 de octubre de 1937 ascendió a general de División. Gobernador de Zacatecas de 1940 a 1944. Murió en San Miguel Allende, Gto.

OROPEZA, Evaristo
(1884 - 1914)

Nació en el municipio de Juchipila, Zacatecas. Con el grado de mayor de Infantería y bajo las órdenes de Medina Barrón, defendió las fortificaciones ubicadas en el cerro de Tierra Negra. Durante la batalla de Zacatecas, murió en medio del combate.



ORTEGA RAMIREZ, Toribio
(1870 - 1914)

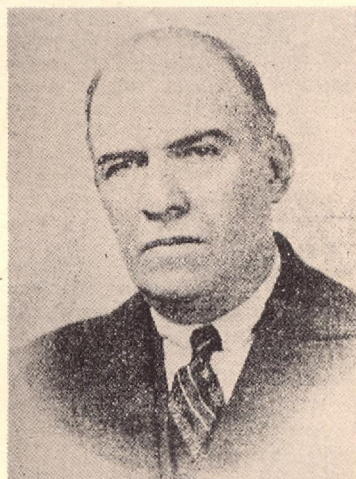
Nació en Coyame, Chih. Hijo de Teodoro Ortega e Isidra Ramírez. Antiporfirista nato, preside el Club Antirreeleccionista en Cuchillo Parado, pueblo donde vivía. En 1910, es el primero en levantarse en armas al frente de sesenta campesinos mal armados. Participa en la toma de Ciudad Juárez y combate después la rebelión de Orozco. Participó en todos los hechos de armas de la División del Norte de la que fue uno de sus fundadores. Organizó y jefaturó la brigada "González Ortega". Participó en la Batalla de Zacatecas con inigualable coraje, presteza y diligencia, estando siempre al frente de su tropa. Dos días después de la batalla enfermó de gravedad y Villa lo envió a Chihuahua para hospitalizarlo. Murió en Chihuahua de fiebre tifoidea.

PEREZ, Evaristo
(1886 - 1935)

Nació en San Juan del Mezquital, Zacatecas. Pasó ahí su niñez y juventud. Se unió al ejército constitucionalista participando en varias acciones de guerra. Tomó parte en los combates de León, Celaya y Trinidad. Jefe de diversas zonas militares en distintas partes del país. En 1925 alcanzó el grado de general de brigada. Murió en la ciudad de México.

PUENTE, Lázaro

Nació en Zacatecas. Precursor de la Revolución. Por sus ideas contrarias al régimen de Porfirio Díaz, estuvo preso en las tinajas de San Juan de Ulúa. También estuvo exiliado en Arizona, Estados Unidos, desde donde ayudó a contrabandear armas para las sublevaciones magonistas de 1906. Se hizo antirreeleccionista en 1910.



PUENTE, Ramón
(1879-1939)

Nació en Nieves, Zacatecas. Estudió la carrera de medicina. En 1909 fue uno de los primeros en unirse al antirreeleccionismo en Chihuahua. En la campaña electoral contra Porfirio Díaz, apoyó activamente la candidatura de Madero y Vázquez Gómez y después hizo la campaña revolucionaria de 1910 y 1911 en Chihuahua. En 1913 se unió a los constitucionalistas, y ante la escisión revolucionaria apoyó a Villa. Se exilió en Estados Unidos de 1915 a 1935, donde realizó una intensa actividad periodística. Fue intermediario de la rendición de Villa ante el presidente Adolfo de la Huerta. Es autor de reconocidos libros, entre ellos: *Pascual Orozco y la Revuelta de Chihuahua*, (1912); *Vida de Francisco Villa contada por él mismo*, (1919); *La Dictadura, la Revolución y sus Hombres*, (1938); *Juan Rivera*, novela del pensamiento revolucionario, (1936); *Villa en Pie*, (1937).

RAMIREZ, Francisco
(1869 - 1914)

Con el grado de Coronel fue nombrado Jefe de la artillería federal en la defensa de la Plaza de Zacatecas al mando de Medina Barrón. Ante el empuje de los revolucionarios y ya perdida la batalla por el ejército huertista, ordenó desmontar los cañones, ocultó los cierres de éstos, y con 8 hombres y 3 ametralladoras se batió en retirada hasta caer muerto cerca del Templo de Santo Domingo de la misma ciudad.

RAMOS SANTOS, Matías
(1891 - 1962)

Nació en San Salvador, Zacatecas. Hizo sus estudios en Concepción del Oro, Zac. El 18 de marzo de 1911 ingresó al ejército maderista bajo las órdenes de Gertrudis Sánchez. En 1913 combatió al gobierno de Huerta. Luchó contra Villa en 1916, contra el delahuertismo en 1923 y contra el esco-barismo en 1929. Jefe de operaciones militares en Zacatecas, Oaxaca, San Luis Potosí y Tamaulipas. Comandante militar en Guerrero, Nayarit y Estado de México. Ocupó cargos públicos: Diputado federal por el distrito natal de su estado en 1918, Gobernador de Zacatecas en el periodo 1932-1936. Oficial Mayor, Subsecretario y Secretario de la Defensa Nacional. Presidente del Comité Nacional del P.R.M. Permaneció activo en el ejército 51 años. Murió en la ciudad de México.

RIOS, Juan José
(1882 - 1953)

Nació en la comunidad de Ciénega de San Francisco, municipio de Juan Aldama, Zacatecas. Combatió al porfirismo en su estado natal. En 1906 participó en la huelga de Cananea, por lo que fue aprehendido y confinado a San Juan de Ulúa por 4 años. Dedicado a la minería en Cananea lo sorprende la usurpación huertista, por lo que se incorpora a las tropas de Obregón, haciendo campaña en Nayarit y Colima. En 1915 es nombrado gobernador y comandante militar en Colima. Durante su gobierno estableció el salario mínimo, hizo repartición de tierras, creó la Junta de Conciliación y Arbitraje, fundó escuelas, restableció la Escuela Normal y la Preparatoria. En 1918, Oficial Mayor de Guerra y Marina con Carranza. Secretario de Asíis ú licas. Director del Colegio Militar. Ministro de Gobernación. En 1938 alcanzó el grado de divisionario. En 1946 abandona la vida militar y se retira a la vida privada. Murió en México, D.F. 70.

148 en Culiacan, Abr. 18 - 1954

RIVERA, José
(1892 - 1919)

Nació en Concepción del Oro, Zacatecas. Hizo ahí sus primeros estudios y se dedicó a la mecánica. En 1916 ingresó a la escuela militar de Aviación y sustentó su examen práctico el 24 de abril de 1918. El mismo año formó parte de la flotilla situada en Monterrey. Estuvo en Chihuahua, en campaña, pasando luego a Puebla, donde intervino en varios combates. Formó parte de la escuadrilla "Amado Paniagua" y luchó en Veracruz, Michoacán, Jalisco y Coahuila. El 7 de noviembre de 1919 se vio obligado a aterrizar cerca del rancho *El Bufido*, en el estado de Coahuila, por sufrir su aparato algunos desperfectos y, cuando ya estaba arreglado e intentaba elevarse, fue sorprendido por la facción rebelde, ordenándose su fusilamiento al día siguiente.



ROBLES V., José Isabel
(1891 - 1915)

Nació en Jalpa, Zacatecas. Hijo de Isabel M. Robles y Rafaela Viramontes. Terminada su primaria ingresó al Seminario Conciliar de Zacatecas, distinguiéndose por su aptitud para leer y traducir el latín, griego, francés, hebreo e inglés. En 1909 se retira del Seminario y trabaja como profesor en la hacienda de Palmira. Se afilió al maderismo, pero se lanzó a la lucha revolucionaria hasta 1913, cuando integra la "Brigada Robles", incorporándose a la División del Norte. Participó en los combates de Paredón, San Pedro de las Colonias y Torreón. Ocupó, más tarde, la ciudad de Saltillo. En junio de 1914, Carranza le ordenó

marchar con sus tropas sobre Zacatecas como refuerzo de Pánfilo Natera y Domingo Arrieta. Junto con los demás jefes de la División decidió no acatar las órdenes de don Venustiano, resolviendo, en cambio, que la División entera atacara Zacatecas. Decisión sabia militarmente, y reveladora políticamente. Se contó, junto con Lauro G. Caloca y otros, entre quienes evitaron el fusilamiento de Obregón. A los 22 años era el general más joven y culto de la Revolución y causaba gusto y admiración verlo leer los clásicos grecolatinos después de los combates. Vicepresidente de la Convención, desconoció a Carranza como Primer Jefe. Ministro de Guerra y Marina en el gobierno de Eulalio Gutiérrez. En enero de 1915 protegió la huida del presidente con lo cual rompió con el villismo. Meses después reconoció a Carranza, quien lo comisionó a Oaxaca para combatir a los ejércitos soberanistas. Sin embargo, en 1916 desconoció nuevamente a Carranza y fue capturado en la Sierra de Juárez, alterado de sus facultades mentales. Murió fusilado en el campo Marte de la ciudad de Oaxaca.

RODARTE, Fernando
(1886 - 1935)

Nació en Zacatecas, Zac. ciudad donde estudió la primaria e ingresó a la escuela Normal sin acabar la carrera de maestro. Apoyó la causa maderista y más tarde se unió al constitucionalismo, participando en los combates de Torreón, San Pedro de las Colonias, Paredón y Zacatecas. Fue diputado, senador y gobernador de Zacatecas. Como miembro de la Confederación Revolucionaria de Obreros formó parte de la comisión que elaboró el primer proyecto del Código de Trabajo. Director de los talleres gráficos de la Nación. Redactor fundador del diario Excélsior. Murió en México, D.F.



RODRIGUEZ E. José
(1892 - 1916)

Nació en Satevó, Chih. Fue maderista, antiorozquista y constitucionalista de la División del Norte desde que ésta se fundó. Inteligente y dotado de notable capacidad como estratega, no tuvo igual en los combates de Chihuahua y La Laguna. Participó en la Batalla de Zacatecas y destacó brillantemente por su asalto al cerro de Loreto. Posteriormente luchó en los combates de Sayula y Guadalajara. Tomó Cananea por unos cuantos días, pero luego fue derrotado por Plutarco Elías Calles. Cuando el gobierno de E.U. reconoció a Carranza, fusiló a varios angloamericanos. A fines de 1915 fue aprehendido en la ciudad de Madera, Chih. y fusilado días después por un antiguo soldado suyo llamado Margarito "M".



RODRIGUEZ, José Trinidad
(1882 - 1914)

Nació en Huejotitlán, Chih. Maderista desde fines de 1910. En 1912 combatió la rebelión de Pascual Orozco. En 1913, a la usurpación Huertista, se levantó en armas en su estado natal. Como jefe de la Brigada Cuauhtémoc formó parte del pie de veteranos de la División del Norte. Participó en todos los combates del norte de la República. Apoyó a Villa ante las dificultades con Venustiano Carranza por la estrategia del último baluarte huertista. En la Batalla de Zacatecas, luego de infundir confianza a sus hombres, y al frente de los mismos, logró arrebatar el primer retén de las fuerzas federales; ese asalto le costó la vida, pues herido mortalmente falleció dos días después. Fue inhumado en Chihuahua, Chih.

RUBIO, Guillermo C.
(1900 - 1979)

Nació y murió en la ciudad de Zacatecas. Hizo sus estudios secundarios y de literatura en el Instituto de Ciencias; estudió contabilidad en la Academia de Comercio y Contabilidad que dirigiera su padre, el ameritado maestro don Guillermo A. Rubio. Cuando la batalla de Zacatecas fungía como auxiliar de intendencia con el grado de teniente de las fuerzas federales. Participó en combate defendiendo el norte de la ciudad, en los barrios de Mexicapan y la Pinta. Posteriormente, con varios oficiales, se unió a las fuerzas villistas bajo el mando del general Ferniza. Hizo campaña en San Luis Potosí y Tamaulipas. Se retiró a la vida civil con el grado de capitán. Colaboró en el semanario *Orientación*. Director y fundador del semanario *Actual*. Director y fundador del semanario *Provincia*. Fundador de la revista *Defensa*. Dejó inédita una *Historia de Zacatecas*.

RUBIO NAVARRETE, Guillermo
(1880-1950)

Nació en el estado de Querétaro. Ingresó al Colegio Militar en 1893, y se graduó como teniente de la primera plana facultativa de artillería. Prestó sus servicios en los diversos regimientos de arma, adquiriendo un gran prestigio como artillero. Destacó como jefe de artillería de la División del Norte Federal en la campaña contra el orozquismo, y como jefe de artillería contra los sublevados de la Ciudadela durante la Decena Trágica. En 1913 y 1914 destacó en sus campañas contra los revolucionarios en Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas. En la Batalla de Zacatecas defendió la plaza en El Lete y Cerrillo. Después de los tratados de Teoloyucan se retiró a la vida civil.

RUIZ CAMARILLO, Leobardo
(1894-1965)

Nació en la Hacienda de Santiago, municipio de Pinos, Zacatecas. Hijo de Eusebio Ruiz y Paula Camarillo. Ingresó al Colegio Militar en 1910 y en 1914 se unió a las fuerzas revolucionarias. Con el grado de coronel acompañó a Carranza a Veracruz. Comandante de artillería del ejército del Noroeste. Comandante del campo militar de Balbuena. Miembro de la comisión de reformas al reglamento de artillería. En 1926 se le manda a Europa a perfeccionarse en equitación. En 1931 es jefe del departamento de aeronáutica. En 1935 Cónsul en Holanda; Encargado de Negocios en Francia en 1937 y Ministro Consejero en Francia

en 1938. Director de Reclutamiento y Reservas en 1941 y Oficial Mayor en la Secretaría de la Defensa en 1946. Agregado Cultural en Canadá y Estados Unidos. Embajador Plenipotenciario en Perú. Director del Colegio Militar en 1953 y director de Educación Militar en 1954. Alcanzó el grado de General de División en 1946. Recibió condecoraciones de Francia, España, Chile, Cuba y otros países. Murió en la ciudad de México.



SERVIN, Martiniano
(1887 - 1915)

Nació en Toluca, estado de México. Pertenecía al ejército federal cuando se unió a Villa apenas brotada la Revolución y alcanzó pronto el grado de capitán. Combatió contra Orozco y contra Huerta. Su pericia como artillero quedó demostrada en la Batalla de Zacatecas, a las órdenes del general Angeles. Permaneció bajo el gobierno de la Convención. Herido en el combate de Ramos Arizpe, Coah., murió días después y fue sepultado en Chihuahua.

SOTO, Julio
(?-1932)

Nació en el estado de Zacatecas. En 1913, con la intención de unirse al movimiento constitucionalista, caminó desde Santa Bárbara, Chih. hasta Cuatro Ciénegas, Coah., donde se encontraban las fuerzas irregulares de carabineros, al mando del mayor Rafael E. Múzquiz, bajo cuyas órdenes participó en varias acciones de guerra. Al rompimiento de Villa y Carranza se retiró a la vida privada. Trabajó como empleado postal. Murió en Xochimilco.

TELLEZ, Manuel C.
(1885-1937)

Nació en la ciudad de Zacatecas, Zac., donde realizó sus primeros estudios. Pasó luego a la ciudad de México, inscribiéndose en la Escuela Nacional Preparatoria. Empezó a trabajar como escribiente en la Secretaría de Relaciones Exteriores. En 1918 fue enviado como Encargado de Negocios a Japón. Ocupó el mismo cargo en Washington, en 1923. Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en China, en 1924, y con los mismos nombramientos en Venezuela. Embajador de México en Estados Unidos de 1925 a 1932. Secretario de Gobernación y de Relaciones Exteriores en el Gabinete de Pascual Ortiz Rubio. En 1934 fue Ministro Plenipotenciario en Italia.

TERRONES BENITEZ, José Adolfo
(1887-1971)

Nació en la Villa de Nombre de Dios, Durango. Hijo de Antonio Terrones y Candelaria Benitez. Se unió al villismo en 1913 y tomó parte en las principales batallas. En 1914 participó en la Batalla de Zacatecas bajo las órdenes inmediatas del general Carrillo. Después de la escisión revolucionaria permaneció al lado de Carranza. Diputado electo por el distrito de Guanaceví en 1916. Ayudante de Pastor Rouaix de 1917 a 1920, dedicándose principalmente a las cuestiones agrarias de la Secretaría de Fomento. Diputado al Congreso de la Unión en 1924 y más tarde Senador por su estado. Con el grado de coronel fue comandante militar en San Luis Potosí y otras zonas militares.

Director de Caminos y Carreteras en Zacatecas durante el gobierno del general Matías Ramos. Oficial Mayor de la Secretaría de la Defensa Nacional en 1952. Escribió un ensayo sobre la Batalla de Zacatecas. Murió en la ciudad de México.

TRIANA, Martín
(1885 - 1934)

Nació en San Miguel del Mezquital (hoy Miguel Auza), Zac. Fue de los primeros zacatecanos en afiliarse a las filas maderistas que operaron militarmente en el norte de Zacatecas y Durango. Al triunfo de Madero continuó militando en las fuerzas de rurales. En 1913 se unió al constitucionalismo para combatir la usurpación huertista. Bajo las órdenes del general J. Isabel Robles participó en la toma de Torreón. Después de la Batalla de Zacatecas se adhirió al constitucionalismo y combatió a Villa en Celaya, León y Trinidad. Gobernador preconstitucional de Aguascalientes del 10 de agosto de 1915 al 13 de junio de 1916. Alcanzó

el grado de general de Brigada en marzo de 1916. En 1926 participó en la lucha contra el escobarismo. Murió en México, D.F.

TORO CASTRO, Carlos
(1875 - 1914)

Nació en Zacatecas, Zacatecas. Hijo de Bernardo Toro y Guadalupe Castro. Cursó la primaria y la preparatoria en su ciudad natal. Dedicado al periodismo, fue siempre un decidido opositor del régimen porfirista. Sus campañas en contra de la dictadura lo llevaron repetidas veces a la cárcel; fruto de sus observaciones de la vida penitenciaria fue su novela "LA CARCEL DE BELLEN". Fue siempre un perseguido por el gobierno de Porfirio Díaz, lo que le valió para fortalecer su carácter y dar una consistencia sólida y fuerte a todas sus producciones; sus artículos periodísticos, sus pensamientos filosóficos, sus versos, cuentos, novelas y editoriales, fueron verdaderos latigazos al gobierno porfirista, a la burguesía y a los arribistas. Publicó: "LA CARCEL DE BELLEN", 1912, "MEXICO EN EL AÑO 3000", "LOS BASTIDORES DE LA PRENSA EN MEXICO", "VENCEDORES Y VENCIDOS", 1916 "PEDRUZCOS RECOGIDOS EN LA SOMBRA", y otros. Murió en México, D.F.

TRILLO, Miguel
(1883-1923)

Nació en la ciudad de Chihuahua. Se dedicó a las tareas agrícolas hasta 1913, en que se incorporó a los constitucionalistas en su lucha contra Huerta. Luchó al lado de Villa en todos los combates en que éste tomó parte. Hombre de confianza del Centauro, fue su secretario particular. Alcanzó el grado de coronel. Escribió: *La Toma de Zacatecas*, (1924). Fue muerto al lado de Francisco Villa, en Parral.

URBINA R., Tomás
(1877 - 1915)

Nació en la Hacienda de las Nieves, municipio de Ocampo, Dgo. Era compañero de correrías y compadre de Villa cuando se unió con él a la Revolución. Al triunfar Madero se le reconoció el grado de coronel. Se destacó en sus combates contra el huertismo en la región lagunera. En la Batalla de Zacatecas participó como jefe de la Brigada Morelos. Luego del rompimiento de Villa con Carranza, combatió en la región potosina, en el Bajío y en Tampico contra los carrancistas, pero vencido en los combates posteriores y dueño de una fortuna obtenida por saqueos en San Luis Potosí, se retiró a su pueblo. Fue perseguido y aprehendido por Villa quien ordenó su fusilamiento, en Matamoros, Coahuila.

VAZQUEZ DEL MERCADO, Alejandro (1841-1923)

Nació en Sombrerete, Zacatecas. Realizó sus estudios secundarios en Aguascalientes, dedicándose luego al comercio. Liberal; luchó contra la Intervención Francesa y el Imperio. Fue diputado al Congreso local en 1867, después Jefe Político de Rincón de Romos, diputado federal. En 1883 Jefe Político de Aguascalientes. En 1887 ocupó el gobierno del estado. Nuevamente Gobernador de 1903 a 1907 y reelecto para terminar en 1911, dejó el poder el 27 de mayo de ese año, por renuncia que hizo ya triunfante la Revolución. Fomentó el cultivo de la vid, protegió las artes, fundó hospicios para niños, estableció el alumbrado público, la instrucción fue fomentada y se expidieron varios códigos. Murió en la ciudad de México.

VILLASEÑOR, Adolfo (1888 - 1971)

Nació en la ciudad de Zacatecas, Zac. Hijo de Lorenzo T. Villaseñor y de Aurelia Norman. Estudió en el Instituto de Ciencias de Zacatecas y posteriormente en la Escuela Nacional de Ingenieros de la capital del país. "Liberal por educación y convicciones". Diputado por el distrito de su ciudad natal al Congreso Constituyente de 1916-1917; participó en la redacción final de nuestra Carta Magna. Diputado al congreso local y gobernador de Zacatecas en 1928. Murió en México, D.F.

VILLA, Francisco DOROTEO ARANGO (1877 - 1923)

Nació en Río Grande, cerca de San Juan del Río, Dgo. Hijo de Agustín Arango y Micaela Quiñones Arámburu. De extracción humilde, no tuvo acceso a la escuela, aprendió a leer y escribir obligado por las actividades comerciales a las que se dedicó con la ayuda de Pablo Valenzuela, quien le fiaba la mercancía. En septiembre de 1894 se convirtió en proscrito de la ley, al balacear al hacendado López Negrete quien intentaba raptar a su hermana; se unió al bandido Pancho Villa y a la muerte de éste, Doroteo Arango tomó su nombre convirtiéndose en jefe de la gavilla. En 1910 se unió al movimiento maderista distinguiéndose por su audacia y organización. Sobresalió como jefe en varios combates que culminaron con la toma de Ciudad Juárez. Al triunfo del apóstol Madero se retiró de las armas dedicándose al comercio de ganado en Chihuahua. Gozando ya de fama nacional como guerrillero, combatió a Oroz-

co cuando éste se rebeló contra el gobierno y, ante los asesinatos de Madero, Pino Suárez y don Abraham González, en 1913, retomó las armas contra el gobierno de Huerta. Se adhirió al Plan de Guadalupe reconociéndosele el grado de general brigadier. Constituida la División del Norte del Ejército Constitucionalista se le nombró general en jefe.

Mostró su genio guerrillero y su capacidad militar en los combates de Tierra Blanca, Ciudad Juárez, Paredón, San Pedro de las Colonias, Torreón, etcétera. Las dos batallas que precedieron a la famosa Toma de Torreón —se afirma— son consideradas dignas de figurar en tratados acerca de materia bélica.

A fines de 1913 asume la gubernatura provisional de Chihuahua luego de restablecer el orden. Demuestra capacidad administrativa a pesar de su escasa instrucción. Abarata los artículos de primera necesidad; abre el Instituto Científico y Literario; emite papel moneda y condona contribuciones atrasadas. Aunque deja el gobierno en enero de 1914, siguió durante algunos meses ejerciendo prácticamente el poder. Vuelve a las armas en el mes de marzo y es entonces cuando sobrevienen las más famosas de sus batallas previas a la toma de Zacatecas, en la cual participa con Felipe Angeles y Pánfilo Natera.

A causa de sus triunfos y, por razones de celo político, se distancia de Venustiano Carranza a pesar de que el triunfo sellado el 23 de junio de 1914 decidió la victoria de las fuerzas revolucionarias y la caída definitiva del usurpador Victoriano Huerta.

No obstante, ahondada la rivalidad con Carranza, Villa participa de mala gana en la Convención de Aguascalientes y —unido después de ella con Emiliano Zapata— entran juntos a la Ciudad de México el 6 de diciembre de 1914, sin hacer mucho caso al presidente provisional, Eulalio Gutiérrez, ni interesarse en que Venustiano Carranza seguía considerándose Primer Jefe trasladado al puerto de Veracruz.

Villa, más tarde, es derrotado en la zona del Bajío por Alvaro Obregón y regresa al Norte, donde fracasa asimismo en una incursión sobre Sonora, tras lo cual ataca *Columbus*, E.U. y entra a la leyenda al deponer las armas y retirarse a cultivar la tierra en la Hacienda de Canutillo, Durango. El 20 de julio de 1923, luego de que Adolfo De la Huerta se levanta contra el presidente Obregón en oposición a la designación de Plutarco Elías Calles como candidato presidencial, Francisco Villa es víctima de una emboscada en Hidalgo del Parral, Chihuahua, y muere acribillado en compañía de su fiel compañero de armas, coronel Miguel Trillo.





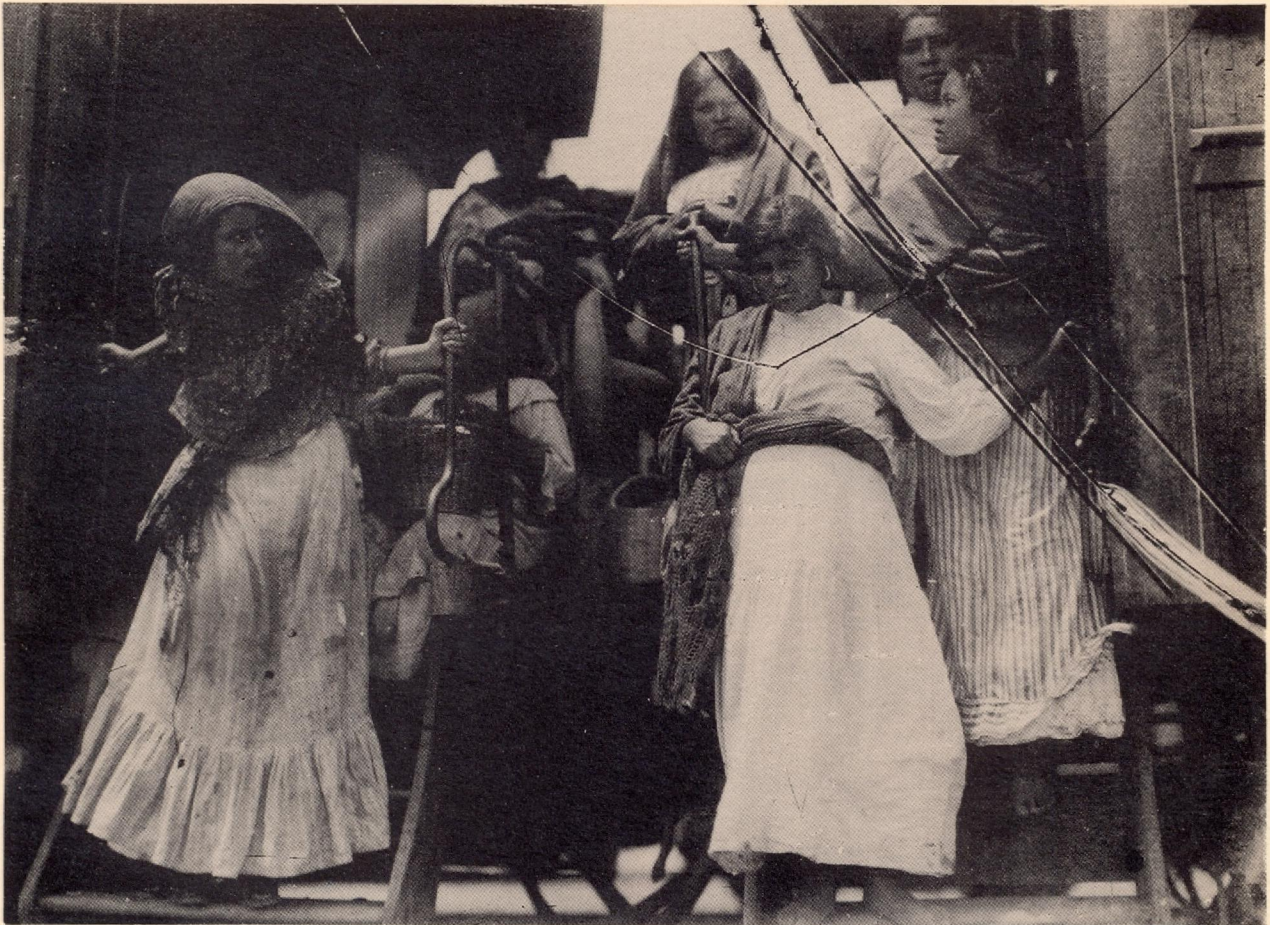
La población civil

DURANTE el largo periodo de estancia de las tropas de la federación, las que en todo momento esperaban el ataque a la plaza, la población civil fue objeto de atropellos y humillaciones, particularmente de parte de la numerosa oficialidad... compuesta por *polkos* y vagos de la ciudad de México, y la que se daba la gran vida, organizando frecuentes festejos con múltiples pretextos.

Los federales veían en la población civil a un posible enemigo o, por lo menos, cómplice de los latrofaciosos... Estaba mal alimentada y peor considerada. Las aprehensiones se sucedían diariamente y esto originaba un estado de cosas intolerable.

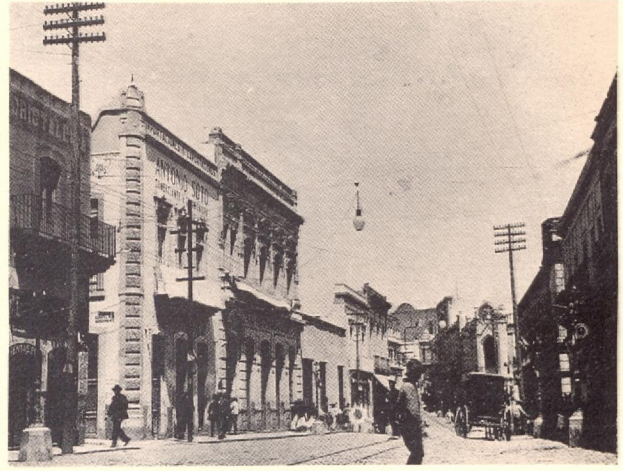
Una buena parte de la población civil anhelaba con vehemencia la pronta entrada de los revolucionarios, con la esperanza de que su situación cambiara radicalmente.





A PARTIR del trágico 23 de junio, Zacatecas soportaba una sobrepoblación mayor que algunos días antes. La ciudad resultó insuficiente para dar cabida a las muchedumbres de a pie y de a caballo... Mas la población civil volvió... a soportar atropellos y humillaciones, siendo obligada a enterrar muertos de los que se encontraban en las calles a resultas de la refriega.

Los revolucionarios veían en la población civil a posibles partidarios del régimen espurio de Victoriano Huerta. José G. Escobedo. *La batalla de Zacatecas (treinta y dos años después)*. México, 1946, pp. 73 y 76.



La Revolución no ha muerto como tampoco ha terminado. Por lo que yo entiendo y conozco, creo que esta Revolución, iniciada con las armas en la mano por los estratos más abandonados y explotados del pueblo, está en marcha, transformándose en su movimiento, pero avanzando siempre por encima de contradicciones y obstáculos muchas veces tremendos.

Mauricio Magdaleno



Han sido precisos los años del sufrimiento para concebir una patria menos externa, más modesta y probablemente más preciosa.

Ramón López Velarde.



NOTAS

El Porfiriismo

- 1 Lic. Teresa Franco González (coord.). *México y su historia*, tomo 8. México, UTHEA, 1984, p. 1105.
- 2 *Ibidem*, p. 1110.
- 3 *Ibid.*, p. 1112.
- 4 Jesús Romero Flores. *Estudios históricos*, tomo II, México, Costa-Amic, 1966, pp. 289-290.
- 5 Salvador Vidal. *Continuación del bosquejo histórico de Zacatecas del señor Elías Amador, 1867-1910*, tomo cuarto. Zacatecas, 1959, p. 161.
- 6 Salvador Vidal, *op. cit.*, p. 162.
- 7 Teresa Franco González, *op. cit.*, p. 1098.
- 8 Adolfo Carrillo. *Memorias de don Sebastián Lerdo de Tejada*. (Cit. por Jesús Romero Flores, *op. cit.*, p. 293.)
- 9 "Acotaciones históricas. Cómo murió el Gral. Trinidad G. de la Cadena". *Orientación*, año VI, núm. 46. Zacatecas, 15 septiembre 1932, segunda sección, p. 3.
- 10 Salvador Vidal, *op. cit.*, p. 174.
- 11 Lic. Buenaventura Ríos Franco. "Zacatecanos ilustres. García de la Cadena". *Actual*, núm. 54. Zacatecas, 11 julio 1942, pp. 2 y 4.
- 12 Salvador Vidal, *op. cit.*, p. 175.
- 13 Jesús Romero Flores, *op. cit.*, p. 298.
- 14 Adolfo Carrillo, *op. cit.*, p. 296.
- 15 Lic. Buenaventura Ríos Franco, *loc. cit.*

Antecedentes de la educación porfirista

- 1 Francisco García González. *Conciencia e inteligencia en Zacatecas. Sociedad, educación, historia. (1850-1890)*. Zacatecas, Universidad Autónoma de Zacatecas, 1988, p. 143. (El arco y la lira, 2.)
- 2 *Zacatecas a la vanguardia*. Unidad de Centros de educación básica para adultos. México, 1985, pp. 17-18.
- 3 *Zacatecas a la vanguardia, op. cit.*, p. 19.
- 4 Cuauhtémoc Esparza Sánchez. "José Arbol y Bonilla, un científico zacatecano". *Zacatecas, anuario de historia*, núm. 2. Zacatecas, Universidad Autónoma de Zacatecas, centro de investigaciones históricas, 1979, p. 21.
- 5 José E. Pedroza. *Memoria sobre la instrucción primaria en el Estado de Zacatecas, 1887-1888*, formada por disposición del Supremo Gobierno del Estado con motivo de la Exposición Universal de París. Zacatecas, imprenta del Hospicio de Niños en Guadalupe, 1889. (Vide: documento 33.)
- 6 *Album histórico-gráfico*. Zacatecas, departamento de publicidad del periódico *Orientación*, 1932, p. 16. (Primer centenario del Instituto de Ciencias.)
- 7 Cuauhtémoc Esparza Sánchez, *op. cit.*, p. 15.

Sobre la justicia

- 1 Genaro G. García. *Memoria sobre la administración pública del Estado de Zacatecas*, presentada al Congreso del mismo Estado por el Gobernador Constitucional..., del 6 de septiembre de 1900 al 4 de febrero de 1904. Zacatecas, 1905, p. 12.
- 2 Marcelino Morfín Chávez. *Memoria relativa a la gestión gubernamental 1884-1888*, presentada ante el Congreso del Estado por el Gobernador Constitucional..., Zacatecas, 1888, p. 61.
- 3 Gral. Jesús Aréchiga. *Memoria presentada a la H. Legislatura por el Gobernador Constitucional*. Zacatecas, 1893, p. 8.
- 4 Profr. Salvador Vidal, *op. cit.*, p. 266.
- 4^{bis} *Ibidem*, *op. cit.*, p. 166.

El recurrente problema del agua

- 1 Eugenio del Hoyo. *La ciudad en estampas*. Monterrey, Fonapas, 1979, pp. 32-33. (Colección Poesía en el mundo.)

De la política y otras cosas

- 1 Manuel Velázquez Andrade. *Remembranzas 1895-1901*.

México, Páginas del siglo XX, 1949, p. 243.

- 2 Profr. Salvador Vidal, *op. cit.*, p. 348.
- 3 *Ibidem*, *loc. cit.*
- 4 Frédérique Langue, *op. cit.*, p. 90.
- 5 Manuel Velázquez Andrade, *loc. cit.*
- 6 Frédérique Langue, *op. cit.*, p. 80.
- 7 Rafael Carrasco Puente. *Hemerografía de Zacatecas, 1825-1950*. México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1951, p. 156.

La oposición y los clubes políticos

- 1 Frédérique Langue. *Les origines locales de la Revolution Mexicaine. Economies et sociétés dans l'Etat de Zacatecas*, Universidad de París I, 1982, p. 88. (Memoria de maestría.)
- 2 Frédérique Langue, *loc. cit.*
- 4 Profr. Zenaido Rodríguez R. *Resúmenes de historia de Zacatecas*. MS inédito, p. 324.

El progreso urbanístico

- 1 Cuauhtémoc Esparza Sánchez, "Estado de Zacatecas y ciudad de Zacatecas". Sobretiro de *Enciclopedia de México*. México, 1977, p. 493.

El telégrafo

Profr. Salvador Vidal, *op. cit.*, p. 346.

El teatro Calderón

Ibidem, p. 214.
Ibid., pp. 269-271.

Estatua de González Ortega

Ibid., p. 222.

Catedral

Ibid., p. 276.

La lucha maderista

- 1 Cuauhtémoc Esparza Sánchez. *El corrido zacatecano*. México, INAH-UAZ, 1976, p. 58. (Colección científica, 46.)

La Batalla de Zacatecas

- 1 Samuel López Salinas. *La batalla de Zacatecas*. México, Botas, 1964, p. 23.
- 2 Cfr. Ignacio Flores Muro. *La verdadera Juana Gallo*. Zacatecas, 1979, pp. 131-132.
- 3 Samuel López Salinas, *op. cit.*, p. 23.
- 4 "Los alimentos para la población civil escaseaban en forma alarmante; tortillas, conservas, vinos, cervezas, etc., todo era enviado hacia los puestos fortificados de los defensores, muchos de los cuales, antes de morir, saboreaban suculentos banquetes que el comercio, medroso y calculador, procuraba facilitar, no con poca ostentación, ante la perspectiva de un saqueo a la entrada de las fuerzas rebeldes". José G. Escobedo. *La batalla de Zacatecas (treinta y dos años después)*. México, 1946, p. 13.
- 5 *Ibidem*, pp. 11-12.
- 6 *Ibid.*, p. 11.
- 7 Dr. Ignacio López de Nava. "Los olvidados. Breves datos biográficos del coronel maderista Manuel Avila Medina." *El Legionario*, vol. IX, núm. 99, México, 21 mayo 1959, pp. 68-69.
- 8 Profr. Roberto Ramos Dávila, cronista de la ciudad. *Agenda Cívica zacatecana*. Zacatecas, H. Ayuntamiento Constitucional, 1984, p. 45.
- 9 Guillermo C. Rubio. "La toma de Zacatecas." *Hoy*, tomo I, núm. 3, Zacatecas, 15 de julio 1935, p. 10.
- 10 Profr. Roberto Ramos Dávila, *op. cit.*, p. 45.
- 11 Gral. Adolfo Terrones Benítez. "Se organizan los servicios públicos en la ciudad de Jerez y se formula el plan de ataque a la plaza de Zacatecas, para el día 4 de noviembre de 1913." *El Legionario*, vol. VIII, núm. 85, 15 marzo 1958, pp. 6 y 13-14.

- 12 Rafael F. Muñoz. *Pacho Villa, rayo y azote*. México, Populibros la Prensa, 1971 (2a. ed.). pp. 73-74. (Primera parte, cap. XIII, relato atribuido a Villa.)
- 13 Gral. Adolfo Terrones Benítez. "La última batalla de Torreón, Coah., verificada en marzo y abril de 1914" (cap. III). *El Legionario*, vol. VI, núm. 59, México, 15 enero 1956, p. 24.
- 14 Gral. Adolfo Pérez Caro. "La batalla de Zacatecas." *El Legionario*, vol. XII, núm. 139, México, 30 septiembre 1962, p. 79. Ver también en *El Legionario*, vol. VI, núm. 65, México, 15 de julio 1956, pp. 40-47, otro artículo más extenso del mismo autor, con igual título.
- 15 Corl. Dr. Francisco Vela González. "Relación cronológica de los antecedentes históricos sobre el rompimiento entre don Venustiano Carranza y el general Francisco Villa, ocurrido en junio de 1914, y consideraciones sobre los mismos." (3a. parte.) *El Legionario*, vol. XII, núm. 139, México, 30 septiembre 1962, p. 58.
- 16 Gral. Adolfo Pérez Caro, *op. cit.*, p. 79.
- 17 Rafael F. Muñoz, *op. cit.*, p. 74.
- 18 Corl. Dr. Francisco Vela González, *op. cit.*, pp. 57-58.
- 19 Rafael F. Muñoz, *op. cit.*, pp. 74-75.
- 20 Ramón Puente. *Villa en pie*. México, Castalia, 1966, p. 92.
- 21 Corl. Dr. Francisco Vela González, *op. cit.*, p. 59.
- 22 *Ibid.*, pp. 59-60.
- 23 Rafael F. Muñoz, *op. cit.*, p. 75.
- 24 Gral. Juan Barragán Rodríguez. *Historia del ejército y de la revolución constitucionalista*, tomo I. México, 1946, p. 524.
- 25 Rafael F. Muñoz, *op. cit.*, p. 76.
- 26 Ramón Puente, *op. cit.*, pp. 92-93.
- 27 Corl. Dr. Francisco Vela González, *op. cit.*, p. 57. Más adelante dice: "También hay que tener presente la perniciosa influencia que tuvieron en el ánimo de Villa los llamados *agentes confidentiales* que el gobierno americano tuvo siempre a su lado. Lo elogiaron públicamente, lo hicieron darse cuenta de su propia grandeza y lo envanecieron". *Ibid.*, p. 58.
- 28 Rafael F. Muñoz, *op. cit.*, p. 68.
- 29 *Ibid.*, pp. 69-70. Cuando un periodista francés se presenta en Saltillo y pide salvoconducto a Carranza para ir a Zacatecas, se le responde *usted llegará demasiado tarde* y se le propone mejor ir a San Luis Potosí. Insiste durante tres días antes de obtener la autorización, lo que evidencia que Carranza no quería que viniera a Zacatecas. "El convoy que debe llevarme a Torreón se encuentra lleno una hora antes de la partida, por razón de las diferencias entre los generales Carranza y Villa que se mencionan en todas las ocasiones y que parecen como ciertas a los menos advertidos". Reginald Kann. *La batalla de Zacatecas. Reportaje de un corresponsal de guerra, enviado especial del periódico l'Illustration Française*. Zacatecas, Sociedad de amigos de Zacatecas, 1984 (p. 10, s/num.)
- 30 Gral. Adolfo Terrones Benítez. "Se organizan otros contingentes para concurrir a la campaña en el estado de Zacatecas, debido a una nueva invitación del general Pánfilo Natera, jefe de operaciones en dicho estado." *El Legionario*, vol. IX, núm. 97, México, 31 marzo 1959, pp. 9-10.
- 31 *Ibid.*, pp. 12-13. El mayor Javier Medina Barrón, hermano del general en jefe de la plaza, fue muerto en Zacatecas días después durante una gira de exploración. *Cfr.* José G. Escobedo, *op. cit.*, p. 12.
- 32 Gral. Adolfo Terrones, Benítez. "Se organizan otros..." *op. cit.*, pp. 13 y 15.
- 33 *Ibid.*, p. 15. El comandante del 14º Regimiento de caballería durante la batalla en Zacatecas, fue el coronel Ildefonso Azcona.
- 34 *Ibid.*, pp. 15 y 16.
- 35 Reginald Kann, *op. cit.*, (p. 17, s/num.)
- 36 Guillermo C. Rubio, *op. cit.*, p. 10. La versión que aparece en *Hoy* fue sin duda inspirada por el general Pánfilo Natera, como se advierte por la "síntesis" del contenido de ese número de la revista, que aparece en la página 3: "Otro de los asuntos que ofrecemos... en este número (es) el XXI aniversario de la toma de Zacatecas, y cuya figura central fue el señor general Pánfilo Natera, actualmente Jefe de esta Zona Militar. El propio divisionario se sirvió hacer amplias declaraciones al respecto a nuestros redactores..."
- 37 *Ibid.*, *loc. cit.*
- 38 José G. Escobedo, *op. cit.*, pp. 44-45.
- 39 Miguel A. Sánchez Lamego. *Historia militar de la revolución constitucionalista*, tomo V. México, 1960, p. 254.
- 40 Gral. Abraham Oros Oros. "La toma de Zacatecas." *Patria Chica*, núm. 69, Aguascalientes, 16 septiembre 1964, p. 10.
- 41 Samuel López Salinas, *op. cit.*, p. 25.
- 42 Gral. Antonio G. Olea. "La toma de Zacatecas fue un fracaso militar para los generales Angeles y Villa." *Mujeres y Deportes*, año II, núm. 100, México, sábado 22 junio 1935, pp. 3 y 14-15. El general Olea fue designado por el general de división Joaquín Mass en San Luis Potosí, para que organizara un contingente que, bajo sus órdenes, viniera a Zacatecas a reforzar la plaza porque, "estando amagada... por toda la División del Norte, comandada por el famoso guerrillero Francisco Villa", Huerta consideraba que "era de suma urgencia evitar que cayera en poder del enemigo". *Cfr.* Gral. Antonio G. Olea, *op. cit.*, p. 3.
- 43 Gral. Abraham Oros Oros, *op. cit.*, p. 10. La cantidad de efectivos federales que dan distintos autores varía desde la que menciona Olea, de 4,800 (a su arribo, Medina Barrón le comunicó que había en la plaza 3,000 hombres, y Olea asegura que él trajo 1,800 de San Luis Potosí); no más de 5,000 estima Sánchez Lamego, "según se deduce de los pocos datos existentes en el archivo histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional"; 14,800 es la cifra que da Terrones Benítez, y aun hay autores que afirman eran como 20,000. La cantidad de 12,000 es aceptada, entre otros, por el historiador Cuauhtémoc Esparza Sánchez, *El corrido zacatecano*, México, INAH-UAZ, 1976, p. 67. (Colección científica, 46.)
- 44 José G. Escobedo, *op. cit.*, pp. 13-14.
- 45 *Cfr.* Gral. Abraham Oros Oros, *op. cit.*, p. 10.
- 46 *Cfr.* Gral. Adolfo Terrones Benítez, "Se organizan..." *op. cit.*, p. 16.
- 47 Samuel López Salinas, *op. cit.*, p. 29.
- 48 Gral. Antonio G. Olea, *op. cit.*, p. 14.
- 49 Gral. Adolfo Terrones Benítez. "Tercera batalla y toma de la plaza de Zacatecas." *El Legionario*, vol. IX, núm. 99, México, 21 mayo 1959, p. 23.
- 50 Gral. Abraham Oros Oros, *op. cit.*, p. 10.
- 51 José G. Escobedo, *op. cit.*, p. 13.
- 52 Gral. Adolfo Pérez Caro, *op. cit.*, p. 79.
- 53 Esta es la cifra corrientemente aceptada. Esparza Sánchez dice que Villa tenía 15,000 hombres en la ciudad y 5,000 en la reserva; Terrones Benítez menciona 26,000, y el cronista de la ciudad, profesor Roberto Ramos Dávila, hace ascender las fuerzas combinadas a cerca de 30,000 hombres. Para darnos una idea de lo que significaría esta fuerza, citaremos a dos investigadores nor-

- teamericanos, quienes estiman que en la primavera de 1911 —es decir, dos años antes—, 20,000 hombres representarían “aproximadamente una cuarta parte del ejército” de los Estados Unidos. Don M. Coerver y Linda B. Hall. *Texas y la Revolución Mexicana: un estudio sobre la política fronteriza nacional y estatal, 1910-1911*. México, Fondo de Cultura Económica, 1988, p. 36.
- 54 Gral. Federico Cervantes. “Cómo fue el ataque a Zacatecas”, José T. Meléndez. *Historia de la Revolución Mexicana*, tomo I. México, Talleres Gráficos de la Nación, 1936, p. 289. Los dos tomos de esta obra han sido reeditados en un solo volumen por el Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1985.
- 55 Gral. Abraham Oros Oros, *op. cit.*, p. 10.
- 56 Gral. Federico Cervantes. “Cómo fue...”, *op. cit.*, p. 289.
- 57 Gral. Felipe Angeles. *La Batalla de Zacatecas*, Zacatecas, 1970, p. 6. Esta parte del *Diario* de campaña de Felipe Angeles se ha publicado muchas veces; entre esas ediciones se cuenta la que se hizo por SEP-Conasupo con el título de *la toma de Zacatecas*, número 1 de la colección “cuadernos mexicanos”.
- 58 Gral. Federico Cervantes. “Cómo fue...”, *op. cit.*, pp. 292-293.
- 59 Gral. Felipe Angeles, *op. cit.*, p. 7.
- 60 *Ibidem*, p. 8.
- 61 *Ibid.*, p. 10.
- 62 *Ibid.*, p. 11.
- 63 Gral. Antonio G. Olea, *op. cit.*, pp. 3 y 14.
- 64 Ignacio Muñoz, *loc. cit.*
- 65 Gral. Antonio G. Olea, *op. cit.*, p. 14.
- 66
- 67 Gral. Antonio G. Olea, *op. cit.*, p. 14
- 68 Gral. Adolfo Terrones Benítez. “Tercera batalla y toma...”, *op. cit.*, p. 24.
- 69 Gral. Antonio G. Olea, *op. cit.*, p. 14.
- 70 Gral. Felipe Angeles, *op. cit.*, pp. 13-14.
- 71 Gral. Adolfo Terrones Benítez. “Tercera batalla y toma...”, *op. cit.*, pp. 24-35.
- 72 Samuel López Salinas, *op. cit.*, p. 30.

Por necesidades editoriales las notas de referencia que aparecen con asteriscos en el texto, se dan en lo sucesivo por el número de página.

- 80 Gral. Adolfo Terrones Benítez. “Tercera batalla y toma de la plaza de Zacatecas” (cont.). *El Legionario*, vol. IX, núm. 100, México, 21 junio 1959, p. 5.
- 81 Gral. Antonio G. Olea, *op. cit.*, pp. 14-15.
- 83 Gral. Felipe Angeles, *op. cit.*, pp. 15-16.
- 84 *Ibidem*, pp. 16-17.
- 85 Ing. Federico Cervantes. “Recordando a la Revolución”. *Chicomoztoc*, tomo I, núm. 3, Zacatecas, 26 junio 1943, p. 10.
- 85 Manuel Martínez y García. *Reminiscencias históricas. La toma de Zacatecas*, 2a. ed. Zacatecas, 1922, p. 5.
- 85 Gral. Abraham Oros Oros, *op. cit.*, pp. 10 y 22.
- 87 Gral. Antonio G. Olea, *op. cit.*, p. 16.
- 88 Gral. Felipe Angeles, *op. cit.*, pp. 17-18.
- Gral. Abraham Oros Oros, *op. cit.*, p. 22.
- 89 Ing. Federico Cervantes. “Recordando...”, *op. cit.*, p. 11.
- Gral. Felipe Angeles, *op. cit.*, pp. 18-19.

- 90 Ing. Federico Cervantes. “Recordando...”, *op. cit.*, p. 11.
- 90 Gral. Abraham Oros Oros, *op. cit.*, p. 22
- 91 Gral. Felipe Angeles, *op. cit.*, p. 19-21.
- 91 Gral. Felipe Angeles, *op. cit.*, pp. 23-24.
- 92 Martín Luis Guzmán. *Memorias de Pancho Villa*. México, 1965, pp. 476-477.
- 93 José G. Escobedo, *op. cit.*, pp. 27-29.
- 94 Gral. Felipe Angeles, *op. cit.*, pp. 23-24.
- 94 Ignacio Muñoz. “La borrachera”, en *Crónica ilustrada Revolución mexicana*, núm. 48, 19 julio 1967, p. 15.
- 95 José G. Escobedo, *op. cit.*, pp. 37-38.
- 95 Gral. Antonio G. Olea, *op. cit.*, p. 16.
- 95 Samuel López Salinas, *op. cit.*, pp. 33-34.
- 96 Ing. Federico Cervantes. “Recordando a la Revolución” (concluye). *Chicomoztoc*, tomo I, núm. 5, Zacatecas, 24 julio 1943, p. 12.
- 97 José G. Escobedo, *op. cit.*, p. 41.
- 100 Gral. Felipe Angeles, *op. cit.*, pp. 25-26.
- 100 Gral. Antonio G. Olea, *op. cit.*, p. 16.
- 102 Gral. Felipe Angeles, *op. cit.*, p. 24.
- 102 Gral. Adolfo Terrones Benítez. “Tercera batalla y toma...”, *op. cit.*, núm. 100, pp. 6-7.
- 103 *Ibidem*, pp. 7-8.
- 103 *Ibid.*, p. 8.
- 103 Gral. Felipe Angeles, *op. cit.*, pp. 28-29.
- 104 Reginald Kann, *op. cit.* (pp. 12-13, s/num.)
- 104 *Ibidem* (p. 21 s/num.)
- 104 Ing. Federico Cervantes. “Recordando...”, *op. cit.*, núm. 5, p. 12.
- 105 *Ibid.*, *loc. cit.*
- 105 Gral. Adolfo Terrones Benítez. “Tercera batalla y toma...”, *op. cit.*, núm. 100, p. 8.
- 105 Ignacio Flores Muro, *op. cit.*, pp. 131-132.
- 106 Profr. Roberto Ramos Dávila. *Agenda cívica...*, *op. cit.*, p. 49.
- 109 Reginald Kann, *op. cit.* (p. 13, s/num.)
- 109 José G. Escobedo, *op. cit.*, p. 43.
- 109 Samuel López Salinas, *op. cit.*, p. 43.
- 109 Reginald Kann, *op. cit.* (p. 14, s/num.)
- 109 Adolfo Terrones Benítez, “Tercera batalla y toma...”, *op. cit.*, núm. 100, p. 8.
- 109 José G. Escobedo, *op. cit.*, p. 47.
- 110 *Ibidem*, p. 48.
- 110 *Ibid.*, p. 65.
- 110 *Ibid.*, p. 47.
- 110 Ignacio Muñoz. “La borrachera”, *loc. cit.*
- 110 Samuel López Salinas, *op. cit.*, pp. 27-28.
- 110 Ignacio Muñoz. “Recuerdos de un ex federal”, en *Crónica ilustrada Revolución Mexicana*, núm. 48, 19 julio 1967, p. 7.
- 111 Este episodio se ha reconstruido a partir de las versiones de varios informantes. Los entrecorridos pertenecen a Ignacio Flores Muro, *op. cit.*, pp. 124-125. Cfr. también José G. Escobedo, *op. cit.*, pp. 37-38; Samuel López Salinas, *op. cit.*, pp. 37-41; Manuel Martínez y García, p. 14. Varios de ellos hablan de *cintarazos* o *fuetazos* infligidos al doctor López de Lara y aún a la profesora González Ortega; sin embargo, la propia señorita González Ortega desmintió esta versión.
- 111 Samuel López Salinas, *op. cit.*, p. 29.
- 111 Gral. Felipe Angeles, *op. cit.*, p. 29.
- 111 Samuel López Salinas, *op. cit.*, p. 48.
- 112 Gral. Antonio G. Olea, *op. cit.*, pp. 16-17.
- 112 Ing. Federico Cervantes. “Recordando...”, *op. cit.*, núm. 5, p. 13.
- 112 Profr. Roberto Ramos Dávila. *Agenda cívica...*, *op. cit.*, p. 49.

Realización, Diseño Gráfico y Producción:
JAVIER LOZADA
TIRSO MARTINI

Fotografías:
Fototeca Nacional, "Archivo Casasola"
Archivo General de la Nación.
Archivo Robles, Zacatecas, Zac.
Archivo Aguilar, Zacatecas, Zac.
Héctor García
Ramón Cárdenas

Arte:
Miguel Angel Córdova
Iván Francisco Córdova

Tipografía:
Edigraf Watson-Gómez, S.C.
México, D.F.

Fotomecánica:
Lasser Color, S.A.
México, D.F.

La presente obra terminó de imprimirse el 20 de junio de 1989 en *Impresora de Ediciones, S.A.*, Tlalnepantla, Estado de México, y consta —en su primera edición— de cinco mil ejemplares.







GOBIERNO DEL ESTADO DE ZACATECAS